UNIVERSITY OF ST. MICHAEL'S COLLEGE
3 1761 02194114 1

Juan Zorrilla de San Martin

ARTIGAS

157

LA EPOPEYA DE ARTIGAS

Indeo Nbre 29/910

ARTIGAS EN 1810

Ayudante Mayor del Cuerpo de Caballería de Blandengues
de la Frontera de Montevideo. (Cuadro de Juan Manuel Blanes)

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

LA EPOPEYA DE ARTIGAS

Historia de los tiempos heroicos del Uruguay

TOMO I

MONTEVIDEO
A. BARREIRO Y RAMOS, EDITOR
LIBRERÍA NACIONAL
1910

TALLERES GRÁFICOS A. BARREIRO Y RAMOS
CALLE BARTOLOMÉ MITRE, NÚM. 61

ORIGEN DE ESTE LIBRO

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES.

Montevideo, Mayo 10 de 1907.

Considerando:

1.º Que honrar á los héroes sirve, á un tiempo, de premio, de estímulo y de ejemplo;

2.º Que es un anhelo del alma nacional el pensamiento de levantar una estatua al GENERAL ARTIGAS, libertador y mártir, héroe por la abnegación, por el denuedo y por el infortunio;

3.º Que no es posible retardar por más tiempo el advenimiento del día en que, según dijera el DOCTOR CARLOS MARÍA RAMÍREZ los niños, el ejército y el pueblo se inclinarán ante la estatua del gran calumniado de la Historia de América, del héroe infortunado cuya póstuma glorificación ha de ser perdurable estímulo de las abnegaciones patrióticas que sólo reciben de sus contemporáneos la ingratitud, el insulto y el martirio;

4.º Lo dispuesto en la LEY DE 5 DE JULIO DE 1883, y en el inciso E del artículo 1.º de la LEY DE 23 DE MARZO DE 1906,

El Presidente de la República

DECRETA:

Artículo 1.º Erijase en la Plaza de la Independencia un monumento á la inmortal memoria del GENERAL JOSÉ ARTIGAS, precursor de la nacionalidad oriental, prócer insigne de la emancipación americana;

Artículo 2.º Llámase á concurso para la presentación de bocetos, al que podrán concurrir los escultores uruguayos y extranjeros que lo deseen, instituyéndose dos premios en dinero, el primero de dos mil pesos, y el segundo de mil. Con el propósito de asegurar la con-

currencia de escultores de fama mundial, se pedirán bocetos á cuatro grandes artistas, abonándoseles por cada uno de ellos, embalado en el taller, la suma de mil doscientos pesos;

Artículo 3.o Cuando todos los bocetos se encuentren en Montevideo, se nombrará un Jurado, compuesto de personas competentes, encargado de determinar cuál deberá aceptarse;

Artículo 4.o Desígnase al Doctor Juan Zorrilla de San Martín para que, de acuerdo con las instrucciones del Gobierno, prepare una Memoria sobre la personalidad del General Artigas, y los datos documentarios y gráficos que puedan necesitar los artistas;

Artículo 5.o Solicítese por el Ministerio de Relaciones Exteriores el concurso de los escultores, formúlense las bases correspondientes, hágase saber á quienes corresponda y publíquese.

WILLIMAN.

Alvaro Guillot. — Jacobo Varela Acevedo.

Ministerio de Relaciones Exteriores.

Montevideo, Mayo 16 de 1907.

Remito á usted copia del Decreto por el cual el Gobierno resuelve erigir una estatua al General Artigas, y lo designa á usted para preparar una Memoria sobre dicha personalidad, y los datos documentarios y gráficos que puedan necesitar los escultores.

Confiando en que usted prestará al Gobierno, y al País, el concurso de su notorio buen gusto y preparación en historia y en artes, aceptando la honrosa distinción de que se le ha hecho objeto, aprovecha la oportunidad para saludarlo atentamente.

Jacobo Varela Acevedo.

Al doctor don Juan Zorrilla de San Martín.

Montevideo, 27 de Mayo de 1907.

Excmo. señor Ministro de Relaciones Exteriores, doctor don Jacobo Varela Acevedo.

Señor Ministro:

Con satisfacción sólo comparable al temor que me infunde la desproporción entre mis fuerzas y la magnitud de la honrosa tarea que se me confía, acepto agradecido la de dar á los artistas, de acuerdo con las instrucciones del Gobierno, el canon del monumento que se levantará, por fin, en Montevideo, á nuestro grande Artigas.

Quiera V. E. hacerse intérprete de mi gratitud ante el señor Presidente de la República, por el que considero el más alto honor que pudiera discernírseme como ciudadano, y dígnese aceptar también V. E., personalmente, las protestas de ese mi cordial reconocimiento, con las muy afectuosas de mi grande estimación.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

UNIVERSITY OF ST. MICHAEL'S COLLEGE LIBRARY

CARTA CONFIDENCIAL

Al Señor Ministro de Relaciones Exteriores.

Mi estimado señor Ministro:

Tras largo pensar en la mejor forma y más adecuada de preparar la Memoria sobre la personalidad de Artigas, y ofrecer á los escultores los datos gráficos, á que se refiere el decreto de 10 de Mayo de 1907, llegué á persuadirme de que, en vez de redactar un cuaderno de informaciones, un libro documentado, ó cosa por ese estilo, era mejor que yo hablase directamente con los artistas á quienes debo instruir, y, sobre todo, inspirar.

El signo escrito, así fuere el más expresivo, nunca lo es tanto como la viva voz. Ésta consiente una discreta familiaridad, que juzgo muy propicia á la transmisión de la enseñanza, pues se compadece con alguna difusión, ó insistencia en los conceptos esenciales, que, si grave defecto en lo escrito, no lo es tanto, me parece, y hasta puede constituir una cualidad en lo hablado. Por otra parte, la afectuosa conversación, bien que fácil y sencilla, es susceptible de aquella dignidad que, según Emerson, pertenece á los objetos naturales, y que no se halla en los artificiales; mantiene la atención sobre los asuntos más serios y difíciles, y, con el

calor del aliento personal, transmite, como ningún otro signo humano, la emoción estética.

Si Vd. comparte mi opinión, le ruego quiera recorrer estos apuntes, que pongo en sus manos en cumplimiento de la tarea que sobre mí he tomado. Eso es, palabra más, palabra menos, lo que yo diré á los artistas, si Vd. juzga que es eso lo que más conviene inculcarles ó sugerirles.

He cuidado, ante todo y sobre todo, como Vd. lo advertirá, de decir la verdad histórica más auténtica y depurada; pero, no echando en olvido el objeto que debo perseguir, he procurado que la verdad no permanezca inerte, como materia amorfa, en el entendimiento de mis oyentes, sino que, penetrando en la interna sensibilidad, se transforme en IMAGEN, *y, llegando con ésta hasta el corazón, despierte en él* SENTIMIENTOS *ó* EMOCIONES. *Que son éstas las que reciben forma ó expresión, en el proceso psicológico, que todos conocemos, de la creación artística.*

No creo que deba preocuparme más de lo justo el temor de que, por ello, me moteje alguno de POETA, *y, por ende, califique esta mi obra de mera fábula ó ficción. Nada fuera más hacedero que conjurar ese peligro: con no hacer uso sino de los vocablos y frases impersonales y de una sola pieza del dialecto ó* ARGOT *profesional, sin omitir algunos apéndices con documentos, mi obra resultaría verdaderamente venerable y seria, porque nadie la leería, si ya no fuese algún investigador paciente.*

Pero yo he debido despojarme de todo respeto humano, y, al darme á mí mismo la libertad, dar á los otros lo que más tienen derecho á exigirme en este caso, y es lo más serio y respetable que hay en el mundo: la sinceridad.

Todos ó casi todos sabemos que no es cierto que la verdad

muera ó se destruya por ser colocada en el corazón de los hombres, bien así como no se aniquila la semilla por ser depositada en el de la tierra. Precisamente es ese, y no otro, el destino de ambas, el de la verdad y el de la simiente: transformarse en su entrañable abrazo con el alma ó con la tierra; dar flores y frutos en ésta; despertar pasiones y prácticas virtudes en aquélla.

Por ley de nuestra humana naturaleza, la percepción de la verdad va siempre acompañada del deseo (tanto más vivo, cuanto aquella percepción es más intensa y clara) de hacerla prevalecer. Y hacer prevalecer la verdad no es otra cosa, si bien se mira, que convertirla, no tanto en simple noticia ó término de conocimiento, cuanto en objeto de amor, en motor de la humana voluntad.

En estos, y otros análogos razonamientos, se fundan los que sostienen que la finalidad primordial de la historia de los pueblos no es otra que la formación del patriotismo, es decir, del sentimiento RACIONAL *de amor á la Patria, y el culto de sus héroes. Es sabido cómo y en qué precisos términos está consagrada esa doctrina en el Plan de Enseñanza de Prusia de los últimos decenios, y la influencia que ella ha ejercido en la formación de la moderna Germania.*

Y si ese debe ser el objeto práctico de la historia en general, ¿ qué mucho que lo persiga la que narra y comenta los pasados hechos, para mover precisamente la facultad creadora de un artista, y sugerirle un patriótico monumento?

Ahora bien: sólo hay un recurso, según se me alcanza, para llegar, con la verdad triunfante, hasta la fantasía ó el corazón de los humanos: el celeste poder de la belleza. VIS SUPERBA FORMÆ.

¡La Belleza! ¡La divina Harmonía! Yo la he llamado en mi auxilio, y ojalá que no en vano, al escribir estas lecciones. Hube de buscarla, inconscientemente primero, al solo predisponer mi espíritu al estudio, por aquello de que quien vió una vez á Helena no puede vivir sin ella; pero he recurrido también, y muy especialmente, al amparo de la potente diosa, para no defraudar la esperanza de los que han creído que yo podría transmitir, á otros corazones, la pasión de la Patria, reflejada en el mío, con respecto al héroe cuyo monumento vamos á erigir.

Porque debo manifestar aquí esa ingenua convicción. Vd. me dice, en su comunicación oficial, que he sido designado para la tarea que sobre mí he tomado, á causa de una preparación en historia y en artes que generosamente me atribuye. Va á permitirme un cuasi desacato. Nó, no es esa la causa principal, ó mucho me equivoco, de la ventura que me ha cabido en suerte: nuestra historia está escrita, y bien escrita y documentada; en cuanto á la preparación en artes, debemos suponer que los artistas la tienen tanto ó más que yo.

Lo que acaso faltaba, para inspirar á éstos el monumento, era una fórmula, no sólo veraz, sino imaginativa y pasional, de nuestra fe cívica; la expresión, no tanto de lo que sabemos ó conocemos, cuanto de lo que sentimos y amamos los orientales en nuestra historia.

Me parece que fué la esperanza de que pudiera ser yo el rapsoda de aquella fe, el móvil del artículo 4.º del decreto de 10 de Mayo de 1907. Se me ha elegido porque he creído; porque mi vida entera ha sido una constante comunión, instintiva al principio, reflexiva y científica después, con los fieles del triunfante dogma cívico que, en ese

hombre Artigas, á quien Vd. llama, y no sin mucha causa, el GRAN CALUMNIADO DE LA HISTORIA AMERICANA, *ha visto el hombre orbital de nuestro tiempo heroico. Se ha esperado hallar en mí una de tantas almas sonoras, capaces de condensar, más ó menos íntegramente, el alma colectiva de este pueblo: la tradición nacional, el conjunto de imágenes amadas, y de emociones sentidas, y de nombres pronunciados, y de líneas, y colores, y expresiones preferidos, cuya comunidad constituye, más aún que el territorio, y hasta más que la raza y la lengua, la entidad moral que el hombre llama Patria.*

He dicho MÁS Ó MENOS ÍNTEGRAMENTE, *y podría agregar* MÁS Ó MENOS FIELMENTE, *porque no es posible coincidir en absoluto, y en todos los detalles, con todos y cada uno de nuestros hermanos, en el comentario de la patria historia. Ese reflejo integral del espíritu del pasado, que se refunde en absoluto con el del presente, y se proyecta sobre el del futuro de una nación; esa reencarnación del alma de los hechos pretéritos, en un organismo literario, fuerte y perfecto, que es lo que constituye la suprema y veraz historia, eso no ha podido esperarse, ni se ha esperado de mí, porque esa es obra de Genio. Y todos sabemos que yo no lo soy, ni mucho menos.*

Á falta de Genio, se recurre en estos casos, y se ha recurrido en el actual, al creyente sencillo y comunicativo, que es quien más puede aproximarse á la fiel y sentida expresión de lo que es esencial, invulnerable, en la tradición nacional; de lo que es necesario conservar incólume, para que la Patria exista.

Respetuoso de mí mismo; depositario de una misión que me ha parecido casi sagrada, he procurado dar lo que he juzgado que de mí se esperaba: hacer desaparecer mi propio yo, hasta donde puede ser compatible con la sinceridad, á fin

de que la Patria toda entera piense y sienta en mí, se escuche á sí misma, se reconozca en mis palabras, y las halle dignas de vincular su pasado con su presente, y de animar el bronce que legaremos á los futuros hombres.

Se me ocurre que alguien podrá decir que estas lecciones son demasiado largas para su objeto, más extensas de lo que los artistas escultores pueden soportar. No puedo tener por hombre avisado á quien tal piense, y me guardaré muy mucho de compartir ese dictamen. Ningún artista, que se respete á sí mismo, se aventuraría á emprender el monumento de Artigas, con una preparación menor que la de estas conferencias, si ya no fuese que apareciera un vidente extraordinario, á quien nada habría que enseñar. Bien es verdad que tal pudiera presentarse entre los escultores, que, con la simple lectura de una cartilla ó ligera información, se juzgara habilitado para poner manos á la obra, y aun para darle cima; pero no sería yo quien calificara de artista, ni siquiera de hombre de bien, á quien de tal suerte procediera. Las obras así realizadas, más son objeto de granjería que de culto; y el arte es cosa seria y casi sagrada. El pueblo oriental reclama, y, sin pasarse de exigente, puede reclamar del artista que ha de ser su elegido, algo más que un producto suntuario ó decorativo de sus manos expertas; le reclama conocimiento perfecto, imagen luminosa, inspiración honrada. Yo he hablado lo que he juzgado necesario, para dar eso á los artistas; ni más ni menos. Y, sin presumir haber salido con mi intención, no desespero de llegar á producir, en quien con pureza de alma me escuchare, la vibración inicial, siquiera, de una noble armonía y perdurable.

El decreto á que obedezco, en que se llama á concurso á los artistas, no limita el número de los que pueden acudir

al llamado; éstos, los que han de escucharme, pueden ser muchos, infinitos, todos los hombres capaces de interesarse por los bellos espectáculos. Esos son, en resumidas cuentas, los ARTISTAS *con quienes hablo.*

Y he aquí cómo y por qué, de estas históricas conferencias, tan ingenuas y tan fáciles, puede llegar á formarse un libro sano en su moralidad, amable acaso en su estructura estética, y plazca al Cielo que no del todo fugaz ó inconsistente.

. . . . . .

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

CONFERENCIA I

INTRODUCCIÓN

Origen y carácter de estas conferencias. — El dios interior. — La ciudad de Is. — El pasado ante el presente. — El gran calumniado de la historia americana. — La misión de los rapsodas. — El atractivo de la frivolidad.

I

Amigos artistas:

El gobierno de la república ha querido que hable en su nombre con vosotros, los que os disponéis á satisfacer la necesidad que experimenta el pueblo oriental, de dar forma artística perdurable al más alto exponente de su vida y de su gloria. Tengo que haceros conocer y sentir, sentir sobre todo, por medio de palabras musicales, el personaje que debéis interpretar.

Debo reunirme, pues, con vosotros, no tanto para investigar sucesos ni controvertir problemas históricos, cuanto para suministraros datos, elementos gráficos, síntesis cronológicas, y, sobre todo, para hablar de nuestra historia, de modo que mis palabras penetren vivas en vuestras almas, dejen en ellas impresiones sinfónicas, despierten imágenes visibles, evoquen personas reales, y hagan sur-

gir en vuestra imaginación un monumento habitado por un espíritu.

Bueno será que establezcamos, pues, la naturaleza y el carácter que van á tener nuestras conversaciones. Al hablaros de un héroe, yo no podré menos de sentir, lo confieso, la influencia de Carlyle, el intenso pensador inglés, que es quien más sinceramente, me parece, nos ha hablado de los tales héroes.

Y dice ese insigne maestro: "Aquel que, de cualquier manera, nos hace ver, mejor de lo que antes sabíamos, la hermosura de un lirio de los campos, ¿no nos lo presenta como un efluvio de la fuente de toda belleza, ó como la escritura visible del Gran Hacedor del Universo? Él ha cantado para nosotros, y nos ha hecho cantar con él, un versículo de un sagrado salmo. ¡Cuánto más no hará el que canta, el que cuenta ó el que inocula en nuestros corazones los nobles hechos, los sentimientos, los dolores y las grandes hazañas de uno de nuestros humanos!"

Creo que, pues tratamos de la erección de un altar cívico, es esa mi misión para con vosotros; tal es, cuando menos, la que me propongo desempeñar.

No es tanto la de mostraros el lirio de los campos, cuanto la de haceros notar y sentir intensamente su expresión estética; no tanto haceros conocer de cerca, y con la más escrupulosa verdad, á Artigas, cuanto haceros advertir su forma homérica, la revelación de un principio espiritual que hay en su carne de hombre, y la virtud en grado heroico que lo hace objeto de nuestro culto nacional.

Os veo, pues, á todos á mi lado, atentos, dispuestos á recoger las ideas é inspiraciones que puedan encenderse en mi boca; os miro y os hablo como á amigos íntimos, como á hermanos indentificados conmigo y con mi tierra en un común sentimiento de amor á un ideal de verdad y de be-

lleza que forma el culto cívico de una nación amable, y que busca forma en mis palabras primero, y la buscará en el mármol ó en el bronce en que vais á inocular vuestro espíritu, después.

¿Y cómo realizar esa identificación, si os miro á los ojos, y sólo reconozco á algunos de vosotros, á los que son mis hermanos en la patria, y que, como yo, aman y sienten la tradición materna americana, y, dentro de ésta, con mayor intensidad, la fe tradicional de la nación uruguaya?

Sois europeos la mayor parte de vosotros, los grandes, los indiscutidos; estáis compenetrados de vuestra historia secular; sentís el tipo heroico de vuestras patrias respectivas; también, por vuestra educación clásica, os es conocido el ambiente romano, y el griego, y el egipcio, y el caldeo, y el árabe; veis los héroes de hierro de la reconquista española, las armaduras de plata de los Nibelungos, los blancos alquiceles ó albornoces sobre el fondo de los arcos de herradura, ó sobre el ocre del desierto; vuestra formación estética os hace familiares los héroes de Homero, y las visiones de Dante, y los hombres vivos de Shakspeare, y los guerreros muertos de Ossian. Pero nuestra América, sus tradiciones, sus héroes, sus leyendas, con ser como son tan recientes, y acaso por eso mismo, son para vosotros algo exótico, que miráis quizá con indiferencia, (iba á decir con desdén) y que no despierta en vuestras almas el dios interior que emerge de la sombra en las entrañas del artista, cuando éste siente moverse en ellas el nuevo ser engendrado en el misterio de la vida por el pensamiento germinal.

Y sin embargo, es preciso que ese dios aparezca en vosotros, si habéis de realizar una obra digna de vosotros mismos, y del pueblo que ha contado con vuestro ingenio. Esa es mi misión: evocarlo con palabras que sean soplo de espíritu, ráfagas de vientos sonoros y sagrados, saturados

del polen de desconocidos estambres. Y sólo así realizaréis obra sincera, obra de fe. Y el espíritu no se retirará jamás de vuestro bronce, ni convertirá vuestro monumento en idolátrico emblema. Tengo la esperanza de haceros creyentes, hombres de fe milagrosa; confío en lograr despertar vuestra triunfante visión interna, cualquiera sea el nombre de vuestra patria, cualesquiera vuestros dioses y vuestros mitológicos altares. Tengo fe absoluta en la intensidad del tipo que se ofrece á vuestra creación, en su carácter original, en sus proyecciones, en su obra, en el nimbo de luz que lo envuelve y compenetra. Vais á estar en presencia de un héroe: un creador, un mensajero. Con sólo mostrároslo, yo removeré en vosotros la idea absoluta de patria; y ésta es la misma en todas las regiones y en todos los hombres, sea cual sea la forma de que se revista. Váis á ver cómo nace una patria entre los cortinajes de nubes tempestuosas que envuelven su cuna. Y recordaréis la frase de Job, el viejo enorme, dirigida á Dios: "Tú envolviste la tierra en sus nieblas, como se envuelve un niño en sus pañales." Váis á verla nacer, como el árbol de su simiente casi imperceptible, con el solo concurso del cielo y de la tierra, aire, sol, humus, fuerza ó ley misteriosa de universal germinación. Voy á mostraros á Artigas, que se proyecta como un mito sobre el fondo oscuro de nuestros tiempos heroicos; á haceros conocer su época y su ambiente, con la mayor plasticidad posible; su significado, la enorme proyección de su sombra en el cuadro espléndido de la revolución americana, y su perpetua palpitación subterránea bajo el suelo sagrado que los orientales pisamos, y amamos, y sentimos latir en nosotros mismos.

"El mármol tiembla ante mí" decía el escultor Puget. Yo tiemblo ante el mármol, al pretender desempeñar mi misión; miro de alto abajo la figura monolítica del heroe del Uruguay, y entro en un temeroso recogimiento.

II

"Cada botón, dice Amiel, no florece más que una vez, y cada flor no tiene más que un minuto de perfecta belleza. Así, en el huerto del alma, cada sentimiento tiene su momento floreal." Yo quisiera, mis queridos artistas, poneros en contacto con mi espíritu, sólo en los momentos zenitales, en que, como todo espíritu de hombre, tiene relámpagos de faro; pero esos momentos brillan y pasan; entre la esperanza y el recuerdo no hay casi nada, no hay nada. Ni siquiera podemos esperar el paso de esos frágiles instantes No hay tiempo de esperar. Hablemos, pues.

Recuerdo que, hace pocos años, me cupo también el honor de dar el canon de la estatua de Lavalleja, que, modelada por nuestro pujante artista nacional Juan Ferrari, que me escucha ahora entre vosotros, se levanta hoy en la plaza de la ciudad de Minas.

Yo os aseguro que no sentí entonces lo que hoy; mi tarea fué muy sencilla; no vacilé un momento: un rato de introspección, media hora de conversación con el artista, una docena de páginas escritas, fueron bastante. Lavalleja fué un soldado, un soldado instintivo, temerario, heroico, al que los sucesos arrastraban á la gloria; Lavalleja es un grito de batalla. Montadnos á caballo un héroe, artista amigo; aquí tenéis su uniforme y su figura física; montádnoslo en un caballo nutrido del trébol y de la gramilla de la patria, nervudo, inteligente, sofrenado por un brazo de hierro; poned ese jinete en medio del combate por la tierra nativa; hacedlo alzar la cabeza, para que se le vea bien una luz que lleva en la frente, como una cicatriz; hacedle salir de los labios de bronce un grito perdurable, y habréis creado á Lavalleja.

Hoy tengo que dar el canon de Artigas.

¡Oh! Artigas es otra cosa. Os equivocaríais si viérais en él un soldado, una batalla, un grito, un ejecutor. Artigas, oh hermanos, ha sido un enigma; fué un silencio, un enorme silencio. Se ha dicho que el silencio y el reposo son el estado divino, porque toda palabra y todo gesto son pasajeros.

Los orientales creemos poseer, en ese hombre Artigas, no sólo al héroe de la patria, sino al de la América Española independiente; al del Río de la Plata sobre todo. Él es la personificación más alta y más genuina del nacer tempestuoso del continente que descubrió Colón, á la vida de la independencia política, y, sobre todo, á la de la democracia triunfante, la verdadera independencia: la fe en el pueblo; el predominio de su voluntad en la formación de sí mismo, como persona colectiva, en la gran sociedad internacional primero, y en su propia organización después; la intervención predominante de los hombres en la designación de la autoridad: el gobierno de los mejores y los más aptos, declarados tales por el conjunto social, como la forma más racional, más acorde con el orden de la naturaleza.

Artigas está sentado entre un sepulcro y una cuna; entre el morir de la soberanía del hombre sobre el pueblo, y el nacer de la soberanía del pueblo sobre el hombre; él encarna en absoluto lo segundo. Veréis, en torno y al lado suyo, figuras encendidas pero crepusculares, mezcla de luz y sombra, con vestigios del pasado y reflejos del porvenir, con ideas monárquicas y anhelos de independencia, es decir, la apariencia, la no entidad. Artigas es el héroe autóctono, la realidad: en él no hay crepúsculo; el sol naciente le da en la cara, y dibuja con fuego sus contornos rígidos. Veréis, pues, en él, los rasgos propios del mensajero, del héroe: la soledad, la visión profética, la revelación del mensaje di-

vino, el secreto manifiesto, que acaban todos por entender; veréis, por consiguiente, al lado de la admiración rayana en culto, el desconocimiento, la contradicción, la persecución, el odio; la corona, por fin, que, como la de todos los héroes, será de espinas.

III

El monumento que váis á crear, hermanos artistas, se erigirá en Montevideo, en un alto promontorio; será el altar cívico de la patria uruguaya. Pero, además de eso, él va á representar una sideral aparición en nuestra América, que aun no ha fijado bien las estrellas polares en su celeste planisferio histórico.

Por causas que os haré conocer, una leyenda venenosa, una fatal conspiración histórica ha pesado, hasta no hace mucho tiempo, sobre la memoria de nuestro Artigas, y sobre el corazón de la patria oriental, por consiguiente; una maligna conspiración de irracionales odios, y de rencores injustos. La historia americana ha sido un sepulcro, más que un sepulcro, un infernal cerco dantesco para ese altivo desdeñoso de la gloria. No sin mucha razón, el gobierno de mi país, en el elocuente decreto en que me encarga que os instruya de su intención, llama á Artigas *el gran calumniado de la historia americana.*

Acaso recordaréis la leyenda de aquella *Ciudad de Is,* de que nos habla Renan en sus *Recuerdos de Infancia y Juventud;* aquella ingenua historia de una villa tragada por el mar, que nos narran los pescadores de la comarca bretona. Éstos aseguran que, en los días de tempestad, se ven las puntas de los campanarios de la villa sumergida, en el hueco de las olas. Y, en los días de calma, sube desde el abismo, y se oye vagamente, el lejano son de sus campanas melodiosas.

Así ha estado resonando, para muchos americanos, mis amigos artistas, el nombre de este Artigas, en medio de las sombras y de las olas que amontonaron sobre él, cometiendo un grande error, los que hablaron primero, y en voz más alta, de la historia de los tiempos heroicos del Río de la Plata.

"El error más odioso, dice Renan, al contarnos la leyenda bretona, es creer que se sirve á la patria calumniando á los que la han fundado. Todos los siglos de una nación son las hojas de un mismo libro. Los verdaderos hombres de progreso son aquellos que tienen, como punto de partida, un profundo respeto hacia el pasado. Todo cuanto hacemos, todo cuanto somos es el resultado de un trabajo secular. En cuanto á mí, jamás me siento más firme en mi fe liberal, que cuando pienso en los milagros de la antigua fe, ni más ardiente en el trabajo del porvenir, que cuando paso las horas escuchando las campanas de la Ciudad de Is."

Ese pensamiento predispone á la magna inspiración, como el otro de Carlyle, según el cual los bárbaros viejos reyes del mar de la leyenda heroica inglesa, que desafiaban al océano embravecido, y á todos sus monstruos, son los abuelos de Nelson, y tienen parte en el gobierno de la Inglaterra actual. ¡Cuánto más cerca está Artigas de nosotros, que lo están esos abuelos de Nelson de los ingleses contemporáneos!

Lo que seamos nosotros para el pasado, mis amigos, eso será para nosotros el porvenir. Cuanto mayor sea nuestra nobleza para juzgar á nuestros padres, tanto más noble será la disposición que legaremos á nuestros hijos para ser juzgados por ellos. Y esa será la grandeza de la patria. Que las patrias, más aún que de sus hijos vivos, se forman del conjunto de sus grandes hijos muertos.

El odioso error de que habla Renan, va pasando en nuestra América, que ha incurrido en él más de una vez; por todas partes están surgiendo, como las puntas de sonoras torres sumergidas, las lanzas de caudillos desterrados, y se echan á volar sus voces, como las de musicales campanas que aparecen en el aire sonando á gloria.

Ninguno puede resurgir, sin embargo, á la faz de América, con el altivo gesto marmóreo de este Artigas, á que váis á dar vida perdurable.

Vamos á crearlo precisamente en el momento propicio, en su verdadero día: en el centenario de la revolución de Mayo.

Yo tomo sobre mí el haceros comprender, sentir intensamente sobre todo, cómo Artigas es el hombre que personifica la revolución de 1810; cómo es él quien, desde su promontorio oriental, verá salir el sol del mes de Mayo sin que su luz le ofenda los ojos.

IV

Escuchadme con alguna atención, buenos amigos míos; leeremos el menor número posible de documentos comprobantes; pero conoceremos los indispensables y los más sugestivos. No en ellos, sin embargo, sino en nosotros mismos veremos á la verdad, hija luminosa de la niebla; ella brotará, en marmórea desnudez, sin saber cómo ni cuándo, del fondo del agua removida por nuestro espíritu, como el ángel de la piscina probática.

Concretemos, pues, de nuevo, nuestro propósito. No nos reunimos á hacer historia, sino á hablar sobre ella, y á condensar, en forma plástica, su aliento melodioso. Si la música es el vapor del arte, según Víctor Hugo, la poesía y la

tradición legendaria son, en cierto modo, el vapor de la historia, dice Joaquín González, brioso artista. Creo que eso está bien dicho. Y es eso lo que vamos á hacer nosotros: condensar, cristalizar en divina forma ese melodioso vapor.

Pero como yo no debo presumir en todos vosotros, con ser quienes sois, el conocimiento de los hechos, así sean los más notorios y sencillos, he aquí que me veré en el caso de hacer algo que sirva hasta de lectura para los niños, (el hombre es un niño de cuatro mil años) una especie de historia gráfica, algo de aquello que decía René Doumet, cuando habla de *l'art de prêter aux idées sérieuses l'attrait de la frivolité*. Eso es lo que hacía á maravilla aquel griego, niño por lo semibárbaro, que llamamos Homero, sin conocer á ciencia cierta su nombre; y algo de eso tiene también, á lo que yo entiendo, en sus cuentos ó historias vivas, el otro bárbaro de Shakespeare, el inglés, al que podríamos agregar el italiano que hizo la historia infernal y divina, llena de verdades seculares, que llamó *Divina Comedia*. ¡Comedia! Creo que más comediante era el otro insigne contador de historias esenciales, el español que nos contó la vida de don Quijote. Un verdadero caballero, por cierto, este don Quijote, lo que se llama un caballero.

Pero esos épicos historiadores son escasos indudablemente. Si no lo fueran tanto, estoy completamente seguro de que este Artigas de que voy á hablaros tendría el suyo.

Lo tendrá, en corriendo que corra su ciclo histórico; pero entretanto, fuerza nos será contentarnos con ser muy sinceros y verídicos.

Que, no pocas veces, en la sincera verdad llega á encontrarse la suprema belleza.

Escuchadme, pues, oh hermanos artistas, con fértil atención; yo os diré la verdad estética, la suprema; yo he leído en alguna parte que Sócrates decía que sólo los artis-

tas son verdaderamente sabios. Os hablaré á los ojos y á los oídos; las luces más expresivas, los colores más armoniosos, los sonidos más sustanciales y vivientes que encuentre en mi memoria, para vosotros serán; para transmitir por simpatía á vuestro organismo la pasión ó conmoción orgánica más noble y más intensa de la patria que espera vuestra obra. Y haré que améis á Artigas, como nosotros lo amamos, para que podáis comprenderlo.

Os confieso que me siento ufano y feliz con esta misión, que me ha cabido en suerte, de profetizaros el pasado, y daros el ritual de nuestro culto cívico; la de ser el rapsoda que recitaba al pueblo griego los poemas homéricos, mediante el salario de un cordero.

Puedan mis palabras, amigos míos, que quisiera llenar de sol y de ritmos ágiles, alumbraros la senda, haceros amable y fácil el camino, y conduciros al amor y á la posesión de la belleza inviolada.

CONFERENCIA II

EL TEATRO

Origen de los pueblos de América. — El continente americano. — Su estructura.—Su reparto entre España, Portugal ó Inglaterra. — La línea de Alejandro VI. — La América del Sur. — El mundo atlántico y el mundo andino. — El lote de España y el de Portugal. — La cuenca del Amazonas. — La del Plata y sus tributarios. — La región andina. — La atlántica tropical. — La atlántica subtropical.—Buenos Aires y Río de Janeiro.—Montevideo. — La tierra de Artigas. — Su carácter. — Descripción de su territorio. — Geología, etnología, fauna, flora. — Sus límites naturales.

I

Amigos artistas:

Hemos hablado de Artigas como del héroe de la independencia americana. Es preciso, pues, que hablemos algo sobre los pueblos de América, sobre su origen, y sobre su emancipación de las metrópolis ó naciones europeas que descubrieron el continente, lo conquistaron de sus primitivos habitadores, y lo repoblaron y colonizaron. Es indispensable que hablemos hoy especialmente de eso, siquiera sea en somera forma.

Me habéis de perdonar si yo os considero, oh mis hermanos artistas europeos, más ajenos acaso de lo que realmente

estáis á las cosas de este mundo nuevo. Quizá sin merecerlo, tenéis que pagar vosotros la ignorancia, muy parecida al desdén, que advertimos los ibero-americanos en hombres y publicaciones europeas, cuando tratan de nuestra geografía y de nuestra historia. Mal de vuestro grado, habéis de escucharme, pues, con resignación, así os diga las cosas más corrientes y vulgares; mi deber es procurar que no sólo las conozcáis, sino que también las sintáis y las améis. Yo espero poder sugeriros algunas ideas grandes, dignas de la forma perdurable, si predisponéis vuestro espíritu á la resonancia musical. La palabra arrojada al oído del alma, he dicho yo en alguna parte, tiene el sonido de la piedra arrojada al abismo: toman ambas las proporciones de la capacidad en que sus ecos se difunden. Ensanchad, pues, la noche atenta de vuestro espíritu, y entre mis palabras se harán algunos silencios armoniosos y fecundos.

Conozcamos, ante todo, el teatro en que va á desarrollarse la acción; tomemos una carta geográfica, y miremos un rato nuestro continente americano. Hagamos uso de la carta más sencilla, de la que más nos aleje del concepto científico, y mejor nos vigorice el concepto estético; esa, que nos da la silueta de nuestro continente, sus grandes sistemas orográficos é hidrográficos, montañas y ríos, y nos indica las simples latitudes y longitudes: los polos arriba y abajo, la línea del Ecuador en el centro, los trópicos ó paralelos equidistantes del Ecuador, al Norte y al Sud, correspondientes á los puntos solsticiales, y distantes cada uno de ellos 26 grados y minutos de la línea ecuatorial. Más de 52 grados geográficos entre ambos. Ahí tenéis los dos trópicos: el de Cáncer, al Norte del Ecuador, en el hemisferio boreal; el de Capricornio, al Sur, en el austral; la región del calor, cuyo

centro es el Ecuador, entre ambos trópicos; la de los fríos que van hacia los polos, al Norte y al Sur de esa gran franja caliente que circunda la tierra.

Este nuestro continente, como lo véis, ocupa la tercera parte del planeta que habitamos; caben en él todos los climas, todos los hombres de la tierra, todos los productos; se extiende de polo á polo; toca allá arriba los hielos del polo ártico; adelanta hacia la línea del Ecuador, la cruza, y se aleja de nuevo hacia el Sur, para hundirse allá en los otros fríos, en los hielos del polo antártico; tiene casi cuarenta millones de kilómetros cuadrados, sin contar las tierras árticas.

Su silueta es simplicísima, sin embargo: son dos enormes triángulos unidos. Pero observad algo fundamental por lo que dice á mi propósito: el del Norte apoya su dilatada base allá en el polo boreal; toma su mayor ensanche, entre el Atlántico y el Pacífico, en la zona fría y templada, al norte del trópico de Cáncer, ahí, donde leéis Canadá, Estados Unidos, y se va adelgazando á medida que se acerca al Ecuador, ahí, donde leemos Méjico, Centro América, Antillas, hasta hundir su vértice, adelgazado por la rotura del Golfo de Méjico, en las proximidades ecuatoriales, en el istmo de Panamá. El triángulo del Sur, por el contrario, apoya su base en el Ecuador; cobra su mayor amplitud en la zona cálida, al norte del trópico de Capricornio, ahí donde se lee Brasil, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay; y, á medida que se aleja del trópico, se va estrechando, Uruguay, Argentina, Chile, hasta aproximar su vértice patagónico al polo austral, en el Cabo de Hornos. Las tres partes de esta América del Sur, 14 millones de kilómetros, están en la zona tórrida; sólo una cuarta parte, algo más de cuatro millones, vive en la templada.

Este mundo nuevo, ignorado del antiguo hasta hace

cuatro siglos, ayer no más, como quien dice, y habitado por hombres y por razas sin historia, fué descubierto y repoblado por la raza europea al rayar el siglo XVI. Y os digo *repoblado,* porque es preciso observar que la conquista de Europa en el Nuevo Mundo no fué lo que la de Roma, pongo por caso, en el antiguo, en que cada región conservó su raza, sus costumbres y su tipo, y formó su lengua. — La conquista europea fué una repoblación, una sustitución de un pueblo por otro pueblo, de una raza por otra, como base sociológica. Los aborígenes de América han subsistido y subsistirán hasta que se consume la definitiva evolución de la estirpe americana; ya los veremos dar su sangre á nuestra independencia, como da el sándalo su perfume al hacha que lo hiere, regar con ella un árbol de cuyos frutos no comerán; entonces les atribuiremos su significado estético. Pero los indios sólo existieron como entidades humanas, no como entidades sociológicas; la civilización del Nuevo Mundo es, desde su origen, la civilización europea, la cristiana; no la azteca, ni la incásica, ni la guaranítica. En América continuó, pues, la historia, no de los aborígenes descubiertos, que casi no la tenían, sino la de los europeos descubridores; allí debían servir de piedra angular á las nuevas sociedades las ideas cristianas, depuradas, en la lenta evolución progresiva del linaje humano, de las escorias que á ellas se adhieren, desfigurándolas, y ofreciendo como sustancias los simples accidentes.

II

Pues bien, hermanos artistas: ese gran hallazgo del génio navegante; ese nuevo mundo que salió al paso de Colón, que descubrió Colón cuando éste corría en sus carabelas,

al final del siglo xv, en busca del Oriente asiático, tocó en suerte, en resumidas cuentas, á tres pueblos europeos, que se lo dividieron: España, Portugal é Inglaterra. Cada uno de esos pueblos llevó á su pedazo de mundo su sangre material; pero, más que eso, llevó lo que constituye su vida íntima: su lengua, como base de la civilización que allí establecía. Vosotros sabéis que la lengua es, para un pueblo, lo que la sangre para un organismo. Como éstas determina la constitución del hombre, aquélla establece el temperamento de una nación, su idiosincrasia, su carácter. El lenguaje, producto vivo del hombre interior, como dice Schlegel, es una perpetua sugestión; la misma asimilación de las ideas extrañas tiene que hacerse previa traducción de ellas á la lengua del que las absorbe, y la traducción es, en sí misma, una transformación en sustancia propia, una adaptación á nuestro modo de ser.

Se distribuyeron, pues, el continente, no varias razas, como ha solido decirse, (no hay tal raza latina ni tal raza anglo-sajona) sino tres pueblos, de la misma raza caucásica ó europea, pero de lenguas diferentes: *english spoking folk,* dicen los británicos, "pueblos de lengua inglesa." Hubo, pues, tres Américas: la de lengua española, la de lengua portuguesa y la de lengua inglesa.

España, con Colón y sus sucesores, tomó posesión, á contar del año 1492, del núcleo de su lote en las Antillas, á 17 grados de latitud Norte, precisamente sobre el trópico de Cáncer. Algo se dilató más tarde hacia arriba, hacia el frío, pero no mucho; su expansión se realizó hacia abajo, hacia el Ecuador. La primera tierra continental en que pisó fué la embocadura del Orinoco: ahí tenéis su delta á 10 grados del Ecuador, sobre el mar de las Antillas.

Portugal que, después de doblar, con Vasco de Gama, el Cabo de Buena Esperanza, insiste en circundar el Asia

hacia la India, es llevado, con Alvarez Cabral, el año 1500, á la punta más oriental del continente, al Brasil, en el grado 17 de latitud austral, sobre el trópico de Capricornio. Precisamente á la misma distancia del Ecuador, ocupada por España en el otro hemisferio.

Inglaterra, que había sido la primera en reconocer las costas de la América del Norte, pasa casi un siglo sin reservarse en ella su parte.

Sin contar las primeras expediciones de Gilbert y Raleigh en 1578 y 1581, es sólo en 1606, un siglo después de España y Portugal, cuando el Rey Jacobo I celebra acto de estable soberanía sobre su lote, que divide en dos partes iguales de costa y tierra, entre los grados 34 y 45 de latitud Norte.

Esa circunstancia ha hecho decir últimamente al Presidente de Estados Unidos, Roosevelt, algo que revela su tendencia á penetrar en el fondo de las cosas, y á revelar novedades viejas.

Al colocar en Wáshington, en Mayo de 1908, la piedra fundamental del Palacio de las Repúblicas Americanas, en el que se levantará la estatua de Artigas, decía á las de origen ibérico en nombre de la grande de cepa inglesa que él representaba: "Vosotras sois, en cierto sentido, nuestras hermanas mayores, pues representáis civilización más antigua en este continente; nosotros somos los jóvenes. — Vuestros padres, los exploradores españoles y portugueses, conquistadores, legisladores y arquitectos de repúblicas, habían conseguido una civilización floreciente en los trópicos y en la zona templada del Sud, mientras que toda la América, al norte del Río Grande, permanecía todavía sin delinear y en estado primitivo."

Fijaos ahora, hermanos artistas, en la forma en que se reparten el nuevo mundo sus descubridores. Notad primeramente el lote del inglés: es la parte más amplia del continente; está en el mismo hemisferio y en la misma latitud de Europa, en plena zona supertropical; es la región americana más próxima á las costas europeas; se extiende de océano á océano, del Atlántico al Pacífico, cinco mil kilómetros, una superficie de nueve millones de kilómetros. Creo que es esa, y no otra, la razón principal por qué la América anglo sajona se ha adelantado á la ibérica en la conquista del bienestar. En ese mundo se hablará inglés por los siglos de los siglos.

Inglaterra y España se dividen, pues, la América del Norte; pero la parten á lo ancho, de Oriente á Occidente; la porción supertropical amplísima, la más cercana á Europa, para Inglaterra; la parte inferior, más estrecha, más apartada del mundo antiguo, para España.

La América del Sur, que es la que debemos estudiar especialmente, se reparte entre España y Portugal; pero no á lo ancho, como la del Norte, sino á lo largo. El Papa Alejandro VI, encargado por ambos pueblos de designar el lote que á cada uno debe corresponder, traza con su báculo la línea divisoria. Esa línea cortó el continente de arriba abajo en dos partes: la de la derecha, bañada por el Atlántico, y que tiene por núcleo geológico el gran macizo orográfico del Brasil, y por cuenca hidrográfica la enorme del Amazonas, pertenecerá á Portugal; la de la izquierda, que se recorta sobre el Pacífico, y tiene por núcleo la formación andina, á España.

Observemos, por fin, una circunstancia más, la fundamental, la que más dice á nuestro propósito, y en la que deseo fijéis vuestra atención toda entera.

Como hemos advertido, la espléndida herencia de Por-

tugal tiene por cuenca la del innumerable Amazonas; pero notad que éste corre de Occidente á Oriente; sigue el mismo paralelo, el del Ecuador; atraviesa, por consiguiente, la misma tierra, con el mismo clima, idénticos productos, café, algodón, azúcar, cacao, selvas tropicales. El Amazonas es un enorme río interior.

Pero observad, más al mediodía, esa otra formación hidrográfica, que, arrancando del Brasil, casi confundiendo sus fuentes con las de los tributarios meridionales del Amazonas, en la zona tórrida, corre hacia el Sur: son los ríos Paraná, Paraguay y Uruguay, que van á perderse allá en el Río de la Plata, á los 35 grados, en la zona templada. Esos ríos corren de Norte á Sur, atraviesan diferentes latitudes, distintos climas; en sus fuentes crecen los naranjos, los algodoneros, los bananos, el café; en su desembocadura, el trigo, el maíz, las gramíneas; recorren 20 grados geográficos. Y observad esto sobre todo: ellos parten en dos, de norte á sur, el continente sudamericano, determinan la línea de separación, el tajo — digámoslo así — entre la formación geológica atlántica y la andina. Esos dos macizos orográficos, el del Atlántico y el del Pacífico, no son, como se ha dicho, ramificaciones de los Andes, ni cosa que se le parezca; son dos mundos distintos. El primero, completamente apagado, sin un solo volcán, es millares de años anterior al segundo, que está en perpetua ignición, que es un rosario de volcanes en actividad como no hay otro en el planeta. Los Cíclopes trabajan aún en esas fraguas subterráneas, y quitan más de una vez el sueño á los hombres de la costra terrestre, con sus fuelles endiablados, y sus estentóreos martillazos. Los que trabajaron en el subterráneo atlántico nos dejan vivir en paz hace diez ó quince mil años, felizmente.

Seguidme con alguna atención, amigos artistas, para

fijar esta idea con el mayor cuidado; tomemos una vez más la carta geográfica que nos sirve de guía. Seguid esa línea trazada aproximadamente por el báculo de Alejandro VI de Norte á Sur, y veréis cómo ella, partiendo de las proximidades del Orinoco, allá en el Norte, á 10 grados del Ecuador, cruza el continente siguiendo la cuenca de los ríos que lo parten en dos, y se pierde en el océano, allá á los 30 grados de latitud Sur.

No se imaginaba el Pontífice, seguramente, que la línea que él marcaba sobre un planisferio equivocado, si bien no se identificaba con la que traza la ciencia geológica moderna en las profundidades de la costa terrestre, se aproximaba bastante á ella. La América del Sur está formada por una enorme llanada entre la cordillera de los Andes y la del Brasil. Si bien existen dos cordilleras atravesadas, la *transversal,* en el centro, que separa la cuenca del Plata de la del Amazonas, y la de *Parima,* allá en el Norte, que divide la del Amazonas de la del Orinoco, esos son accidentes. Tan lo son, que esos tres grandes ríos se unen en sus fuentes. Un día vendrá en que un barco, entrando por el Orinoco, en el mar de las Antillas, saldrá al Atlántico por el Plata. Ese barco navegará por el fondo, entre dos verdaderos continentes.

Pues bien: yo creo, con una luminosa hipótesis científica, que la cuenca del Amazonas, y sobre todo la del Plata, estuvieron, en un día sin historia, ocupadas por el océano. El Brasil era una isla colosal en el Atlántico, un verdadero continente, si ya no es que formaba parte del que engranaba en Africa, quizá en Europa. ¿Qué se yo? Sea de ello lo que fuere, me parece evidente que el Brasil era un mundo distinto del que tenía por núcleo la cordillera de los Andes.

No importa que nos engolfemos un poco en estas observaciones científicas, mis amigos artistas; yo quiero que os

deis cuenta de lo que significa esa enorme grieta inferior de la América del Sur por donde sale al mar el Río de la Plata, y á donde vienen á parar el Paraguay, el Paraná y el Uruguay. La hipótesis que os ofrezco no es nueva. Ya en 1832, Carlos Darwin, calculando la edad de los restos fósiles de los terrenos pampeanos, vió en el Plata un gran brazo de mar que, en época remotísima, cubría la provincia de Entre Ríos. Esas conchas que allí se ven sólo viven en el mar. D'Orbigny confirmó y amplió esa hipótesis diez años después: hizo llegar el océano hasta el medio Paraná. Herbert Smith, recientemente, en 1886, con su imaginación científica, vió al Atlántico penetrar á inundar las pampas hasta el extremo septentrional de Corrientes, y recibir las aguas del Paraguay, del Paraná y del Uruguay, que allí desembocaban, separados por centenares de kilómetros. Estos tres ríos emprendieron la obra muchas veces secular de expulsar al océano, y terraplenar esa cortadura inmensa, acarreando á ella, disueltas en sus aguas, las mesetas del Brasil central y del bajo Perú oriental. Aun hoy, esos ríos depositan en el estuario 80 millones de metros cúbicos de aluvión por año. Se formaron las primeras bandas arenosas, aparecieron las primeras sirtes, las primitivas dunas; las marejadas de casquijos se amontonaban, se esparcían ó se disolvían á merced de los vientos, hasta formarse las islas, los archipiélagos más ó menos adheridos á las puntas de las costas recién nacidas; se levantaban por un lado los territoríos, mientras que, por otro, se abrían profundísimas honduras que llenaba el mar, y de que aun son testimonio las lagunas saladas de Córdoba y la Rioja... En resumen: todo aquello fué cubierto por la gran planicie fluvial que ocupa la hondonada arrebatada al Atlántico.

Según eso, el límite inferior de los dominios portugueses, si éstos habían de obedecer á la ley geológica, hubiera

debido ser esa gran cortadura primitiva: el Río de la Plata y los grandes ríos Paraná, Paraguay y Uruguay que en él desaguan, y que son los que, en esa latitud, determinan la separación entre la formación andina y la atlántica. Con esos límites, Portugal, partiendo de sus dominios tropicales, en que coloca el núcleo sociológico de su conquista atlántica, que será Río Janeiro, hubiese penetrado con su lengua en la zona sub-tropical, en la tierra del trigo, del maíz, de las gramíneas; su límite arcifinio hubiera sido el río de la Plata y alguno de sus tributarios que vienen de las entrañas mismas del Brasil; el río Uruguay seguramente, porque me parece indudable que son las costas orientales del Uruguay y del Plata, de formación más antigua y más firme que los declives de la margen occidental, las que trazan el borde inferior del gran macizo brasilero. Ese fué el sueño secular de Portugal y del Brasil: llevar sus dominios hasta el Plata y el Uruguay.

Pero no fué así. En ambas márgenes del estuario había de hablarse español por los siglos de los siglos; la línea de Alejandro VI, que limitó el dominio portugués, pasa más al Norte de la embocadura del Plata. Ese macizo atlántico no iba á pertenecer todo él á Portugal; debía ser partido á lo ancho, allá en las latitudes subtropicales, entre Portugal y España. En su extremo inferior, en el otro extremo del ocupado por Río Janeiro, puerto suntuoso del trópico, debía fundarse una ciudad española, Montevideo, puerto luminoso de la zona templada, que había de impedir la llegada hasta el Plata de la influencia sociológica de la ciudad portuguesa del Norte. Montevideo debía arrastrar á su órbita de rotación el ángulo inferior del gran macizo del Brasil.

Al llegar aquí, se me ocurre que acaso pudiera ser oportuno el deciros el por qué os estoy dando todos estos datos. Pero no quiero detenerme demasiado en esta idea. Bien comprendéis que, en estos repartos entre las metrópolis europeas, están los fundamentos de las que serán distintas naciones americanas. Os estoy dando, por consiguiente, la genealogía de éstas.

Quedaba, pues, una región atlántica, precisamente la que se desarrolla en el comienzo de la zona subtropical y termina en la curva que forma la entrada del gran estuario, que debía pertenecer á la numerosa familia hispánica, pero sin perder su carácter étnico diferencial.

A España, descubridora del Río de la Plata, le estaba reservado todo el lote subtropical de la América del Sur, toda la región equivalente á la que cupo en suerte á Inglaterra en la América del Norte, si bien incomparablemente menor que ésta, por la estructura del continente austral, que se adelgaza á medida que penetra en la zona subtropical.

De esa manera, en la región austral de la América del Sur se formaron tres grandes lotes bien definidos: uno andino, perteneciente á España, con su núcleo en Buenos Aires de un lado de los Andes, y con Santiago de Chile del otro. Y dos atlánticos: el del norte, con su núcleo sociológico en Río Janeiro, para Portugal; el del sur, con su centro en Montevideo, para España.

La metrópoli española no comprendió entonces lo que significaba esa su propiedad en ambas márgenes del estuario meridional.

El Río de la Plata no tenía oro; el oro estaba allá arriba, en los Andes, en las altiplanicies del Perú. Vale un Perú, vale un Potosí, se decía para expresar riqueza, riqueza rápida, de aventurero.

La metrópoli española desdeñó el territorio oriental del Plata. Pero allí dejó su lengua; con su lengua su espíritu; y con éste, unido á las fuerzas de las leyes geológicas y étnicas, el germen de un pueblo independiente por naturaleza de los demás hispano-americanos: el pueblo oriental. Éste, separado del occidental andino por razones geológicas y geográficas, que neutralizaban las sociológicas que á él lo unían, está también separado del septentrional atlántico por causas sociológicas y climatéricas, que neutralizaban las geológicas y etnológicas que á él lo hubieran vinculado.

Si bien lo meditáis, encontraréis en eso la causa más remota, pero no la menos profunda, de la formación de nuestra patria oriental, independiente de la argentina y de la brasileña. No es obra de los hombres; es ley de la naturaleza; ley de Dios.

III

Dueña del Norte de la región occidental de la América meridional, España cruzó con Balboa el istmo de Panamá, descubrió el Mar Pacífico, siguió hacia el Sur, descubriendo y conquistando las costas andinas, el imperio de los incas, la región de los araucanos; pasó el Cayambé, el Chimborazo; llegó al Aconcagua que arde sobre los Andes. Había, pues, cruzado el trópico de Capricornio, y tomado posesión de Chile, en la zona templada, pero haciendo centro de sus conquistas al viejo imperio del Perú, la región de los hijos del sol, de los incas, la del oro. Allí pondrá el puerto, el único puerto de América: en Panamá, en Puerto Bello. Sólo por allí tendrá entrada el mundo viejo á la nueva Hispania.

Pero al mismo tiempo, por el lado del Atlántico, España navegaba hacia el Sur, hacia la zona tropical, en busca

del estrecho que debía unir el Atlántico con el mar de Balboa; cruzaba, con Juan Díaz de Solís, á lo largo de las costas del Brasil; atravesaba el trópico de Capricornio, navegaba 2,000 leguas, y, tomando entonces rumbo de Este á Oeste, llegaba al Río de la Plata, del que tomaba posesión.

Pero, escuchadlo bien: España cree que su pedazo de mundo americano no tiene por núcleo la formación atlántica sino la andina; será dueña pues del continente que, en tiempo remotísimo, estuvo separado por el mar del que ha tocado en suerte á Portugal. Funda la Asunción primeramente, y, sobre todo, Buenos Aires, que será la cabeza de su dominio en el Sur. Pero hace todo eso con intención de incorporar el Río de la Plata á su lote andino, cuyo núcleo principal es el Perú, con Lima, la ciudad de los reyes, por capital.

Su afán es el de poner en contacto á los conquistadores del Plata con los del Perú, á los del Atlántico con los del Pacífico; hacer un gran block de todo eso, con entrada por el Norte. Mientras los conquistadores del Perú bajan por los contrafuertes de los Andes en busca de los del Plata, y fundan á Tucumán, éstos suben hacia el Norte y el Oeste, y, por allí, se encuentran.

Así va España tomando posesión de este mundo, y plantando en él sus jalones, que son ciudades. Pizarro funda á Lima en 1535; en el mismo año, don Pedro de Mendoza abre los cimientos de Buenos Aires, que don Juan de Garay radica definitivamente en 1580; Quesada funda á Santa Fé de Bogotá en 1538; Valdivia se fija en Santiago en 1547; Lozada funda á Caracas en 1567; Ayolas á la Asunción en 1534.

Todos piensan en la región que se extiende entre el Plata y el Pacífico, con los Andes por columna vertebral. En cuanto á ese otro pedazo de tierra entre el Plata y el Atlán-

PAISAJE DEL URUGUAY — Un remanso de río interior

tico, apenas si se alzan las murallas de la Colonia, sin más propósito que el de conservar la posesión; se le considera otra cosa distinta.

Miremos nosotros, oh amigos artistas, con mayor intensidad que sus descubridores, ese pedazo de América que, determinado hacia el Sur por la curva que traza el Plata al derramarse en el Océano, llega hacia el Norte, por el Atlántico, hasta la línea divisoria de los dominios españoles y portugueses; ese que no pertenece á la formación andina sino á la atlántica, al levantamiento del Brasil, pero que se desarrolla en la zona templada, en la que corresponde, en los Estados Unidos del Norte, á la Georgia, á la Carolina del Norte y del Sur; ese que, casi olvidado por España, pertenece al macizo geológico del Brasil, al lote de Portugal, pero habla español. Forma una unidad geográfica perfectamente definida; constituye una entidad étnica y sociológica imposible de confundir. Para fijaros más esa idea, os quiero hacer advertir desde ahora una circunstancia fundamental, que mas tarde examinaremos más: todos los dominios españoles que formaron el virreinato del Plata, el mundo andino, dependían de un solo puerto de salida al que convergía toda la región: Buenos Aires. Sólo ese pedazo ultraplatense era independiente de Buenos Aires en ese sentido, independiente por naturaleza; sólo él tenía salida propia, comunicación amplia y libre con el mundo, puertos en el Plata y el Atlántico, incomparablemente superiores al de la capital del virreinato: la Colonia, Montevideo, Maldonado, Coronilla, toda la profundísima costa atlántica, la más cercana á Europa, la más accesible, la verdadera puerta de entrada y de salida para toda la región subtropical del continente.

Veréis cómo más tarde ese territorio no será brasilero ni será argentino, porque ni Buenos Aires, ni Río Janeiro pueden ser su cabeza. Lo veréis desprenderse independiente como un desgarrón de la tierra, teniendo por núcleo el puerto de Montevideo. España casi no pensará en él: durante más de un siglo, los habitantes de Buenos Aires van allí á cazar vacas; los faeneros cruzan el Plata, acampan á orillas de algún arroyo, matan animales, los desuellan, secan al sol sus cueros, y regresan al mundo habitado, al virreinato, dejando la carne á merced de las fieras salvajes. Ese territorio será sólo, como dice Mitre, una servidumbre de Buenos Aires; *la vaquería de Buenos Aires* se le llamó.

Será preciso que los portugueses pretendan, por repetidas veces, pasar la línea divisoria de Alejandro VI, para que España se acuerde de que allí se habla y debe hablarse su lengua; será necesario que surja, por fin, allá en 1727, dos siglos después de fundado Buenos Aires, un gobernador español, don Bruno Mauricio de Zabala, que se dé cuenta del problema y funde á Montevideo, para que todos los elementos sociológicos embrionarios de esa tierra característica se agrupen, y comienzen á tomar cohesión, á ser un organismo, á sentir, á pensar, en torno de una ciudad nueva, distinta de las demás metrópolis hispánicas, hasta por sus pequeños monumentos arquitectónicos coloniales, que son de la restauración, mientras los otros son de la decadencia.

IV

Ahora bien, mis amigos: ese trozo de América, el único que había tocado á España en la región atlántica del sur, era "el pedazo más envidiable, dice el sabio Martín de Moussy, el rincón más admirable del nuevo mundo, por su

topografía, por su clima, por su hidrografía y su fertilidad."

Tomad de nuevo un momento la carta geográfica para mirarlo, mis bravos artistas, porque es preciso que lo observemos un buen rato. Yo quiero que vivamos juntos en él algunas horas. Seguid el relieve de esas costas oceánicas en que se estrella el Atlántico; ved en seguida, del otro lado, el inmenso caudal de agua que viene de los ríos Paraná, Paraguay y Uruguay, que se derraman en ese océano por intermedio del Plata, cuyas aguas, de un verde esmeralda, se diluyen en el azul del mar. Pero advertid, sobre todo, los perfiles de las costas del océano.

El navegante deja allá en el Norte los puertos tropicales, cuyo tipo excelso es la bahía de Río Janeiro, sin igual en el mundo, y costea en seguida el continente, sin hallar, en un trayecto de doscientas leguas, un solo puerto de acceso fácil. El primero que se encuentra es el profundísimo de Coronilla en el territorio oriental; el de Maldonado después; el de Montevideo por fin; las verdaderas, las solas entradas de la América atlántica subtropical.

Miremos ahora el territorio encerrado en ese marco. Todo en él es homogéneo, armónico y expresivo; parece modelado por un artista con la quinta esencia del humus fecundo ó del limo plástico de nuestra América. A diferencia de la región que se extiende en la misma latitud, del otro lado de la cuenca fluvial, que es plana, de terrenos blandos de aluvión, con grandes pampas ó con bosques mediterráneos, la región oriental está formada de una serie de graníticas colinas, en que la espesa alfombra de vegetación herbácea, formada de más de quinientas especies de gramíneas, abriga el cuerpo de la tierra, como la piel de un animal sobre la que pasan estremecimientos vitales.

Por la superficie, corre también la vida por una red

circulatoria de arterias hidrográficas, que dan á esas colinas el aspecto de los lóbulos de un cerebro irrigado por sangre copiosa. Las tres grandes vertientes que van, ya hacia el Uruguay, ya hacia el Plata ó el Atlántico, forman la cuenca del río Negro, que atraviesa el país de parte á parte, como el centro del estremecimiento arterial, y abren el lecho de catorce ríos, de centenares de arroyos caudalosos, y de millares de pequeñas corrientes que se mueven y dan la nota de la vida carminosa en todas las hondonadas, en cuyo fondo se encuentra siempre el reflejo del árbol sobre el agua: en el remanso quieto, ó en la corriente rumorosa y ágil.

Sus mayores alturas no llegan á seiscientos metros; y aun en ellas, la espiga del trigo puede germinar hasta en las cumbres. Son sólo ondulaciones más altas de una sinuosa superficie intacta. En algunas parcelas del territorio, la osamentación granítica rompe la piel que la recubre, y asoma en grandes bloques pétreos heteroformes, que son largas sierras ó cerros aislados como bloques erráticos, y que cobran formas arquitectónicas, semejantes á torreones cilíndricos ó á edificios ciclópeos derrumbados. Esos bloques parecen más bien caídos de lo alto que brotados de la tierra; no matan, por consiguiente, la rica vegetación que los circunda, y trepa por sus grietas, y forma, en las honduras, lujuriantes manchones de vegetación arbórea, en medio á los tupidos matorrales. Si se penetra en esas zonas ásperas excepcionales; si se cruza por el fondo de la sierra ó se trepa el cerro, se experimenta la sensación estética de lo grandioso, del paisaje de montaña, con tanta intensidad como en las excelsas cordilleras: la eminencia y la sima, el peñón abrupto cortado á pico, la mole granítica suspendida en el vacío, el precipicio, el largo desfiladero inaccesible, el breñal-madriguera en las honduras, el árbol tor-

PAISAJE DE SIERRA

tuoso agarrado á la roca con sus tentáculos de piedra, en las cumbres almenadas, el nacer y el morir del sol tras la mole fantasma, la proyección de la montaña en la llanura.

Pero allí lo grandioso es sólo efecto de la relatividad en la sensación; la sierra aparece grande porque las largas colinas en que se levanta de improviso son pequeñas; lo grandioso está en nosotros, aunque sugerido por la expresión del mundo exterior.

Ese paisaje no imprime carácter al territorio; la montaña no cierra ni recorta sus dilatados horizontes sin orillas; la vegetación arbórea natural es escasa. La región de los árboles gigantes americanos, como la de la montaña excelsa, está más arriba de la línea divisoria entre España y Portugal, en la región que se acerca al trópico, en la zona brasilera, en que crecen los palmares y los bananeros resonantes, y se produce el café y el algodón y el añil. En la tierra que observamos, la colina granítica, envuelta en su mantillo vegetal, produce el trigo y el maíz como en región alguna del mundo; las flores del peral y del manzano y del durazno, importados de Europa, anuncian sus primaveras llenas de sol fresco y coloreado con vigor. La flora indígena es escasa: árboles y arbustos tortuosos y de frutos agrios en su mayor parte, que no cobran las proporciones de los tropicales. Ellos bastan, sin embargo, para formar, con los matorrales y las enredaderas salvajes, largos bosques impenetrables, sobre cuyos árboles pequeños emergen de trecho en trecho algunos colosales, en que anidan águilas. Pero esos bosques crecen siempre á lo largo de los arroyos y los ríos, y se extienden más ó menos en sus márgenes y en sus confluencias, según es más ó menos rápido el declive de las colinas en cuya convergencia corre el agua entre los árboles y marañas. Si hay allí una llanura, las aguas que permanecen forman el *bañado,* el extenso

pantano cubierto de juncos y plantas acuáticas, en que anidan los patos innumerables, se levantan las bandas de garzas blancas como nubes del poniente, pasean las cigüeñas, nadan las nutrias, y lanzan los chajás sus gritos estridentes. Fuera de esos bajos en que se deposita el humus arrastrado por las lluvias al borde de las corrientes, no existen arbolados naturales; las colinas y los valles son el dominio exclusivo de la gramínea rastrera é invasora, salpicada de trecho en trecho por el cardal de flores azules, ó por el matorral de chircas verdes. Alguno que otro ombú solitario se levanta en la cumbre de las lomas; manchones de palmares, copiosos y agrupados los unos, ralos y dispersos los otros, dan su nota original en las costas atlánticas, ó á orillas del Uruguay. Pero todo eso es accidente: el perpetuo ondular de la colina, de un vermellón verde característico, es lo que imprime su sello á la tierra; los horizontes se ensanchan y se renuevan, modificando la línea curva de las lomas elásticas que se reproducen sin cesar; aparecen y se levantan las nuevas en la convergencia de las que descienden en primer término, suben y bajan, ondulan en el espacio, como enormes turgencias de senos núbiles que respiran dormidos. Muchas de estas feraces colinas, las más extensas, son achatadas: una larga meseta ó llanura se ofrece á la vista, una vez escalada la pendiente; una llanura granítica exuberante de vida vegetal; un lago verde de brillante inmovilidad fecunda.

El insigne botánico Auguste de Saint Hilaire, que recorrió estos campos en 1821, me salva del peligro de trasmitiros, como verdad objetiva, lo que pudiera ser solo impresión subjetiva con relación á mi tierra. Saint Hilaire se expresa así sobre ella: "Aunque poco variado, el aspecto de estos campos no fatiga como el de los inmensos desiertos de Goyaz y de Minas. El aire de alegría que

CARÁCTER DEL TERRITORIO URUGUAYO — Un arroyo interior

reina en todo este país depende acaso de la idea de riqueza y de abundancia que dan estos tan excelentes pastos; pero más todavía del color del cielo, de un azul tierno, en extremo agradable á la vista, y de la luz que, sin deslumbrar como en los trópicos, tiene una vivacidad y una fulguración desconocidas en el norte de Europa."

La fauna indígena no era más rica que la flora arbórea. Los seres cálidos que habitan innumerables las regiones tropicales; las fieras; los reptiles deformes; los habitantes de la misteriosa selva mediterránea, en que cuelgan los racimos enormes que destilan los azúcares hipnóticos, en que se enrosca el boa, y cantan los suntuosos pájaros extáticos sus himnos al sol, no hallan en esta región su ambiente propicio. Aquí la calandria y el zorzal cantan á la aurora; el águila traza en el aire su espiral silenciosa; el teru-tero lanza gritos de guerra ó de sorpresa; el venado, de pie sobre la loma, recorta su silueta delicada sobre los amplios horizontes de larguísimos crepúsculos anaranjados; el avestruz recorre las llanuras; el carpincho sale del río á pastar en la orilla; la perdiz llena el viento de los temblores musicales de sus alas.

Tales eran las notas características de la vida animal de esa región, que, no ofreciendo asilo propicio á las semillas ni á los seres animados que vienen del trópico, y que se detienen en sus fronteras, parecía estar á la espera de sus verdaderos dueños en el reino animal. Cuando estos llegaron con la colonización europea, la nota de la vida propia, esperada por la gramínea exuberante, dió su carácter definitivo á la comarca: el toro y el caballo, al pisar aquella tierra intacta, dura; al sentir el olor de la vida en la de sus pastos azoados; al ver aquellas colinas ilimitadas, abiertas al fogoso correr de la yeguada y al pastar de la vaca y del rebaño innumerable, sintieron la alegría y la pujanza del

vivir; vivieron y se reprodujeron en forma tal, que, en muy pocos años, los animales vacunos y caballares llegaron á tomar las proporciones que en otros países toman las plagas; llenaban las colinas del Sur, y subían hacia el Norte, hasta encontrar la línea en que se detenían los seres vivos que venían del trópico.

El caballo, sobre todo, transformó el aspecto de la tierra, y las costumbres de su habitador. El indio nómade no tenía caballo, andaba á pie; no poseía pues la tierra. Al llegar ese animal, como si se fundieran los dos seres, apareció el centauro, el ser habilitado para ser dueño y señor de aquellas colinas ilimitadas, que, con sus pastos y sus ganados, nutrían al hombre nuevo: al hombre á caballo.

¡Qué vinculada está la historia de los animales á la historia de los hombres!

Cuando se buscan símbolos de la independencia de América, se recuerdan aquellos doce potros maravillosos de la *Iliada,* que galopaban sobre las espigas sin doblarles los tallos, y sobre las aguas sin mojarse los cascos; se piensa en Poseidón que, golpeando la roca con su tridente, ve surgir el caballo, nacido de una grande ola marina, y dotado del cuello ondulante y de la blanca espuma de la ola. En la mitología americana, el caballo hubiera sido el animal sagrado.

Con esos elementos, amigos artistas, tenéis el ambiente de que ha de estar compenetrado el héroe oriental: colinas ilimitadas y solitarias, bajo un cielo de esplendente azul, bosques en las corrientes, ganados innumerables en las laderas verdes, inmensas yeguadas que recorren las sinuosas llanuras, rebaños de ovejas, y, á través de todo, el hombre á caballo, señor de la extensión.

Os he descrito todo esto, porque yo creo que la creación escultórica, aun la estatua personal aislada, tiene un fondo

invisible poblado de infinitos seres, un ambiente amplísimo que la compenetra, y que irradia de sus propias líneas expresivas y sonoras. En una actitud se refleja una montaña y una puesta de sol y hasta una tempestad. Yo debo, no sólo haceros conocer, sino haceros ver, y sentir y amar. Es preciso que, llegado el caso, no os limitéis á saber lo que hicieron Artigas y sus soldados; es fuerza que los veáis cruzar esas colinas que os he descrito, jinetes en sus potros desnudos sin domar, descender á los bajos ó bañados montuosos, en busca del vado escondido entre los árboles, cruzar á nado las corrientes, refugiarse en la sierra abrupta ó en el bosque impenetrable, proyectarse sobre el horizonte anaranjado por el sol poniente.

Si aun quisiérais daros cuenta de dónde comienza y adónde termina esa tierra como entidad geográfica, de límites geológicos inconfundibles, podéis advertir que ella es la punta subtropical del gran macizo orográfico cuneiforme del Brasil, el vértice inferior del dilatado triángulo formado por la línea horizontal del Amazonas, y por las dos líneas convergentes de las costas atlánticas y de los ríos que vienen del norte á unirse en el estuario del Plata. En ese vértice inferior está Montevideo; de este núcleo sociológico, como de un centro luminoso, cuyo chorro de luz se va ensanchando y debilitando á medida que se aleja del foco hasta fundirse en la oscuridad, subía hacia el norte el espíritu de la nación española. Algo así como lo que pasa en el fenómeno físico, ocurría en el étnico y sociológico con respecto á los límites naturales de la Banda Oriental; éstos eran precisos, inconfundibles, en el ángulo inferior: el mar y el fondo de los ríos son sus lados, imposibles de borrar. Pero la línea superior, como la que divide la

luz de la sombra en el extremo del foco luminoso, era difusa, indeterminada. Como se diluyen la luz y las tinieblas, se fundían allí el límite superior español y el inferior portugués, el radio de acción que desciende de Río Janeiro y el que sube de Montevideo. Era pues preciso trazar convencionalmente esa línea, y eso dió origen á la guerra tres veces secular entre España y Portugal, que trasladó á América el divorcio que existía, y existe aún en Europa, entre los dos pueblos ibéricos.

Las metrópolis trazaron varias veces aquella línea, y la escribieron en sus tratados de paz, que eran la sentencia de sus enconadas guerras. Entonces era más fuerte España, y la luz del foco hispánico subía hasta muy arriba. Alvar Núñez Cabeza de Vaca atravesó de Santa Catalina á la Asunción por territorio español; las misiones se fundaron á esa altura. Esa era la línea indicada por la naturaleza, la que hemos visto distinguir á los seres animales y vegetales en su marcha migratoria, y que el *homo sapiens* suele percibir menos claramente que la planta y que el bruto. Veréis que esa fué la que tuvo Artigas trazada en su pensamiento; la que hubiera trazado en la realidad, salvando todo el lote hispánico para la nación atlántica española, á no haber sido hostilizado por su propia estirpe.

Pero, pasado el período colonial, cuando los hijos se emanciparon de los padres, hispánicos y lusitanos volvieron á luchar por el trazado de esa frontera artificial. El hijo atlántico de España era entonces el más débil de la familia hispánica; había sido abandonado por sus hermanos; era, en ese momento, menos fuerte que el hijo de Portugal. Y fué éste quien impuso la frontera. Una gran parte de la región subtropical atlántica, que fué española, quedó incorporada á la opulenta herencia portuguesa. Pero no importa; esas líneas más ó menos arbitrarias, que trazan los hom-

PAISAJE DE SIERRA

bres por la fuerza en la superficie de la tierra, jamás podrán borrar las que están trazadas por la naturaleza en sus entrañas. Ellas adelantarán más ó menos, por otra parte, en la zona indefinida, achicarán más ó menos la esfera de acción política del núcleo inconfundible, pero jamás apagarán á éste.

Se achicó, sin duda alguna, la del núcleo hispánico; se le achicó todo cuanto fué posible arrebatar á la debilidad del heredero de España; pero no tanto que se le quitasen los elementos de vida; no tanto que se arrancara la raíz al vigoroso retoño atlántico del árbol español.

Se ha dicho que lo que quedó es pequeño. ¡Pequeño! Jamás tendré por hombre de buen sentido á quien tome en cuenta esa circunstancia para juzgar de la razón de ser de un pueblo, de la vida de un organismo: su territorio. Ese territorio no es pequeño: tiene doscientos mil kilómetros cuadrados; cuatro ó cinco naciones europeas caben en él; puede contener veinte millones de habitantes con menos densidad que Bélgica. Pero no creo que valga la pena hablar de eso. Lo que interesa es que os déis cuenta, mis buenos amigos, de la conservación de esa región, independiente por naturaleza, como la sede de un pueblo necesariamente distinto de los demás pueblos, chicos ó grandes, que lo rodean. Acaso lo que perdió en extensión hacia el norte, lo ganó en intensidad en su núcleo meridional.

Se ha quedado con lo más homogéneo, con lo indiscutible, con lo inconmovible. Si el mapa de la América del Sur no fuera aún definitivo, ese núcleo inmóvil será centro de atracción, núcleo de rotación, jamás satélite.

Y llegamos, por fin, á nuestro propósito. En esa región, en la margen oriental del Plata, nació Artigas, de un hidalgo español; nació en su núcleo urbano, en Montevideo, y casi con éste: cuarenta años después de su fundación. Ar-

tigas es la encarnación de todas esas leyes de que os he hablado; él es la transformación de esos elementos vitales en forma humana inteligente, en visión imperiosa, en dinamismo heroico, en núcleo de rotación espiral que envuelve la nebulosa generatriz de un cuerpo luminoso, de luz propia, centro de días y de noches.

CONFERENCIA III

EN LA REGIÓN DE LAS MADRES

La geología y la historia. — La *entelequía* ó el alma de las naciones. — La ciudad. — Las ciudades americanas como núcleos de estados independientes. — Buenos Aires, Montevideo y Río Janeiro.

I

Amigos artistas:

En mi conferencia anterior yo pretendí, como os lo decía, haceros penetrar hasta las vísceras de la patria oriental, llevándoos — como es llevado Fausto á la silente región de *las madres* ó de las causas — hasta las entrañas de la tierra, y hasta las más profundas quizá de los problemas sociológicos, en busca de la más remota razón de ser de la patria evocada por Artigas. En esa subterránea región, según Paul de Saint Victor, la antigüedad reverenciaba las raíces sagradas de todas las cosas: tesoros de metales y de piedras preciosas, frutos y plantas en germen, cultivos y sepulturas, efluvios de antros y de trípodes proféticos, leyes inmutables que desenvuelven el mundo y le sirven de bases sustentadoras. Confieso que eso es demasiado horadar; meterse acaso en demasiadas honduras. Quizá encontremos en ellas,

sin embargo, alguna línea, y hasta algún lampo de color para vosotros.

Pero si bien yo quisiera haceros extraer de las mismas entrañas ígneas de la tierra americana el hierro y el cobre de que formaréis el bronce de vuestra estatua, no pretendo con ello presentaros las influencias geológicas y étnicas y climatéricas, como el único factor determinante de la formación de los estados; ni siquiera me atrevo á clasificar, por orden de importancia relativa, los múltiples agentes, sociológicos, históricos, geográficos, térmicos, que concurren á conglomerar las células ó unidades primitivas de las naciones.

Federico Amiel, el melancólico ginebrino de alma germánica ó germanizada, hubiera dado, me parece, una importancia muy grande, en nuestro caso, al factor geológico que yo os indico. "Juzgar nuestra época, dice en su *Diario Intimo,* desde el punto de vista de la historia universal; la historia, desde el punto de vista geológico, y la geología desde el punto de vista de la astronomía, es una emancipación del pensamiento." Yo no llegaré á tanto. Esas teorías de conjunto, á que se adhiere tan firmemente el pensamiento del norte; esos métodos comprensivos, de donde han salido, según la opinión de Bourget, tantos sistemas, desde el de Schelling hasta el de Hartmann, pasando por Hegel y Schopenhauer; esta tendencia á salir de la realidad sensible, para vivir sólo en la abstracción, en lo absoluto, cuando estamos rodeados por todas partes de lo contingente, no se compadece con nuestra naturaleza helenolatina, imaginativa y pasional. Pero, sin afirmar que ello sea indispensable para que nuestro pensamiento se emancipe, yo creo que la influencia de los factores *externos,* la constitución geológica del suelo, la temperatura, la fauna, la flora, sobre los factores *internos,* caracteres físi-

cos, morales é intelectuales de los hombres que constituyen una sociedad política, es un factor de importancia capital en el estudio de los orígenes de un pueblo; y lo es en el de los del pueblo oriental del Uruguay.

Acabo de leer un interesante estudio de don Miguel de Unamuno, insigne amigo mío, y para conmigo siempre generoso, á pesar de nuestras fundamentales disidencias, en que ese ilustre escritor examina el problema de que ahora tratamos: el por qué, una vez desmembrada naturalmente la América española de su metrópoli, se formaron en ella diversos estados independientes entre sí; por qué fueron estos dieciséis, y no veintiséis, ó catorce, ó siete.

Unamuno toma en consideración un discurso que yo pronuncié al inaugurarse la estátua de Lavalleja de que hemos hablado. Enuncié yo allí, efectivamente, con la fugacidad exigida por la oración popular esparcida á voces en el viento, algo de lo que ahora estoy diciendo: el porqué de la emancipación necesaria del Uruguay, no sólo de España, sino también de los otros pueblos americanos; el agente dinámico, por consiguiente, que estaba en la subconsciencia de Artigas.

Unamuno, que, *rara avis*, sabe lo que escribe cuando lo hace en la prensa periódica europea sobre cosas de América, después de afirmar que yo sostengo en mi discurso que el Uruguay tuvo que ser una nación independiente por constituir una unidad geográfica subtropical y atlántica, se aparta de esa opinión, como disiente de la que, siguiendo á Carlyle, designa á los héroes como núcleo de conglomeración sociológica. Él cree y sostiene que lo que ha constituído principalmente esos centros de rotación en la América española, cuya conquista hemos esbozado, han sido las ciuda-

des que se fundaron. El sentimiento de patria, de persona internacional, es de origen ciudadano, dice; civilización deriva de *Civis,* de donde también viene *ciudad, Civitas.* Montevideo hizo al Uruguay, como Buenos Aires á la Argentina, y Lima, Bogotá, Caracas, Quito, hicieron á los estados de que son capital. Güemes ó López, caudillos argentinos, hubieran hecho lo que Artigas, á haber existido, en las regiones que acaudillaron, ciudades *con las condiciones requeridas.*

Juzgo de gran interés el estudio de ese punto: el significado de las ciudades americanas, el de Montevideo especialmente, en la formación de los estados.

Como lo véis, el erudito pensador español no niega en absoluto la influencia étnica; discute sólo en cuanto á su importancia relativa. Yo le atribuyo, es verdad, alguna mayor importancia que él en la formación de la nacionalidad uruguaya, sin desconocer el influjo de las ciudades.

La ciudad es, efectivamente, el núcleo de civilización; pero no de vida; como no lo es la cabeza en el organismo humano, por más que en ella resida especialmente el pensamiento. No es causa; es también efecto. Yo creo que, al revés de lo que pasa en lo inanimado, en que las partes preceden al todo y lo determinan siguiendo un orden mecánico, en el ser vivo (y una nación lo es á su manera) el todo parece preceder á las partes, y determinarlas según una ley progresiva de finalidad. *Es un fin que crea sus medios.* Existe, ó mucho me equivoco, un principio interior cuya actividad precede á la manifestación del ser social vivo, mantiene su unidad, su identidad permanente al través de las transformaciones perpetuas, y dirige su evolución, según el tipo que debe realizarse, sin obstar á la libertad de la persona humana, cuyo destino es el fin de la sociedad. Todo concurre á la formación de los estados: el agente de

vida forma la capital conjuntamente con el pueblo á que ha de servir de núcleo inteligente, como se forma el cerebro y el corazón al par de los últimos filamentos nerviosos en el organismo sensible.

No creo que sea intempestivo el profundizar un poco más, aunque sea muy poco, este interesante problema. Hagámoslo, mis queridos amigos, siquiera sea por esta vez. Yo os prometo corregirme, en adelante, de estas vagas ideologías. No puedo resistir á la tentación de haceros compartir mi visión clara sobre la aparición de la patria de Artigas, de Artigas mismo, como el cumplimiento de leyes ó el producto de fuerzas providenciales, incontrastables, más fuertes que el libre querer de los hombres que edifican ciudades. Sin esa convicción, jamás percibiríais en todo su carácter y magnitud al hombre que es el agente heroico de aquellas fuerzas, y que es arrebatado por ellas, como el profeta por el espíritu del fuego.

Hipólito Taine, el orfebre del diáfano estilo, en su *Filosofía del Arte,* pronunció, para juzgar de la civilización helénica, la palabra *entéléchie,* que él escribe en caracteres griegos que no conozco desgraciadamente. Nosotros diremos *entelequía,* si os parece. La palabra es lo de menos; vamos al concepto. Entelequía, en la lengua de Aristóteles, es, en un ser vivo, *el principio de su organización, de su unidad y de su vida;* es su *forma,* su principio informador, por oposición á su *materia.*

Ese concepto del filósofo griego fué visto por Leibnitz, que consideró esa llamada *entelequía* como el principio dinámico de los *mónadas* ó seres primitivos. La misma doctrina moderna de la evolución cuenta con esa entidad empírica, que me parece muy interesante. El plan ar-

quitectónico que sigue cada individualidad orgánica, según la ley llamada de *unidad de composición*, obliga á reconocer un principio interno, director de las transmutaciones que estudia la morfología moderna. Según eso, la doctrina aristotélica de la entelequía se parece mucho á lo que Claudio Bernard llama *idea directiva de la vida*, y mucho más todavía á la *idea-fuerza* de que habla de Fouillé, en su *Evolucionismo de las Ideas-fuerzas*. Llámesele como se quiera, yo creo que existe un principio ordenador y regulador de todas las energías, que se reunen en un centro, para formar la individualidad viva concreta.

De ese concepto saca Aristóteles su definición del alma, del alma en general, en todos los seres animados: "la entelequía de un cuerpo natural orgánico."

Taine se apasiona por esa definición; "ella hubiera podido ser escrita, dice, por todos los escultores griegos; es la idea madre de la civilización helénica." Aceptadla vosotros, si ella os inspira, mis amigos artistas. Pero Taine la aplica especialmente al alma humana, y de ahí deduce, como es obvio, que el ser moral no es sino el término y como la flor del animal físico. En eso se equivoca, como yerra también al atribuir tal aplicación á Aristóteles. Éste, lo mismo que los filósofos cristianos, aunque ve en el alma del hombre la *entelequía* de su cuerpo, el principio de su organización, de su unidad, de su vida, (su *forma sustancial*, dicen los escolásticos) también descubre en ella, y sobre todo, un orden de funciones hiperorgánicas. Las operaciones del pensamiento y de la virtud son algo más que la flor terminal del cuerpo humano. Aristóteles las atribuye al alma, que es sustancia, que es en sí y se concibe por sí, que sobrevive á la destrucción del cuerpo, y que es simple, indisoluble, inmortal.

Pero si ese concepto de *entelequía*, ó como queráis lla-

marle, no es aplicable al organismo del hombre, se me ocurre que lo es, en cierto modo, al social y político que llamamos estado ó nación, como lo es á los organismos puramente sensitivos. A mí me sirve, cuando menos, á maravilla, para dar forma musical á mi concepto de patria. Tomadlo siquiera, mis amigos, como una sonora imagen, cualquier sea vuestro criterio filosófico. Existe, me parece, un principio de organización, de unidad, de vida, constituído por múltiples elementos, geológicos, étnicos, biológicos, climatéricos, históricos, que informa los organismos colectivos, y que, no teniendo más misión que la de informarlos, desaparece con ellos. Las patrias concretas no son inmortales; viven en el tiempo; éste las transforma y hasta las aniquila. Pero esas patrias en tanto viven, en cuanto conservan el principio informador que constituye su *yo permanente,* que les da carácter, unidad, vida orgánica. Y ese principio ó entelequía es tanto más enérgico y persistente, tanto más inmortal, si me permitís la paradoja, cuanto más se identifica con el orden ó divina ley del universo, y es una nota de su recóndita armonía. O mucho me equivoco, ó el patriotismo no es otra cosa que la fe en ese principio con relación á la propia tierra; es la creencia en la relativa inmortalidad de ésta, basada en la identificación del principio que la informa con las leyes más enérgicas é inmutables.

Por eso yo os he hecho conocer, mis amigos, los agentes geológicos que hacían de la región oriental del Plata un territorio capaz de imprimir diferencias étnicas á los seres humanos que en él constituyeron un pueblo; por eso no puedo pensar, con Unamuno, que la entelequía, el principio vital de la patria oriental, haya sido sólo la ciudad de Montevideo; tampoco la aparición de un héroe, sea personal ó colectivo.

Veréis cómo no nació el Uruguay porque existía Monte-

video; sino que existió Montevideo, y se desarrollo, *con las condiciones requeridas para ser núcleo de civilización,* por que existía el Uruguay, porque el principio vital, complejo, indescifrable, hijo de la madre naturaleza, preexistía en aquella región atlántica subtropical, cuyos habitantes, desde los aborígenes hasta nosotros, han estado y están bajo el influjo misterioso de la tierra, del factor étnico.

Era ese principio vital el que animaba á Artigas, el que creó su figura heroica, con su carácter y su visión ó mensaje. No sólo no consagró éste, al crear la patria, el predominio absoluto de la ciudad, sino que impuso á ésta el de toda la región. Artigas no se radicó jamás en Montevideo. Veréis cómo la primera capital de esta nuestra república oriental fué *Purificación,* el caserio primitivo, no Montevideo. Desde allí Artigas dirigió toda la patria, Montevideo inclusive, y aun la región occidental que vió en él al héroe; desde allí, desde la soledad de su pensamiento genial. Montevideo no hubiera hecho al Uruguay; todo lo contrario. Ya veréis cómo si la idea de patria sufrió quebrantos, éstos los sufrió en Montevideo. Sólo vivió íntegra en el pensamiento de Artigas, que concentraba el espíritu de su tierra germinal.

Oportunamente hemos de medir la distancia inconmensurable que hay entre el héroe del Uruguay, y Güemes, y López, y otros agentes, más ó menos enérgicos pero secundarios, de la independencia americana, que obedecían á aquél; la hay mayor acaso entre Artigas y San Martín ó Belgrano, por ejemplo. Son cosas muy distintas, completamente distintas. Difícilmente se dará, como lo veremos en nuestras conversaciones, un cúmulo de circunstancias más adversas á la conquista de la independencia que las que rodearon el nacer del Uruguay; nadie hubiera visto

en aquel pedazo de América atlántica, con una población total de cuarenta ó cincuenta mil habitantes, la región de un pueblo independiente, distinto de los demás, y mucho menos el eje de la revolución democrática. Pero ese trozo del continente era *casi toda la región atlántica subtropical de la América del Sur,* fuera de la costa patagónica; su equivalente en la del Norte, á igual latitud, tiene dos milones de kilómetros. Y allí había una alma, la *entelequía* de un pueblo.

II

Pero existe un error, radicalmente contrario al de Unamuno, y en él incurriríamos, con gran menoscabo de nuestra preparación para la comprensión de Artigas, si no atribuyéramos á esa ciudad de Montevideo la influencia que le corresponde en la formación de la patria de que hoy es capital. Sí, la tiene y grande. Artigas, el héroe de esa patria, nació en Montevideo, como hemos dicho; en Montevideo recibió las primeras indelebles impresiones de su vida, y su primera educación. Y, sin entrar á profundizar demasiado el problema de las influencias recíprocas entre el hombre, primer factor de progreso, y la sociedad en que vive, no es posible negar la existencia de ese doble influjo. El hombre es más hijo de su tiempo que de su madre.

En el error á que antes me he referido incurre Mitre, por ejemplo, un ilustre historiador argentino, al sostener precisamente todo lo contrario de Unamuno. Para Mitre, el Uruguay no tenía una ciudad que pudiera servir de núcleo á una nación. En el Plata no había más que Buenos Aires. "La insurrección de la Banda Oriental, dice, nacida en las campiñas, *sin un centro urbano que le sirviese de*

núcleo, privada así de toda cohesión y de todo elemento de gobierno regular, fué el patrimonio de multitudes desagregadas, emancipadas de toda ley, que al fin la hicieron política y militarmente ingobernable, entregándola desorganizada al arbitrio del caudillaje local, que, convirtiéndola en insurrección contra la sociabilidad argentina, le inoculó ese principio disolvente."

Este *principio disolvente*, hijo sólo, como lo véis, no de la ciudad sino de la muchedumbre, del pueblo entregado á la dirección de su caudillo, fué, según Mitre, el que hizo imposible la unión de la región oriental con la occidental del Plata, es decir, el que determinó la independencia de la primera con relación á la segunda. Sea. Mitre dice, en parte al menos, la verdad; él la execra, aunque sin razón, como puede execrar un español el principio disolvente que separó la América de España; como puede odiar un brasileño el que arrebató á su madre patria portuguesa el mejor pedazo de la América atlántica, para conservarlo á la familia hispánica. Pero los orientales la amamos y la proclamamos hoy, como en la época de Artigas, y la encarnamos en éste como en su forma heroica.

El historiador argentino tampoco tiene razón, sin embargo, al afirmar que Montevideo no era un centro urbano que sirviese de núcleo, al rayar la era de la independencia americana. No sólo era eso, sino que, desde su fundación, fué, no una de tantas ciudades coloniales secundarias con tendencias autonómicas, sino una metrópoli importante, característica, y rival de Buenos Aires. En el curso de nuestras conversaciones veréis la importancia política y social que él adquirió, los hombres que en él descollaron y fueron colaboradores de Artigas, y lo que era su población cuando llegó el momento de la independencia. El Brigadier don Cornelio Saavedra, primer presidente de la

junta revolucionaria formada en Buenos Aires el 25 de Mayo de 1810, vió mejor que Mitre lo que era Montevideo. Leed este fragmento de sus memorias póstumas: "Todos saben cuánto se trabajó, á fin de que Montevideo se uniformase al nuevo sistema adoptado; más bastaba que Buenos Aires hubiese tenido la iniciativa en aquella empresa, para que aquel pueblo se opusiese y lo contradijese; él fué siempre para Buenos Aires lo que Roma para Cartago." El parangón es ingenuo, no hay duda; pero no deja de ser sugestivo. No fueron, pues, las campañas orientales, no las solas multitudes, las que obedecieron al *principio disolvente;* éste partió de Montevideo, de su ingénita rivalidad con Buenos Aires. Ese fenómeno, que es cierto, y que ha sido permanente, no puede ser efecto del capricho de un hombre ni de varios hombres; y, sin el conocimiento de sus verdaderas causas, jamás podríamos comprender el alto significado de Artigas. Es preciso que las examinemos, mis amigos artistas.

Montevideo no fué el principio vital, hondo, complejo, de nuestra patria; pero fué, no hay lugar á duda, uno de sus productos, acaso el más importante. Esa su rivalidad con Buenos Aires, que advierte ingenuamente Saavedra, tenía raíces que el esclarecido patricio no pudo percibir, pero que vosotros comprenderéis ahora, y profundizaréis mucho más, á medida que adelantemos el curso de nuestras amables conversaciones. Buenos Aires se opuso á la fundación de Montevideo; miró con ojeriza el nacimiento del hermano legitimario que iba á dar núcleo urbano á lo que era servidumbre ó *vaquería de Buenos Aires*, y á arrebatar á éste el monopolio del comercio del Plata como puerto

único. Una vez fundada la ciudad, entorpeció cuanto pudo su prosperidad, se opuso al reparto de tierras en la región oriental, al establecimiento de un faro en Montevideo, á la habilitación de su puerto, y, después de habilitado, á sus mejoras, á la construcción de recobas en la plaza, etc. Todo eso era natural: aquella ciudad recién nacida al otro lado del Plata, con puerto propio superior á Buenos Aires, con territorio separado del virreinato, no era Córdoba ni Tucumán que, si bien tuvieron su espíritu local y su autonomía, eran miembros del gran cuerpo geográfico de que Buenos Aires tenía que ser puerto y cabeza. Montevideo era núcleo de otra región, cabeza de otro organismo, producto de otra vida, materia de otra forma sustancial, de otra *entelequía,* si no os ha molestado demasiado la palabra griega. Por eso la nueva ciudad pugnó á su vez por su emancipación de Buenos Aires desde muy poco después de su fundación. Esa tendencia ingénita cobró forma radical con ocasión de la reconquista de la capital del virreinato contra los ingleses, que la conquistan en 1805. Entonces, el Cabildo y el Comercio de Montevideo, que han iniciado con el Gobernador la reconquista, envían directamente á Madrid á don Nicolás de Herrera, con la misión de reclamar para su ciudad, en pugna con la trasplatina, la gloria de aquella hazaña, gloria que obtiene, por fin, y que se consigna en su escudo colonial, y en su título de *reconquistadora.* Pero Herrera lleva muy especialmente el encargue de obtener de España "la independencia de esta Gobernación del virreinato de Buenos Aires;" pide en consecuencia, "la creación de un consulado ó tribunal en Montevideo, en virtud de la rivalidad y de las tendencias opresoras del de Buenos Aires."

Todo eso, y mucho más que no cabe en la índole de nuestras conversaciones, os convencerá de que no puede

afirmarse que Montevideo no fuera un centro urbano que sirviese de núcleo á la región oriental del Plata.

Pero lo que sí puede y debe afirmarse, porque constituye, mucho más que los intereses materiales, la causa de la rivalidad de ambas ciudades, y explica el carácter y la acción de Artigas, el hijo por excelencia de Montevideo, es que la ciudad oriental, fundada dos siglos después de Buenos Aires, tuvo un carácter, si no antagónico, muy distinto del de su hermana occidental. Montevideo fué una plaza fuerte, un bastión; era una ciudad menos señorial, menos suntuosa que su hermana ultraplatense; sintió menos el influjo del abolengo; no tuvo el carácter de semi corte colonial de otras ciudades más antiguas; fué la sede de una especie de democracia foral ingénita, en contraposición de las aristocracias reflejas de que fué asiento Buenos Aires, y que allí engendraron esas tendencias opresoras á que se refiere Herrera, y que veremos después confirmadas.

Y como la independencia americana, de que ya es tiempo que comencemos á hablar, no será otra cosa que el espíritu surgente de la democracia en el Nuevo Mundo, he ahí cómo y por qué Montevideo, más aún que Buenos Aires, está llamado á ser el núcleo urbano, no sólo de la región oriental, sino de todos los pueblos del Plata. Y por qué Artigas, hijo de la plaza fuerte oriental, será el indiscutido caudillo popular. Si don Cornelio Saavedra hubiera pensado en eso, acaso se hubiera percatado de por qué Montevideo fué la Cartago de la Roma occidental, en la lucha, que vamos á ver, de la independencia americana.

III

Y bien, ya es tiempo, mis amigos artistas, de que comencemos á hablar algo de eso: de la independencia de este continente. Os creo ya, gracias á vuestra amable paciencia, más que debidamente preparados.

Hemos visto cómo se dividió la América entre Inglaterra, España y Portugal, y cómo, en esos repartos de los colonizadores europeos, se echaron los cimientos de los futuros estados americanos, la del estado Oriental del Plata y del Uruguay especialmente. Ha llegado, pues, el momento de ver á éstos nacer.

Finaliza el siglo XVIII y comienza el XIX.

Dos siglos ha durado la dominación inglesa en América; tres la española y la portuguesa. Creo que pensaréis conmigo que es bastante, para dominación de estados sobre continentes, al través del océano atlántico, con todas sus aguas. Eso no podía ser eterno; tenía que tener un término, como todas las cosas de este mundo; las contrarias á la naturaleza, sobre todo.

Para justificar la independencia de la América española se ha levantado muchas veces el proceso de la colonización de España. No hay para tanto, me parece; basta el sentido común, de que era intérprete Montesquieu, cuando profetizaba la emancipación de América, diciendo en el *Espíritu de las Leyes:* "Las indias son lo principal; la España es lo accesorio. Es en vano que la política quiera someter lo principal á lo accesorio." El juicio contra el sistema colonial de España es serio, no hay duda alguna; pero yo os haré gracia de él. Creo que, para glorificar nuestra independencia, ese proceso huelga por completo.

La colonización española no fué ni podía ser buena, sin

por eso afirmar que fuese peor que cualquier otra en aquella época. Creo que fué menos mala que muchas otras, sin excluir algunas de las modernísimas. Si la hubiéramos de juzgar por las *Leyes de Indias,* tendríamos que calificarla de perfecta. Esas ordenanzas son un monumento de gloria para España; el testamento de Isabel la Católica es una página conmovedora. No fueron las leyes, sino su infracción por los hombres que aquí vinieron, lo que fué malo. Pero así hubieran venido á este Nuevo Mundo colonias de arcángeles ó serafines, en vez de aventureros, soldados y funcionarios de la corona, no por eso hubiera sido menos justificada la emancipación de los hombres de este continente de los del otro. Los llamados derechos de España sobre América tenían mucho de feudales. Y la decadencia de un derecho feudal, dice Melchior de Vogué, comienza el día en que sus abusos sobrepasan á sus servicios.

Y eso era lo que acontecía á principios del siglo XIX.

Aquellos hidalgos y soldados españoles que, al quedar sin empleo por la terminación de la guerra secular contra los moros, vinieron á la conquista de América en busca de aventuras, de gloria y de riquezas, de riquezas sobre todo, fueron hombres animosos, heroicos; las fabulosas hazañas de Hércules y de Teseo no superan á la realidad de sus proezas. Nosotros mismos las recordamos con orgullo, como gloria de nuestra estirpe. Aquellos héroes fueron nuestros padres, los nuestros precisamente, no los de los españoles que han vivido y viven en Europa. De ellos arranca, por otra parte, nuestra nacional genealogía; ellos fueron los primeros arquitectos de estas nuestras patrias americanas. Cuando los legisladores de este mi país independiente mandaron que se alzase la estatua de Artigas que vais á modelar, ordenaron al mismo tiempo, y ordenaron bien, que se levantara la de don Bruno Mauricio de Zabala, el

hidalgo español que fundó á Montevideo. ¡Gran caballero, insigne capitán, incólume magistrado este don Bruno Mauricio de Zabala! Levantaremos, sí, su estatua, en Montevideo, cerca de la de Artigas. Y don Juan Díaz de Solís, descubridor del Río de la Plata, es progenitor soberbio de esta tierra. Y lo es Garay de la Argentina, y Valdivia de la Chilena... ¡Oh, los bravos, los buenos arquitectos vestidos de hierro! ¡Las tres veces heroica España, madre de estirpes, la más noble de las madres!

Siempre recordaré que fuí yo, como representante de mi país, quien interpretó este sentimiento de América, con aplauso de todos sus representantes, cuando nos reunimos, en 1892, á conmemorar, en torno del convento de la Rábida, el cuarto centenario del descubrimiento. Y dije allí:

"El descubrimiento de América, su conquista, su colonización, fueron un desgarrón de las entrañas de España; por esa herida enorme se derramó su sangre sobre el otro mundo... Hoy hace cuatro siglos, ganó la raza hispánica; pero perdió la nación española; y lo que ella perdió fué nuestra vida, fué nuestra herencia."

"No seremos nosotros, los americanos, los que le reprochemos la genial locura que nos engendró: la decadencia es gloria en estos casos, como lo es la sangre perdida en la batalla, las cicatrices en el pecho, la santa palidez de la mujer convalesciente, después de haber sido madre dolorosa de un hombre, que es también un mundo."

Pero una vez realizada la obra magna de fundar estas nuevas sociedades cristianas, que tanto enaltece á España, se ofreció el problema más natural del mundo: ¿para quién fueron fundadas?

Pues, ¿para quién habían de serlo sino para sus propios miembros? ¿Puede tener acaso la sociedad civilizada otro objeto que el bien de sus propios miembros?

Ahora bien, mis amigos: aquellos soldados de hierro, y funcionarios de la corona, que aquí venían á hacer la voluntad del rey, ó la propia, porque el rey estaba lejos; aquella servidumbre del pueblo, y sobre todo del indio, que en vano procuraba defender el misionero y aun el mismísimo rey; aquel orgullo sobre todo, aquel desdén del español que venía de ultramar, hacia el nativo ó criollo, que, yo no sé por qué, consideraba de especie inferior, aunque fuera su propio hijo; aquel monopolio comercial de la metrópoli; aquella prohibición en América de toda industria ó cultivo que pudieran hacer competencia á los de la península; aquel aislamiento de las colonias entre sí, y con lo demás del mundo que no fuera España... en fin, creo que no es necesario demostrar la existencia de la noche á media noche. Bien sabemos que todo eso era defecto de la época, no sólo de España; pero es indudable que eso no podía ser. Estas sociedades coloniales no tenían por objeto único, ni siquiera predominante, el bien de sí mismas, de sus habitadores. El hombre era para la autoridad que se le remitía desde el otro hemisferio, no la autoridad para el hombre; el bien particular, que no deja de ser tal por llamarse quien lo disfruta rey de España ó Corte de España, estaba sobrepuesto al bien común, sobre todo al de las clases que deben ser preferidas, las más humildes é indefensas; las colonias eran consideradas cosas, propiedades, medios de que disponía la metrópoli para sus fines: no personas, sociedades instituídas en orden á la felicidad de su pueblo... Hemos dado, al fin, mis amigos, con lo esencial, en todo esto: el pueblo, el pueblo americano. Todo lo demás es accidental.

En esos tres siglos de coloniaje, imperceptiblemente, como el capullo del gusano de seda tejido de invisibles hebras de sustancia vital, se había formado de este lado del Atlántico esa entidad: el pueblo americano. El *pueblo americano*, entendedlo bien: no el pueblo español residente en la tierra que conquistó. El hombre no es un accidente de la tierra, ni puede ser materia de conquista. Aquí, en la América española, mucho más que en la inglesa, pese á lo dicho en contrario, y dicho sea en honor de España, había nacido esa entidad personal, mezcla de persistencias y transformaciones, substractum de progreso evolutivo: una masa nativa, autóctona en cierto sentido, no importada: el pueblo americano civilizado, una verdadera persona. Y vosotros bien sabéis lo que es eso, *una persona,* en contraposición á una cosa: algo que es fin de sí mismo, no medio para que otros realicen ó consigan el suyo.

Pues bien: el que más crea en la existencia de esa entidad colectiva, *pueblo americano;* el que dé conciencia personal y orientación humana á esa transformación, hija de las fuerzas misteriosas y constantes de la vida universal, ese será el héroe de la independencia de América. Yo os prometo demostraros que ese hombre fué Artigas.

Excusado me parece decir que el régimen monárquico absoluto, que había sido la base de las naciones modernas europeas, lo fué del gobierno de sus colonias. El poder real había sido un progreso, sin duda alguna, sobre el feudal; las unidades nacionales se conglomeraron, en la Europa occidental, en torno del rey absoluto, feudal de los feudales, y señor de los señores. Este apareció entonces, á los ojos de los pueblos, no como una entidad terrestre que ascendía, sino como algo celeste que había bajado á la

tierra, con su corona en la cabeza y su cetro en la mano. No se vió en él una entidad que surgía de la masa social, y se elevaba sobre ella por sus servicios reconocidos, y que debía ser acatada porque servía y mientras servía, sino una entidad celestial, un hombre sagrado mejor dicho, que deba ser venerado con prescindencia de sus actos, así fueran éstos los más opuestos al bien común. Ese fetichismo tomó en España forma legal en la ley de Partidas, según la cual "el pueblo debe ver e conocer como el nome del Rey es el de Dios e tiene su lugar en la tierra, para facer justicia e derecho e merced; y ningun ome non podria amar á Dios complidamente sinon amase á su Rey."

De ahí que el monarca era considerado "como el Vicario de Dios sobre la tierra, y como el propietario de todos los países sujetos á su cetro."

No era, pues, la autoridad, la que tenía su origen en Dios; era el primogénito de la familia A ó B; no era la esencia del poder público la que brotaba de fuente divina; era el accidente, la forma en que ese poder se ejercía: el Rey Nuestro Señor de carne y hueso, elefante blanco hecho nacer expresamente por los dioses inmortales para representarlos. Hoy miramos esa creencia como se mira una interesantísma vetusta ruina.

La sustitución de ella por la racional que establece que el hombre-autoridad no es una cosa distinta por naturaleza de los demás hombres, sino el primero entre los iguales, y que el dueño de los países no es el que ejerce la autoridad, así tenga un cetro en la mano ó deje de tenerlo, así se llame rey ó presidente ó como quiera llamársele, sino el país mismo compuesto de gobernantes y gobernados, es decir, el pueblo constituído en organismo vivo, que crea sus propios medios de transformación espontánea; la aparición de esa entidad *pueblo*, per-

sona colectiva formada de personas humanas con todos los atributos esenciales de la persona, igualdad de especie, libertad, propiedad, dignidad, fe en sí mismo, aptitud natural, ingénita, para imprimir á su organismo la estructura política más conducente á su fin, y todo lo demás que conocemos; el nacer, pues, de la democracia congénita, del orden civil en que todas las fuerzas jurídicas y económicas cooperan proporcionalmente al bien, no de un hombre ó de una familia ó clase privilegiadas, sino á la felicidad común, y tienden, en último resultado, al bien preponderante de las clases inferiores; la aparición, en una palabra, del pueblo americano viable, dueño de sí mismo, eso y sólo eso es lo que va á determinar el desgarrón sangriento de las entrañas ibéricas, producido por el desprendimiento de la América libre.

Bien comprendéis, por consiguiente, que independencia y caducidad de la monarquía serán, en América, la misma cosa.

Todo esto os parecerá sin duda muy claro y sencillo; lo es hoy indudablemente. Pero al estallar la revolución no lo era tanto. Eran pocos los que veían eso tan claro como hoy se ve. La vieja doctrina, que ataba con vínculo sagrado las colonias á su rey y señor, dominaba entonces en muchas almas, y tenía tanto más arraigo en éstas, y en los sentimientos y costumbres de las ciudades ó núcleos de sociabildad, cuanto más antiguas y más señoriales fueran esas ciudades.

Buenos Aires, dos siglos mayor que Montevideo, estaba más compenetrado de ella, como Méjico ó Lima; sus hombres más descollantes, formados muchos de ellos en la Europa monárquica, la sentían circular en sus arterias.

Como hemos dicho antes, España concentró todo su interés en su gran virreinato andino, cuyos centros fueron, al Norte, Lima, la ciudad que fué llamada de los reyes, y, al Sur, sobre la margen occidental del Plata, Buenos Aires, dependiente del virrey de Lima hasta el año 1776, en que, organizado el virreinato del Plata, y transformada la ciudad en residencia de virreyes, comienza á sentirse con algo de reina. A las viejas poblaciones de esos virreinatos andinos lleva España sus elementos sociológicos; en ellas forma sus hombres, sus aristocracias tributarias; en ellas, en Lima, en Chuquisaca, en Córdoba, en Buenos Aires, funda las universidades reales, en que se educan los togados coloniales, los sacerdotes regalistas, que custodiarán el fuego sacro de la doctrina real; los veréis sostenerla por instinto, aun en medio de las luchas del pueblo por su independencia democrática. La primera idea que tiene Belgrano en Buenos Aires, y con él muchos otros, al vislumbrar la independencia, es ofrecer el trono del Plata á la princesa Carlota, hermana de Fernando VII.

Tres clases de elementos ve José Manuel Estrada en la revolución argentina: "el gaucho, hijo de la encomienda; la muchedumbre urbana, condenada á la miseria, y la *aristocracia criolla*, conocedora de las cuestiones sociales, *pero impregnada con los ejemplos de arrogancia en que había sido educada.*"

"Las aspiraciones de la masa á la soberanía, agrega el pensador bonaerense, se estrelló contra la impotencia de la sociedad para establecer la democracia bajo formas regulares, porque la colonización de España traía estos dos grandes caracteres: *la idolatría realista; la desigualdad civil.*"

En todo eso hay mucho de verdad.

Pero existía esa región oriental, separada de los virreinatos por el Río de la Plata, y, muy especialmente, esa nueva ciudad de Montevideo, sin más brillo que el del bronce de sus cañones, adonde no llegaron, ó llegaron muy atenuadas, las grandezas, y donde, al lado de algunos pocos patricios análogos á los de Buenos Aires, puede distinguirse con mucha claridad, un elemento que le imprime todo su carácter: una selección criolla intelectual, á la que pertenece Artigas, y que se identifica con la masa popular. La idolatría realista venía á Montevideo en los españoles; pero no contaminaba á los nativos; de éstos no procedían los ejemplos de arrogancia.

La aristocracia criolla fué desconocida en este lado del Plata; sus pobladores fueron todos hombres de trabajo; no hubo marqueses orientales, como los hubo en otras regiones.

Montevideo no tuvo universidad real, ni claustros regalistas. Una aula de latinidad dirigida por los padres franciscanos, que se hacen cargo de ella desde la expulsión, en 1768, de la Compañía de Jesús, y que, en 1787, establecen el primer curso de filosofía y teología, es todo su núcleo intelectual. Ese convento será el foco revolucionario; esos frailes franciscanos, los solos maestros, no han venido de España; son nativos, orientales en su mayor parte; entre ellos está Monterroso, que será el precursor y secretario de Artigas; Lamas, que será su capellán. Y todos esos serán expulsados en masa de Montevideo por los españoles como *amigos de los matreros,* en cuanto estalle la revolución. De esas aulas saldrán Pérez Castellano y Larrañaga y Rondeau y el mismo Artigas. Los hombres de pensamiento en la tierra oriental emanan de la masa popular, son el mismo pueblo que piensa.

El ambiente de Buenos Aires, con sus sesenta ó setenta

mil habitantes, y su corte, y su audiencia, y su junta superior de hacienda, y su intendente, y su virrey, su virrey sobre todo, y sus ejemplos de arrogancia, no podía menos de producir la aristocracia criolla de que habla Estrada. Y la majestad sagrada del rey, alma de toda aristocracia, tendrá que aparecer, como un Mefistófeles blanco, en el pensamiento de los grandes hombres bonaerenses, cuando éstos sientan moverse en sus entrañas, como la palpitación de una hija de pecado, la idea de independencia. El blanco espíritu enervará nacientes energías, y separará á sus poseídos de la masa popular. Y esta será llamada la barbarie, la legión infernal. Y *genio infernal,* su caudillo heroico.

Creo, mis amigos artistas, que, sin dar por agotado este tema, de suyo inagotable por lo complejo, ya estáis pasablemente iniciados en el carácter y la misión de las dos márgenes del Plata, y, en especial, de las ciudades tan candorosamente llamadas Roma y Cartago por el bravo y noble patricio don Cornelio de Saavedra.

Este hizo ese ingenuo parangón á falta de uno mejor; pero bien comprendemos lo que quiso decir. Era una verdad.

CONFERENCIA IV

WÁSHINGTON

La independencia de América. — La América inglesa. — El indio. — Wáshington y Artigas. — Wáshington, Franklin y Lafayette. — El apoyo de Francia. — Los Estados Unidos de América. — El primero en la paz y en la guerra y en el corazón de sus conciudadanos.

I

¿Cómo ofreceros, oh amigos artistas, en forma marmórea, el cuadro trágico, que debo haceros sentir, de un mundo núbil, vestido de hierro, que se arranca de los brazos de su madre, para acogerse á los de una joven diosa que brota desnuda, ceñida de su casco de oro, y con su tirso de laureles?

Dejarás á tu padre y á tu madre, y seguirás á tu amada, oh espíritu del mundo americano, oh valiente espíritu!... Y tu beso será fecundo como el amor del sol que baja del cielo. Y, como los retoños en torno del olivo, crecerán tus hijos numerosos, hijos de diosa, que serán inmortales.

Las madres resistirán, se aferrarán á sus hijos, y sus manos se convertirán en garras, que se hundirán en las carnes. Y correrá mezclada la sangre de los padres y los hijos.

¡Amor de fiera!... ¡La hembra del león, encelada ante

la pubertad de sus cachorros, que han sentido la revelación de la vida!

Escuchad, oh amigos artistas, el rugir de la independencia de nuestra América; ese rugido tiene que hacerse sustancia musical en vuestro bronce sonoro; tiene que brotar de abajo, de las hondas armonías, y elevarse, y subir hasta la frente de vuestro Artigas pensativo.

Yo debo imponeros de las dos fases del suceso: el desprendimiento total del mundo americano del europeo, y los desgarrones parciales que en aquel se hicieron; sobre todo el de la región que yo os he presentado casi desprendida del conjunto: la que baña el Plata y el Atlántico en las zonas subtropicales: la tierra de Artigas.

Si recordáis el reparto del nuevo continente, que os narré en una de nuestras conferencias anteriores; si tenéis presente el lote adjudicado al descubridor británico allá en el Norte de las latitudes super-tropicales, las más próximas á Europa; si conocéis, por fin, el origen libre, y no oficial, de la colonización inglesa, y el camino que en Inglaterra habían hecho los principios que han de servir de base á la democracia americana, bien comprenderéis cómo y por qué la primer frase de amor dirigida á la visión surgente de la luz había de ser pronunciada en inglés, y por qué ha de ser un inglés quien ha de hablar las primeras palabras germinales. Es este un varón del que tendremos mucho que hablar al hablar de Artigas. Tenemos que mirarlo, aunque sea de paso: es preciso que miremos á Wáshington.

Las colonias inglesas comienzan á sentir su pubertad, y á realizar obra de varón, como lo hacen más tarde las españolas, en defensa de su propia metrópoli, en la de su pro-

pia lengua. La independencia anglo-americana comienza en la guerra colonial contra los franceses, que se creen dueños del curso del Misisipí, y que pretenden cortar el continente del norte como se cortó el del sur — de arriba á abajo — para darle dos dueños. Nó: toda la zona supertropical de aquella América hablará inglés.

En esa guerra, que comienza en 1752, y termina por la toma de Quebec en 1759, y por el tratado de París de 1763, que incorpora el Canadá al dominio de la Gran Bretaña, ya figura y descuella, en defensa del pabellón británico, ese joven militar de Virginia llamado Jorge Wáshington.

Así veréis surgir á nuestro Artigas en defensa de su lengua, cuando, cincuenta años más tarde, la Inglaterra ataque los dominios españoles en el Plata. También él es un militar español; Montevideo, la ciudad natal del héroe que encarna su espíritu, será la que más esfuerzos haga por expulsar al inglés, y defender la zona de acción del dominio de su lengua.

Pero el espíritu americano que encarna Wáshington al defender la lengua inglesa contra el francés, como el que encarnará más tarde Artigas en el Sur, al defender la española contra el inglés, no era ni podía ser el de conservar eternamente aquella región para la corona ó la dinastía de Inglaterra. Algo más que eso se había incubado en el tiempo; para algo más grande había de hacer el pueblo americano su gran revolución: iba á realizarla para hacerse dueño de sí mismo, no para conservar sus anteriores dueños, ó para cambiarlos por otros.

Algunos creyeron esto último, sin embargo, en la América Inglesa; muchos en la Española. Hubo monarquistas aquí y allá.

Wáshington no lo creyó así; Artigas no lo creyó así.

Ambos eran hijos de su tierra; brotaron de ella. Y creyeron en la pubertad del pueblo americano.

Ni un momento solo de vacilación en Wáshington; ni uno solo en Artigas.

Tanto sobre el uno como sobre el otro se ejercía la influencia de las tradiciones coloniales, más libres, sin duda alguna, en el norte que el sur; pero esas tradiciones no fueron las que infundieron en esas dos almas el mismo pensamiento: fué la visión genial, cuyo origen es complejo y misterioso.

La América de Wáshington proclama su independencia el 4 de Julio de 1776, treinta y tantos años antes que la América Española tropical de Bolívar, y que la subtropical de Artigas; pero el espíritu que engendrará en la libertad, el espíritu creador, era llevado sobre las aguas, en la América inglesa, cien años antes de encarnarse. Ese espíritu era distinto, sin embargo, en ambos mundos, y nada puede caracterizar más enérgicamente al héroe del Uruguay que el parangón entre esos espíritus: Wáshington, es el primero; Artigas, el segundo.

Los anglo-americanos eran ingleses nacidos ó residentes en América. Al principio de la revolución, formaban una población de dos millones; una quinta parte era formada de negros esclavos de las colonias del Sur; el resto, de ciudadanos ingleses. Éstos no mezclaron su sangre con la del indio, como lo hicieron los españoles; los colonizadores ingleses importaban mujeres de la metrópoli, mujeres anglosajonas de pura sangre; las luchas religiosas y políticas arrojaban también familias enteras al otro lado del mar. Los indios aborígenes, los hijos primitivos de la tierra, no formaban parte de la población; la colonización británica los extinguía; fué con ellos más cruel que la española y la portuguesa, pese á todo cuanto se ha

dicho. Hubo gobernadores ingleses que pagaban algunos *dollars* por cada cabeza de indio, como se paga la de un lobo. Si alguien utiliza más tarde al indio salvaje en la guerra, como podría utilizar un rebaño de fieras para lanzarlo sobre el enemigo, será el inglés contra el anglo-americano. Este no pedirá al indio su sangre para hacerse independiente: Wáshington mandó soldados ingleses, mandó también franceses; no mandó indios. La América inglesa no los necesitaba para su independencia, que, á pesar de lo dicho en contrario, fué, más aún que la independencia hispánica, un gran episodio de la evolución política europea.

La América Española sí necesitaba del pueblo, de todo el pueblo, del indígena especialmente; sin él no hubiera habido independencia; con sólo combinaciones políticas, por más sútiles é ingeniosas que fueran, la América Española no hubiera sido libre, mucho menos republicana. El pobre indio, el pobre hombre americano amó á Artigas. Y Artigas lo amó también; lo creyó hombre, lo hizo soldado.

II

La América inglesa, al llegar su separación de la metrópoli, era ya independiente de ésta; era democrática y republicana. "En el carácter de los americanos — escribió el inglés Burke en 1775 — el amor á la libertad es rasgo predominante. Este espíritu de libertad es probablemente más poderoso en las colonias inglesas que en ninguna otra parte de la tierra." El pueblo tenía allí una conciencia colectiva que flotaba, no sólo en sus masas populares campesinas, sino, sobre todo, en la de las ciudades; tenía sus asambleas provinciales elegidas por él; tenía la conciencia

de que el rey de Inglaterra no era ni podía ser el dueño de América; ésta pertenecía á los americanos, que aceptaban su autoridad de gobernante mientras él aceptara la dignidad y los derechos de sus gobernados. *Y si non, non.*

"Las cartas dadas por los soberanos á las colonias, dice Stevens, eran cartas de corporaciones comerciales. Por otra parte, los artículos de dichas cartas, en lo referente al gobierno de las colonias, seguían de muy cerca las líneas del gobierno inglés, lo que ayudó poderosamente á las colonias á establecer en su seno las instituciones sajonas. Los colonos no se limitaron á los artículos de dichas cartas; ellos llenaron los vacíos que encontraron, copiando textualmente las instituciones inglesas originales; y el resultado fué que, por iniciativa del pueblo mismo, cada gobierno colonial fué una reproducción fiel del gobierno de la metrópoli... Las asambleas legislativas no fueron creadas desde luego; pero tomaron nacimiento ellas mismas, porque estaba en la naturaleza de los ingleses reunirse en asambleas."

Es de Lincoln esta frase lapidaria: "Los Estados Unidos fueron concebidos en libertad."

Entre los derechos que los anglo-americanos proclamaban estaba, sobre todo, el que es base de toda democracia: es el pueblo quien paga los impuestos, y es él quien debe votarlos; ese dinero es dinero que sale del pueblo para volver al pueblo en forma de servicio al bien común, incluído en éste el mismo sostenimiento de la autoridad, así se llame autoridad real. ¿La colonia no tenía representantes en el Parlamento Inglés? — Pues entonces, el Parlamento Inglés no podía votar impuestos en las colonias.

Ese principio era claro é inconcuso para el anglo-americano; su negación era la tiranía. Y la tiranía era la caducidad de la autoridad. Y caducada ésta, ¿quién ha de

tomar posesión de esa entidad moral *res nullius*, la autoridad, sino el pueblo mismo? Esa es la base de toda la revolución americana, base angular.

¡El rey! La majestad real estaba ya muy quebrantada, por muchas causas, en el mundo inglés de América. Ya en 1765, con motivo de un impuesto no consentido por el pueblo, suenan en la asamblea provincial de Virginia, como un toque de llamada, las palabras de Patricio Henry: "César tuvo un Bruto; Carlos I un Cronwell, y Jorge III..."

Ese delito de lesa majestad no hubiera sido cometido en las grandes ciudades de la América Española. Esta hizo su independencia al grito de — ¡Viva Fernando VII!... Fué Artigas, solo el bárbaro Artigas, quien, antes que nadie soñara en articularlas, pronunció palabras semejantes á las de Patricio Henry.

La metrópoli inglesa quiere imponer una nueva contribución, y el pueblo americano dice que nó, que no quiere. Recurre la primera á la fuerza, y á la fuerza recurre el segundo. Los primeros choques entre los ciudadanos y las tropas ocurren en 1770; corre la primera sangre inglesa. Todas las clases sociales resisten el impuesto, todas, las altas y las bajas. Los prácticos se rehusan á conducir al puerto á los buques conductores de té, que es el artículo gravado; el pueblo impide su venta, ataca por fin, en el puerto de Boston, á los barcos que lo conducen, y arroja al agua la mercancía.

"Nadie debe vacilar en emplear las armas para defender intereses tan preciosos" escribe Wáshington.

¿Qué intereses? — No era ciertamente el puñado de té arrojado al agua. Nó; Wáshington no podía defender un

puñado ni muchos puñados de té. Aquel té era símbolo de la opresión del hombre sobre el hombre, del menoscabo de un atributo esencial de la personalidad humana, ó de la colectiva de un pueblo: de su derechc á ser dueño de sí mismo, y de las cosas en que, con su trabajo, inocula su personalidad inalienable. Eso se llama derecho de propiedad, y es lo que hace intolerable el impuesto arbitrario, porque es la aplicación de un hombre ó de un pueblo á la consecución del destino de otro pueblo ó de otro hombre. Y eso era lo que Wáshington calificaba de precioso interés.

Un Congreso General, al que concurren todas las Provincias, reconocidas como autónomas é iguales, reunido en Filadelfia (1774); una primera batalla campal en Lexington; un nuevo Congreso en la misma ciudad en 1775, que se dirige al rey y al pueblo de la Gran Bretaña, y anuncia al mundo las razones que tiene para apelar á las armas, que emite moneda, que ordena la formación de un ejército de veinte mil hombres, y nuevas y sangrientas batallas en que corre la sangre inglesa, todo eso es la revolución americana. Pero es todo eso... y Jorge Wáshington. Este es elegido general en jefe de los ejércitos americanos. Los conducirá hasta el fin, hasta dejar á su patria hecha en su torno, condensada en él, refundida en él con todas sus grandes obras, con todas sus vitales ideas.

"Las cosas han llegado á tal punto, que nada tenemos que esperar de la justicia de la Gran Bretaña," dice Wáshington.

Y la pluma de Tomás Jefferson traza sin vacilar las cifras del evangelio cívico americano, proclamado el 4 de Julio de 1776 en la cumbre de un Sinaí: "Nosotros, reunidos en Congreso General, después de haber invocado al Juez Supremo de los hombres, en testimonio de la rectitud

de nuestras intenciones, declaramos solemnemente que estas Colonias Unidas tienen el derecho de llamarse Estados libres é independientes."

No cabe, oh amigos artistas, en los límites de estas conversaciones, el trazaros ni siquiera las líneas fundamentales del hombre Wáshington; yo he buscado sólo la ocasión de nombrároslo: su solo nombre es luminosa sugestión. Él es el *caudillo*. en la grande, en la verdadera acepción de la palabra; él es el núcleo que arrastra su cauda luminosa; él es pensamiento, es fe, sobre todo, fe en la pubertad de América, al par que nervio y acción.

Al lado de esa figura de oro, mis amigos artistas, yo voy á ofreceros, sin envidia y sin temor, la de hierro de nuestro caudillo, de nuestro profeta. Vosotros, que véis la luz interior que circula en el mármol, al parecer opaco y muerto; vosotros, que arrancáis esa lumbre secreta de la médula del bloc informe y mudo, y hacéis que circule, como sangre difundida, por la superficie que se encierra en la línea melodiosa, vosotros aceptaréis el parangón, que no comprenderán los que sólo viven en las apariencias de las cosas. Vosotros sentiréis, para interpretarla, la recóndita analogía que existe entre la luz solar meridiana que envuelve la forma del suntuoso héroe del Norte, y la luz de aurora, hija del mismo sol, que compenetra la sombra pálida y luminosa que váis á condensar en la piedra que espera vuestro cincel: la del héroe pobre del Uruguay.

La revolución de la independencia anglo-americana es, como antes os lo he dicho, el desarrollo natural en América del principio democrático; pero su estallido puede considerarse como un gran episodio de la política internacional europea; allí no lucha sólo el mundo nuevo contra

el viejo: éste libra también sus batallas intestinas, y todo se funde, y casi se confunde, en un solo problema político.

Después de los primeros triunfos de Wáshington, Franklin es enviado á Francia á buscar la alianza de ésta, enemiga á la sazón de Inglaterra.

Fijáos bien, mis amigos, en la figura de este hombre Franklin, que es lo que yo llamo un hombre, una persona, un pensamiento, un carácter. Él habla con los reyes absolutos como tal persona, es decir, como la persona de los Estados Unidos. Y no ha de hablar de arreglos y concesiones que comiencen por poner en duda los atributos esenciales de la persona de su patria. El Rey Luis XVI vacila al principio; no se atreve á arrostrar la empresa; no reconoce al enviado en carácter oficial. Pero el pueblo lo reconoce bien; varios señores franceses se declaran en favor de la independencia americana, y uno de ellos, el Marqués de Lafayette, carga un buque de armas y pertrechos, y se embarca á ofrecer su espada al pueblo americano.

El Congreso de Estados Unidos lo nombra Mayor General (1777).

De eso al reconocimiento oficial hay sólo un paso, y éste se dá meses después, tras nuevos triunfos de la causa americana. Francia reconoce la independencia de los Estados Unidos en un tratado con Franklin. Es ese un tratado de alianza, que hace estallar la guerra entre Francia é Inglaterra, arrastrando á la Europa casi entera. Inglaterra tiene en su contra á Francia; tiene también á España, que ha aceptado la alianza francesa; tiene á Holanda; tiene, por fin, la liga de la neutralidad armada: Rusia, Suecia, Dinamarca.

¡No importa!... El fiero leopardo inglés, que pareció inclinado á reconocer la independencia de Estados Unidos para evitar una guerra europea, se sintió herido en su or-

gullo, y se rebeló. Nó, no había de ser indigno de sus cachorros americanos. Sus zarpazos atruenan la tierra, levantan espuma en los mares, sobre todo. Una escuadra francesa, al cargo del Almirante d'Estaing ha partido para América; setenta navíos aliados amenazan las costas inglesas; los corsarios hostilizan, en los mares de América y de Europa, el comercio de Inglaterra. Ésta defiende sus costas, arrebata á los franceses sus colonias de las Antillas, aferra con las garras crispadas á Gibraltar, amenazado por los esfuerzos combinados de Francia y España, y lucha con tales bríos en el territorio americano, que sólo la entereza de Wáshington sostiene la causa. Wáshington se agiganta al proyectarse sobre el fondo pálido de los desfallecimientos de su pueblo. Hay momentos en que se queda casi solo; los soldados reclaman sus sueldos, desertan de las filas; los enganches no dan resultado; faltan tiendas de campaña, y ese es un grave inconveniente. Wáshington es desconocido, es tratado de inepto, de bárbaro y aun de ladrón y facineroso, como lo será Artigas.

Pero *permanece, es.*

Lafayette ha pasado á Francia, á pedir auxilio al rey. Luis XVI nombra á Wáshington Teniente General de sus ejércitos, y pone á sus órdenes un cuerpo de seis mil franceses. Una nueva escuadra cruza el mar, y la guerra continúa encarnizada y heroica: luchas, batallas, campañas con suerte varia, traiciones, desfallecimientos y, sobre todo, el pensamiento de Wáshington, que flota sobre las aguas, la espada de Wáshington que, al salir de la vaina, brilla como un meteoro sobre el fondo de un cielo sin estrellas.

El leopardo inglés se echa por fin en la arena, ensangrentado y jadeante, pero sin perder su actitud de noble fiereza. No está rendido, pero está cansado; comprende,

por otra parte, sin duda, que la que lo ha vencido es su propia sangre. Mira á Wáshington, y ruge sin odio.

Inglaterra trata, por fin. El 3 de Setiembre de 1783 los agentes de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña firman el tratado de Versailles, en que se reconoce la independencia del mundo anglo-americano.

La gran nación del nuevo mundo ha surgido, y va á emprender su marcha triunfante hacia el porvenir.

Pero también hay allí incrédulos, como los veremos más adelante en los émulos de nuestro Artigas.

Sólo la monarquía, dijeron algunos, puede consolidar á la patria recién nacida. Eso lo dijeron muchos oficiales del ejército; y uno de ellos, en nombre de sus compañeros, se dirigió á Wáshington exponiéndole la ventaja de la coronación de un rey.

En caso de haber rey, ¿quién sino Wáshington había de serlo?... El hombre Wáshington no tuvo un momento de vértigo; era un inmune. Y escribió: "Ningún suceso en el transcurso de esta guerra me ha afligido tanto como saber que tales ideas circulan en el ejército. Busco en vano en mi conducta qué es lo que ha podido alentaros á hacerme una proposición semejante, que me parece preñada de las mayores desgracias que puedan caer sobre mi país."

Después, al rechazar una tercera elección de Presidente de la República, se retiró á Mont Vernon, y allí murió simple ciudadano de un pueblo dueño de sí mismo: *First in War First in Peace and First in the Heart of his Countrymen.*

Eso fué el hombre Wáshington: una fe, y una virtud.

Busquemos á su hermano, mis amigos artistas, en la historia de la independencia ibérica; busquemos al creyente en el pueblo americano; al primero en la paz, al primero en la guerra y al primero en el corazón de sus conciudadanos.

CONFERENCIA V

MIL OCHOCIENTOS DIEZ

La América española. — Los Estados Unidos Hispánicos no eran posibles. — La desmembración total de la metrópoli y las desmembraciones parciales. — La región oriental del Plata. — La doble lucha con España y Portugal. — España ante la emancipación de sus hijos. — Sus títulos y sus pretensiones. — Su derecho imprescriptible. — Napoleón. — El rey prisionero. — La independencia española. — La independencia americana. — 1810. — Los dos núcleos. — *Venezuela.* — *Bolívar.* — El Río de la Plata. — El 25 de Mayo de 1810. — El espíritu de Mayo.

I

Amigos artistas:

Allá queda en el Norte, constituída en torno de Wáshington, la gran federación anglo-americana, con medio continente por territorio: de los 30 á los 60 grados geográficos de latitud.

Queda el resto de América bajo la dominación española y portuguesa, que se la dividen á lo largo.

¿Permanecerá todo eso español?

Había quien así lo creía muy seriamente. Debía ser de España por los siglos de los siglos. Los títulos de esa pro-

piedad eran imprescriptibles, por lo sagrados: el descubrimiento, una guerra justa, la Bula de Alejandro VI. Hasta la palabra divina, la del profeta Isaías, según Solórzano, aseguraba el dominio de España sobre América para siempre jamás. Esa palabra decía: "Palomas con tan arrebatado vuelo como cuando van á su palomar; las ya salvadas arrojarán saetas á su predicación, á Italia, á la Grecia y á las islas más apartadas, y le traerán en retorno su oro y su plata juntamente con ellos." ¿Puede darse nada más claro? Isaías hablaba de América, sin duda alguna. Esas palomas *(columba)* no son otras que Colón *(Colombo)* el descubridor. Mientras exista, pues, un solo español, allá ó aquí, aquende ó allende el Atlántico, ese y nadie más que ese, será, por derecho divino y humano, el dueño de América con todos sus hombres, en representación del rey, supremo dueño.

No es necesario desvanecer todo eso, me parece.

¿Se formarán entonces los Estados Unidos de la lengua española, como se formaron en el Norte los de la lengua inglesa?...

Advertid muy mucho, mis amigos, la siguiente circunstancia que se tiene muy poco en cuenta: los Estados Unidos se hicieron independientes, en 1776, con 13 estados limitados por el Misisipí: con la tercera parte del territorio que hoy poseen; ahí se formó en sentimiento de nacionalidad. En 1803, compraron á los franceses la Luisiania, que les duplicó el territorio; en 1848, compensaron á Méjico por la conquista de Tejas, Nuevo Méjico y California, que lo triplicó. Así se formó la enorme plataforma de la nación americana, de nueve ó diez millones de kilómetros cuadrados, y extendida de océano á océano. Pero advertid, mis amigos, que ese enorme territorio, que se dilata entre los 70 y los 130 grados de

longitud; que tiene cincuenta grados geográficos de ancho, de Este ó Oeste, de océano á océano, sólo tiene treinta de largo de Norte á Sur, entre los 30 y los 60 grados de latitud, en la misma latitud de Europa, de España, Francia, Austria, Italia. Aquello es un continente concentrado. Fijaos bien en vuestra carta geográfica. Aun así, la tendencia á la desmembración sacó la cabeza en la guerra de secesión; pero no tuvo suficiente energía: el enorme block supertropical no perdió su cohesión.

Notad ahora lo extenso de la América española; tomad vuestra carta. Tiene 30 grados geográficos de largo en el hemisferio Norte, y 55 en el Sur: 85 grados de largo, con un ancho medio que no alcanzará á 20 grados: lo ancho ahí es el mundo portugués tropical; el Brasil. El español es una enorme serpiente que ondula en el mar, y cuya espina dorsal son los Andes; comienza en el trópico de Cáncer, en la América del Norte, allá en el hemiferio boreal, cruza el Ecuador, atraviesa el trópico de Capricornio, penetra en la zona subtropical, hunde su vértice, por fin, allá en las profundidades del polo antártico. Los montes, los ríos, el clima, la estructura, la extensión, la extensión sobre todo, son barreras naturales insuperables. En ese mundo, por otra parte, las diversas inmigraciones formaron distintos núcleos de sociabilidad absolutamente incomunicados; la lengua común no les servía de vínculo, porque no se hablaban, ni se cambiaban productos, ni ideas, ni nada; las regiones que ocupaban, de clima y de estructura diferentes, creaban costumbres, intereses y tendencias discrepantes.

No es, pues, posible concebir Estados Unidos contra esa desunión, hija de la geología, de los elementos étnicos, del clima, de la distancia enorme, de las costumbres é intereses diferentes.

No se formarán, pues, los Estados Unidos Hispano-Americanos; sólo nacerá oportunamente una solidaridad de causa y de acción, una federación más ó menos informe é instintiva, pero transitoria, contra el enemigo común, y cuya base *sine qua non* tendrá que ser el respeto mutuo de las soberanías parciales, más ó menos embrionarias, como lo era toda la sociabilidad de América, sin excluir la misma anglo-americana.

Comprender eso era comprender la revolución de independencia; desconocerlo era violentarla, aniquilarla.

Dos problemas, pues, ofrecerá la independencia de la gente ibérica del continente: la desmembración inevitable de todo éste, y la formación, no menos inevitable, de los diversos estados soberanos, á que ella dará ocasión. Para lo primero, todos los estados hispano-americanos tendrán que luchar con una metrópoli, la española; para lo segundo, la lucha intestina no podrá evitarse.

Pero había uno, el Estado Oriental del Uruguay, cuya posición os he precisado en mis conferencias anteriores, que tenía un carácter especial. Esa comarca, que hablaba español, y que, como el Paraguay y Bolivia, estaba unida en cierto modo al virreinato español del Plata, como Buenos Aires y Chile lo estaban anteriormente al del Perú, y Ecuador y Venezuela al de Nueva Granada; esa comarca, digo, tendrá que luchar también con la madre patria española en unión de sus hermanos; pero eso no le será bastante para hacerse independiente con su lengua y sus costumbres, si no combate también con la metrópoli portuguesa, que, si no la posee, la amenaza desde dos siglos atrás, y cuya pretensión secular es traspasar la línea divisoria entre los dominios portugueses y españoles, penetrar en la zona subtropical, y dar por límite á su vasto territorio la margen oriental del Plata y del Uruguay, la cuenca de los

rios que parten de Norte á Sur la América subtropical.

En las regiones que van á nacer, desde Panamá hasta Patagonia, veréis establecerse, en general, como fronteras, las que dividen los dominios españoles de los portugueses, y los designados por España á sus virreinatos, presidencias ó capitanías; pero las leyes geológicas, étnicas y sociológicas rectificarán esas fronteras, más ó menos arbitrarias, y se impondrá la voluntad de los hombres.

II

España, como hemos visto en nuestra anterior conferencia, fué aliada de los Estados Unidos; coadyuvó á su esfuerzo contra la metrópoli inglesa; reconoció sin vacilar su independencia. Proclamó, pues, el derecho del mundo inglés en América á dejar á su padre y á su madre, y á seguir su visión de libertad.

¿Había de reconocer otro tanto en su propio mundo?...

¡Ah, nó! La madre España no reconoció desgraciadamente tal derecho en sus hijos; no concedió á sus entrañas bastante fuerza para haber terminado, en tres siglos, lo que la madre inglesa había terminado en dos; no creyó haber concebido varones. Y, para su honor, los había concebido, y los parirá con dolor, con desgarramiento de sus vísceras. Es la ley de la vida universal.

Como las bellezas marchitas, que se juzgan incólumes al mirarse en el espejo, sin darse cuenta de que sólo se ven los ojos llenos de recuerdos, la España, con el pensamiento fijo en sus pasadas glorias, no podía convencerse de que estaba muy quebrantada al rayar el siglo XIX.

Vosotros conocéis mejor que yo, amigos artistas, el camino que se ha seguido para llegar á esa declinación. Las

naciones tienen sus ciclos. La España del siglo XVI, la del descubrimiento y conquista de América, estaba ya muy lejos. Bien sabéis que en el siglo XVII desapareció su hegemonía, y surgió la de Francia con Luis XIV, *le Roi Soleil.* Francia era entonces la reina del mundo, moral y materialmente; su rival ya no será España, sino Inglaterra, que ha realizado su gran revolución en 1688. Luis XIV coloca en el trono de Recaredo á su nieto Felipe V; sustituye la dinastía de los austrias, que de Carlos V y Felipe II ha venido á parar en el infeliz Carlos II, por la de los Borbones. Este Borbón, con que se inicia el siglo XVIII, es el predecesor del pobre Carlos IV, con que vamos á encontrarnos al finalizar ese siglo y comenzar el XIX.

El siglo XVIII de España, está, pues, como estrujado entre Luis XIV y Napoleón Bonaparte. Lo han llenado los reinados, llenos de intrigas palaciegas, de Felipe V y de sus hijos y nieto, Fernando VI, Carlos III y Carlos IV, mientras que, en Francia, se ha pasado de Luis XIV á la Revolución Francesa y á Napoleón, al través de Luis XV y Luis XVI. España ha tenido que someterse á las exigencias de las combinaciones continentales, hasta figurar sus reyes como aliados de la revolución. Y he aquí á Bonaparte que, surgido de esa revolución, viene también á España por la corona del nieto de Luis XIV.

Confesemos que la patria de Carlos V está muy lejos. Pero España se mira en sus glorias pasadas; no puede convencerse de que es madre; rechaza la idea de una emancipación amistosa de sus hijos americanos, que algún grave pensador insinúa, como fenómeno inevitable, en tiempo de Carlos III. ¡Nó... jamás! La América ha de permanecer sometida, perpétuamente sometida; jamás será persona.

A los primeros síntomas de emancipación en América, la España sintió un espasmo de fiera; su zarpazo fué terrible, su rugido espantoso. Un indio, Tupac-Amarú, pretendió alzarse en el Perú, en 1780, precisamente cuando los angloamericanos, con la protección de España, se alzaban contra la madre Inglaterra.

Después de ver matar en su presencia, y entre suplicios, á su mujer, á sus hijos y á sus parientes más cercanos, cuatro caballos, atados á las cuatro extremidades del rebelde, tiraron hacia los cuatro vientos; tiraron mucho rato, porque el cuerpo era muy duro; pero éste al fin estalló como un odre de sangre. Sus pedazos fueron repartidos, para servir de escarmiento.

Pero muy pronto, otro síntoma de gravísimo pronóstico aparece. Ya no es un indio, ni nada que se le parezca, quien pretende alzarse con la América, arrebatándola á su dueña; es Inglaterra, que, no perdonando á España sus forzados contubernios con los enemigos de la Gran Bretaña, con Luis XVI primeramente, y con la revolución y Bonaparte después, quiere desquitarse de la pérdida de su América del Norte, con la conquista de toda la española.

Inglaterra rompe con España en 1804. Acude ésta, en mala hora, á Napoleón, y, en esa peligrosa compañía, va, con su aun poderosa escuadra, á *Trafalgar*. Bien sabe el mundo cómo cayó España, el 21 de Octubre de 1805, en aquella jornada. No en vano se creía sin quebranto en su belleza heróica al mirarse los ojos. La raza no ha declinado... Trafalgar es hermana de Lepanto.

Pero allí se sumergió el poder naval de España.

Inglaterra, vencedora, se lanza sobre América; los mares son suyos; en sus innumerables barcos aun humean las mechas de los cañones de Trafalgar. Y con ellas en-

cendidas penetra, segura de sí misma, en el Río de la Plata, puerta principal, sin duda alguna, de los dominios españoles en América. Allí están, á ambos lados de esa puerta, Montevideo, en la margen izquierda meridional, y Buenos Aires, en la derecha del grande estuario, con sus banderas españolas enarboladas.

La escuadra del Comodoro Popham, con tropas de desembarco, al mando de Berresford, mira de lejos los cañones de las fortalezas de Montevideo, y pasa de largo, á velas desplegadas. Cruza el inmenso río; desembarca en las inmediaciones de Buenos Aires. Suenan en tierra sus clarines; baten las alas rojas en el aire sus banderas de rapiña.

Y de un vuelo, de un solo vuelo atrevido, van á posarse como dueñas en el alcázar de la capital del virreinato, que ve sustituir asombrada el pabellón español por el inglés.

El Marqués de Sobremonte, el virrey español, ante el amago de la invasión, ni siquiera pensó en la defensa; huyó hacia el interior, y dejó abandonada la capital. Unos dicen que fué cobarde; otros que nó; que se retiró al interior en procura de más eficaz defensa. Pero eso no hace al caso. El hecho es que Buenos Aires despierta asombrado, al verse inglés de la noche á la mañana. Aquello es un sueño de oprobio; la vieja sangre española hierve en sus venas; es preciso volver por el honor de la estirpe. Liniers y Pueyrredón son el núcleo; Liniers, sobre todo. Piensan en la reconquista.

Y entonces aparece la otra metrópoli del Plata: Montevideo. Su gobernador, don Pascual Ruiz de Huidobro, es todo un bravo caballero español.

La convulsión heróica que entonces se apoderó de la población oriental fué una revelación estupenda. Todas

las fuerzas vitales de aquel organismo se condensaron en un esfuerzo inverosímil. Se organiza una expedición reconquistadora; se la coloca al mando de Liniers, que ha venido de Buenos Aires en busca de apoyo; el pueblo armado cruza el río en barcas, en botes, por el aire, yo no sé cómo; toma tierra en la otra margen; recoge los elementos occidentales que allí lo esperaban anhelantes; corre hacia la plaza de Buenos Aires como un enjambre irritado; rodea el baluarte inglés; lo expugna hasta con el pecho de los caballos, que se estrellan en él; arranca el pabellón extraño; repone el español. Os aseguro, mis amigos, que aquella fué realmente una gran mañana.

El memorable suceso se consumó el 12 de Agosto de 1806. Los ingleses se han ido sin banderas; éstas quedan cautivas, como recuerdo perpetuo.

Caro tenía que costar á Montevideo esa su fogosa reconquista de Buenos Aires. He ahí á Inglaterra, que vuelve por su honor. Una nueva y formidable escuadra inglesa al mando de Auchmuty, penetra en el Plata, y se une á la del Comodoro Popham que ha ocupado Maldonado. Esta vez es Montevideo el blanco primero de las iras británicas; iras temibles, si las hay.

Montevideo se apresta á la defensa, al sacrificio. El inglés desembarca en el Buceo: 100 cañones y 5.700 hombres rodean la ciudad. Sobremonte, que, expulsado de Buenos Aires, se ha refugiado en Montevideo, inicia una resistencia en las afueras, pero pronto se retira. No así los vecinos de la ciudad; éstos salen al campo, y una batalla encarnizada se libra en el *Cardal,* el 20 de Enero de 1807. El inglés avanza; la escuadra dirige sus fuegos sobre la ciudad; ésta es batida por mar y tierra; un círculo de fuego la envuelve; sus cañones rugen.

Se abre, por fin, una brecha en las murallas, que los

defensores cierran con todo cuanto encuentran: fardos de cuero, bolsas, muebles, con sus propios cuerpos sobre todo; allí luchan y mueren.

Llenos están nuestros recuerdos de la defensa de esa brecha dantesca; aquí encuentro, entre mis papeles de familia, el recuerdo del abuelo de mis hijos, de Juan Benito Blanco, joven de quince años, que cae mortalmente herido en esa brecha.

Los ingleses, pasando por sobre 400 cadáveres de montevideanos, se hacen dueños, por fin, de la ciudad oriental, el 3 de Febrero de 1807.

Y van á reconquistar Buenos Aires: son 12.000 hombres, al mando de Whitelocke, que ha llegado con imponentes refuerzos.

Pero ya no es posible; Buenos Aires se ha hecho soldado, y está de pie. Liniers, nombrado popularmente gobernador en reemplazo de Sobremonte, les sale al encuentro, pero es rechazado; los ingleses siguen tras él, y atacan la ciudad el 5 de Julio. Alzaga organiza la defensa; el choque formidable se produce, y el inglés queda vencido por el animoso pueblo bonaerense. Whitelocke ha capitulado el día 6; ha pactado con Liniers la evacuación completa del Río de la Plata; la de Montevideo inclusive.

Es bastante, amigos artistas, para que os déis cuenta de esas invasiones inglesas, Huelga el comentario. El pueblo se ha dado cuenta de que es varón.

Sólo os haré notar dos detalles sugestivos.

Recordaréis que, en la lucha colonial de Inglaterra con Francia, que precedió á la independencia de Estados Unidos, comenzó á figurar, en defensa de su metrópoli, un jóven capitán llamado Jorge Wáshington. También en estas invasiones inglesas al Río de la Plata nos encontramos con un capitán ó Ayudante Mayor, José Artigas, quien,

hallándose enfermo, al ver que su regimiento se queda de guarnición en Montevideo cuando sus camaradas han partido á la reconquista, ruega al Gobernador Huidobro que le permita incorporarse á la gloriosa cruzada. Huidobro, accede; le da un pliego para Liniers. Artigas cruza solo el río; alcanza la expedición cuando ésta va á expugnar á Buenos Aires; pelea en los Corrales de Miserere, en el Retiro, en la Plaza Victoria. Rendido el inglés, es él quien se presenta á Huidobro en Montevideo con el parte de la victoria; ha repasado el río en una barca; ésta ha naufragado, y el animoso tripulante, como el heraldo de Maratón, ha ganado la orilla á nado con la feliz noticia.

Corre con su escuadrón á defender á Maldonado de la agresión inglesa; vuelve á Montevideo, y, con las tropas de Sobremonte, se opone al desembarco del enemigo en el Buceo; Sobremonte huye, pero él se repliega á la plaza amenazada; lucha en el Cardal "con el mayor enardecimiento, sin perdonar instante ni fatiga." Asaltada y tomada la ciudad, él no se rinde; se embarca para el Cerro, y hostiliza sin cesar á los ingleses durante los seis meses de su primer dominio... Barbagelata nos ha narrado todo esto muy bien; con muchos documentos comprobantes.

Otro detalle final, y pasaremos á otra cosa.

Las dos ciudades del Plata han quedado, y con razón, igualmente orgullosas de sí mismas, con la expulsión de los ingleses; pero se miran con celo. Buenos Aires agradece oficialmente á Montevideo su concurso; pero va á España á reclamar para sí la gloria de la reconquista. La ciudad oriental no lo consiente: la reconquistadora es ella, y sólo ella; suya, y de nadie más, es la gloria. Invoca en España su derecho á los laureles; cuenta allí la historia; discute con Buenos Aires; exhibe sus pruebas; triunfa, por fin. El rey de España concede á Montevideo

"el título de *Muy Fiel* y *Reconquistadora,* con la facultad de agregar á su escudo las banderas que apresó en dicha reconquista, con una corona de oro sobre el Cerro, atravesada con otra de las reales armas, palma y espada."

Está bien. Coronas de oro, palmas, reales armas... abalorios que valen por su significado histórico; valen indudablemente. Pero esos pueblos han ganado, me parece, algo más que una palma simbólica y una espada pintada. ¿No se pensará, siquiera, en su derecho á un principio de emancipación?

Eso, jamás: la América debía continuar como propiedad de su madre, mientras ésta se conservase dueña de sí misma. Mientras exista un español, éste debe mandar en América. Y aun más: como el pueblo portugués á Doña Inés de Castro, según la leyenda, el americano debe permanecer fiel, no sólo á España, sino á la monarquía española, besar la mano á su esqueleto, y acatar su sombra cadavérica.

Comprenderéis, mis amigos, que eso no pudo ser. La América española, desde Méjico hasta Patagonia, ha sentido el estremecimiento de su pujante pubertad. Ese rechazo de las invasiones inglesas que hemos visto no ha sido una causa, ni siquiera una ocasión de la independencia; ha sido un efecto, ó si queréis mejor, un signo de vitalidad.

Ved cómo esta se manifiesta, por fin, en su plenitud.

Napoleón, que, á principios del siglo pasado, recorre triunfante la Europa, y traza con su espada nuevas fronteras arbitrarias en el antiguo continente, y regala coronas reales á sus deudos y capitanes, resuelve apoderarse de la península ibérica y de los reyes nuestros señores. España es aliada de Napoleón, como lo eran entonces los aliados: estaba amarrada á él. Portugal lo es de Inglaterra; es enemigo del César, por consiguiente. Éste, á

pretexto de pasar sus tropas á Portugal — cuyo rey huye al Brasil ante el amago, y establece su corte en Río Janeiro — las hace penetrar en España, con anuencia del rey Carlos IV, su aliado, que, temeroso del partido político que se ha formado en torno de su hijo Fernando, cree hallar apoyo para su corona en Bonaparte. Aquella corte española es una miseria, una verdadera miseria; aquellas majestades de todo tenían, menos de majestuosas, preciso es confesarlo. Y de sagrado, ó divino, mucho menos.

El pueblo español, grande á pesar de sus reyes, se alarma ante la invasión francesa; el partido de Fernando asalta la casa del Ministro Godoy, y obliga á Carlos á abdicar la corona en su hijo. Pero Napoleón, á título de arreglar las rencillas de la familia real española, la invita á pasar á Bayona, donde, tratados los infelices monarcas como entidades despreciables, son obligados á poner la férrea corona de España en manos de Bonaparte, que así tendrá una más de qué disponer. El pueblo se levanta airado y heroico; el de Madrid se hace fusilar en las calles, el 2 de Mayo de 1808, lo que da por resultado el coronamiento de José Bonaparte como rey de España. En seguida, el pueblo todo, como un solo corazón de león, se revuelve contra el usurpador de su propia soberanía. En ejercicio de ésta, instintivamente, prueba que es un organismo vivo, capaz de crear sus propios medios de existencia; elige Juntas Provinciales primeramente, que acaudillan la resistencia de la nación; un Consejo de Regencia después, y reconquista, en lucha homérica, su independencia, agregando al catálogo de sus glorias seculares los nombres de Bailén, de Zaragoza y de Gerona.

III

¿Y América? ¿Qué hará América mientras en España el rey está prisionero y el pueblo — sólo el pueblo español, no sus reyes ni sus consejos reales, — combate por su independencia?

¿Aguardar, impasible y resignada, á que en Europa se resuelva de sus destinos, y se le haga saber cuál es el dueño, nuevo ó viejo, que en definitiva le ha tocado en suerte, y si ha de hablar en francés ó en español ó en inglés?

Eso es lo digno y lo justo, en el concepto de la metrópoli, y de sus agentes en América; eso es lealtad.

Pero el pueblo americano ya no puede hacer tal cosa; sería indigno de su propia madre. Él también luchará por su vida, por su independencia, como el español; con el mismo título, con el mismo brío.

¿En España, está el rey Fernando VII prisionero, y las Juntas, emanadas del pueblo español, lo representan?... Pues los virreyes de Fernando en América deben considerarse también prisioneros, y dejar su puesto á juntas emanadas del pueblo americano.

¿Las juntas españolas conservan la soberanía para el soberano, es decir, para el rey prisionero Fernando VII, el legítimo, el sagrado, el dueño?... Pues otro tanto harán las americanas para el soberano de América, prisionero á su vez hace mucho tiempo; también lucharán por esa causa, con el mismo heroísmo con que lucha el pueblo español.

Pero... he aquí que se nos ofrece el problema, todo el problema: el soberano prisionero ya no es en América, aunque lo parezca, Fernando VII; eso es lo que hay aquí de más grave y serio. Cuando debelado Napoleón en Wa-

terloo, vuelva Fernando á su trono de Madrid después de su cautiverio, ya habrá nacido en esta América, por la ley de la universal germinación, por la de la constante renovación de la vida, otro soberano legítimo, más legítimo que el prisionero de Bonaparte.

El nacimiento en estas tierras de ese príncipe heredero de los reyes presos, de todos los reyes caducos. no ha sido notificado, es verdad, á las naciones, con la solemnidad del ceremonial sagrado; no ha sido presentado un niño á la corte en una bandeja de oro; pero ciego hubiera sido quien no se hubiera dado cuenta de su venida al mundo. Fué él, precisamente, quien expulsó á los ingleses conquistadores, hace dos años. Sin él, ¿qué hubiera sido del dominio, no sólo de la nación, pero aun de la lengua española en el Plata?

Y los virreyes, y sus delegados, y sus cortes coloniales no eran ciegos; tampoco lo eran los españoles residentes en las colonias. Bien veían que el heredero de Fernando estaba ya en la tierra americana, y que ese tal heredero no era ni podía ser un rey español. El derecho imprescriptible que creían poseer en su propia sangre les impedía, sin embargo, reconocer al nuevo soberano recién nacido; tenían que estrangular á ese bastardo en su cuna; no podía haber más rey que el rey.

Y la cuna eran las juntas, que, emanadas del pueblo, de que eran núcleo los cabildos, y con prescindencia de virreyes y gobernadores y capitanes generales, se disponen á reconocer y conservar y defender los derechos del soberano legítimo contra el usurpador.

¿El soberano legítimo se llamaba entonces Fernando VII, y Napoleón I el intruso?... Pues las Juntas americanas se constituirán al grito de ¡Viva Fernando VII!... El nombre es lo de menos.

Los virreyes y gobernadores y peninsulares residentes en América vieron en ese grito, un grito subversivo, un clamor de rebelión. Y vieron bien la realidad oculta en las apariencias. Y los unos se lanzaron contra los otros, é iniciaron una lucha que duró quince años, al final de los cuales se verá que el soberano legítimo, llamado Fernando VII por los americanos, no era ni podía ser el fruto concebido por el tiempo en la antigua monarquía, sino el que palpitaba en las entrañas del pueblo americano, que, como todo organismo vivo, tenía que formar de su propia sustancia, y no de elementos ajenos, su cabeza, al par que su corazón y su brazo.

IV

Eso es lo que significa, mis queridos artistas, el 25 de Mayo de 1810 en el Río de la Plata, y el grito de Dolores y la Junta de Zitácuaro en Méjico, y el 19 de Abril en Caracas, y el 10 de Agosto en Quito, y el 18 de Setiembre en Chile, y todas las demás efemérides americanas.

Esas regiones constituían las subdivisiones, más ó menos arbitrarias, del dominio español, al iniciarse la independencia. Allá en la América del Norte, estaba el virreinato de Méjico ó Nueva España, el mundo de los aztecas, entre uno y otro océano, y al rededor del golfo enorme, con la Capitanía General ó Provincia de Guatemala; en la América meridional, que es la que vamos á examinar especialmente, se encontraba el virreinato de Nueva Granada, allá en el Norte, arrancando del Istmo de Panamá, y con su sede en Santa Fé de Bogotá; y la presidencia de Quito, más al Sur, sobre el Pacífico; y allá, á la derecha, sobre el mar de las Antillas, la capitanía general

de Venezuela. El virreinato del Perú, que había comprendido todas las posesiones españolas de la América del Sur hasta Santiago de Chile, hasta Buenos Aires y Montevideo, estaba allá, con su remedo de opulenta sede en Lima, la gran ciudad colonial; de él se había desprendido, y formaba una capitanía general, Chile, la tierra de los araucanos, tendida á lo largo de los estrechos contrafuertes de los Andes, con su centro sociológico en la ciudad de Santiago. Y por fin, desprendido también del Perú en los últimos tiempos de la colonia, estaba el Virreinato de Buenos Aires, que había arrastrado consigo hacia el Atlántico, hacia el Plata, un territorio de más de la mitad de Europa: todo el que se extiende entre los Andes y la cordillera del Brasil, desde las altiplanicies del Perú meridional. Este virreinato comprendía la actual Bolivia, con su ciudad de Charcas y su cerro de Potosí; las actuales Provincias Argentinas; el Paraguay con su vieja Asunción, dormida en sus bosques de naranjos; y, por fin, del otro lado de la gran cuenca, con los caracteres originales que os he descrito, la gobernación oriental, con la plaza fuerte de Montevideo, sobre la margen izquierda del Plata, como núcleo sociológico.

Como bien lo comprendéis, mis amigos artistas, esas agrupaciones arbitrarias, de territorios heterogéneos, tenían que disolverse ó rectificarse con la disolución del régimen colonial; en ellas nó se tenían para nada en cuenta los intereses, y mucho menos los derechos, de los distintos pueblos esparcidos en ese inmenso territorio. sino, como lo hemos dicho antes, las conveniencias de la dueña y señora de todos ellos. Abrir el juicio testamentario de la madre común significaba, por consiguiente, iniciar, *ipso facto,* la partición de su herencia entre sus

distintos hijos varones, herederos todos ellos al mismo título, los menores lo mismo que los mayores, Chile y el Uruguay y el Paraguay lo mismo que el Perú ó Buenos Aires. Las divisiones del coloniaje no daban ni quitaban derechos; no los constituían, sobre todo, superiores á las leyes étnicas, geográficas, sociológicas, biológicas, si queréis, que determinan la voluntad de los pueblos, y que forman las distintas personas colectivas.

V

En 1810 se creyó en América que España iba á caer por fin, toda entera, en poder de los franceses de Napoleón; el ejército invasor había pasado Sierra Morena; la Junta Central se había refugiado en la isla de León; habíase formado un Consejo de Regencia. La autoridad de los virreyes había caducado, por ende, en América. Sin rey, ¿cómo concebir al virrey? La autoridad era aquí, por consiguiente, *res nullius,* cosa de nadie. Pertenece, en tales casos, al primer ocupante, y éste puede serlo el pueblo entero, que se erige en fuente inmediata de soberanía, y consagra, con su designación ó su aceptación, al hombre ó á los hombres en que debe residir. Ese es el origen de la democracia republicana. Y ese el espíritu autóctono, creador de la revolución de América. Ese espíritu es el orden, la divina armonía.

Llegó, pues, el momento: toda la América se levantó de una vez á gobernarse á sí propia. El fuego central es el mismo en todo el continente; los cráteres que se abren son varios. Allá en el Norte, después de Quito, se abre el volcán principal en Caracas, en la Capitanía General de Venezuela, Virreinato de Nueva Granada. En el Sur, tras la

gran conmoción de Cochabamba y La Paz, ahogadas en sangre, estalla el nuevo fuego en Santiago de Chile; pero sobre todo, y como núcleo principal, en Buenos Aires. Entre ambas zonas incandescentes hay una inmune: el Perú. Lima, su gran capital, será el último baluarte español.

Era el mes de Mayo de 1810. El pueblo de Buenos Aires, á quien el mismo virrey había revelado francamente, el día 18, la desastrosa situación de España, hervía en la Plaza Mayor; quería Junta como en la metrópoli, Junta que gobernase en ausencia del rey. Pero aquella gente quería más: clamaba por la deposición inmediata del virrey. ¡Una barbaridad! Aquel organismo estaba con fiebre; elaboraba ó reponía instintivamente un miembro que le faltaba. Y era nada menos que la cabeza.

Era virrey entonces don Baltasar Hidalgo de Cisneros, quien, designado tal por la Junta de España en sustitución de Liniers, el héroe de la reconquista, levantado por el pueblo y apoyado por las tropas, había ocupado su puesto en Julio de 1809. El 1.º de Enero de ese año noveno, Liniers había tenido que sofocar, con el apoyo de las milicias, una conspiración fraguada contra él por el español Alzaga, alentado por Elío, gobernador de Montevideo. Pero otra conspiración estuvo por producirse en cambio, en favor de Liniers, cuando Cisneros llegó poco después, de España, á sustituirlo: se intentaba rechazar al virrey enviado por la metrópoli. Pero la lealtad de Liniers, y la indecisión de las tropas, retardaron la hora magna, y abrieron el camino al último virrey, que ocupó su puesto el 30 de Julio de 1809. Todo anunciaba, sin embargo, que esa hora estaba á punto de sonar; una heroica sublevación, que fué ahogada en sangre, estalló,

después de la llegada de Cisneros, en Cochabamba y La Paz; en Buenos Aires y Montevideo se formaban núcleos de conspiradores, cuyos trabajos secretos se sentían en el aire. Una diferencia fundamental había entre estos trabajos, sin embargo: en Buenos Aires, el espíritu se concentraba en la ciudad; los jefes de fuerzas militares formaban parte de los conspiradores; don Cornelio Saavedra, jefe del Batallón de Patricios, era su principal exponente, y presidirá la primera Junta. En Montevideo, por el contrario, el espíritu aparece difundido en todo el pueblo de la Banda Oriental; los conspiradores se reunen, generalmente, fuera de los muros; no esperan nada de las tropas; se alejan de ellas. Artigas, que será el hombre, comenzará por abandonar los viejos soldados que manda, para acaudillar la masa popular de la que saldrán los nuevos, y que, como lo veréis, es, en ambas márgenes del Plata, la verdadera autora de la revolución de Mayo.

Es indudable que Cisneros, mejor que nadie, sin excluir el Ayuntamiento ó Cabildo de Buenos Aires, y aun los patricios conspiradores, se dió cuenta de que su autoridad estaba allí como un medio en la puerta de una escuela, según suele decirse. Bajo la presión popular, y ante la actitud de los jefes militares, que salieron garantes de la seguridad pública, hubo de autorizar la convocación, por el Ayuntamiento, de una asamblea ó *Cabildo abierto*, que determinase la voluntad del pueblo sobre lo que debía hacerse, en caso de una pérdida total de la península. Bien es verdad que el virrey autorizaba eso "á condición de que nada se haga que no sea en obsequio del amado soberano Fernando VII, ó no respete la integridad de sus dominios, pues la monarquía es una é indivisble"; pero bien comprendéis, amigos artistas, que lo que el pueblo

quería, pese á todo cuanto hicieran y dijeran los cabildos ó asambleas, no era propiamente eso, ni cosa parecida.

El *Cabildo abierto* se reunió el 22 de Mayo; sus miembros fueron elegidos por el Ayuntamiento, y convocados personalmente por esquelas.

Ese acto fué el decisivo de la revolución, por más que allí, según dice Groussac, no había nadie con la visión, ni siquiera confusa, del edificio futuro. No importa: ya aparecerá quien la tenga.

Se sentaron en la sala, presididos por el Cabildo, 249 de las 450 personas que habían sido convocadas; votaron 224. Allí estaban los representantes del clero y la milicia, alcaldes, empleados, abogados, escribanos, comerciantes, catedráticos, vecinos. Era una asamblea de privilegiados; no había delegados directos del pueblo. Pero tampoco eso importa gran cosa; también el pueblo aparecerá cuando llegue el caso. El Cabildo, que se decía su representante, no lo era, ni por su origen ni por sus ideas: recomendó á la asamblea que evitase toda innovación ó mudanza, por peligrosas; la amenazó con las miras absorbentes de Portugal; le advirtió que sus resoluciones tenían que nacer de la ley ó del consentimiento de todos los pueblos ó provincias interiores del reino.... En fin: se ve claro que el propósito esencial de aquel Cabildo era uno ante todo: que no se tocase al virrey. Y era lo contrario, precisamente, lo que el pueblo quería: quería tocarlo; deshacerse del virrey. como primera providencia.

Me parece excusado detallaros los votos de ese célebre Congreso; los hubo innumerables. Desde el que quería la continuación del virrey, tal cual estaba, ó asociado á otras entidades; desde el que optaba por que el Cabildo gobernase, mientras no se organizara un Gobierno emanado de

España, hasta el que proponía la creación de un Gobierno emanado de la nación; desde la doctrina del derecho ingénito radicado en la persona del monarca, hasta la más extrema que consagra el derecho popular, todos los pareceres tuvieron allí su intérprete. De todo aquello surgió, por fin, la resolución siguiente: "Consultando la salud del pueblo, y, en atención á las actuales circunstancias, debe subrogarse el mando superior en el Excmo. Cabildo de esta capital, con voto decisivo del señor Síndico Procurador General, interín se constituye, en el modo y forma que se estime por el Excmo. Cabildo, la corporación ó Junta que debe ejercerlo, y sin que quede duda de que es el pueblo quien confiere la autoridad."

Bien cabía, como se ve, dentro de esa resolución, el vuelco reclamado por el pueblo; pero todo dependía de la ejecución de lo resuelto, y ésta quedaba, según hemos visto, al arbitrio del Cabildo. El Cabildo no sólo no la ejecutó, sino que la desfiguró por su cuenta y riesgo; acordó, al día siguiente, que el virrey *había cesado en el mando;* pero que no por eso quedaba separado de él en absoluto, sino que se le nombrarían asociados en el ejercicio de sus funciones, hasta que se convocara la Junta General, que debía proceder de todo el virreinato.

En esa resolución se modificaban dos puntos esenciales de la del 22: se suprimía la última cláusula, que consagraba el origen popular de la autoridad, y se apelaba á los demás pueblos del virreinato, no por respeto á éstos ciertamente, sino porque de las provincias se esperaba la reacción contra lo resuelto en la capital.

El virrey aceptó lo acordado, como era de esperarse; pero indicó la conveniencia de consultar á los comandantes de la guarnición. Éstos dijeron que lo que el pueblo quería era la cesación del virrey en el mando.

Muy bien: el Cabildo no se desorientó: creó entonces una Junta provisoria de cinco miembros, entre los que figuraban dos promotores patriotas, Castelli y Saavedra; pero esa Junta estaba presidida por Cisneros. El virrey no era virrey; pero era presidente de la Junta; no podía dar orden eficaz sin la rúbrica de los otros; pero conservaba su dignidad. Y así se esperaba lo que dijeran las provincias interiores.

Eso fué aceptado por los patriotas: por los comandantes militares, por los patricios. Los miembros de la nueva Junta, Castelli y Saavedra entre ellos, prestaron juramento solemne el día 24 de Mayo; juraron conservar estos dominios para Fernando, y acatar en un todo las leyes del reino. Desfilaron solemnemente entre el pueblo silencioso, y tomaron posesión de sus puestos en la fortaleza.

La revolución estaba, pues, terminada; se había desvanecido. En ese día, dice Groussac, en ese 24, los conductores del movimiento de Mayo habían abdicado.

Pero, entre el 24 y el 25, apareció la otra entidad, la que vamos á ver aparecer muy á menudo en esta historia; la que hallará en Artigas su cabeza genial y su conciencia personal: el pueblo anónimo. Éste no ratificó lo hecho por los patricios y letrados. El hervor de la muchedumbre llegó hasta la nueva Junta. Ésta juraba el día 24, á las tres de la tarde, y, á las nueve de la noche, instigada por Saavedra y Castelli arrepentidos, devolvía al Cabildo, en lacónica comunicación, el poder que de él había recibido, y que le quemaba las manos. Es preciso nombrar otra Junta, le decía, para calmar la efervescencia popular.

En ese estado de cosas rayó el día 25 de Mayo de 1810. El Cabildo no se daba por vencido. Se reunió en las pri-

meras horas de ese día, é intentó rechazar la renuncia de la Junta, y conminarla á sostener su autoridad por la fuerza. El populacho, la barbarie, invadió entonces la casa capitular; algunos individuos anónimos gritaron, en nombre de esos bárbaros, protestando contra el nombramiento de Cisneros, é increpando al Cabildo por haber violado lo resuelto el 22. ¡Si hubiera sido posible castigar el desacato! El Cabildo convocó á los jefes militares con ese objeto, y éstos declararon que ellos mismos no se consideraban seguros contra el pueblo. Éste, mientras ellos hablaban, golpeaba las puertas de la sala capitular, y daba voces endiabladas.

¡Pues que el Diablo cargue con él! se dijo el Cabildo. Y envió una diputación al virrey, indicándole la conveniencia de su renuncia. Ésta no se hizo esperar; llegó verbalmente.

Todavía se pensaba en una nueva componenda. Castelli y Saavedra proyectaban el mantenimiento de la Junta con el simple cambio de presidente, cuando un grupo tumultuario penetró hasta la sala del Ayuntamiento, y declaró á su modo que el pueblo reasumía la autoridad, destituía la Junta nombrada, y proclamaba una nueva. Ésta se había formado, no se sabe dónde á ciencia cierta, ni importa nada el saberlo; el pueblo anónimo la hacía propia, y la imponía *porque sí:* Presidente: Saavedra, el jefe del Batallón de Patricios; Vocales: Castelli, Belgrano, Azcuénaga, Alberti, Matheu y Larrea; Moreno y Paso, secretarios.

El Cabildo, desde los balcones de la Casa Consistorial, pactó con el pueblo que, en escaso número, estaba reunido en la plaza. ¿Dónde está el pueblo? preguntó. Sonad la campana y aparecerá, le fué respondido.

El Cabildo no sonó la campana: pactó con aquel grupo,

en el que no se veía á ninguno de los promotores del motín, y reconoció el nuevo Gobierno: el que estaba escrito en la lista anónima.

Poco después, tronaban los cañones en sus troneras antiguas; se estremecían las campanas en las altas torres venerables, y daban gritos; flotaban en el aire, como pájaros recién nacidos, las escarapelas bicolores que llevaban los hombres á guisa de distintivo, y éstos se abrazaban, como quien celebra la llegada de un viajero que se esperaba, y que, al fin, estaba allí.

Eso es, reseñado ligeramente, el 25 de Mayo y sus equivalentes en América, mis buenos amigos: la mañana de un largo día de la historia. Una espléndida mañana.

VI

Trátase ahora, mis amigos artistas, de designar el héroe de esa gran revolución que se inicia: del 25 de Mayo y sus consecuencias.

¿Quién había realizado aquello en Buenos Aires? ¿Había allí un hombre? O mejor dicho: ¿estaba allí *el hombre,* la conciencia humana depositaria del pensamiento fundamental de la persona colectiva que allí nacía? "El Cabildo abierto del 22 de Mayo, dice Groussac, señala el acto decisivo de la revolución argentina. A él concurrieron, para combinarse ó combatirse, las fuerzas varias, afines ó refractarias, que, de años atrás, venían trabajando el complejo organismo.... En todos estaba la conciencia de un cambio necesario; pero en nadie la visión, siquiera confusa, del edificio futuro que de los escombros coloniales podía y debía surgir."

...."Todo monumento con inscripciones nominativas

en que se consagre "á los autores" de la revolución de Mayo, tiene que cometer la enorme injusticia de desconocer á sus verdaderos héroes, que son anónimos." Aquel movimiento no tuvo caudillo, dice el maestro don José Manuel Estrada. En el Río de la Plata, la revolución se desarrolló por la coincidencia de todas las pasiones populares; y sabéis que *el populacho* de Buenos Aires, llamado en horas de desaliento, salvó la naciente nacionalidad, y puso sobre las cumbres de la historia su ídolo y su lámpara."

Y dice otro maestro, don Domingo F. Sarmiento, en su *Facundo:* "Buenos Aires, en medio de todos estos vaivenes, muestra la fibra revolucionaria de que está dotada. En Venezuela, Bolívar es todo. Venezuela es la peana de esa colosal figura: Buenos Aires es una ciudad entera de revolucionarios: Belgrano, Rondeau, San Martín, Alvear y los cien generales que mandan sus ejércitos, son sus instrumentos, su brazo; no son su cabeza ni su cuerpo. En la República Argentina no puede decirse "el general tal, libertó al país" sino "la Junta, el Directorio, el Congreso, el Gobierno de tal ó cual época mandó al general tal, que hiciese tal cosa."

Para que os déis cuenta, mis amigos, de lo que significa eso que dice Sarmiento, es menester que sepáis quién es ese Bolívar de que nos habla, porque, efectivamente, es una figura colosal.

Y, antes que á Bolívar, bueno es que conozcamos al mismo Sarmiento, porque es un voto de calidad cuando se trata de Artigas. Sarmiento fué su detractor encarnizado; pero tiene mucho de aquel profeta Balaam que bendecía al pueblo de Israel, cuando, montado el buen vidente en una burra, iba con el propósito bien deliberado de echar maldiciones y conjuros contra ese pueblo.

Lo indeliberado era en él la profecía; lo indeliberado es en Sarmiento la verdad. Hombre de lucha, escritor insigne, diplomático, general, y hasta, á ratos perdidos, presidente de la República Argentina, este Sarmiento fué un varón insigne por muchos conceptos; pero lo fué, sobre todo, porque vió más de una vez verdades intrínsecas que no se veían, y las habló con sinceridad casi infantil. No era papelófilo; no se sometía más de lo justo á la tiranía de los documentos, ni rendía gran culto á los manuscritos viejos ni á los nuevos; pero leía dentro de sí mismo con claridad, y decía cosas reales casi inconscientes. Por eso hubo quien lo llamó loco, y por eso hoy le llaman genio, y no sin causa. En Buenos Aires le han erigido una bella estátua marmórea. Se le erigirán otras probablemente.

Y, conocido Sarmiento, pasemos á Bolívar.

VII

Ya hemos dicho que el movimiento revolucionario se produjo al mismo tiempo en toda América; por todas partes se abrieron cráteres.

En Caracas, lo mismo que en Bogotá y en Quito, la invasión de Napoleón y la prisión de Fernando VII determinan algo semejante á lo que hemos visto en Buenos Aires. También es el pueblo quien allí se levanta: depone al virrey ó gobernador, crea una Junta de Gobierno, aclama á Fernando VII, etc., etc. Y se empeña en una lucha homérica. Allí, lo mismo que en Chuquisaca la mártir, y al revés de Buenos Aires donde no se oyó un tiro español, la represión es inmediata y espantosa. Venezuela es la tierra de la *guerra á muerte,* la más sangrienta de la revolu-

ción americana. Pero de en medio á aquellos *populachos,* tan briosos como el de Buenos Aires, surge un caudillo, (tiene razón Sarmiento), que, más aún que por su genio militar, por su arraigo en el pueblo, puede ofrecerse como el espíritu de aquellas multitudes, inflamado en una conciencia de hombre.

Es el mismo Sarmiento el que precisa el carácter de ese hombre Bolívar. Dice, criticando una biografía que sobre él se escribió: "En esa biografía, como en todas las otras que de él se han escrito, he visto al general europeo, á los mariscales del imperio, á un Napoleón menos colosal; pero no he visto al caudillo americano, al jefe de un levantamiento de las masas; veo un remedo de la Europa; nada que me revele la América."

"Colombia tiene llanos, vida pastoril, vida bárbara, americana pura, y de ahí partió el gran Bolívar; *de aquel barro hizo su grandioso edificio....*"

"La manera de tratar la historia de Bolívar de los escritores europeos y americanos conviene á San Martín y á otros de su clase. San Martín no fué caudillo popular; era realmente un general. Habíase educado en Europa, y llegó á América, donde el gobierno era revolucionario, y pudo formar á sus anchas el ejército europeo, disciplinarlo, y dar batallas regulares según las reglas de la ciencia. Su expedición sobre Chile es una conquista en regla, como la de Italia por Napoleón. Pero si San Martín hubiese tenido que encabezar *montoneras,* ser vencido aquí para ir á reunir un grupo de llaneros por allá, lo hubieran colgado á la segunda tentativa."

.... "A Bolívar, al verdadero Bolívar no lo conoce aún el mundo; y es muy probable que, cuando lo traduzcan á su idioma natal, aparezca más sorprendente y más grande aún."

Todo eso tiene mucho de verdad. Vosotros debéis tenerlo muy en cuenta cuando tracéis la figura de Artigas, porque le es muy aplicable. Pero acaso no es toda la verdad.

Es preciso que conozcamos á Bolívar, como hemos conocido á Wáshington, para llegar á Artigas.

Bolívar fué grande, efectivamente, por eso que dice Sarmiento: *porque de aquel barro, del pueblo americano, hizo su grandioso edificio.* Aparece en la historia, muy joven aún, cuando se constituyen las primeras juntas en Caracas; es enviado en una comisión á Inglaterra, y regresa cuando está empeñada la lucha; llega á Nueva Granada, y de allí pasa á Venezuela, su patria, como libertador; da batallas; cae en la primera jornada; emprende una nueva, y triunfa; pasa los Andes septentrionales, y se abre camino, con victorias colosales, hasta Bogotá; de la fusión de Venezuela y Nueva Granada constituye la primera patria colombiana, la gran Colombia; refunde en ésta la provincia de Quito; triunfante en el Norte, desciende, en busca del baluarte español, al bajo Perú, y lo domina; se encuentra en el camino con San Martín, excelso capitán rioplatense que sube triunfante del Sur, y San Martín se desvanece á su contacto, como luz que en luz mayor se disipa; persigue al enemigo hasta el Perú alto; acaba con él en Junín, en Ayacucho. Después trata de organizar y gobernar la enorme patria que ha acaudillado en la guerra; pero en las batallas del pensamiento es menos heroico: vacila, tiene vértigos y tinieblas.

Para que os déis cuenta de lo que eso significa, como empresa militar, basteos saber que Bolívar dirigió como jefe treinta y seis batallas, de las que ganó diez y ocho; fué derrotado en seis y se retiró en doce.

La guerra que él sostuvo fué la más encarnizada de América; guerra á muerte, sin cuartel, llena de horrores y de martirios. Mientras al golpe de su espada hace brotar la patria de la roca, Bolívar procura encauzarla hacia un porvenir que él ha soñado, y que no se ve con claridad: una federación americana ó algo así. Que os baste saber, para daros cuenta de esto, que, de los veinte años que duró su vida pública, fué, durante diez y ocho, jefe supremo, presidente ó dictador de la compleja nación primitiva que surgía de su cabeza volcánica, y que lo aclamaba como á un dios.

Pero más que la historia, yo quiero que conozcáis el carácter, el significado de esa especie de meteoro. Bolívar no es Wáshington; es mucho más grande y mucho más chico que Wáshington; es su contraste. Veréis como no es tampoco Artigas: el contraste con éste es todavía mayor, si cabe.

Bolívar es un vástago de sangre azul; es hijo de noble, sobrino de marqueses. Es un hombre de letras; ha estudiado, viajado por Europa, donde ha estado en contacto con príncipes; jugó con el mismo Fernando VII. Ha formado parte de los núcleos revolucionarios constituídos por Miranda en Inglaterra para envolver la independencia americana en los problemas políticos europeos, y hacerla brotar de ellos, aunque sea entregándola á Inglaterra. Ha presenciado las convulsiones internas de la Europa revolucionaria; las ideas flotantes en el aire europeo resuenan en su cabeza, sin llegar á formar una armonía.

Pero su enérgica personalidad no es arrastrada por esas formidables influencias; se sobrepone á ellas: es original, completamente original. Hay momentos en que Bolívar es el tipo del montonero americano, un criollo de alma y cuerpo; piensa y obra como caudillo heroico; es un átomo de

la masa que va en él. Hay otros, en que no se distingue en él al hombre de esta tierra, ni siquiera al de tierra alguna; vive en los vapores ó en el fuego, como la salamandra; sube y baja, como llama vibrátil y policroma en forma de lagarto. Pero no por eso se ve al hombre europeo; es Bolívar. Es escritor, verdadero escritor, inspirado, grandilocuente. Es poeta, orador, habitante del país de ensueño; es estadista empírico, filósofo intermitente; sus proclamas y arengas son batallas; son poemas sus combates. Es grandioso; no teatral, porque es sincero. La ambición de gloria. de poder, de mando militar, son el motor inmediato de aquel espléndido instrumento formado para las triunfales sinfonías. Quería refundir en su propia persona á Wáshington y á Napoleón; no quería ni podía ser ninguno de los dos.

Pero en él, al lado de las visiones que flotan aladas en el alma y la libertan, vivían rampantes las pasiones que hormiguean en la carne, el gusano brutal del espíritu. ¡Las pasiones de Bolívar! Nadie las ha sentido más altas, ni más bajas. Era impetuoso, irritable; las palabras se derramaban de su boca como la sangre de una herida. El movimiento, la perpetua transición, la satisfacción inmediata y rápida de sus apetitos eran su vida. El reposo en un sitio ó en un afecto era para él la muerte, como lo es el agua dulce para los peces del mar. Amaba con los sentidos, es decir, no amaba. El incienso de la adulación y de la lisonja cortesana, que lo envolvieron como á nadie; la garra de los deleites voluptuosos; los hombres y las mujeres tenían poder sobre él, y, como ráfagas de viento sobre una hoguera, hacían intermitente la luz de aquel genio, que pasaba de las grandes llamaradas á las tinieblas sin orillas. La fiebre, que lo agotaba, y le conservaba al mismo tiempo la vida y el genio, lo mató por fin en la plenitud de sus

años. Y de su obra quedó sólo la realidad intrínseca; los sueños se diluyeron en la aureola dorada que circunda su cabeza.

Y la realidad intrínseca de Bolívar, la permanente al través de las variaciones, era eso que dice Sarmiento: la fe en el pueblo, en el barro; la parte que él tenía de común con ese mismo barro germinal; lo que tenía de común precisamente con Wáshington y con Artigas, en medio de las enormes distancias aparentes de esos tres hombres. Bolívar tuvo fe en América, y tuvo fé en sí mismo; se sentía las alas, y las juzgaba de fuerza ilimitada. No existen de esas alas en el mundo.

Bolívar creyó sinceramente en la existencia orgánica del pueblo americano recién nacido; se refundió en él, se identificó con él, con sus grandezas y sus miserias. Quiso ser su cabeza, es cierto; pero cabeza articulada, irrigada por la misma sangre de todo el organismo. Después de realizada la independencia, pensó en organizar aquello, y se sintió confundido; y con razón. La república no es una semilla: es un fruto. Aquello, allá como acá, era una materia cósmica caótica. Aunque su ideal era la democracia republicana, pensó en la monocracia, en el gobierno del hombre necesario, en senados vitalicios y aun hereditarios, en cualquier cosa que conjurara el peligro de disgregación de aquellas moléculas hirvientes. Pero todo eso, y todo lo demás que quiera atribuírsele con ese objeto, hasta su propia tiranía, había de salir del pueblo mismo, del organismo americano, cuyo definitivo desprendimiento de la metrópoli era el alma de su pensamiento ó visión proféticos. Él vió lo grosero, lo primitivo de aquel barro; pero no renunció á él como materia prima de la obra que su genio entreveía; llegó á hablar hasta de *una*

nueva casta americana, formada *de la fusión de todas nuestras razas,* en que se fundía su propia sangre hidalga con la del indio, con la del negro. Todo, menos volver á la antigua servidumbre. "Venezuela no ha solicitado ni solicitará jamás su incorporación á la nación española, ni la mediación de potencias; no tratará jamás con España sino de igual á igual, en paz y en guerra" dice en el congreso de Angostura.

Allí se pensó en una monarquía; pero, como en Estados Unidos, el monarca había de ser el héroe, Bolívar. Santander, uno de sus generales, escribe á éste una carta en que le dice que aceptaría la monarquía si el monarca fuese él, el Libertador. Éste rechaza. El general Paez le propone la corona, encargándole el secreto. Bolívar contesta con estas palabras: "A la sombra del misterio no trabaja sino el crimen."

Eso es, y no sus condiciones intelectuales, lo que hace de Bolívar el glorioso exponente de la revolución americana del Norte. Sus otras condiciones, educación, elocuencia, imaginación, teorías empíricas, genio militar, son simples accidentes, que sólo toman sér unidos á la sustancia; ceros gloriosos que parecen nimbos triunfales, pero que son aureolas de humo sin la unidad que los preside.

VIII

La revolución americana tuvo, pues, mis amigos artistas, un héroe, allá en el Norte, lo que se llama un héroe, es decir, un grande hombre, una conciencia humana depositaria de su pensamiento integral: fe en el pueblo, independencia democrática.

¿No existirá algo semejante en esta América subtropi-

cal? ¿No vivirá el *héroe* de Carlyle, el hombre de carne y hueso, no una fórmula, una abstracción, ya que, según Víctor Hugo, la multitud tiene demasiados ojos para tener una mirada, y demasiadas cabezas para tener un pensamiento?

Como hemos visto, Groussac no encuentra á nadie con la visión, siquiera confusa, del edificio futuro, entre los hombres del 25 de Mayo de 1810; Estrada está en el mismo caso; Sarmiento dice que tampoco lo ve allí, ni lo reconoce en ninguno de los cien generales, San Martín, Belgrano, Rondeau, Alvear, que mandaron ejércitos argentinos.

El héroe de la revolución de Mayo existía, sin embargo, mis amigos artistas; existía felizmente, y por eso triunfó el pueblo, á despecho y pesar de todos los hombres de poca fe, y de las multitudes incapaces de pensar. Nosotros lo vamos á encontrar, lo vamos á reconocer entre mil, sin que pueda confundírsele con hombre alguno.

Pero demos á cada uno lo suyo. Fué ese extravagante de Sarmiento quien, antes que nosotros, á despecho de lo que él mismo afirmó, y pese á las tinieblas de sus preocupaciones, entrevió la realidad y pronunció su nombre, cuando nadie lo pronunciaba; es él quien, al hablar de Bolívar lo que hemos leído, nos dice en su *Facundo*, el año 1840: "*Si los españoles hubieran penetrado en la República Argentina el año* XII, *acaso nuestro Bolívar hubiera sido Artigas, si este caudillo hubiera sido, como aquél, tan pródigamente dotado por la naturaleza y la educación.*"

¡Nuestro Bolívar hubiera sido Artigas! ¡Oh profeta Balaam!

¿Por qué Artigas, y no alguno de los otros bravos caudillos de esta tierra, ingenuo Sarmiento, siendo así que

los hubo tan heroicos? ¿Por qué nó San Martín ó Pueyrredón ó Güemes?

¿Y qué tenía de común el caudillo oriental con el venezolano, (ya que algo de común, y muy esencial, había de tener para poder ser su equivalente), no siendo, como no lo eran, ni los estudios en Europa, ni la naturaleza, ni la educación, ni el aparato exterior?

Eso es lo que no podía percibir Sarmiento con claridad, y es eso lo que voy á haceros ver yo, mis amigos artistas: lo que hay de común entre Artigas y los pocos videntes de la independencia americana; lo que hay en él de idéntico con el genio, que, en la región de los iguales, aparece con su visión, y que, como el Proteo poliforme de la fábula, se viste con la túnica de Moisés ó con la armadura de Juana de Arco; se envuelve en la clámide de César ó en el capuchón de Dante; se pone el uniforme de Wáshington, ó la chaquetilla de capitán de blandengues.

Y eso es lo que debemos convertir en bronce sonoro, amigos míos.

¡Acaso nuestro Bolívar hubiera sido Artigas!

¡Oh viejo Sarmiento, hombre de bien! ¿Mirabas por el ojo de la cerradura?

Sí, era eso lo que estaba allí dentro: Artigas fué el Bolívar del Sur, como éste, con ser la antítesis de Wáshington, fué el Wáshington del Norte; era un Bolívar menos ígneo ó fulgurante que el otro, como que nació en una tierra fría y sin volcanes; menos tentado de exóticas apariciones, como que, encerrado en su pobre tierra americana, no se codeó con príncipes, ni conoció grandezas señoriales, ni pudo pensar en emular á Bonaparte, ni á ningún César coronado; menos poeta, menos elocuente, como que su visión era silenciosa, de ojos de sibila, inaccesible al carnal deleite. Pero fué más autóctono, incomparablemente más autóctono

que Bolívar, más creyente en el pueblo americano, más carne de nuestra carne, y hueso de nuestros huesos, más atento y obediente á la voz de su dios interior.

Por él, y sólo por él, mis amigos, podemos afirmar que la revolución en el Río de la Plata tuvo un pensamiento, y fué, desde su origen, una verdadera revolución, tan democrática, más democrática aún, más republicana que la del Orinoco. El es, pues, el hombre del 25 de Mayo de 1810, si establecemos esa cifra como el primer día de la patria que hoy existe en este mundo austral americano.

IX

Porque eso es lo que debemos dejar establecido, y con mucha precisión, una vez por todas, en nuestra conversación de hoy, mis amigos: si el rey que se aclamaba en la plaza de Buenos Aires el 25 de Mayo con el nombre de Fernando VII, era realmente el Fernando VII de carne y hueso, ludibrio á la sazón de Bonaparte, ó era el nuevo rey, el pueblo americano; si el movimiento de 1810 era una simple evolución sociológica, es decir, la aparición de una fuerza progresiva que, combinada con la conservadora existente, dará una resultante política intermedia, ó si era, como hoy se proclama á grito herido, y se canta en los himnos patrios, el estallido de una revolución; si se trata, en una palabra, de la reforma del coloniaje, ó de su abolición; si el camino que había de emprenderse, por consiguiente, era el de la línea curva, suave y armoniosa, cuya dirección está indicada en cada instante por la del momento que lo precede, ó el de la línea recta, rígida y dura, brutal si queréis, que no cambia de rumbo sin estallar y romperse.

Hoy parece todo eso muy sencillo, tan sencillo como la existencia de América antes de Colón. Para quien sólo conociera la historia por los cantos y los mármoles, sería una verdad inconcusa que todos y cada uno de los próceres de Mayo creyeron lo primero, y no pudieron creer otra cosa: que nuestra América, libre y republicana, nació realmente en 1810.

Pero eso, como la existencia de América, era el secreto manifiesto revelado al genio, mis amigos; eso lo creyó Artigas; sólo él lo creyó, cuando menos, con la obstinación del poseído de un dios. El fué el *bárbaro,* en el sentido clásico de la palabra: *extraneus,* el distinto de los demás, el *extraño.*

Los patricios de la revolución de Mayo, sometidos á las leyes biológicas que antes hemos estudiado, fueron grandes y gloriosos; pero no podían abrigar aquella fe de los ingenuos, transportadora de montañas; no la abrigaron.

Se estudian esos varones ilustres, uno á uno, Belgrano, Pueyrredón, Moreno, Castelli, Rivadavia, García, para encontrar al hombre de suprema sinceridad, ó, lo que es lo mismo, de convicción clara y propósito fijo, y yo os aseguro, mis amigos, que tienen razón los que dicen que no se le encuentra en la plaza de Buenos Aires. Se busca entonces al hombre de ciencia eminente que pueda suplir, con una convicción muy arraigada, la falta de inspiración creadora, y tampoco se da con él.

Si alguno de entre ellos pudiera reclamar la primacía, ese no sería otro, me parece, que el joven secretario de la Junta, don Mariano Moreno, al que se designa generalmente con el predicado de *Numen de la Revolución.* Él era, no hay que dudarlo, el *alma mater,* el maestro de aquella Junta, que lo reconocía "*como el solo capaz, por sus vastos conocimientos y talentos*" de trazarle su rumbo.

Bueno será que conozcamos, siquiera sea someramente, á ese joven héroe; hoy podemos penetrar hasta el fondo de su pensamiento, á la luz de sus escritos que poseemos. Moreno fué el fundador y director de *La Gaceta de Buenos Aires,* órgano de la revolución; el redactor de los manifiestos, decretos, comunicaciones de entonces; el encargado por la Junta, de la redacción de un *Plan de las Operaciones que el Gobierno Provisional debe poner en práctica para consolidar la Grande Obra de nuestra libertad é independencia.* Se lée todo eso, y mucho más, y uno se convence de que, si bien el joven revolucionario era una altiva figura, descollante en su medio, no era el hombre nuevo de América, ni tampoco un estadista de gran preparación científica. Abogado formado en la Universidad colonial de Chuquisaca, ejercía Moreno su profesión en Buenos Aires. Poco antes de estallar la revolución, había defendido, en una exposición memorable, las buenas doctrinas sobre libertad de comercio de las colonias. No era, sin embargo, un economista; sus conocimientos eran mucho menos vastos, menos profundos sobre todo, de lo que juzgaban sus compañeros; sus ideas económicas rudimentarias, frágiles y vacilantes. No lo eran menos las políticas: casi no tenía noticia exacta de la revolución inglesa ni de la anglo-americana; le era desconocida la constitución de Estados Unidos, que había de ser el modelo de la de su patria. Había estudiado algunos de los enciclopedistas francesas; su oráculo era Rousseau. Pero si bien Moreno sintió que los principios en que se había formado se conmovían al nocivo influjo del filósofo ginebrino, no se dejó dominar por él en absoluto; quiso conciliar lo inconciliable; divulgó el *Contrato Social,* pero suprimiendo el capítulo en que se atacan las doctrinas religiosas que el prócer profesaba, y conservó incólumes. El

año 1810 lo encontró en ese momento de crisis: nada estaba maduro en él.

Leamos algunos párrafos, siquiera, del interesante estudio de Paul Groussac, apologista de Moreno, sobre la preparación científica de éste. Me parece que Groussac acierta en su semblanza.

"Mariano Moreno, dice, estaba imbuído en *algunos* escritores del siglo XVIII, especialmente filósofos y enciclopedistas; á éstos los sabía de memoria, puede decirse, entretanto que parece ignorar á los demás, y, entre ellos, al más grande é ilustre de todos... *El Espíritu de las Leyes,* la magna obra política del siglo, la sola que contuviera algo más que peligrosas utopías, hipótesis inverificables ó apasionadas declamaciones, no se encuentra citada en los escritos de Moreno, ni parece que le pida nada, á no ser lo que se le alcanzaría por el reflejo de Filangieri."

"Este brillante y especioso napolitano, discípulo de Montesquieu, y sublevado algo ridículamente contra su maestro, sí que ejerció, junto con Jovellanos, una marcada influencia sobre Moreno....."

"Pero éste muy pronto... deja correr su verbo torrentoso, que arrastra en su carrera, mezclados con ideas y frases propias, detritus y astillas innumerables de Mably, Volney, Rousseau; sobre todo de Raynal, el fogoso y desmelenado historiador del *Comercio europeo en ambas Indias...*"

" Villemain ha señalado esta preponderancia y presencia visible del *Contrato Social* en los debates de la América latina, siendo así que casi nunca se le cita en las asambleas de los Estados Unidos."

" Para Moreno, no existe nada entre la Asamblea Nacional y el Imperio: las leyes, las constituciones, los *Derechos del hombre,* las arengas de los Girondinos y Ja-

cobinos, son letra muerta para el revolucionario argentino. ¡Ninguna experiencia ni enseñanza pueden extraerse de los triunfos y catástrofes, de las conquistas y excesos de la Convención! El caso es tan extraordinario, que señalo este nuevo punto de vista á los historiadores futuros. Sin reparar para nada en que, de las tempestades y cataclismos contemporáneos, ha surgido á la historia un mundo nuevo, como una Atlántida del seno del Océano, el pensador colonial continúa extractando, de Rousseau y Mably sus abundantes referencias á las constituciones de Esparta y Atenas, y suministrando copiosos ejemplos de Minos y Licurgo á los diputados de Santiago, Jujuy, Tarija y demás provincias, que ya se ponen en camino para derrocarle.''

Creo que con esto tenemos bastante para comprender que el Numen, el verdadero Numen de la revolución de Mayo no había aparecido en Mariano Moreno, sin por eso negar que había algo en aquella noble cabeza de treinta años, y mucho en aquel ígneo corazón atormentado. Su pensamiento integral, en cuanto al fin de la revolución americana y á los medios que debían emplearse para su triunfo, están consignados en ese *Plan de Operaciones*, de que os he hablado. Este largo documento era desconocido hasta hace muy poco; su aparición produjo un estupor parecido al pánico: los principios en él adoptados, el despotismo sobre todo, son contrarios á la revolución de Mayo; los medios, proclamación engañosa de Fernando VII, crueldad, terror, exterminio, doblez, traiciones, son contrarios á la naturaleza. Hasta se aconseja allí la cesión de la isla de Martín García á Inglaterra, en cambio de su protección; hasta se proyecta la conquista del Brasil... Ilusiones ó atrocidades.

Groussac ha hecho inteligentes esfuerzos por demostrar

que ese estupendo documento es apócrifo. No vacilo en afirmar, tras detenido estudio, que Groussac tiene razón: ese documento no es de Moreno; ha sido escrito con posterioridad á su fecha, y por un detractor de la revolución de Mayo. Pero este ignorado autor ha impreso tal verosimilitud á su obra, que el Ateneo de Buenos Aires, que es quien la ha divulgado últimamente, lo ha hecho creyéndola perfectamente auténtica. Si se estudian, efectivamente, los actos y decretos de la Junta de Mayo, inspirada por Moreno, se concluye en que, si bien esos actos no se ajustaron al documento apócrifo, éste se ajusta de tal manera á aquellos actos, que sólo una mirada muy experta puede percibir el engaño. Veremos cómo se recurrió al terror y á muchos otros de los medios que ese documento dice aconsejados por Moreno; en cuanto á la proclamación, sincera ó engañosa del rey, la Junta decía, en un manifiesto de Agosto de 1810, redactado por su ilustre secretario, que "la Capital había jurado solemnemente fidelidad á su amado monarca Fernando VII, y la guarda constante de sus derechos; y desafiaba al mundo entero á que descubriera en su conducta un solo acto capaz de comprometer la pureza de su fidelidad." La biografía de Moreno escrita por su hermano Manuel, confirma también ese concepto.

No quiero hablaros demasiado, mis amigos, de ese *Plan de Operaciones;* ni siquiera os aconsejo que lo leáis... por si es realmente apócrifo. Fijémonos, sin embargo, en la contestación que en él da Moreno, ó quien quiera que sea, cuando se le consulta sobre los medios de adherir la Banda Oriental á la revolución, sometiendo su capital, Montevideo, que, como lo veréis, fué necesario arrebatar por la fuerza al dominio extranjero. "Sería muy del caso, contesta, atraerse á dos sujetos, por cualquier in-

terés y promesas, así por sus conocimientos, que nos consta son muy extensos en la campaña, como *por sus talentos, opinión, concepto* y *respeto:* son el capitán de dragones, don José Rondeau, y el capitán de Blandengues, don José Artigas, quienes, puesta la campaña en este tono, y *concediéndoles facultades amplias, concesiones gracias y prerrogativas,* harían en poco tiempo progresos tan rápidos, que antes de seis meses podría tratarse de formalizar el sitio de la plaza."

Esa visión atribuída á Moreno sobre Artigas nos daría mucho que pensar, amigos míos, mucho, sin duda alguna; y mucho que hablar. Moreno fué el hombre, de la revolución argentina, que hubiera podido, acaso, comprender y aun secundar á Artigas; él fué quien más participó de su visión democrática, aunque sólo la percibía al través de exóticos preconceptos que la desfiguraban. Pero si no hemos de perder el sentido de la proporción en nuestras conferencias, es menester que nos limitemos á lo dicho sobre este punto.

El doctor Moreno fué un relámpago; brilló y se apagó en el mar. A fines de 1810 se vió extrañado de su patria, y murió en el viaje.

Que tanta agua era necesaria para apagar tanto fuego, dijo Saavedra, al saber la muerte del luminoso joven en el Océano.

¿Quién puede ofrecerse á nuestro examen como su sustituto en Buenos Aires? ¿Quién como *el hombre* representativo, que queda allí, del pensamiento de Mayo, y que, por su sinceridad, tenga *derecho,* lo que se llama *derecho,* á ser creído y obedecido por los demás hombres?

Allí estaba don Manuel J. García, persona de talento y

de vasta ilustración; pero de éste, no hay que hablar, por ahora; él será el agente de restauración monárquica más apasionado del Plata. ¿Hablaremos de don Bernardo de Monteagudo, el Marat de la revolución americana, que termina también renegando del principio republicano? Nó, no es posible vacilar: el gran personaje que descuella en Buenos Aires es don Bernardino Rivadavia. Este sí que era un hombre de estado; sus ideas eran firmes y maduras. Tócanos averiguar cuáles eran esas ideas sobre la revolución de Mayo.

A juzgar por sus primeros actos, se hubiera dicho que este Rivadavia era realmente el hombre de la nueva fe, el *bárbaro,* el *numen,* ya que en ese orden de simbólico lenguaje hemos entrado. Entre otros gestos expresivos, podemos observar uno, que lo es mucho, de este rígido personaje.

Asistía á un banquete que, á fines de 1812, se ofrecía á San Martín, llegado recientemente de Europa, y que era Coronel de los Granaderos á Caballo. San Martín brindó por el establecimiento de una monarquía en el Plata. En mala hora lo hizo. Rivadavia se alzó como una furia; estaba poseído de tal indignación, al parecer republicana, que amenazó á San Martín con una botella. Y se la hubiera arrojado á la cabeza, dice el testigo ocular que el incidente nos narra, sin la interposición del brazo de Alvear.

Convengamos en que fué muy oportuna y feliz la interposición del capitán Alvear. Y lo fué, mis amigos, no sólo porque salvó la cabeza de San Martín, preciosa cabeza por cierto, del aleve golpe del fiero Rivadavia, sino por que éste no iba á tardar mucho tiempo en ser más realista que San Martín y que Alvear y que todos los demás miembros de la Junta de Mayo, pues iba á serlo más que el mismo Fernando VII.

Debo adelantaros aquí, por muy conveniente á la formación de vuestro criterio, el conocimiento de la opinión de este Rivadavia sobre la revolución de Mayo. Está consignada en la exposición que él, en compañía del no menos insigne don Manuel Belgrano, presenta al rey destronado don Carlos IV, padre de Fernando VII, en 16 de Mayo de 1815. Rivadavia y Belgrano, como Diputados y Plenipotenciarios del Gobierno de las Provincias del Plata, van á pedir á Carlos IV, al infeliz Carlos IV, "que ceda en favor de su hijo, don Francisco de Paula, (otra innocua persona) el dominio y señorío natural de aquellos pueblos, constituyéndole rey."

Es muy original el fundamento de esa actitud, y es eso lo que yo quiero haceros notar especialmente. Según esos plenipotenciarios, la revolución del 25 de Mayo, si bien aclamó y seguía aclamando y jurando á Fernando VII, en todo pensaba, menos en sostener los derechos de éste, por la sencilla razón de que Fernando no los tenía ni por pienso. Quien los tenía, según Rivadavia en 1815, era Carlos IV. Éste era el rey legítimo de América, pues su derrocamiento por Fernando VII había sido una verdadera iniquidad, *que sólo apoyaban los españoles residentes en América, pero no los americanos.* Éstos habían permanecido y permanecían fieles, como debían, á su amado rey don Carlos IV, á quien Dios guarde.

Rivadavia y Belgrano establecen, entonces, en nombre de América, los tres principios siguientes: 1.° A aquellos pueblos no es adaptable otro Gobierno que el monárquico. 2.° Ningún príncipe extranjero prometía la seguridad y las ventajas de uno de la familia de Vuestra Majestad. 3.° En caso de no poderse conseguir ésta que se ha tenido siempre por la mayor ventaja, debía preferirse la integridad de la monarquía.

No entraré, mis amigos, en las intenciones ó reservas mentales de esos hombres, cuando tales cosas hacían y decían; pero yo os aseguro que, si en aquel tiempo no hubiera habido algo más que eso que vemos en Buenos Aires; si no hubiera existido *el pueblo argentino,* oriental y occidental, y, sobre todo, el hombre plenamente sincero en obras y palabras, y con *derecho,* lo que se llama *derecho,* á ser obedecido, poco ó nada hubiera sido la revolución de Mayo.

Aquellos ilustres próceres tuvieron la gloria de despertar al pueblo; ello basta para que los llamemos grandes. Pero lo despertaron en la prudente esperanza de llevarlo más ó menos lejos según las circunstancias. Cuando se dieron cuenta de que lo que habían iniciado era una colosal revolución, no supieron qué hacer con ella, y quisieron volver atrás; cuando advirtieron que lo que habían concitado contra el león hispánico era un cachorro de león, que sentía en las entrañas el salto fisiológico de la pubertad, y el estallar de sensaciones ignotas, no se sintieron de su especie; comprendieron que, lejos de arrastrarlo, tenían que ser arrastrados por él; pensaron en prevenirse contra sus zarpazos, en domesticarlo cuando menos... y hasta en matarlo en último caso.

No era posible. *Alea jacta est.*

No se vencen leones sino con leones. Y no se les acaudilla sin serlo.

No es exacto, felizmente, que ese león caudillo no hubiera nacido en nuestro Río de la Plata, aunque no se le haya visto en la plaza de Buenos Aires: él estaba entre nosotros, os aseguro que estaba entre nosotros.

CONFERENCIA VI

LA FECHA INICIAL

La revolución de Mayo en Montevideo. — El enviado de Buenos Aires ante el Cabildo de Montevideo. — Las expediciones auxiliares. — Al Alto Perú. — Al Paraguay. — A la Banda Oriental. — *Suipacha.* — Don Gaspar Rodríguez de Francia. — La revolución de Mayo en la Asunción. — El doctor Francia en su guarida. — Independencia del Paraguay. — El despertar de la Banda Oriental. — El pueblo matinal.

I

Amigos artistas:

El 25 de Mayo de 1810 ha sido consagrado, y no sin verdadera causa, como la cifra inicial de independencia en nuestra América austral. El sol de nuestra bandera es el de ese día, el de Mayo, el mismo que alumbra á la argentina.

Bien es verdad que no ha faltado quien quiera reivindicar para Montevideo la gloria de haber proclamado antes que nadie, en 1808, la fórmula de independencia; pero creo que es ese un detalle sin gran importancia.

No falta razón, sin embargo, para fundar esa acción reivindicatoria, que, cuando menos, serviría para confir-

mar lo que dijimos antes sobre la importancia de Montevideo como *centro urbano.*

El movimiento del 25 de Mayo de 1810, en Buenos Aires, fué precedido, efectivamente, de uno muy análogo, que tuvo lugar dos años antes, el 21 de Setiembre de 1808, en Montevideo. Gobernaba entonces en Buenos Aires, como virrey, don Santiago Liniers, el héroe de la reconquista, que vamos á ver fusilado, en defensa de su rey, por la expedición auxiliar dirigida al Alto Perú. Mandaba en Montevideo, como gobernador, el general don Francisco Javier de Elío, noble y empecinada persona. Acaecida la invasión de Napoleón en España, Elío cree que Liniers, por su origen francés, no ofrece garantías á la defensa de la patria española contra Bonaparte; le pide, en nota oficial, que renuncie el mando; se resiste á secundar sus órdenes, y Liniers decreta su separación, enviándole como sustituto al capitán Michelena, "que tenía fama de valentón y aire de matamoros", con orden de reducirlo á prisión. Elío rechaza á Michelena, "después de haber enarbolado el uno una pistola y recurrido el otro á los puños, en la primera entrevista." El pueblo de Montevideo, unido á los jefes militares, se alza en rebelión; rodea, sostiene y aclama á Elío; se reune en tumultuoso plesbiscito; celebra el clamoroso *Cabildo Abierto* de 21 de Setiembre, formado de cincuenta y cuatro miembros, entre los cuales hay 20 delegados directos del pueblo: expulsa á Michelena; proclama á Fernando VII, y, rompiendo sus vínculos con Buenos Aires, y aún con el gobierno de la metrópoli, se separa del virreinato, y forma una *Junta de Gobierno* independiente, para custodiar los derechos del rey prisionero. Todo se hizo, según las actas capitulares, *"por ser ese el voto del pueblo."* Esto es muy análogo, casi idéntico, como lo véis, á lo hecho el 25 de

Mayo de 1810 en Buenos Aires; el derecho del pueblo á organizarse sin intervención de la metrópoli, y la autonomía regional, basada en la igualdad de los pueblos, quedaron allí consagrados. El Presbítero doctor Pérez Castellano, miembro de la Junta, decía entonces á su obispo: "Los españoles americanos somos hermanos de los españoles de Europa.... Los de allá, viéndose privados de nuestro muy amado rey, han tenido facultades para proveer á su seguridad común, creando Juntas, y creándolas casi al mismo tiempo, y como por inspiración divina. Lo mismo podemos hacer sin duda nosotros, *pues somos igualmente libres....*"

"Si se tiene á mal que Montevideo haya sido *la primera ciudad de América que manifestase el noble y enérgico sentimiento de igualarse con las ciudades de su madre patria,....* la obligaron á ello circunstancias notorias. También fué la primera ciudad que despertó el valor dormido de los americanos."

Esa es la fórmula, como lo veis, de la revolución de Mayo.

Mitre, López, Florencio Varela, el Deán Funes, historiadores argentinos, son los que han atribuído á ese suceso carácter fundamental. "La Junta de Montevideo, dice Mitre, es un punto hacia al cual convergen las líneas de la historia, y de que parten todos los que de él se han ocupado, sea que lo hayan interpretado del punto de vista jurídico, ó en sus relaciones con el desenvolvimiento futuro de la revolución que él contenía en germen, y que debía producir la descomposición del gobierno colonial, como acertadamente lo establece el señor López, al asignarle su importancia causal en el momento preciso en que se produjo."

"La creación de la Junta de Montevideo en 1808,

agrega Mitre, á imitación de las que se habían formado en España.... fué la primera repercusión de la revolución de la metrópoli sobre su colonia, que sugirió la teoría y dió el tipo de la revolución que debía producirse más tarde.''

''Instrumento de intereses extraños, movido promiscuamente por pasiones propias y ajenas, Montevideo, sin embargo, fué el primer teatro en que se exhibieron en el Río de la Plata las dos grandes escenas democráticas que constituyen el drama revolucionario: el Cabildo abierto, y la constitución de una Junta de propio gobierno nombrada popularmente.''

''Este suceso tuvo gran repercusión en América, y su alcance no se ocultó á la observación de los espíritus perspicaces, que presentían la revolución y la independencia.''

''La Junta del 25 de Mayo de 1810 sería, con otros elementos y tendencias, la repetición de la de 1808 en Montevideo, y la abortada en Buenos Aires en 1809....''

En nuestra conferencia anterior os hice conocer la exposición de Belgrano y Rivadavia á Carlos IV. En ella, esos diputados y plenipotenciarios del Gobierno de las Provincias del Plata, presentan al gobernador Elío, de que ahora hablamos, como el verdadero y único revolucionario contra la metrópoli; es él, según ellos, quien, con los españoles residentes en el Plata, ha conspirado contra el único legítimo soberano y rey de la monarquía española, que no es otro, según aquellos plenipotenciarios, sino don Carlos IV, que Dios guarde; es Elío, quien ha apoyado á Fernando VII, contra la lealtad del pueblo americano hacia su rey. Recordando entonces Belgrano y Rivadavia el momento en que Elío se revela contra Liniers, y tiene lugar el Cabildo Abierto de Monte-

video de que estamos hablando, dicen lo siguiente: "Pero don Javier Elío se separó entonces de la obediencia de todas las autoridades de la Capital, y *formó un Gobierno independiente, en una Junta que fué la primera de toda la América.*"

En esas razones, muy dignas de consideración, por cierto, se apoyan los que reclaman para Montevideo el título de cuna de la revolución en la América austral. Pero yo atribuyo á todo eso, con ser tan importante, una mínima importancia; recordemos que también se ha reclamado para los normandos, para los irlandeses, y hasta para los chinos, la gloria del descubrimiento de América.

Nó; el que inventó la América no era chino ni normando: fué Cristóbal Colón, el genovés que todos conocemos. Y fué Buenos Aires, la gran ciudad ríoplatense, capital del antiguo virreinato, fué su valeroso pueblo, quien pudo marcar y marcó con eficacia, el 25 de Mayo de 1810. la hora prima de nuestra vida independiente. Allí estaba el virrey, y sólo allí tenía que ser depuesto como lo fué. Aun suponiendo que Montevideo hubiese llegado hasta destituir á su gobernador español, lo que no sucedió ni se pretendió, ese acto no hubiera tenido la transcendencia de la destitución del virrey en Buenos Aires. ¿Quién puede dudarlo? Aquel golpe audaz fué decisivo desde el primer momento; fué el disparo certero que rompe el ala izquierda, la del corazón, al pájaro de osamenta férrea. Toda la lucha que seguirá á ese golpe, tendrá por objeto la ya imposible reconquista de Buenos Aires por parte de España; su conservación por parte de América. Allí debía, pues, radicarse el pensamiento de la revolución general; esa ciudad era el depósito de los recursos, el centro de operaciones, por otra parte.

Buenos Aires tuvo la gloria de ser el heraldo de la libertad; pero, por eso mismo, desde ese momento, dejó de pertenecerse á sí misma, para pertenecer á la revolución que provocaba. Era preciso que no volviese allí el virrey, y mucho menos el rey; pensar en restaurarlo, era delito de lesa América. Buenos Aires mismo no podía hacerlo ya. El propósito de ratificar, de perpetuar lo hecho en su plaza pública el 25 de Mayo de 1810, es el alma de guerra de independencia que allí se inicia. De una parte estará el pueblo americano; de la otra todos cuantos pretendan volver un paso atrás de la deposición del virrey de España en Buenos Aires, aunque quien lo pretenda sea Buenos Aires mismo. Eso es lo que se llama Revolución de Mayo.

Desgraciadamente la idea contraria anidó en los hombres dirigentes, ya que no en el pueblo, de la ciudad iniciadora.

No era Buenos Aires, según aquellos hombres, quien debía pertenecer á los pueblos que la defendían; eran los pueblos quienes debían pertenecer á Buenos Aires. He aquí el grande y funesto error.

La idea de que esa capital continuaba siendo la sede nata de toda soberanía y autoridad, por el sólo hecho de haberlo sido como sede colonial, y por voluntad del Rey Nuestro Señor; el concepto de que todo debía someterse al arbitrio y dirección, no ya del pueblo ríoplatense, sino de los hombres que en Buenos Aires ocuparan el poder, y dispusieran, pública ó secretamente, secretamente sobre todo, de los destinos del pueblo americano, se hizo carne en los hombres de Mayo.

Tu miedo aumenta el número de mis enemigos, dice Macbet. Esa idea aumentaba el número de los enemigos de América, y con ellos morirá.

Pero no por eso el 25 de Mayo de 1810 deja de ser la cifra inicial de gran revolución, ni la ciudad de Buenos Aires su capital gloriosa.

II

Una de las resoluciones adoptadas el 25 de Mayo, además de la convocación de todos los pueblos del virreinato para que enviaran representantes á fin de resolver libremente de sus destinos, y después de reconocer la Junta provisional de Gobierno constituída en Buenos Aires, fué la formación y el envío inmediato de ejércitos, que difundieran la revolución por todo el territorio de la nación, y sofocaran las resistencias que á sus propósitos se opusieran. Esas expediciones se llamaban *auxiliares,* es decir, colaboradoras ó centro de apoyo de los elementos populares que se adhirieran al movimiento de emancipación.

Una de ellas se dirigió hacia el Noroeste, hacia la provincia del Alto Perú, que será más tarde una nación independiente; esa expedición debía cruzar, en línea diagonal, el territorio argentino. La otra, bajo las órdenes de Belgrano, se dirigió hacia el Nordeste, á la provincia del Paraguay, que también formará un estado soberano. Más tarde se dirigirá otra hacia el Sur, hacia el otro lado del Uruguay y el Plata, hacia la provincia Oriental, que, como el Alto Perú y el Paraguay, será también nación, y cuya capital, Montevideo, es el núcleo principal de resistencia á lo iniciado el 25 de Mayo en la Capital del virreinato.

Mucho nos convendrá saber, antes que todo, y aunque sea á la ligera, quién resiste en Montevideo y por

qué resiste. Veamos lo que es el 25 de Mayo de 1810 en la futura capital del Uruguay. El punto es tan interesante como complejo, y reclamo para él vuestra atención toda entera.

Montevideo, como todo el pueblo oriental de que es cabeza, no sólo adherirá entusiasta, dentro de ocho meses, á la iniciativa de Mayo, sino que, conducido por Artigas, le imprimirá su verdadero significado — independencia — le dará sus primeras glorias, y conservará su espíritu, cuando los mismos iniciadores renieguen de él ó pierdan su fe. Resiste, sin embargo, en los primeros momentos, la iniciativa de Buenos Aires. Y es muy de notar que la resistencia es unánime; no son sólo los españoles, que han de sostener empecinados la causa del rey, quienes se oponen al movimiento; son también los nacionales, que, mañana no más, serán sus más obstinados sostenedores.

¿La causa de ese fenómeno?... Fijáos bien en esto, amigos artistas, porque mucho se vincula con lo que hemos hablado, y con lo que vamos á hablar.

Los españoles de Montevideo resisten el movimiento de Buenos Aires porque dudan, y no sin mucha causa, de la fidelidad al rey que sus iniciadores proclaman. Los orientales, porque dudan, también con fundamento, de la fidelidad y del respeto á los pueblos que aquel debe entrañar.

Los españoles temen ver sustituído el virrey, y el rey por consiguiente, por el pueblo americano. Los orientales temen ver sustituído un virrey por otro virrey, el español por el bonaerense.

Producido el movimiento de Mayo, Montevideo no permanece impasible, ni mucho menos; se conmueve profundamente, observa lo que pasa en Buenos Aires, y se dispone, no á obedecer la autoridad de la capital,

así se llame Junta ó virrey, pues no reconoce más autoridad que la del rey, sino á adoptar una resolución propia, libre y consciente.

Tanto el virrey Cisneros como la Junta, que conocen bien el carácter de aquel pueblo, le envían sus representantes.

El virrey, antes de su caída, y al sentirla inminente, le pide adhesión y apoyo, por intermedio de su secretario, que llega fugitivo á Montevideo el 24 de Mayo. La Junta, una vez depuesto el virrey, le reclama el reconocimiento, y el envío de un diputado; pero no lo hace por simple comunicación escrita, como á los demás pueblos del virreinato, sino enviándole un comisionado especial, el capitán don Martín Galaín, que llega á la ciudad oriental, el 31 de Mayo, con toda clase de explicaciones.

Al enviado de Cisneros, de cuyos actos no quiere hacerse solidario antes de conocerlos y juzgarlos, contesta Montevideo, después de larga deliberación: "que está dispuesto á tomar todas las medidas conducentes á la conservación del orden y de los derechos sagrados de Fernando VII"; pero le ordena que salga inmediatamente de Montevideo. Al enviado de la Junta ¿qué le contestará? El caso es árduo. Montevideo no tenía por qué sorprenderse ante lo hecho, pues la Junta de Mayo en Buenos Aires no era sino la repetición, como hemos visto, de la de Setiembre en Montevideo. El Cabildo delibera, y no se cree habilitado para resolver el punto. Convoca al pueblo, llama á *Cabildo abierto,* es decir, se integra con los principales vecinos. El Cabildo se realiza el 1.º de Junio, bajo la presidencia del gobernador Soria. En él se discute larga y acaloradamente; los ánimos están muy agitados; hay allí muchas reservas mentales. Se llega, por

fin, á una solución por simple mayoría, con grande oposición: la Junta de Buenos Aires será reconocida, pero condicionalmente, con ciertas limitaciones; éstas serán fijadas por una comisión especial, que les dará forma, y las someterá de nuevo á la aprobación del Cabildo.

Pero en esos precisos momentos, el 2 de Junio, llega á Montevideo un buque, el bergantín "Filipino", con la noticia de haberse instalado en Cádiz, en reemplazo de las Juntas, un Consejo de Regencia, y con comunicaciones de éste. Era lo que deseaba el gobierno, el cabildo, el pueblo montevideanos: una ocasión cualquiera, así fuera la más inconsistente, para proceder por sí mismos, y para no verse obligados á consagrar el derecho que parecía arrogarse Buenos Aires de someter á su autoridad á Montevideo, no teniendo la delegación directa del rey. De rey abajo ninguno. No se vacila; se lee en voz alta, en la plaza mayor, la proclama de las autoridades españolas, que invitan al pueblo americano á reconocerlas; se las reconoce sin pérdida de tiempo, y se aclama el Consejo de Regencia. Salvas de artillería, repiques de campanas, juramento solemne de las tropas, aclamaciones del pueblo. Y siempre, eso sí, ¡viva Fernando VII!

Es claro que la contestación á la Junta de Buenos Aires se imponía, y el Cabildo la acuerda el 2 de Junio: que Buenos Aires reconozca ante todo, como Montevideo, el Consejo de Regencia; que se declare, á la par de Montevideo, vasallo del rey, sin pretender sustituirlo, y entonces se hablará del envío de diputados, etc.

El Cabildo resolvió, pues, suspender su deliberación, hasta conocer la actitud de la Junta de Mayo y del pueblo de Buenos Aires ante los nuevos sucesos de España.

La Junta de Buenos Aires insiste premiosamente, y en

la forma que cree más eficaz. No sólo contesta en una larga y bien fundada comunicación, sino que desprende de su seno á su propio secretario, el doctor don Juan José Paso, uno de los varones más conspicuos del movimiento de Mayo, y lo envía á convencer á Montevideo con su influjo y la elocuencia de su palabra. El Cabildo resuelve darle audiencia inmediatamente, el mismo día. El mensajero habla con pasión y grande elocuencia; relata los sucesos ocurridos en Buenos Aires, da las razones por las cuales no se ha reconocido el Consejo de Regencia que en Montevideo ha sido proclamado. El Cabildo, después de oirlo, le intima se retire á su alojamiento de extramuros, y resuelve que, "desde que la diputación venía al pueblo, debía convocarse á éste, en la parte más respetable del vecindario, para que, instruído por el diputado, delibere lo que estime justo."

El Cabildo abierto tiene lugar el 15 de Junio. Allí está todo el pueblo. Las personas más caracterizadas se sientan al lado del gobernador y de los cabildantes: allí están Soria el gobernador, y don José de Salazar, jefe de la marina, y las autoridades eclesiásticas, Larrañaga y Pérez Castellano, y don Nicolás de Herrera, ministro de la Real Audiencia, y Elías, tesorero de Gobierno, y los miembros del Cabildo: Salvañach, Aramburú, Vidal, Illa, Ortega, Más de Ayala, de la Peña, Pérez, Vidal y Benavídez; y los ciudadanos Lucas José Obes, y Mateo Magariños, y Juan J. Durán, y Acevedo, y de las Carreras, y Costa, y Gómez Neira, Méndez, etc., etc. Es realmente un senado de gran respetabilidad; tiene personalidades como las más ilustres del movimiento de Mayo: Herrera, Obes, Larrañaga, Pérez Castellano, Magariños.... El diputado de Buenos Aires exhibe sus credenciales, en que la Junta le da plenos

poderes, y lo presenta, por su inteligencia y su pureza de intenciones, como la mejor prueba de su vivo anhelo porque la unión de ambos pueblos se realice; porque pueda la patria "presenciar el tierno espectáculo que prepara Buenos Aires á la entrada del representante de Montevideo en compañía del de la Junta."

Paso hace briosos esfuerzos por arrastrar el Cabildo á su opinión; sus razones son las mismas que ha consignado la Junta en su notable comunicación, redactada por su secretario Moreno, pero realzadas por el brío del orador. Y son razones poderosísimas, irrefutables. La Junta organizada el 25 de Mayo no ve, en las noticias recién llegadas, en la formación del Consejo de Regencia, nada que pueda conmover los fundamentos en que descansa. El fundamento principal de su existencia es la carencia, en España, de una entidad que sea representante genuina del rey prisionero. Si las Juntas no lo eran ¿cómo ha de serlo el Consejo que de ellas procede?

¿Pero Montevideo cree que ese Consejo de Regencia representa efectivamente al rey?

Sea, contesta Buenos Aires. Eso no debe obstar á nuestra unión. Nosotros también lo hemos acatado tácitamente, y lo proclamaremos desde el momento en que estemos seguros de que ese Consejo entraña la voluntad del rey que hemos jurado, y cuyos derechos defenderemos hasta morir. "Lo sustancial, agrega Buenos Aires, es que todos permanezcamos fieles vasallos de nuestro augusto monarca don Fernando VII, indiscutible para todos; que cumplamos nuestro juramento de reconocer al gobierno de España legítimamente constituído, y que, entre tanto, estrechemos nuestra unión para socorrer á la metrópoli, defender su causa, observar sus leyes, celebrar sus triunfos, llorar sus desgracias." Con ese motivo, el orador

habló de los peligros que corrían los pueblos del virreinato si no se unían reconociendo la Junta de Buenos Aires. Dijo que *esa alianza* era necesaria para precaverse de posibles ataques de la corte portuguesa, etc., etc.

Todo eso, y mucho más, decía Buenos Aires en su nota, y expresó, con grande elocuencia, su ilustre representante ante el Cabildo de Montevideo.

Y todo eso era de lo más concluyente que puede imaginarse; nada mejor fundado, nada más lógico.

¿Pero conocéis algo más inconsistente que la lógica en ciertas ocasiones, mis amigos artistas? ¡La lógica de las palabras! La palabra es un huevo, de donde puede salir lo mismo un caimán que una paloma. ¡La fidelidad al rey! ¿Quién es el rey? Los españoles de Montevideo creían que era uno; los americanos que era otro. Pero españoles y americanos estaban absolutamente conformes en una cosa: en que el rey no debía ser Buenos Aires. Eso era allí lo esencial; lo demás se resolvería entre españoles y americanos de Montevideo. Y eso fué lo que allí predominó, teniendo por órgano principal á don Mateo Magariños, que llevó al Cabildo el eco del pueblo de Montevideo, que, como el de Buenos Aires el 25 de Mayo, se agitaba frenético en la plaza, mientras el Cabildo deliberaba. Magariños, españolista radical dominó el Cabildo "con su elocuencia tempestuosa." El pueblo sostiene, decía Magariños, "que no se debe aceptar la Junta de Mayo, porque ella pretende ejercer su poder como sucesora de los derechos del virrey, y Montevideo, en esa solución, no reconoce sino sus propias y legítimas autoridades."

El comisionado de la Junta del 25 de Mayo fué rechazado. El Cabildo abierto resolvió: "que, entre tanto la Junta no reconociese la soberanía del Consejo de Re-

gencia que había jurado el pueblo de Montevideo, éste no podía ni debía reconocer la autoridad de la Junta de Buenos Aires, ni admitir pacto alguno de concordia ó unidad. ''

Ahí tenéis, mis amigos, lo que fué el 25 de Mayo de 1810 en Montevideo: algo así como la repetición del Cabildo abierto de 1808.

Después de eso, los españoles se aprestaron á defender por sí mismos á su rey, y los orientales á hacer lo propio con el suyo, que no era el mismo, por más que ambos llevaban el nombre de Fernando VII. La misma cáscara, el mismo huevo, al parecer; pero del uno saldrán los empecinados españoles; del otro... del otro saldrá Artigas, el hombre absolutamente sincero, el héroe.

III

Entre tanto, sigamos las expediciones auxiliares que la Junta de Buenos Aires ha enviado para difundir el movimiento de Mayo: la que se dirige al Norte, hacia el Alto Perú, la que va al Paraguay, y, por fin, la que vendrá á la Banda Oriental.

La primera expedición emprende su marcha. En el camino, tropieza con una conspiración en pro de la reacción puramente española, encabezada por Liniers en Córdoba, y la ahoga en la sangre de la primera tragedia que mancha el territorio. Las instrucciones de Moreno, las del apócrifo *Plan de Operaciones* de que hemos hablado, comienzan á ponerse en práctica: los ilustres conspiradores son fusilados por orden expresa de la Junta Central de Buenos Aires, que, inspirada por el espíritu funesto. se presenta implacable ante el clamor social que pide clemencia. No hubo clemencia.

El ejército sigue su marcha hacia el Norte, pues del Perú, de la gran capital del dominio español, tiene que venir el enemigo. Y es preciso cerrarle el paso hacia Buenos Aires. El ejército sigue bajo las órdenes de Balcarce y de Castelli, sucesores de Ocampo y de Vieites, que resistieron la ejecución de Liniers y sus compañeros.

El ejército auxiliar cruza por territorio indiferente. El sol del 25 de Mayo no aparecía por aquellas soledades. La noche era profunda y sin estrellas; la aurora estaba lejos. La expedición no era, pues, auxiliar de nadie; era conquistadora del desierto.

Sólo al llegar á Salta, allá en el Norte, encuentra el concurso popular; allí vive un caudillo local, Martín Güemes, que ha reunido milicias, y caballos y ganados, con los que acrece, por intermedio del gobernador intendente, los elementos del ejército conductor del mensaje de libertad. Esa expedición sigue hacia el Norte; penetra en el Alto Perú; llega á Cotagaita, y allí choca con el ejército español, al mando del general Córdoba, que rechaza al de Buenos Aires. (27 de Octubre).

Se rehace éste con algunos contingentes recibidos de Jujuy, y los dos ejércitos vuelven á encontrarse de nuevo, algunos días después, el 7 de Noviembre, en los campos de *Suipacha*. Solo media hora de lucha hubo en esta acción campal de las armas argentinas, que obtuvieron allí la primer resonante victoria. Cuarenta muertos, ciento cincuenta prisioneros, toda la artillería enemiga, una bandera y los bagajes, quedan en poder del vencedor.

Este no fué generoso. Tampoco fué aquí clemente, por desgracia. El intendente de Potosí y los generales vencidos, Córdoba y Nieto, fueron fusilados en la plaza de aquella ciudad. ¡Maldito espíritu infernal que entenebrece la gloria! Tampoco fué grato el recuerdo que dejó

el vencedor en la sociedad del Alto Perú; no fué popular. Ese recuerdo había de reforzar el germen de inevitable desmembración de esa región andina, que allí no podía menos de existir por leyes naturales. Esa provincia formará la provincia de Bolívar, Bolivia. Su libertad no vendrá, pues, á ella de Buenos Aires; vendrá del Norte. Bolívar, Sucre, serán sus héroes.

Como consecuencia de la batalla de *Suipacha,* el dominio de la Junta se extendió hasta el Desaguadero, límite de los verreinatos del Perú y Buenos Aires. Las cuatro intendencias del Alto Perú se declararon por la revolución. Pero la posesión fué fugaz; seis meses después, los ejércitos libertadores serán deshechos por los españoles en los campos de Huaqui.

IV

La segunda expedición, la dirigida hacia la provincia del Paraguay, á las órdenes de Belgrano, penetró también allí en territorio enemigo; pero de un enemigo capaz de desorientar al mismo diablo, cuanto más á Belgrano, que allí debía encontrarse con el caso más extraordinario de patología social que presenta la historia americana: un pueblo vigoroso, conducido como un autómata por un monstruo extraño, mezcla de arcángel y de gato furioso, de mirada suave y siniestra, llena de fuego frío, de luz obscura, del eterno contraste, de la eterna negación; una mezcla de Ariel y Calibán. ¡Qué extraño personaje este que vamos á conocer! Tenía alas — debemos creeerlo — alas de piel membranosa; pero tenía también una zarpa escondida en la piel, llena de escalofríos, y blanda como una caricia mortal. No fué el enemigo español; fué ese extravagante

troglodita paraguayo, con el pueblo en las garras, quien, al sentir el paso de Belgrano, sacó la cabeza de entre la cálida selva, y salió al encuentro del ejército auxiliar, para destrozarlo en un abrir y cerrar de ojos. Se llamaba don Gaspar Rodríguez de Francia.

No es tarea fácil, antes la creo en extremo difícil, si no imposible, averiguar de qué procedía, cuándo y cómo había sido engendrado tan extraño y contradictorio ser en aquella región apartada, con la que nada tenía de común; pero de lo que os narre y diga, mis amigos artistas, sacaréis vosotros las consecuencias que os parezcan más razonables. Sobre este don Gaspar Rodríguez de Francia, que es preciso conozcáis para el contraste, se ha escrito mucho, como no podía menos, y cada cual ha pensado según su leal saber y entender. Carlyle se extasiaba ante el fenómeno éste, que apenas entrevió al través de informaciones deficientes, y en el que quería ver algo de su Cronwell. A mí me recuerda quizá aquellas marmóreas esfinges descritas por Gautier, que afilan sus garras en el ángulo de sus pedestales, que nos miran con los ojos en blanco, con una intensidad que asusta, y sobre cuyos lomos leonados se ven como estremecimientos; su cuello de mujer palpita, como si allí latiese un corazón.

Resumamos los hechos: Belgrano y su ejército de 1.000 hombres, entre los cuales descolló por su heroísmo un primo hermano de Artigas, que pronto morirá por la patria, fué inmediatamente destrozado por el ejército enemigo en Paraguarí, el 19 de Enero de 1811. Se fortificó aquél 60 leguas más abajo, en la margen izquierda del Tacuarí y allí sufrió el descalabro definitivo: capituló, prometió retirarse al otro lado del Paraná, y se retiró para siempre de aquella tierra intangible.

¿Quién lo había hecho pedazos? Se dice en las historias generales de América, malas como toda enciclopedia, que el ejército que venció era el de don Bernardo de Velazco, gobernador español del Paraguay. Eso es no ver sino las apariencias, y repetir lo que dijo el primero que habló de historia paraguaya sin conocerla, ó poniéndola al servicio de otras historias.

No hubo tal: Velazco abandonó el campo; allí concluyó su autoridad. Quien venció á Belgrano fué el Paraguay, el ejército paraguayo, conducido, en primer término, por el coronel don Manuel Anastasio Cabañas. Al lado de éste, lucharon también allí, como jefes bizarros, Gamarra, Juan Antonio Caballero, Pascual Urdapilleta, Fulgencio Yegros, Luis Caballero y muchos otros, todos bravos paraguayos, que figurarán en su tierra.

Pero todos esos combatientes obraban ya dentro del círculo mágico de la esfinge, ó dragón, ó como queráis imaginarlo, que todo sirve en el caso. Fué el aliento de fuego de esa esfinge ó dragón quien allí venció á todo el mundo: á españoles, á argentinos, y á los mismos paraguayos: fué don Gaspar Rodríguez de Francia.

Es menester que aclaremos esto.

Recordad, mis amigos, la repercusión del 25 de Mayo en Montevideo; la resistencia de esta ciudad á someterse á Buenos Aires, etc., etc. El mismo sentimiento de los orientales hacia la capital del virreinato, y por causas análogas, existía en el Paraguay. Éste se sentía persona distinta de las demás, y no sin razón, por cierto. El Paraguay, lo mismo que la Banda Oriental, no fué jamás. como se ha dicho, provincia argentina; fué una gobernación dependiente del virrey del Río de la Plata en los últimos tiempos del virreinato. Así como la Banda Oriental

vivió abandonada y siendo la vaquería de Buenos Aires durante el coloniaje, el Paraguay vivió casi aislado de las demás provincias, cuyas influencias sobre él fueron nulas. Por otra parte, el paraguayo se consideraba de un origen étnico distinto del argentino; hasta la conservación del idioma guaraní en el pueblo, pues allí no se enseñó el castellano, constituía una barrera fundamental.

No queriendo, pues, sustituir un gobernador extranjero por otro tan extranjero como él, no vió en la expedición de Belgrano sino el espíritu de conquista de Buenos Aires, y rechazó esa expedición, con el propósito de conquistar por sí mismo, y para sí mismo, la independencia. Pero ese espíritu, que en la Provincia Oriental animaba á muchas almas, en el Paraguay, bien que difundido en el pueblo inconsciente, estaba concentrado en las soledades negras de un alma sola, y de un alma que de tal manera absorbía á todas las demás, que se las devoró á todas, y se llevó la causa de la independencia á sus profundidades psicológicas, guarida llena de noche glacial, y habitada por varias familias de serpientes.

Vais á ver, mis amigos, cómo los esfuerzos de Artigas por evitar el injusto predominio de la oligarquía ó comuna de Buenos Aires en su patria oriental, lejos de llevarlo á matar el nervio popular con la tiranía, ó á separar á su pueblo de la defensa común, lo induce á ser el primer capitán de esa defensa, á buscar alianzas con todos los pueblos libres, incluso el de Buenos Aires, á ponerlos por testigos y jueces de la santidad de su causa, á despertar en ellos el sentimiento de su propio ser y del respeto mutuo, á luchar animoso por la causa de todos los americanos, que considera una sola nación, á difundir, á la faz del mundo, los más amplios principios de libertad, de democracia, de gobierno propio.

Don Gaspar Rodríguez de Francia es todo lo contrario: él proclama el principio vital; hace la independencia del Paraguay; es preciso reconocerlo. Pero no sólo separa á éste de España, y de Buenos Aires, y de los orientales, y de los argentinos, sino del mundo entero; se lo lleva en las garras; lo secuestra del contacto de los vivientes, poniéndole por muralla la distancia, el desierto, y la misma guerra sostenida por Artigas en defensa del derecho de todos. Nada sería eso, si se lo llevara para hacerlo feliz en alguna manera, mientras evitaba, por medio del aislamiento, los ataques posibles á su independencia. Pero nó: lo encierra en la obscuridad de su tiranía inverosímil, y allí se entretiene, durante treinta años, en matar en él, con deleite felino, todo germen de vida: hombres y principios de civilización, relaciones exteriores é interiores.

V

Así como os dije lo que fue el 25 de Mayo en Montevideo, es preciso que os haga saber lo que fué en la Asunción, capital del Paraguay. Aquí, como allá, el gobernador español Velazco, al recibir la comunicación de la Junta Revolucionaria de Buenos Aires, convocó una asamblea popular; pero esa asamblea no era como la de Montevideo: estaba constituída por más de 200 hombres... y don Gaspar Rodríguez de Francia.

Ahí lo tenéis sentado, con su figura tenue y distinguida, con su cara caucásica, pálida y aquilina, con sus cabellos que empiezan á blanquear, pues tiene 45 años, sus labios muy finos, sus manos de dedos muy afilados, su actitud de perpetuo acecho, y sus ojos, sobre todo, sus ojos claros, policromos, sin patria ni sexo, cuyas miradas brillan y

se apagan, se van á las profundidades del alma á recoger algo, y vuelven de ella derrepente, transformadas en un relámpago mortal, que se hunde en los otros ojos humanos y los hace cerrar. Había nacido en la Asunción; pero fué á estudiar á Córdoba del Tucumán. De allí volvió con los grados de maestro en filosofía y doctor en Sagrada Teología; se aplicó especialmente al estudio del derecho; fué, en el Seminario de la Asunción, profesor de latinidad y de teología; llevaba traje talar, y leía y estudiaba los enciclopedistas franceses, Rousseau especialmente, la historia de Roma de Rollin. Aquel hombre, en la Asunción del Paraguay, era un exótico; su superioridad en inteligencia, en ilustración y en carácter, en carácter sobre todo, era allí aplastadora. Allí no había contrapeso posible; ese hombre no tenía raíces de ningún género en aquel pueblo americano, indígena en sus siete octavas partes, que hablaba en guaraní.

Ahí lo tenéis sentado en la asamblea convocada por Velazco, para apreciar el 25 de Mayo de 1810. Él lo hace todo, y lo seguirá haciendo todo hasta dentro de treinta años, en que el pueblo paraguayo, al oir decir que Francia ha muerto solo y encerrado, á los 84 años de edad, no se atreverá á escuchar la noticia, menos á darle crédito, y menos aún, á penetrar á ver el cadáver, por temor de que abra los ojos, y derrame su mirada, más llena de muerte que cuando estaba viva.

En esa asamblea de que hablamos, celebrada el 24 de Julio, ya sugirió Francia la idea de la caducidad del poder español, y la independencia absoluta del Paraguay; pero, eso no obstante, se resolvió "guardar fidelidad al Consejo español de Regencia, como en Montevideo, y conservar amistad con la Junta de Buenos Aires, *pero sin reconocerle superioridad.*"

Llega entonces la expedición de Belgrano, y es destrozada por los paraguayos. El gobernador Velazco puede darse por caducado, como el virrey Cisneros en Buenos Aires. En la noche del 14 de Mayo de 1811, una conspiración, encabezada por don Pedro Juan Caballero, pero hecha por Francia, depone al gobernador Velazco, y lo sustituye por don Valeriano Zeballos y el doctor Rodríguez de Francia. Imagináos quién mandaría allí. Los que realizaron el movimiento, todos los prohombres del Paraguay, Yegros, Caballero, Estigarribia, etc., etc., declaraban que su propósito era unirse á Buenos Aires; pero Francia pensaba de otro modo. Convocó un Congreso de la Provincia, que presidió él y Zeballos; pronunció en él un discurso empírico, empapado en las doctrinas de Rousseau. El Congreso acordó crear una Junta de Gobierno, de cinco miembros, y formar con Buenos Aires una sociedad fundada en principios de igualdad. Pero el doctor Francia no quería eso, y como formaba parte de la Junta de Gobierno nombrada, aniquiló con una de sus miradas á sus compañeros, y, contra la resolución del Congreso, se dirigió á Buenos Aires en una nota célebre, de 20 de Julio, firmada por los cinco gobernantes, en que le notificaba la absoluta independencia del Paraguay. En ella establecía la doctrina que hubiera debido unirlo con Artigas y los pueblos que éste va á acaudillar; pero esa doctrina, al abrigarse en su espíritu, como si se muriera en él de terror y de frío, pierde toda su virtud. Allí decía Francia que el Paraguay había resistido la expedición de Belgrano buscando su natural defensa; que, caducado el poder supremo, éste recae en la nación; que la confederación de la Provincia del Paraguay *con las demás de nuestra América* era natural y conveniente; pero que las desgraciadas circunstancias ocurridas entre Buenos Aires y

la Asunción la habían dificultado; que, en consecuencia, había sido preciso que la Provincia recobrara sus derechos usurpados, para salir de la antigua opresión, *y ponerse á cubierto de una nueva esclavitud de que se sentía amenazada.* "Se engañaría, concluye, quien imaginase que la intención de la Provincia del Paraguay había sido entregarse al arbitrio ajeno, y hacer dependiente su suerte de otra voluntad. En tal caso nada habría adelantado, ni reportado otro fruto de su sacrificio que el cambiar una cadena por otra, y cambiar de amo."

Con ser esto tan claro, Buenos Aires no acabó de comprenderlo: la conciencia de su derecho virreinal hereditario, tan irracional y funesto, y la ilusión de que en el Paraguay existía otra persona además de Francia, lo indujeron á sustituir la conquista por la diplomacia, para dominar el Paraguay. ¿No existía allí un Congreso con tendencias á la unión? Envió, pues, una misión diplomática, formada de los doctores Belgrano y Echeverría; dos conspicuos personajes.

"¿Leoncitos á mí? ¿A mí leoncitos y á tales horas? Pues por Dios que han de ver esos señores que acá los envían, si soy yo hombre que se espanta de leones." Así hablaba el Caballero de la Triste Figura.

Buenos Aires no sabía, indudablemente, con quién se tomaba. Francia encerró á sus diplomáticos en un círculo mágico; no vieron otra cosa que él; fueron muy agasajados. Aquél los visitaba durante la noche; ellos le pagaban sus visitas en su estudio, donde lo encontraban rodeado de libros, y frente al retrato de Franklin, que allí tenía; pasaron por todo cuanto él quiso: reconocieron, en un tratado, *la independencia de la Provincia del Paraguay de la de Buenos Aires,* sin perjuicio de consignar el deseo de estrechar los vínculos que unen y deben unir *ambas*

provincias en una federación y alianza indisoluble, que las obliga á auxiliarse mutuamente contra cualquier enemigo de la común libertad.

¿Queréis creer, mis amigos, que, después de esto, todavía tentó Buenos Aires un nuevo esfuerzo de conquista diplomática en aquella tierra, con ocasión del Congreso que, en 1813, dos años después, fabricaba Francia para sus fines propios? ¡Todavía mandó al doctor don Nicolás Herrera, un nuevo leoncito, con el objeto de obtener el envío del representante paraguayo al Congreso General de las Provincias unidas! ¡Representante paraguayo! Lo que allí se hizo fué: confirmar la declaratoria de independencia; romper la alianza celebrada con Buenos Aires; cambiar el título de *Provincia del Paraguay* por el de *República del Paraguay;* adoptar armas y colores nacionales y.... poner todo eso en manos de su autor y dueño. Se creó, como gobierno, un Consulado de dos miembros: Francia y Yegros. Como el de Bonaparte y Siéyes. Francia se desembarazó de su compañero cónsul, y, al año siguiente, 1814, se hizo aclamar dictador temporal primeramente, y vitalicio, perpetuo, eterno, después.

Y se llevó el Paraguay á su guarida. Y allí lo tuvo ausente de la tierra durante treinta años. El mundo sólo sabía de él, por los lamentos que, de vez en cuando, se oían salir de allí; ejecuciones precedidas de suplicios; espantos pálidos en el aire. La gente no podía mirar al dictador cuando pasaba, rodeado de su escolta, por las calles solitarias; ponía la cara contra la pared.

Veréis, mis amigos, cómo sólo un hombre en el mundo hubiera podido ponerse enfrente de don Gaspar Rodríguez de Francia, salvar al pueblo paraguayo, incorporarlo á la gloria del común esfuerzo, sirviéndole de núcleo heroico como sirvió á otros: Artigas... ¡No pudo ser!

Eso fué, mis amigos, la expedición enviada por la Junta de Mayo al Paraguay, á las órdenes de Belgrano.

VI

Quédanos por conocer la otra expedición auxiliadora, enviada por esa Junta de Mayo: la que, formada de los restos del ejército del Paraguay, unidos á regimientos destacados en Entre Ríos, fué destinada á prestar auxilio á la región oriental del Uruguay y el Plata, bajo el mando del mismo Belgrano.

Al fin hemos llegado al núcleo popular, vivo, de independencia republicana.

Penetrad en esa región, amigos artistas, y allí veréis otro mundo. Allí sí que la expedición pudo llamarse con propiedad *auxiliadora,* aliada de un pueblo lleno de sol, movido en sus propias entrañas por el espíritu de Mayo directamente. Allí iba á encontrar una nación homogénea, característica, nutrida de libertad: el pueblo y la región que os he hecho mirar con tanta intensidad en todas mis conferencias, á fin de que los reconociérais en este momento histórico.

Allí encontraréis, por fin, á la cabeza de ese pueblo, no á don Gaspar Rodríguez de Francia, hosco, sombrío, exótico, encerrado en sí mismo, sino al hombre más directamente iluminado por el sol meridiano, al personaje representativo de todos los pueblos platenses, incluso aquel anónimo que, el 25 de Mayo de 1810, se presentó en la plaza de Buenos Aires á deshacer lo que habían hecho los próceres: Artigas.

¡Artigas y Rodríguez de Francia!

El supremo contraste.

Belgrano mismo manifestaba su entusiasmo ante el espectáculo del levantamiento en masa del pueblo oriental. "Siendo Montevideo la raíz del árbol, decía, debemos ir á sacarla; añadiéndose que, para ir allá, tenemos todo el camino por país amigo, cuando aquí, en el Paraguay, todos son enemigos. Para esta empresa necesitamos fuerzas de consideración y los auxilios prontos; y aun cuando no se consiga más que desviar á Elío de todas sus ideas en contra de la capital, habremos hecho una grande obra."

En esa ingenua frase del gran Belgrano, amigos artistas, está condensada la historia política de nuestra independencia con relación á la argentina. ¡Oh, no! Ya sabrá el pueblo oriental hacer algo más que salvar la capital del virreinato; está dispuesto á salvarse á sí mismo ante todo. Y bien sabe que es él mismo quien tiene que salvarse. Al llegar Belgrano, el pueblo oriental está ya levantado en masa al grito de libertad; en su cielo ha lucido, á la par que en Buenos Aires, y acaso antes, el sol del mes de Mayo. Ese pueblo, y no la expedición auxiliadora, será el que, conducido por un hombre que tiene la visión del porvenir, librará las batallas campales de la independencia, dominará con la rapidez del relámpago todo el territorio de la patria, y dará á la causa del 25 de Mayo su más resonante victoria. Ésta levantará su espíritu, que empieza á desfallecer, y encerrará el dominio español, como en un calabozo de hierro, en su propia formidable ciudadela.

Ese pueblo es el que os he ido describiendo hasta en sus raíces, amigos artistas, y el que os pide forma para su alma heroica; ese hombre que concentra su espíritu, es Artigas, nuestro férreo Artigas. ¡Oh! ¡Si yo consiguiera que lo amárais, para que pudiérais comprenderlo!

¡Que lo viérais pasar siquiera, en el fondo de mis palabras, como una visión de lo invisible!

Artigas, como os he dicho, ha sido muy calumniado, muy duramente injuriado. Se aprovechó el desamparo en que quedó su recuerdo, y contra él se envenenaron las fuentes de la historia. En él se nos ha ofendido á nosotros mismos, á los orientales. Y sentimos una sed muy grande de agua de montaña, de vindicación y desagravio.

Vuestro mármol tiene que ser vengador y resonante; más resonante que medio siglo de palabras insensatas, más que el coloso aquel de Mennon, que cantaba al ser herido por el sol. Tiene que disipar la noche con su blancura luminosa.

Es preciso que ese mármol haga el día.

El día es la proximidad de una estrella.

CONFERENCIA VII

ARTIGAS

Su origen. — Su carrera. — Semblanza de Artigas. — La tradición doméstica. — El Deán Funes. — El capitán de blandengues. — Las invasiones inglesas. — La reconquista de Buenos Aires. — Artigas ante el movimiento de Mayo. — Su adhesión á la revolucion de Mayo. — Los enemigos del Uruguay. — España y Portugal. — Buenos Aires.

I

Mis amigos artistas:

Artigas, á quien ya habéis visto aparecer un momento en las invasiones inglesas de 1806 y 1807, tiene 46 años en el momento en que os lo muestro; comienza á encanecer. Ha nacido en la ciudad de Montevideo, y casi con ella, el 19 de Junio de 1764: menos de cuarenta años después de su fundación. Ahí está la casa solar en que nació; es solar verdaderamente, si las hay. El abuelo del héroe, don Juan Antonio Artigas, hidalgo de Zaragoza, viene de España á Buenos Aires, en 1716, después de larga y honrosa carrera militar, tradicional en su familia. Según Menéndez y Pelayo, la voz *artiga* significa *adoctrinado*. Quizá no sea del todo aventurado suponer, según eso, que la fa-

milia de Artigas procede de árabes ó moros convertidos. Este dato nuevo puede tener algún interés.

Don Juan Antonio Artigas, que forma parte de la Compañía de Caballos Corazas del capitán don Martín José de Echauri, es uno de los fundadores de Montevideo. Lo vemos figurar entre sus primeros vecinos, declarados de casa y solar conocido; se le adjudica una de las treinta manzanas que forman la planta de la ciudad recién nacida.

Pero aun antes de fundada ésta oficialmente, ya estaba allí avecindado el abuelo de Artigas, con su esposa y sus cuatro hijos; esa familia es la primera agrupación de hombres civilizados que se fija en Montevideo. Aquí viven, "con casa de firme, con edificios de piedra cubiertos de teja y otras oficinas, con plantíos y arbolados, y con estancia de ganados mayores en los campos", las familias de Artigas, Carrasco, Burgues y Callo, que son una misma, (la esposa de Artigas era Carrasco) y que allí estaban cuando los otros pobladores llegaron á fundar la ciudad, en 1724. Con ellas residían, desde 1723, dos misioneros de la Compañía de Jesús, que evangelizaban á los indios tapes.

Fué, pues, la familia de Artigas, la primera que encendió hogar estable en Montevideo; ella es, en ese sentido, la fundadora de la ciudad, como lo será de la nación el nieto del hidalgo soldado de coraceros, natural de Zaragoza. Éste forma parte, como alcalde, del primer Cabildo ó gobierno municipal constituído por Zabala en 1730; y tanto él, como su hijo mayor, don Martín José, padre del fundador de la patria, prestan grandes servicios militares á la colonia, dejan honroso vestigio de su paso por los más encumbrados puestos de nuestra vida cívica incipiente, y son miembros conspicuos del primitivo patriciado oriental.

Es bueno que conozcáis, por razones que yo me sé, y que ahora me reservo, ese abolengo de Artigas.

Os lo presento en 1811, al adherirse á la revolución de Mayo, ocho meses después de iniciada en Buenos Aires.

Es capitán de caballería; Ayudante Mayor del *Regimiento de Blandengues;* el grado más alto á que pueden aspirar los criollos en el ejército colonial.

Ha ingresado en la milicia á los 32 años, en 1797. Muy bueno será que precisemos esta fecha, porque ella nos permite dividir su historia en tres épocas características: su vida privada, desde su nacimiento en 1764, hasta ese año 1797; sus 14 años de carrera militar, que terminan en 1811; y, por fin, su grande historia.

Las viejas patrañas, en que se ha presentado á Artigas como un ente mitológico desde la infancia, se han desvanecido. No hay tales aventuras extraordinarias. Artigas no fué velado por águilas en su cuna, ni amamantado por ninguna loba. Su buena madre, doña Francisca Antonia Arnal, le dió su leche. Su padre, don Martín José, es también militar; ha prestado grandes servicios; pero tiene el pecado original: es criollo, y, como su hijo, no ha podido ascender sino á lo que éste ascendió: á capitán de caballería. Bueno es que advirtamos eso: que Artigas es *segunda generación* de americanos. La posición de su padre es holgada y decorosa, gracias á su trabajo: tiene su casa en la ciudad, una barraca ó depósito de frutos, campos y ganados; posee tierras heredadas de su padre en *Chamizo,* otras denunciadas por él en *Casupá,* y las de su esposa en el *Sauce*. Puede dar á sus hijos, en el convento de los franciscanos, la mejor instrucción que entonces se adquiría, y que, si no era grande, era la que entonces constituía un hombre culto. La que recibe el cuarto de sus hijos, el que á nosotros nos interesa,

es más esmerada que la de sus hermanos. Éstos se consagran muy pronto al trabajo de campo; aquél permanece en la ciudad, y es compañero de estudios de Nicolás de Vedia, Melchor de Viana y otros.

Os ofrezco el manuscrito más auténtico que he encontrado, para que deduzcáis la primera educación de Artigas por el carácter de su letra, mucho más correcta, como lo véis, que la de muchos próceres civiles, cuanto más militares, de entonces. En ese documento veréis también la firma de Manuel Francisco, el mayor de los hermanos.

Su abuelo materno, don Antonio Arnal, ha advertido sin duda esas tendencias literarias de su nieto predilecto, é instituye una capellanía en su favor, creyendo ver en él un futuro sacerdote; un prelado acaso. En cuanto al concepto que de él tuvo siempre su padre, baste decir que le donó en vida el usufructo de un solar, en que Artigas construyó su casa, y lo designó después albacea en su testamento.

Artigas tiene veinte años; ha de pensar en su porvenir. No son amplios, por cierto, los horizontes que se abren ante él. Los puestos de la administración pertenecen á los españoles; la iglesia y la milicia son las dos únicas carreras. Artigas no se siente inclinado á la carrera eclesiástica; no utiliza la capellanía instituída por su abuelo. Nada más visible que su vocación y sus aptitudes militares; pero.... el militar no se hace en América; pertenece al rey, se forma á su lado, viene armado y galoneado de ultramar. Uno se imagina lo que hubiera llegado á ser Artigas si, dejando su pobre tierra, se hubiera incorporado á los ejércitos de Europa, como lo hicieron otros americanos que allí se educaron. No la dejó, felizmente: no dejó su tierra.... Y á eso debemos el haber tenido en él

Batoví à 15 de Junio de 1801.

Cap. de Marina

Yo el D.n Jose Artigas Alf.z Mayor del Cuerpo de Cavalleria de Blandengues de la Frontera de Montev.o Como doy este tercero ejercicio sin documento ninguno y tengo a D.n Carmelo Garin el hirme dos mil pesos ya ni ninguna de mi familia en mi tiempo asi tener pretensiones en dho terreno por haverlo pedido tiempo ha y estar mi conviene de que se le diese al referido D.n Carmelo Garin es de advertir que en los terrenos en las Juntas Cuya Fin.a forma un Rincon que en el medio tiene un Cerro por encima le llaman Batovi y este solo tiene de [illegible] como tamaño que a dos Gari a un tal que por apodo llama Carreta que siguiendo su ejemplar y para que conste el dado el documento de propiedad a D.n Carmelo Garin firmo en Montev.o en veinte de Junio de 1808

Carmelo Con su consentimiento

Jose Artigas

Mar.l Fran.co Fig.ra

Villa de Melo 21 de Dic.re de 1810

Como Comand.te militar de este Pueblo hace constar que el terreno q.e por el D.n Carmelo Garin han sido Entregadas por el Cap.n de Navio D.n Felix Azara al Ayud.te Mayor del Cuerpo de Blandengues D.n Jose Artigas y de su Propiedad al Dominio del Alferez Garin, como

algo más que un gran general, recamado de oro y ganador de batallas.

Aquí quedó, encerrado en la plaza fuerte de Montevideo, aprisionada á su vez en su granítico cinturón de murallas y cubos artillados, con su formidable ciudadela por broche, y erizado de las púas de sus trescientos cañones ó más. La vida, de portones adentro, era sencilla y monótona: funciones religiosas, corridas de toros, revistas militares; saraos de vez en cuando, honrados por la presencia del Gobernador, don Joaquín del Pino, futuro virrey del Plata; paseos por las murallas ó las costas. Las puertas de la ciudad se cerraban al anochecer, y nadie entraba ni salía. Sabemos de la vida del joven Artigas en esa época; de sus aficiones y costumbres. Era afable, y atencioso; muy dado á la sociedad; vestía con esmero, *á lo cabildante,* como entonces se decía, con su coleta, y su casaca bordada ó su chaquetilla de alamares ó trencilla fina en el pecho, y su pino en la espalda.

Pero lo que constituía el lujo de los jóvenes de entonces, y les ofrecía ocasión de ostentar elegancia y bizarría, era el caballo. Poseer y montar caballos briosos, casi indómitos y bien enjaezados; salir al campo, en alegres cabalgatas, y entrar de regreso por el portón de San Pedro con aventuras que contar, devolviendo con arrogancia el saludo de ojos amables, era el triunfo de los elegantes criollos, que estaban convencidos de su innata superioridad como jinetes sobre los europeos ó *chapetones,* y lo juzgaban rasgo distintivo del americano.

Artigas iba á menudo á los campos de sus hermanos y parientes; compartía sus faenas como deporte atlético; se adiestró en ellas; desarrolló su fuerte organismo, se hizo gran jinete: domaba un potro; enlazaba un toro salvaje; boleaba un avestruz.

Se resolvió, por fin, á consagrarse seriamente á los trabajos de campo, convencido de que la carrera de las armas, á la que se sentía inclinado, era inaccesible para él.

En esos trabajos invirtió diez ó doce años: de los veinte á los treinta y dos de su vida. Su actividad fué extraordinaria; trabajó y negoció en Misiones, en el Arapey y Queguay, en Soriano especialmente; recorrió y dominó todo el territorio de la provincia; conoció bien su tierra: hombres y cosas; formó entonces esa *imaginación topográfica* que será su rasgo característico; fué pastor, cazador, más bien, de animales bravíos, y conductor de hombres, más fieros aún. Esas faenas de campo, en aquel tiempo, eran una conquista del desierto, una constante y peligrosa aventura. Artigas adquirió, por su honradez, su inteligencia y su valor, la autoridad, el prestigio, la nombradía, que serán el fruto verdadero de esos sus diez años de labor y de prueba.

En cuanto á los productos que acopiaba, cueros, astas, grasa, crin, eran remitidos por él á su padre, que los depositaba y negociaba en su barraca; muchas veces eran llevados por él mismo á Montevideo, donde descansaba algún tiempo, cultivaba sus amistades, y, sobre todo, sentía renacer su vocación á las armas.

Se encuentra precisamente en Montevideo, en 1797. cuando se crea un nuevo regimiento, llamado *Cuerpo Veterano de Blandengues,* destinado principalmente á defender las fronteras contra los portugueses y los contrabandistas, y á proteger, contra los salvajes y malhechores, los vecindarios de los campos que reclamaban amparo. Artigas, estimulado por hombres influyentes, se resuelve, por fin, á seguir su vocación: ingresa en el nuevo regimiento como simple soldado meritorio, ó cadete. El 10 de Marzo de 1797, en que tal sucede, es el día inicial de su nueva vida.

Se ha dicho que ingresó al ejército con el grado de capitán. Nada más inexacto. Fué simple soldado distinguido. Se le confiaron, es cierto, las funciones de teniente, pues ya gozaba de un alto concepto; pero el grado no se le otorgó sino un año después, en 1798. En cuanto al de capitán, con que lo encontramos al iniciarse la revolución, trece años de labor y de méritos le fueron necesarios para obtenerlo. Fué capitán el 5 de Setiembre de 1810. No necesitó Artigas más experiencia que la propia, para comprender que, sin patria independiente, no había ni podía haber patria para los americanos.

Los méritos contraídos por él en su carrera militar están amplísimamente documentados. Lo vemos en todas partes desempeñando las comisiones más laboriosas, importantes y difíciles: en los dos solos primeros años de servicio, recluta, por sus prestigios, doscientos hombres para su regimiento; persigue contrabandistas y malhechores, guarnece las fronteras contra las invasiones portuguesas; su presencia es orden, autoridad, garantía. Leemos en un proceso auténtico: El teniente Artigas recibe orden de prender á un sargento; éste se resiste; se atrinchera en una casa. Artigas no pasa adelante; da cuenta del caso al Gobernador; le dice que sólo dando muerte á aquel hombre será posible arrestarlo, y pide autorización expresa para ello. No fué necesario: el rebelde se rindió por persuasión al noble teniente. En 1803, la Comisión representativa de los hacendados del país pide al virrey Sobremonte que se sirva enviar al teniente de Blandengues José Artigas, y sólo á él, en protección de los campos. "Éste se ha portado, dicen los hacendados. con tal celo y eficacia, que, en breve tiempo, experimentamos los buenos efectos á que aspirábamos, viendo sustituído el temor y sobresalto por la tranquilidad de espíritu y seguridad de nuestras haciendas." Los hacendados

se comprometen á abonar de su propio peculio los sueldos de Artigas, y, algún tiempo después, "en manifestación de su justo reconocimiento" le acuerdan espontáneamente un donativo ó gratificación extraordinaria de quinientos pesos.

Recordaréis, mis amigos, lo que hemos dicho sobre las tendencias y empresas de Portugal en la frontera del Norte. Si no se pone remedio inmediato á sus avances, la región oriental será arrebatada á España. Don Félix de Azara, el ilustre sabio, que se da cuenta del problema, propone, el año 1800, como remedio, un vasto plan de fundación de pueblos en esa amenazada frontera. El virrey lo aprueba; nombra al mismo Azara Comandante General de la Campaña, y pone á sus órdenes al teniente Rafael Gascón, y, por pedido del mismo Azara, al Ayudante José Artigas "en quienes, dice, concurren las cualidades que al efecto se requieren." Azara pensó en levantar el mapa de la región fronteriza; pero, á fin de evitar demoras, confió á Artigas la tarea de dirigir el reparto de tierras, asistido del agrimensor ó piloto de la Real Armada, Francisco Más y Corucla.

Yo atribuyo grande importancia á ese contacto de Artigas con Azara; á la activa participación de aquél, sobre todo, en la obra y el alto pensamiento de éste. Estoy persuadido, sin embargo, de que el problema, en toda su extensión, era dominado con mayor intensidad por Artigas que por el mismo Azara.

Artigas tenía en la imaginación el mapa de una patria futura; es fuera de duda; lo estaba trazando, al realizar el plan del ilustre sabio. La visión del que sería fundador de esa patria se transparenta en la pasión con que lucha entonces contra los avances del portugués, y aún contra

la desidia ó indiferencia de sus propios jefes españoles, en la defensa del territorio; esa desidia, que en algunos llegaba al pacto venal con el enemigo, lo desespera, lo desalienta, pone la imprecación en su boca. La actividad y la pasión que vemos entonces en Artigas se explican. ¿Qué podía importar á los españoles un pedazo más ó menos de territorio colonial en estas Américas? Ellos tenían su tierra, su verdadera tierra del otro lado del Atlántico. Una plaza fuerte en Europa compensaba con creces la cesión de un millón de kilómetros de desierto americano.

Artigas es otra cosa; él no tiene más tierra que ésta que defiende: este germen de su futura patria independiente es todo para él. Se vé claramente que él ya no es, desde ese período de su vida, el simple ejecutor del pensamiento español, que trata y contrata en Europa sobre el destino de estas regiones; que cede las Misiones orientales, con todos sus hombres y contra la voluntad de éstos, al portugués, como se cede una jaula de pájaros salvajes, y que le hubiera cedido todo, sin excluir Montevideo, si así lo hubiera exigido la política europea. Es evidente, de toda evidencia, que la defensa eficaz de esa región oriental, limítrofe del portugués, no puede venir del otro lado del Atlántico, ni siquiera del otro lado del Plata. O la defienden los orientales, ó desaparece fundida en el dominio portugués. Ya veremos eso con gran claridad.

Artigas ha pensado mucho en ello; ha aprendido, en la observación de hombres y cosas, en la honda comunicación consigo mismo, lo que no se aprende en libros, lo que no hubiera sabido, si, formado en Europa, hubiera regresado con entorchados y condecoraciones reales.

Nos encontramos, en este momento, con una crisis en la vida del héroe. El 10 de Marzo de 1803, está éste en

Montevideo, y gestiona su retiro del ejército; pide, en una larga y fundada exposición, ser agregado á la plaza, con sueldo de retirado. Invoca sus servicios, que enumera, y el estado de su salud. El rey le niega el retiro, porque no quiere privarse de su concurso. El bizarro teniente, (pues sus servicios no lo han hecho ascender en su carrera), vuelve á campaña, como ayudante del coronel don Francisco Javier de Viana, hijo del antiguo gobernador, honesto caballero, que lo distingue especialmente; pero, en Marzo de 1805, desde su campamento de Tacuarembó, á cien leguas de la Capital, reitera su pedido de retiro. Lo obtiene, por fin. Vuelve á Montevideo, donde el gobernador Huidobro lo nombra oficial del Resguardo, con jurisdicción del Cordón al Peñarol.

¿Qué es eso? ¿Abandona Artigas la carrera militar? ¿Estaba realmente enfermo?

Lorenzo Barbagelata, en un precioso estudio que le debemos, nos ha revelado la causa de esa crisis. El 31 de Diciembre de ese año 1805, Artigas, á los 41 años, contrae matrimonio con su hermosa prima Rafaela Villagrán, á quien amaba con pasión. El teniente retirado soñaba en la dicha doméstica. No pudo ser. La felicidad no era para él, porque no es compañera de la gloria. Un año después, al nacer su hijo único, la jóven madre, atacada de enajenación puerperal, es arrebatada para siempre de los brazos de su esposo.

Éste vuelve á la vida de soldado con esa herida en el alma. Herida incurable. La soledad será su compañía; la patria su solo amor fecundo. Ya hablaremos, si la ocasión se presenta, que sí se presentará, de esas tristezas del héroe.

Así lo encontraron las invasiones inglesas de que hemos hablado: vestido de teniente de Blandengues.

Cuando, en Noviembre de 1805, se supo en Montevideo que un convoy inglés andaba por las costas brasileñas, se tomaron precauciones; se formó un nuevo escuadrón de caballería. El gobernador Huidobro lo puso á las órdenes de Artigas.

Ese convoy precursor atravesó el Atlántico, y cayó sobre el Cabo de Buena Esperanza, que fué arrebatado á los holandeses; pero ya sabéis cómo, al año siguiente, en 1806, el nublado descargó también sobre el Río de la Plata, y cómo se proyectó sobre sus relámpagos la figura bizarra del teniente Artigas; lo vimos en la reconquista de Buenos Aires, en el Cardal, en la brecha de Montevideo.

Nada menos aventurado que afirmar, mis amigos artistas, que, en el momento en que nos encontramos, el de la revolución de Mayo, José Artigas es el oficial más bizarro y mejor conceptuado del ejército colonial. Ya tuvimos ocasión de conocer el concepto que de él tenía Mariano Moreno. Don Rafael Zufriategui, que, en 1811, informaba, como diputado de América en las Cortes de Cádiz, sobre la situación del Río de la Plata, relataba la angustia causada en Montevideo al saberse que Artigas y Rondeau habían abrazado la causa americana: "Estos dos sujetos, decía con ese motivo, en todos tiempos habían merecido la mayor confianza y estimación de todo el pueblo y jefes en general, por su exactísimo desempeño en toda clase de servicios; pero muy particularmente don José Artigas, para comisiones en la campaña, por sus dilatados conocimientos en la persecución de vagos, ladrones, contrabandistas é indios charrúas, que causan males irreparables, é igualmente para contener á los portugueses que, en tiempo de paz, acostumbran usurpar nuestros ga-

nados, y avanzar impunemente dentro de nuestra línea.''

El año 1818, el mariscal de campo don Gregorio Laguna proyecta y presenta al rey, que lo aprueba, un plan de reconquista del Plata insurreccionado, y dice en sus instrucciones: ''Será uno de los primeros cuidados del general atraerse á su partido al guerrillero don José Artigas... Este Artigas era, el día de la revolución, ayudante mayor de un regimiento de caballería, y tomó el partido de los insurgentes; después el rey, conociendo el mérito de ese oficial, lo indultó y ascendió al grado de brigadier... He aquí uno de los puntos más esenciales para la reconquista, y en el que el general debe emplear todo su talento para ganárselo... colmarlo de beneficios, graduaciones y mando, pues haciéndolo así, no solamente le sobrará todo á nuestro ejército, sino que, con su ayuda, *se conseguirá la destrucción de todos los rebeldes de aquel hemisferio.''*

Hé ahí un mariscal español que coincide con Sarmiento, el americano, cuando éste afirma que Artigas hubiera sido el Bolívar del Plata, si los españoles llegan á él.

II

Eso era, pues, José Artigas, mis hermanos artistas, en el momento en que os lo tengo que hacer conocer personalmente.

Ahora os debo su retrato, es decir, el alma de ese capitán, hecha visible en un cuerpo. Que, ó yo sé poco, ó es eso lo que debe entenderse por un retrato: luz interior limitada por una forma; revelación de lo superior en lo inferior, de lo grande en lo pequeño; transparencia, carácter, expresión; lo invisible percibido por los ojos; el silencio

21 DE MAYO DE 1811

Artigas frente á Montevideo después de Las Piedras

Cuadro de Carlos María Herrera (Club Oriental de Buenos Aires)

hecho sensible al oído... Creo que por ahí, más ó menos, se va á la inaccesible noción de forma estética, ó arte, ó belleza concreta, ó como se llame.

Vosotros necesitáis algo del cuerpo de Artigas, para encerrar en él á Artigas. Toda la iconografía que poseemos se reduce al apunte de viajero, que generalmente se atribuye al sabio francés Bompland, y que figura en el atlas de la obra de Demersay *El Paraguay*. Es á éste á quien debe atribuirse, pues. Os ofrezco ese recuerdo gráfico del héroe casi nonagenario, que, como lo véis, no es más que la silueta de una ruina. Juan Manuel Blanes, nuestro insigne artista nacional, la ha restaurado con inteligente penetración, y nos ha legado el gran retrato, que también os ofrezco, fidelísimo en su indumentaria. Tras él han venido otros artistas, más ó menos afortunados: Juan Luis Blanes siguió de cerca á su padre en el lienzo inconcluso de la Batalla de las Piedras que existe en nuestro museo, y que también os muestro; Diógenes Hequet ha evocado al héroe, con amor y discreción, en sus numerosos cuadros; pero es Carlos María Herrera quien me parece haber sentido con mayor intensidad la persona de Artigas en el valiente cuadro que también os presento. Podéis mirar también, si os place, el busto modelado por mi hijo José Luis. Es obra de niño; pero algo expresa, me parece, en su balbuciente ingenuidad.

Vosotros, mis amigos, nos debéis ahora vuestro Artigas, el vuestro, la revelación, en un hombre de hierro, del hombre vivo que se levante en vosotros al llamado de mis palabras. si éstas tienen el poder de llamar. Espero que me creeréis, si os digo que yo he visto á Artigas en alguna parte, y aún en más de una; bien sabéis con cuánta precisión se ven esas cosas: lo invisible convertido en visión.

Artigas me ha mirado, se ha movido en mi presencia,

me ha revelado su carácter, sus actitudes, y hasta el color de sus ojos, en lo mucho que escribió. Por lo que os dije de su educación, comprenderéis que ese alumno de los Padres Franciscanos no era un literato. Es evidente, sin embargo, que el gran caudal de documentos que poseemos con su firma han sido redactados por él personalmente. Eso no lo confunde el hombre medianamente experto en achaques de hermenéutica literaria. Esos documentos son suyos, exclusivamente suyos; no se les puede confundir con los emanados de los que lo rodean. En ellos se le ve luchar con la falta de técnica; pero, en medio de sus énfasis y redundancias, propias de la época, por otra parte; al través de lo que Carlyle llamaría *su dialecto,* aparecen su fisonomía y su carácter permanentes con nitidez perfecta.

Pero, para ver bien á Artigas, contamos, además, con las descripciones que de él nos han hecho los que lo vieron. Todos, Larrañaga, Cáceres, Díaz, Funes, Robertson, todos los que lo trataron, se sintieron movidos á ensayar el retrato de aquel hombre singular.

El sabio Larrañaga, que amaba al héroe, nos dice que "era hombre de estatura regular y robusto, de color bastante blanco, de muy buenas facciones, con nariz aguileña, pelo negro, y con pocas canas."

Don Vicente Fidel López, que odiaba á Artigas con miedo cerval, dice que "el óvalo de su cara era perfecto, tirando á ser agudo, aunque no mucho; pero lo bastante para ser pronunciado. Su cabeza muy regular, bastante desenvuelta, y enteramente conforme al mejor tipo de la raza caucásica; su perfil era sumamente acentuado y clásico... " Todo eso y nada, me parece que es la misma cosa. Es ese un pobre retrato impersonal.

Artigas era de estatura mediana; no tenía contextura atlética, ni siquiera robusta; su aspecto era más bien de-

licado; su cuerpo era más encorvado que erguido; sus modales, actitudes y movimientos muy reposados. Tenía la cara ovalada, aguileña la nariz, los ojos grandes y claros, pardos azulados; era fina la comisura de sus labios, pero el superior muy amplio; la tez pálida, linfática; poco poblada la barba; el cabello escaso y fino, ligeramente ondulado, y de un color castaño claro, rubio dicen algunos; la calvicie precoz le dilató la frente, amplia de suyo, de parietales deprimidos.

Veamos de penetrar en lo interior.

"Su conversación, nos dice Larrañaga, tiene atractivos; habla quedo y pausado; no es fácil sorprenderlo en largos razonamientos, pues reduce la dificultad á pocas palabras, y, lleno de mucha experiencia, tiene una previsión y un tino extraordinarios."

Cuando yo leía esa auténtica descripción, sentía moverse en mi memoria la magna página en que Carlyle nos retrata su Mahoma.

"Sus compañeros le llamaban el *Amin,* el creyente, un hombre de verdad y fidelidad; verdadero en todo cuanto hacía, en todo cuanto hablaba y pensaba. También notaban que, en todo lo que decía, daba siempre á entender alguna cosa. Hombre más bien taciturno, y, cuando nada tenía que decir, silencioso; pero oportuno, discreto, sincero cuando hablaba, y siempre esclareciendo la cuestión: único modo digno del discurso. Carácter grave y franco; pero al mismo tiempo cordial, amable y hasta jocoso y amigo de la risa de vez en cuando."

Salvo lo de *taciturno,* yo veo mucho de Artigas en ese árabe Mahoma, conocido de Carlyle. No me gusta lo de taciturno, porque nos desvía del carácter que buscamos; nos sugiere la idea de sombrío, ceñudo; la de impasible, sobre todo.

Y no es eso lo que vió en Artigas el inglés Robertson, por ejemplo. "Pienso, dice, que si los negocios del mundo entero hubieran pesado sobre sus hombros, hubiera procedido de igual manera. Parecía un hombre abstraído del bullicio, y era, bajo ese punto de vista, semejante al más grande de los generales de nuestra época, si se me permite la alusión."

Eso ya es otra cosa: abstraído, pensativo, en comunicación constante consigo mismo. Eso sí: eso es perfectamente suyo: era un ambulante, un viajero silencioso de soledades psíquicas.

Pero no era un impasible; nada más ajeno al carácter de este hombre estóico. Me han llamado mucho la atención las persistentes referencias á su sensibilidad, que hallamos en los que lo vieron. Artigas reía poco; sólo de vez en cuando, y moderadamente, sin carcajada; he notado, en cambio, que los observadores de su vida afectiva nos hablan con frecuencia de su llanto. Yo encuentro muy interesante el llanto en ese solitario intrépido y fuerte. Don Joaquín Suárez, por ejemplo, al hablarnos de su honradez, y de que jamás faltó á su palabra, nos dice que era *muy sensible* con los desgraciados; el Deán Funes advierte su *extrema sensibilidad;* el general Díaz nos lo pinta conmovido en alto grado. Pero, más que todo eso, me ha interesado lo que dice el coronel Cáceres en sus Memorias: "Se acordaba, con lágrimas en los ojos, de Valdenegro y Ventura Vázquez; decía que eran hombres que hubieran sido muy útiles al país, si no hubieran sido venales y ambiciosos."

Juzgo que hallaréis en todo esto motivo de meditación.

Venales y ambiciosos...

Cuando sepáis que Artigas vivió y murió en la mayor pobreza, como un anacoreta; cuando lo veáis preferir el

ARTIGAS EN 1811

Estudio al carbón de Juan Manuel Blanes

honor á los honores, desdeñar el renombre y la gloria personales, y hasta impedir que se levantaran las calumnias que contra él forjaban sus enemigos, no podréis menos de convenceros de que estáis en presencia de una alma solitaria, original y compleja si las hay. En ese odio á todo lo que es ambición y venalidad que arranca lágrimas á Artigas; en ese desprendimiento de todo interés humano, veréis la fuente de una fortaleza y de una tenacidad en el propósito y la acción, que sólo los insensatos confundirán con la estúpida soberbia, ó con la vanidad de los prepotentes.

Artigas no fué un soberbio; no había en él ni un átomo de lo que puede constituir un tirano ó un déspota. Fué enemigo de las apariencias ostentosas; si bien siempre vistió con decencia, nunca usó insignias ni entorchados; el deleite del predominio, el abuso de autoridad, la insolencia, el placer de menospreciar á los hombres eran tan ajenos á su carácter como el servilismo ó la humillación ante quien pretendía erigirse en autoridad sin derecho. Nadie ha sido más respetuoso y sumiso que él de toda superioridad real y verdadera; pero nadie más altivo ante las falsas grandezas.

Y yo os aseguro, mis amigos, que, si no fué el orgullo el móvil de su vida, mucho menos lo fué el deleite sensual. Sus costumbres fueron morigeradas y sencillas; era muy sobrio en la mesa: no bebía vino: no se le conoce drama alguno pasional: ni siquiera afecciones vehementes ó privanzas.

Yo no sé si con estos elementos he conseguido evocar en vosotros un hombre real, un carácter; pero, por sí ó por nó, quiero, como complemento, y como comprobación

al mismo tiempo, de lo que os he dicho, que leáis conmigo esta encantadora tradición doméstica que debemos á una anciana sobrina de Artigas, doña Josefa Ravía, que todavía llamaba *tío Pepe* al héroe de las Piedras, y que, á los 93 años de edad, dictaba sus recuerdos en la forma ingenua que veréis, y es preciso conservar. Tengamos presentes esas páginas, transparentes como el agua que corre.

"Por relaciones de familia — dice la anciana — sé que, en sus primeros tiempos, tío Pepe se ocupaba en sus estudios aquí en Montevideo; sus hermanos, don Manuel y tío Cucho, (don Cirilo), se ocupaban en las estancias de su padre, don Martín Artigas, que se sentía cada vez más achacoso, y había confiado los quehaceres de campo á esos sus hijos."

"Tío Pepe iba á las estancias por vía de paseo; en ellas adquirió relaciones de familia con los Latorre, de Santa Lucía, y los Pérez, del valle del Aiguá. Repitió esas visitas al campo, y fué tomando afición á sus faenas; pero como no tuviera en las estancias de su padre una colocación estable, se ponía de acuerdo con los Latorre y los Torgueses, con don Domingo Lema y don Francisco Ravía, y salían á los campos de don Melchor de Viana, con autorización de éste y del gobernador de Montevideo, á hacer cuereadas, utilizando también las gorduras y las astas."

"También tenía autorización del gobernador para sacar de Montevideo medias-lunas (cuchillos curvos) con que desgarretaban los animales, pues los paisanos no estaban avezados á desgarretar con los cuchillos, y el que lo hacía era muy aplaudido por los compañeros."

"Las medias-lunas eran hechas por el herrero don Francisco Antuña; y como hacía muchas más de las que tenía autorización para llevar al campo, las pasaba clan-

destinamente don Francisco Ravía por el Portón. Tío *Pepe decía que esas medias-lunas eran para armar á los paisanos y defender á la patria.* Con ese mismo fin, sacaban continuamente para el campo cuchillos de marca mayor.''

Suspendo un momento la lectura, caros artistas, para haceros notar que esas medias-lunas y cuchillos de marca mayor, enhastados en cañas, serán las lanzas de las caballerías orientales en las primeras batallas de la independencia, las vencedoras en San José y las Piedras. Tened en cuenta que Artigas preparaba este parque primitivo, mucho antes de la revolución de Mayo. Es muy útil que lo tengáis en cuenta.

''En cuanto al carácter personal — continúa la anciana — lo tengo muy presente, porque desde niña he estado oyendo grandes diálogos de tía Martina Artigas, hermana de tío Pepe, con mi tía Josefa Ravía, sobre el carácter, hechos y costumbres de aquél, hasta la época que voy refiriendo. Todos decían que tío Pepe era muy paseandero, y muy amigo de sociedad y de visitas, así como de vestirse bien, á lo cabildante, y que se atraía la voluntad de las personas por su modo afable y cariñoso.''

''Su traje era análogo al de cabildante; su fisonomía abierta, franca y hasta jovial. Era de estatura regular y de cuerpo delgado; usaba buen pantalón y buena bota; nunca quiso usar espuelas grandes, que eran las de moda entre los mozos de campo, ni llevar el cuchillo á la cintura, pues fué de los primeros que lo usaron entre caronas'' (piezas de la montura del caballo). ''Usaba el sombrero sobre el redondel de la cabeza; pero cuando galopaba á caballo ó entraba en las lidias de campo, se lo echaba á la nuca. Su fisonomía era simpática, y ya

en esa época, y ocupado en los labores referidos, las jóvenes de Montevideo se disputaban su persona. Tío Pepe y tío Martín eran muy blancos, y tenían el cabello castaño; tío Cucho y tío Manuel eran morenos.''

''Sus antecedentes en la familia eran excelentes, hasta el punto de que todos los parientes lo consideraban como el jefe de ella.''

''La casa de don Martín Artigas era visitada por todos los parientes, y estaba situada en la calle Wáshington, inmediata á la plaza de toros, en que aquel tenía un sitio de preferencia y concurría con su familia.''

''Como una prueba de la vida holgada que en aquella época tenía la familia de Artigas, está el gran número de ganados mansos que poseía antes de la guerra de la patria, y las grandes ventas que hacía don Manuel, su hijo mayor, quien entregaba á su padre fuertes cantidades de onzas de oro, que contaba hasta en presencia de las visitas.''

''En cuanto á la afirmación que se ha hecho de que tío Pepe haya abandonado la casa paterna contra la voluntad de su padre, que lo quería á su lado en Montevideo, para entregarse á los trabajos de campo, baste saber que don Martín Artigas era el que recibía en Montevideo las carretas de cueros que mandaba tío Pepe del campo. Eran conductores de ellas, don Francisco Ravía, don Domingo Lema y don Manuel Latorre con sus esclavos. Don Martín vendía la carga, la metalizaba, y repartía su importe.''

''He citado el traje habitual y el modo de vivir honrado de tío Pepe Artigas. Ahora hablaré del traje que usaba desde que fué nombrado oficial del regimiento de Blandengues. Parece que hubiera tenido de antemano vocación por la carrera militar, pues desde el primer día

que se puso la casaquilla de blandengue no se le vió otro traje en Montevideo, pues además de la que había recibido en su regimiento, se había mandado hacer otras iguales, una que guardaba en el Cordón, en las casas que hoy llaman de Lomba, y que entonces se llamaban de Artigas, y otra que guardaba en la Aguada, para mudarse á cada paso, é ir á los bailes con su compañero inseparable, el buen patriota don Manuel Pérez, á cuya esposa, tía María del Carmen Gomar, acostumbraba Artigas dar bromas por esos bailes, por más que don Manuel era un excelente y fiel esposo, aunque de genio jovial y amigo de diversiones.''

''Don José Artigas, en la época en que fué oficial de Blandengues y comisario de la Unión y de la Aguada, por el año 1806, vestía lo mejor posible; usaba lujosa camisa de hilo de Holanda, chaleco de raso, y ricos pañuelos de seda de bolsillo, muy en uso entonces.''

La anciana que nos da estos ingenuos y preciosos recursos para la evocación del héroe oriental, vivo y bien visible, dice también ''que recuerda haber visto los fracs con que su tío Pepe concurría á los bailes, y que, otras veces, el traje que llevaba, como el de todos los jóvenes decentes de su tiempo, era, cuando no usaba casaca larga, una chaquetilla ajustada al cuerpo, con más ó menos bordados de trencilla fina en el pecho, y un gran pino bordado en la espalda; pantalón ajustado sobre la caña de la bota, rico chaleco de raso y corbata.''

Demos gracias, amigos artistas, á la buena nonagenaria que nos ha dejado el tesoro de esos sus áureos recuerdos, que nos permiten ver tan de cerca al gentil capitán de Blandengues, que algunos amables historiadores han presentado como un salvaje troglodita.

Pero es preciso que os lo haga ver mejor todavía, para

terminar. Busquemos á alguien que lo haya mirado con mayor intensidad que la buena anciana. Encontramos al célebre Deán Funes, prócer de la independencia argentina, doctor de la Universidad de Córdoba, é historiador de autoridad única acaso en su época, que parece haber visto algo en el fondo de los ojos claros del libertador oriental. El retrato que de éste nos hace es magistral en su intensa sobriedad de tonos fundamentales. "Artigas — dice — es un hombre singular, que reune *una sensibilidad extrema* á una indiferencia al parecer fría; una sencillez insinuante á una gravedad respetuosa; un lenguaje siempre de paz, á una inclinación innata á la guerra; un amor vivo, en fin, por la independencia de la patria, á un extravío de su verdadera dirección."

No hay duda, amigos artistas: Artigas era un hombre singular, un hombre extraño. El historiador argentino vió su rasgo heroico: era un solitario; tenía un extravío clásico, con relación al Deán Funes y á los togados coloniales que con él sentían y pensaban, respecto de la independencia. Fué un enigma para su época, como lo son todos los hombres sin época, absolutos; pero ya no lo es; ya no es enigma; está descifrado.

III

Ese es el hombre que estaba formado en la Banda Oriental, cuando, en el mes de Mayo de 1810, el virrey Cisneros fué depuesto en Buenos Aires. Vigodet, el gobernador de Montevideo, primero, y Elío, el virrey enviado á suceder á Cisneros, después, repudiaron á la Junta de Mayo, como sabemos, é hicieron de la ciudad oriental el centro de resistencia monárquica absoluta.

CABEZA DE ARTIGAS

Busto en bronce de José Luis Zorrilla de San Martín

Artigas, por su parte, clavó los ojos en el movimiento de Buenos Aires, y, si bien se sintió arrastrado á él, no renoció del todo su visión en las declaraciones del 25 de Mayo. Nó: la libertad por él soñada, y para cuya conquista formaba su arsenal de lanzas primitivas, no se llamaba Fernando VII; el objeto de la revolución no era ni podía ser el "conservar esta parte de América á su Augusto Soberano el señor don Fernando y sus legítimos sucesores" como lo decía el juramento á que se habían ligado los primaces de la revolución, y era la fórmula, más ó menos sincera, adoptada en toda América. Él, que era un hombre real, sentía gran repugnancia hacia todo lo que no era verdad. Y no era tal el mensaje del dios interior de que era depositario, y que sonaba en su oído al dar todas las horas. Desfigurarlo le parecía una profanación. Por eso Artigas siempre calló; fué un silencio. No hay en toda su vida de libertador una sola palabra de reconocimiento al rey; ni una sola. Y él es el primero que desconoce tal entidad expresamente, bárbaramente; el primero, como lo hemos dicho, que pronunció las palabras de Henry: César tuvo un Bruto; Carlos I un Cronwell, y Jorge III...

Por otra parte, en el movimiento iniciado por Buenos Aires él no veía perfectamente garantido lo que constituía la esencia de su pensamiento: la autonomía del pueblo oriental; la supresión, y no el cambio de dueño para la patria. Él veía con toda nitidez en ésta un estado, una *provincia,* como entonces se llamaba á tales estados; (Provincia de Chile, Presidencia de Quito, Gobernación de Caracas, etc., etc.), un organismo íntegro, una persona colectiva, con todos los atributos esenciales de la persona: con libertad, con propiedad, con dignidad, con destino propio y no supeditado á otros destinos, fin de sí misma,

y no medio para que otros consiguieran el suyo. En ese concepto, la provincia oriental era exactamente lo mismo que la provincia occidental ó la provincia de Chile: hermanas que se emancipaban.

Nadie mejor que Artigas conocía y sentía, sin embargo, la incompatibilidad de caracteres entre las dos hermanas del Plata, fundada en las causas profundas que os he hecho notar en mis anteriores conferencias: estructura étnica y geológica, edad, tradiciones, educación, fortuna, intereses, relaciones con la madre común. Él sentía la tendencia de Buenos Aires á considerar como dependencia suya á Montevideo; á mirar á su hermana con cierto altivo desdén que la ofendía; á arrebatarle sus glorias privativas, y hasta á perjudicar sus intereses, favoreciendo el puerto de Buenos Aires, puerto único, á expensas del de Montevideo, simple plaza fuerte.

Nadie mejor que Artigas conocía, pues, la resistencia del pueblo oriental, desde la capital hasta el último confín del territorio, á compartir con su opulenta y altiva hermana occidental la casa común, y á no tener la propia, por más modesta que fuera. Puede afirmarse que la resistencia de Montevideo hacia Buenos Aires no era inferior á la que le inspiraba España misma. El pueblo no hubiera sacudido el yugo de ésta para cambiarlo por el de aquélla; no sé si hubiera preferido ser español. "Sería muy ridículo, dice Artigas, que el Estado Oriental, no mirando ahora por sí, prodigara su sangre frente á Montevideo, y mañana ofreciera á un nuevo cetro de hierro el laurel mismo que va á tomar sobre sus murallas. La Provincia Oriental no pelea por el restablecimiento de la tiranía en Buenos Aires."

He ahí, mis amigos artistas, el problema planteado, no

por Artigas ciertamente, sino por la misma naturaleza de las cosas.

¿Debía Artigas, á pesar de todo eso, despertar á su pueblo para adherirlo al movimiento del 25 de Mayo? ¿O debía hacer lo que el doctor Rodríguez de Francia en el Paraguay?

Artigas no vaciló: debió hacer lo primero, y lo hizo. Él vió, desde el primer momento, una garantía que le permitía prometer la libertad á su pueblo sin engañarlo; la vió, con toda precisión, en la analogía de costumbres, de ideales, de estructura sociológica entre los diferentes pueblos argentinos, con excepción de los magnates de Buenos Aires, y el oriental. Ese vínculo entre los pueblos argentinos y el oriental era mucho mayor que el que existía entre aquéllos y la capital del virreinato. Si bien en aquéllos no se reunían las condiciones necesarias, como en Chile ó en Bolivia ó en el Uruguay, para formarse estados independientes; si bien formaban con Buenos Aires una entidad geográfica casi imposible de disgregar, pues era Buenos Aires el puerto único de aquella inmensa región, había en ellos energías bastantes para rechazar toda imposición de la capital que significara la sustitución del despotismo. El fenómeno que existía en el Uruguay, existía también en las provincias argentinas: no rechazaban éstas menos el yugo de Buenos Aires que el de España. Era preciso, sin embargo, empezar por sacudir éste, y, para ello, la unión se imponía por la ley natural; pero el único vínculo posible de unión era la federación, ó, para que las palabras no nos sugestionen, el respeto mutuo entre las unidades sociológicas, más ó menos embrionarias, pero vitales, que ellí existían.

En esa idea, pues, de federación ó autonomía provincial, estaba la garantía de la independencia oriental, si ella llegara á peligrar por obra de la capital del antiguo virreinato. No era imposible que ésta, dándose cuenta clara de la esencia de la revolución, supiera conciliar el esfuerzo común con la autonomía regional y con la democracia; pero si así no fuera, y Buenos Aires, como no era tampoco imposible, llegara á pretender sustituirse á los odiosos virreyes, ó á traicionar la causa de la independencia, Artigas siempre tendría apelación para ante aquellos pueblos, que acudirían á él, y al pueblo oriental, movidos por afinidades naturales, en defensa de sus derechos. Artigas y su pueblo serían entonces, y no Buenos Aires, el verdadero núcleo de la revolución de Mayo. Lo fueron.

No entregaba, pues, á su pueblo completamente desarmado á su rival; cuando menos, estaba firmemente resuelto á no entregarlo: le juró fidelidad en el fondo de su alma, y no fué perjuro.

IV

Pero no era eso todo: otro peligro, otro enemigo iba á caer sobre su patria al rebelarse contra España y desprenderse de ésta: el enemigo secular, mucho más odioso para el pueblo oriental que España misma, mucho más odioso: Portugal.

Portugal, durante dos siglos, no había cesado, como hemos dicho, de hacer tentativas para pasar la maldita frontera de la línea divisoria, y dar á sus dominios por límite arcifinio el Uruguay y el Plata. Su centro de cultura estaba muy lejos, allá en Río Janeiro. Al Uruguay lle-

gaban sólo las incursiones de sus paulistas bandoleros y de sus contrabandistas, que habían hecho abominable al enemigo portugués. Artigas precisamente, con sus milicianos orientales, había sido, como lo sabéis, el defensor de vidas y haciendas contra esos invasores.

Y Portugal, que sólo esperaba su hora para repetir sus tentativas, creyó que el alzamiento de las provincias platenses contra España, había marcado esa hora. El rey don Juan VI, regente entonces del reino, por incapacidad de su madre doña María de Braganza, y perseguido por Napoleón, había establecido su corte en Río Janeiro; era aliado de Inglaterra, que tenía acreditado en la corte á lord Strangfort como agente diplomático. La mujer del rey portugués, la princesa Carlota, persona muy poco recomendable, dicho sea de paso, era hermana de Fernando VII. Había, pues, aquí en América, una más que mediana propiedad de la sangre real, disponible para esos monarcas: las tierras platenses, que parecían escapar al dominio español, y sus accesorios: hombres, pueblos, tierras y cosas.

Ambos príncipes pensaron en hacerla propia: don Juan y su esposa; cada uno por su lado. La princesa Carlota, á título de ir á "conservar aquellos dominios para su augusto hermano", pensó en hacer un reino para sí misma en la región platense, recordando acaso que ese había sido el primer pensamiento de Belgrano y otros. Para ello envió emisarios al Uruguay, proponiendo su regia instalación en Montevideo, y su apoyo contra Buenos Aires; mandó sus propias joyas, para que fueran vendidas; regaló la primer imprenta que llegó al país. con el objeto de defender los derechos del rey, su augusto hermano, y secundar sus propósitos.

El rey Don Juan, por su parte, ofreció también su con-

curso, sus armas portuguesas, para defender, por supuesto, los derechos de España, los sagrados intereses de Fernando. Las armas estaban prontas; un ejército se acercaba ya á la frontera uruguaya. Defendería así todo el virreinato, pero recogería, como gaje de la victoria, el territorio oriental, su ensueño. La bandera portuguesa sustituiría á la española en la ceñuda ciudadela de Montevideo; España, en cambio, conservaría la suya en las fortalezas del Callao, y en los alcázares de Buenos Aires.

Artigas, el capitán de Blandengues, el compañero de Azara, en la defensa de la frontera española, contra las irrupciones portuguesas, sentía todo eso con más intensidad que nadie. El Uruguay estaba amenazado de ser portugués; lo hubiera sido, sin duda alguna, en definitiva, como lo fué transitoriamente, si allí no hubiera estado ese bárbaro de Artigas; si éste no hubiera sustituído la línea imaginaria de Alejandro VI por un foso de sangre de su pueblo, inmolado á la patria.

Y no había tiempo que perder; era urgente la resolución de adherirse ó nó á la iniciativa de Mayo; el movimiento insurreccional contra la metrópoli española palpitaba, en Montevideo y en los campos; la simiente esparcida por el mismo Artigas brotaba ya de la tierra.

El gobernador de Montevideo, Vigodet, había sido sustituído por Elío, bravo caballero sin miedo y sin tacha, que llegó de España en Enero de 1811, nombrado virrey por la Junta de la Península, y estableció su sede en Montevideo. De aquí se dirigió á la Junta de Buenos Aires reclamando su obediencia. — La Junta no lo reconoció. Y estalló la guerra.

El elemento nacional, con todos los síntomas de la fie-

bre americana, se agitaba de tiempo atrás en Montevideo; pero con el carácter diferencial del de Buenos Aires que notamos oportunamente. El principio de acción ó agente dinámico esencial en el movimiento de Buenos Aires fueron los jefes militares. El pueblo los secunda; pero aparece en segundo término. En Montevideo las cosas pasan al revés: el pueblo está en primer término; son los hombres doctrinarios los que han de secundarlo. En la banda occidental del Plata, es la ciudad la que conquista los campos; en la oriental son los campos los que expugnan y recuperan la ciudad.

Hubo un momento en que se creyó poder hacer en Montevideo lo que en Buenos Aires: un motín militar manejado por los próceres civiles, y tras el cual se levantara el pueblo. Se creyó encontrar el equivalente de don Cornelio Saavedra en los comandantes de dos cuerpos de infantería, don Prudencio Murgiondo y don Balbín Vallejo, que, instigados por los hombres de Mayo, fraguaron, en Julio de 1810, la conspiración de que habla Mariano Moreno en su *Plan de Operaciones* que conocéis; pero no pudo ser: el gobernador Soria descubrió esa tentativa de motín; sus jefes fueron desterrados, y el agente instigador huyó á Buenos Aires.

El elemento nacional ó patriota existía en la Banda Oriental como en Buenos Aires; pero no concentrado en la cabeza, sino difundido, como la sangre, por todo el organismo. Desde que en 1809 había sido disuelta la Junta que nació del Cabildo Abierto de 1808, y sustituída por el Gobernador delegado de España, el elemento nacional se había organizado: sus primeros directores habían sido don Joaquín Suárez, don Pedro Celestino Bauzá, don Santiago Figueredo, Cura de la Florida, y don Francisco Melo. Pero eso no se concentraba en Montevideo, ni con-

taba con sus fuerzas organizadas; unidos á los Barreiro, Larrañaga, Araucho, y á los frailes franciscanos de Montevideo, se movían los García Zúñiga, en Canelones; y los Bustamante y Pérez Pimienta y Aguilar, en Maldonado; y los Escalada, Haedo, Gadea, Almirón, en el litoral del Uruguay; y los Curas Párrocos de Colonia, Paysandú, Canelones, San José, etc., en sus regiones respectivas. Y, en todas partes los Artigas: Manuel Francisco, Manuel... y el otro, el capitán de Blandengues.

Era eso, y no los batallones, lo que era preciso mover y organizar: y para ello era menester una cabeza; pero cabeza viva, parte integrante del organismo, irrigada por su sangre.

Fué pues, un error, suponer, como se supuso un momento, que esa cabeza había aparecido en la persona del doctor don Lucas Obes, asesor letrado del Cabildo, joven brioso y elocuente, entidad muy análoga á los promotores del movimiento de Mayo. Precisamente por eso, el doctor Obes estaba contraindicado; él era una entidad genérica; una parte de un todo; no el todo mismo, el depositario de un mensaje, el héroe.

El virrey Elío no vió eso; ni siquiera lo sospechó, me parece. Creyó que don Lucas Obes era el peligroso; lo encerró en la fortaleza, y lo desterró á la Habana.

Los patriotas que quedaban eran vigilados y perseguidos; Larrañaga, Suárez, Lamas, sólo vivían á fuerza de precauciones. Muchos de ellos acudían á la protección del bien conceptuado capitán de Blandengues José Artigas, que intercedió por algunos; pero se hizo sospechoso.

¡El capitán Artigas!

Todas las miradas se dirigen á él, las recelosas de los españoles, y las anhelantes de los patriotas. Los primeros

no quieren manifestar sus recelos por no precipitarlo; los segundos ocultan sus esperanzas, por no comprometerlo. ¿Cómo piensa?... ¿Qué hará?... Desde los hombres de letras que han sido sus compañeros de estudios y amigos de infancia; desde los oficiales de la guarnición y los jóvenes de la sociedad culta, hasta los habitantes casi nómades de los campos, todos sienten que Artigas es el hombre. Pero él permanece impenetrable, sólo con su dios interior.

Con él va á la Colonia de guarnición con sus Blandengues, á las órdenes del coronel Muesas. De allí dará su contestación, acordada en la comunicación consigo mismo; la que esperan de Montevideo. La forma en que contestará estará de acuerdo con el carácter que os he descrito, y con el que reveló toda su vida: el que distingue á los hombres intensos que llamamos héroes, á los depositarios de la realidad que está en el fondo de todas las apariencias. La acción y la palabra coexisten en esòs hombres; el verbo es carne.

Una noticia, que fué un trueno, cayó derrepente en Montevideo, y se difundió por los campos: Artigas había fugado de la Colonia; se había adherido á la revolución de Mayo. La del Uruguay tiene, pues, su cabeza.

Ya os hice saber, por los informes de Zufriategui en las Cortes de Cádiz, y por las del mariscal Laguna, entre otros, la impresión que produjo en la causa española la defección de aquel simple Ayudante Mayor de Blandengues.

Veremos después los esfuerzos que se harán para recuperar al desertor; pero bueno es que conozcáis, desde ahora, la contestación de Artigas á la primera tentativa

que hace Elío para reconquistarlo, no bien regresa de Buenos Aires, como conductor de su pueblo: "Vuestra Merced sabe muy bien, contesta Artigas, cuánto me he sacrificado en el servicio de su Majestad; que los bienes de todos los hacendados de la campaña me deben la mayor parte de su seguridad. ¿Cuál ha sido el premio de mis fatigas? El que siempre ha sido destinado *para nosotros*. Así, pues, desprecie Vuestra Merced la vil idea que ha concebido, seguro de que el premio de mayor consideración, jamás será suficiente á doblar mi conducta, ni hacerme incurrir en el horrendo crimen de desertar de mi causa."

He ahí, mis amigos, el temple de la resolución que mueve á ese capitán que se fuga de la Colonia. En esa frase "*el premio que siempre ha sido destinado para nosotros*" están sus agravios; no los personales, sino los de *nosotros*. Personalmente puede obtenerlo todo; todo se le ofrece, y se le ofrecerá; pero los *derechos* del pueblo americano no serán reconocidos. Como Wáshington, cuando dijo "nada puede esperarse de la justicia de la Gran Bretaña," Artigas está convencido de que nada hay que esperar para *nosotros*, de la de la metrópoli española, nada. Por eso ha tomado su resolución. Y ésta será inquebrantable.

El Ayudante Mayor Artigas había llegado á la Colonia procedente de Paysandú. Al llegar, comprendió que su situación era ya insostenible; sus pasos eran seguidos; el virrey Elío había declarado la guerra á Buenos Aires el 8 de Febrero.

De acuerdo con el cura de la Colonia, doctor Enrique Peña, su amigo y confidente, y con el teniente Hortiguera, su compañero de armas, resolvió lanzarse á la

empresa. Hablan las historias de una disputa entre Muesas y Artigas; afirman otros que el libertador fué preso y se evadió. No lo creo, porque la firma de Artigas figura, el mismo día de su defección, en la lista de su regimiento.

Ese día fué el 15 de Febrero; no el 2 como también se ha dicho. Acompañado del doctor Peña y de un negro esclavo de éste, *tío* Peña, abandonó la Colonia; recorrió nueve leguas, y fué á refugiarse en un bosque cercano al Cerro de las Armas, sobre el Arroyo de San Juan. De allí, por intermedio del cura, se dirigió al rico propietario de aquellos campos, don Teodosio de la Quintana, quien le proporcionó un baqueano, Chamorro, puso á sus órdenes algunos hombres, á cuya cabeza iban dos de sus propios hijos, y le regaló una tropilla de excelentes caballos.

El capitán de Blandengues, transformado en Libertador del Uruguay, emprende su primera marcha con el primer ejército de la patria, un puñado de negros lanceros; se dirige hacia el Norte, hacia el río Negro; atraviesa éste por el paso de Tres Arboles, y busca la costa del Uruguay. En el trayecto, anuncia á sus amigos la buena nueva: su próximo regreso; les da la cita de la patria. Cruza el departamento de Soriano; pasa por Mercedes y por Paysandú, y deja allí á Ramón Fernández la orden del inmediato levantamiento. Esa orden es cumplida á los pocos días, pues, como lo veréis, ocho ó diez después de pasar por allí el Libertador, tiene lugar el Grito de Asensio, dirigido por Fernández, que acababa de recibir la consigna, y que comunicó inmediatamente el suceso al caudillo.

Artigas cruza entonces el río Uruguay, y pisa territorio occidental; llega á Nogoyá, desde donde envía ochenta

soldados á los hombres que han cumplido sus instrucciones en Asensio, y de allí se dirige á Buenos Aires, donde anuncia á la Junta su presencia, y el levantamiento en masa de su pueblo, del pueblo oriental que, para ser dueño de sí mismo, ofrece su alianza al occidental, su hermano, por intermedio del que será *el hombre* de *nuestra América atlántica,* la forma personal de la revolución de Mayo.

CONFERENCIA VIII

EL HOMBRE Y LOS HOMBRES

Artigas ante la Junta de Buenos Aires. — En busca de la independencia republicana. — ¡Jefe de los orientales! — Estado de la Junta de Mayo. — Las discordias. — La extinción del espíritu de Mayo. — Doscientos pesos y ciento cincuenta soldados. — Teniente coronel. — El libertador. — En el suelo de su patria. — La *Calera de las Huérfanas.*

I

Mis amigos artistas:

Creo que estáis habilitados para apreciar, en toda su intensidad, la escena en que el protagonista de este drama se presenta ante la Junta de Buenos Aires, y le ofrece su espada. Es un cuadro lleno de color y de movimiento; un acto de exposición, en que las figuras cobran su tono relativo, su significado y su interés. Confesemos que la de Artigas, que vemos en el primer plano, se nos ofrece muy llena de carácter en su simplicidad épica.

Bien se ve que quien ha entrado en el salón de sesiones es un héroe, es decir, un sincero, un ingénuo. Él ofrece "llevar el estandarte de la libertad hasta los muros de Montevideo" y pide auxilio de municiones y di-

nero para sus compatriotas. Pero desde el primer momento se advierte que aquel hombre de la región oriental es un *extraviado clásico,* como lo dijo el Deán Funes; un elemento extravagante. Un héroe tiene siempre algo de un bárbaro, indudablemente.

Todos los miembros de la Junta, patricios puros, figuras consulares, clavan los ojos en los ojos claros, llenos de pensamientos impenetrables, de aquel altivo y sereno capitán de Blandengues, mezcla de hijodalgo y de pechero, de patricio y de centauro americano. Dice que busca la independencia de su patria. Pero eso dice poco.... ó dice demasiado. ¡La independencia! También dijo el Deán Funes que Artigas tenía un amor vivo por la independencia, pero con un extravío clásico de su verdadera dirección."

¿Cuál era la verdadera?

He ahí el gran problema que, lejos de ser claro, se presentaba más que medianamente oscuro.

Nadie menos que la Junta, cuyos miembros miraban al recién llegado, podía resolverlo, porque en ella no había un pensamiento, ni sobre el modo de obtener la independencia, ni aun sobre la independencia misma. Ya hemos estudiado eso con detenimiento. Ya sabemos que allí no estaba el *hombre.*

Y Artigas se presentaba lleno de entusiasmo, como si se tratara de la cosa más sencilla del mundo. La voz *entusiasmo* viene de *en theos,* un dios interior. "El hombre puede embriagarse de su propia alma, dice Víctor Hugo; y esa borrachera se llama heroísmo." Víctor Hugo suele ser un poco enfático en sus imágenes; pero creo que ésta, con no carecer de énfasis, no deja de tener su intensa verdad. Hay una embriaguez de alma en la idea fija, en la obsesión del hombre inspirado, héroe, genio, poeta, vate

ó como queráis llamarle, que todo es uno. Artigas no podía darse cuenta de que se presentaba en un momento inoportuno; allí no había nada que se pareciera á embriaguez de alma.

Precisamente en el momento en que aquél ofrecía su esfuerzo heroico, y el de su pueblo, el espíritu revolucionario sufría congojas en Buenos Aires, y quebrantos de muerte.

El *Mefistófeles blanco,* de que os hablé días pasados, soplaba en los oídos de los próceres: éstos comenzaban á creer que acaso aquella rebelión, iniciada sin orden expresa del Rey Nuestro Señor, era sugestión diabólica, ó cosa parecida. La idea de un acomodamiento en cualquier forma ganaba terreno. La fe en el pueblo, de que Artigas estaba poseído; la esperanza de hacer de él la base de una nueva nación; el pensamiento del 25 de Mayo, en una palabra, si es que 25 de Mayo significa independencia democrática, era una llama que allí moría, soplada por el pálido espíritu.

Eso sólo vivía y vivirá, para siempre jamás, en la mirada tranquila de aquel extraño capitán de Blandengues, ébrio de alma, que busca ingenuamente la independencia de la patria republicana. Y nada más.

Es, pues, un hombre peligroso, un alucinado quizá.

Aquel hombre se llama Jefe de los Orientales.

¡Jefe de los orientales! ¿Es decir, Jefe de una provincia argentina, que debe someterse al destino de las demás, de Córdoba, de Cuyo ó de Entre Ríos, y recibir, por consiguiente, la libertad que Buenos Aires quiera darle, ó someterse á perderla si éste no se la otorga? Sólo así podría aceptarse á ese Jefe de los Orientales.

Pero Buenos Aires no se equivocaba al mirarlo á los ojos. Ese capitán de Blandengues no parece convencido

de eso; viene resuelto, y resuelto á todo, con una convicción madura, que parece inquebrantable. Jefe de los Orientales quiere decir, para él, conductor de un pueblo de varones, que se desprende, no de otro pueblo americano, sino de la madre europea, y que, para la consecución del propósito común, ofrece su alianza á un hermano, que ha proclamado el primero, animosamente, aquel propósito, y que ya no puede volver atrás.

II

¿Y á cuál de las tendencias de la Junta hubiera debido someter sus intenciones ese Jefe de los Orientales, para ser persona grata?

Esa Junta ya había decretado la destitución del Cabildo de Buenos Aires, y el destierro de sus miembros y la confiscación de sus bienes, y hasta la pena de muerte contra los que contrariaran sus propósitos. Allí estaba la fracción de Saavedra, que éste presidía, y tenía sus partidarios. Allí la de Moreno, su ilustre secretario, que habiendo combatido á Saavedra, por atribuirle tendencias á rodearse de la majestad real, había sido vencido en la pugna, y acababa de ser extrañado del país, pero dejando en Buenos Aires sus parciales.

¿Debía ser Artigas de los saavedristas ó de los morenistas, que serán más tarde federales y unitarios? Belgrano, miembro insigne de la primera Junta, había aceptado el mando de la expedición al Paraguay, para huir, según su propia confesión, de las irremediables disensiones del cuerpo de que formaba parte. Pero esas disensiones lo siguieron: el 5 de Abril de 1811, antes de cumplirse un año de la revolución de Mayo, una revo-

lución intestina, ó asonada, ó motín militar, estallaba en Buenos Aires, y se imponía á la Junta de Gobierno. Los vencedores, entre otras imposiciones, llamaban á Belgrano á juicio de responsabilidad, le arrebataban el despachó de brigadier general con que había sido honrado, y dejaban acéfala la expedición destinada á prestar auxilio á la región oriental.

Para que os déis cuenta, hermanos artistas, de la naturaleza del núcleo dirigente ante el cual Artigas ofrece su espada á la patria, buscando independencia para ella, dejadme leeros siquiera esta página de la Historia de Belgrano, del general Mitre. Así veréis la realidad de Artigas, que ha sido tachado de anárquico. "Apenas había transcurrido un año, y ya la arena revolucionaria se veía abandonada por sus más esforzados atletas. Moreno, el numen de la revolución, había expirado en la soledad del mar. Alberti, miembro de la Comisión de Mayo, había muerto antes de ver consolidada su obra. Berruti y French, los dos tribunos del 25 de Mayo, estaban expatriados como unos criminales. Rodríguez Peña, el nervio de la prédica patriótica en los días que precedieron la revolución; Azcuénaga, que tan eficazmente había cooperado á su triunfo; Vieytes, el infatigable compañero de Belgrano en los trabajos que prepararon el cambio del año 10, todos ellos eran ignominiosamente perseguidos, y calificados, por sus antiguos amigos, con los epítetos de fanáticos, frenéticos, demócratas furiosos, desnaturalizados, inmorales, sedientos de sangre y de pillaje, infames, traidores, facciosos, almas bajas, cínicos, revoltosos, insurgentes, hidras ponzoñosas y corruptores del pueblo. '

Esa pugna continuará sin cesar, encarnizada, implacable, mis amigos artistas; allí no aparecerá *el hombre* hasta que no surja el tirano; las revoluciones, los motines, las

asonadas, las conspiraciones políticas, se seguirán sin interrupción en el seno de aquel núcleo, en el que subirán y bajarán los *caudillos políticos*, gracias muchas veces á la intriga, y con prescindencia de los altos intereses de la causa americana.

No es, pues, posible que el capitán de Blandengues que os estoy haciendo ver en presencia de la Junta de Buenos Aires, tome partido en ella, ni jure allí la sumisión incondicional de su pueblo á ninguna de esas fracciones. El es el orden: viene á pedir recursos para libertar á su patria, y aceptará los que le den y de quien se los dé, pues está dispuesto á libertarla con esos hombres, sin esos hombres, y contra esos hombres; él es el *hombre*.

III

Se acepta, por fin, su ofrecimiento; le dan doscientos pesos y ciento cincuenta soldados. No es munificiente el socorro, fuerza es confesarlo; pero Artigas toma los soldados y el dinero. Le dan el grado de teniente coronel. No es muy excelsa la graduación, que digamos; él es mucho más en el ejército español, y pronto podrá ser lo que quiera. Pero acepta el grado; también Wáshington aceptó el de general francés, sin dejar por eso de ser Wáshington, el americano. Lo ponen á las órdenes de Belgrano, á quien confían la expedición á la Provincia Oriental, dándole por segundo á Rondeau; y á las órdenes de Belgrano se coloca Artigas sin reservas mentales. No será él, por cierto, quien inicie las disensiones. Estalla en Buenos Aires la revolución de Abril, de que acabo de hablaros, la primera subversión, que obliga á Belgrano á dejar el ejército, para responder en Buenos Aires de sus actos en el Paraguay;

se nombra en su reemplazo, para mandar la expedición á la Banda Oriental, á Rondeau, camarada de Artigas, y nombrado, como él, teniente coronel, pero más moderno, con menos servicios, y sin arraigo ni prestigio alguno en el pueblo uruguayo.... No importa; Artigas acepta eso sin observación, por tal de acudir donde la patria lo espera. Todo lo acepta, todo lo obedece, y parte para Entre Ríos á situarse en la costa del Uruguay, dispuesto á cruzarlo en cuanto reuna los elementos necesarios para pisar el suelo de la patria. Eso es lo que él quiere; él está sintiendo, como el ruido de la marea, el rumor del pueblo oriental que se está levantando á su voz, y que cuenta con él. Y es preciso que vaya á ponerse á su cabeza.

El 7 de Abril de 1811, cruza Artigas el río, burlando los cruceros españoles, y pisa el suelo que busca. Desembarca, por fin, en la *Calera de las Huérfanas.*

La independencia de la República del Uruguay ha comenzado, amigos artistas. La revolución de Mayo no puede ya volver atrás; su pensamiento integral habita la conciencia de un soldado caballero.

CONFERENCIA IX

LAS PIEDRAS Y EL ÉXODO DEL PUEBLO ORIENTAL

Mil ochocientos once. — El Grito de *Asensio*. — El levantamiento en masa. — En torno de Artigas. — El Colla. — San José. — La victoria de *Las Piedras*. — En las puertas de Montevideo. — El primer sitio. — Negociado con Portugal en Río Janeiro. — El plan monárquico. — Artigas, el sólo inmune. — Tentativas de seducción. — El auxilio de Portugal á España. — La invasión primera. — Tratados. — El armisticio. — Abandono del pueblo oriental. — Fernando VII restaurado. — El pueblo en torno de Artigas. — Con la patria á cuestas. — El éxodo del pueblo oriental. — Esquema demográfico. — Horda de confesores y de mártires. — El gaucho. — El campamento del Ayuí. — Artigas mira al Paraguay. — Los pueblos occidentales ven de cerca al hombre oriental, y reconocen á su caudillo.

I

Amigos artistas:

El momento en que Artigas pisa de nuevo tierra del Uruguay, en la *Calera de las Huérfanas*, es un momento solemne de nuestra historia. El año 1811 es el año clásico de la patria oriental. El levantamiento en masa, el grito de Asensio, San José, Las Piedras, el primer sitio

de Montevideo, el abandono del pueblo al enemigo, su emigración en pos de su profeta, que va envuelto en su nube... Tomad todas esas cifras, oh amigos artistas, porque tenéis que hacerlas pasar por el fuego lustral en que se funda el hierro de las entrañas de América; de ellas tiene que brotar el pujante acorde inicial del himno que cantará vuestro mármol sonoro; de ellas la línea palpitante, el movimiento y la expresión heroicos.

Al desembarcar el libertador en la *Calera de las Huérfanas,* el pueblo oriental afluye á él, como acuden las moléculas hacia el centro que debe darles cohesión, y distribución, y funciones orgánicas: vida.

Al converger á Artigas, la multitud se le presenta armada ya, y con sus primeras obras realizadas: obras de varón.

La partida del Jefe de los Orientales para Buenos Aires había dado la señal del levantamiento espontáneo. El héroe partió el 15 de Febrero. El 28, su espíritu animaba un grupo de algo más de un centenar de hombres, acaudillados por dos campesinos, Pedro Viera y Venancio Benavídez, quienes, incitados por don Ramón Fernández, gobernador militar de la región, y que acababa de recibir las órdenes de Artigas, se congregaron á orillas del arroyo de *Asensio,* allá en la costa del Uruguay, y, entre gritos de entusiasmo, y agitar de lanzas primitivas, proclamaron la independencia de la patria.

El comandante militar, don Ramón Fernández, adhiere con sus fuerzas al *Grito de Asensio;* el grupo armado se mueve hacia la villa de Mercedes, engrosado con la adhesión de todos los hombres válidos que se le pliegan en el camino armados de sus lanzas, y toma la población; depone la autoridad local, y la sustituye por una independiente.

En ocho días, Viera y Benavídez se encuentran al frente de un ejército de más de quinientos hombres, brotados de la tierra, que sigue aumentando de día en día. Viera se dirige al Norte; Benavídez al Sur, hacia la Colonia, que tomará más tarde. En Paysandú se realiza una reunión revolucionaria que es sorprendida y deshecha; Maldonado se subleva allá en el Sur, sobre el río de la Plata, casi en el Atlántico; los sublevados, entre los que figuran don Manuel Francisco Artigas — hermano del libertador — y don Juan Antonio Lavalleja, toman por asalto la plaza, rinden la guarnición, capturan á su jefe que ponen luego en libertad. A las puertas de Montevideo, á cuarenta quilómetros de la ciudadela, se alza en armas Canelones; y allí cerca, Casupá y Santa Lucía. Aquí preside el pueblo otro Artigas, don Manuel; otro prócer: don Joaquín Suárez. Durazno, en el centro del país; Tacuarembó más arriba; Cerro Largo allá en el Norte oriental, sobre la frontera portuguesa; el Pantanoso junto á Montevideo, á cuyas puertas llegan los rebeldes con Otorgués; las Misiones allá en el otro extremo del Norte occidental. Todo se alza sacudido por una ráfaga de viento: es un espíritu.

Y todo eso se realiza en menos tiempo del que yo empleo en narrarlo.

Y por todas partes surgen capitanes, caudillos, conductores. Los unos, son gérmenes de futuros próceres de la patria; los otros, formas inconsistentes y fugaces. Son los Artigas, Lavalleja, Rivera, Larrañaga, Oribe, Suárez, Barreiro, Escalada, Otorgués, Bicudo, Baltavargas, Ramírez, cien y cien nombres que se encienden, y que representan la larga escala de todos los elementos de aquel país, desde el prócer caballero, vestido del frac colonial; desde el sacerdote, revestido de su túnica sagrada, hasta

el indio semi-desnudo; desde el militar identificado con su uniforme y devoto de la disciplina, hasta el cabecilla ó caudillejo montaráz é indómito; desde el artillero que vive con el alma de su cañón, hasta el gaucho armado del lazo y de la boleadora de piedra, ó de la lanza entonces más usual: un cuchillo ó una rama de tijera de esquilar, aquellas medias lunas ó cuchillos de marca mayor que Artigas sacaba de Montevideo, enhastados en una caña de tacuara.

Pero en todo ese fermento heterogéneo hay una homogeneidad casi absoluta de pensamiento; allí está pura la idea de la igualdad de los hombres, de la aptitud natural del pueblo para darse sus mejores gobernantes, aptitud que se identifica con el instinto social, ingénito en el hombre; la idea republicana nativa, sin influencia extraña, hija legítima de la naturaleza humana no contaminada. Hay también otro sentimiento instintivo, indeliberado, en esa multitud: el primado indiscutible del Conductor que se esperaba, y que es aclamado al llegar: Artigas.

II

Artigas, al desembarcar en las Huérfanas, mira todo eso que lo rodea, desde lo alto de su caballo de batalla, y con la cabeza sobre el pecho. Mira también largamente su propio pensamiento...

La llegada del héroe, reconocido por todos, dió nuevo empuje á las operaciones del pueblo armado. El 20 de Abril, Benavídez, al frente de su división, rinde un destacamento español de ciento treinta soldados en el *Colla,*

y toma prisionero á su jefe. Su triunfo resuena en el aire como un grito.

Una fuerza española de ciento veinte hombres, con un cañón, se encuentra en el *Paso del Rey,* cerca del pueblo de San José, á las órdenes del teniente coronel Bustamante. Era el núcleo formado por el virrey Elío para impedir, desde un punto céntrico, la incorporación de los patriotas. Artigas conoce el hecho, y ordena, desde Mercedes, á su primo hermano don Manuel, que, uniendo á sus fuerzas todas las partidas de los distritos inmediatos, vaya á ocupar *San José.*

Don Manuel va á buscar allí su doble victoria: el triunfo y la muerte.

Reune sus tropas á las de Baltavargas, y ataca á Bustamante. La lucha es encarnizada y tenaz por ambas partes.

Los españoles ceden, y huyen á atrincherarse en el pueblo de San José, donde reciben refuerzo, hasta formar una división bien armada y municionada. También Manuel Artigas ha recibido el contingente de Venancio Benavídez, y ambos se preparan á tomar el pueblo por asalto. Lo asaltan en la mañana del 25 de Abril.

El fragor de ese combate resonó en todo el Plata como una aclamación; aún resuena en las estrofas del himno que cantan los argentinos á su patria. Allí corrió la primera sangre de Artigas: el bravo don Manuel cayó herido sobre las trincheras enemigas; murió por la patria. Buenos Aires decretó que su nombre fuera escrito en la Pirámide de Mayo, erigida en su plaza principal. Allí está escrito.

Cuatro horas duró la encarnizada lucha. Bravos eran los veteranos españoles, y veteranos parecían los bisoños soldados del Uruguay. Éstos triunfaron por fin: penetra-

ron en el pueblo, desalojando al enemigo de sus posiciones avanzadas en que resistía bizarramente; se apoderaron de las trincheras; pusieron en derrota al enemigo. Cien prisioneros, dos piezas de artillería, gran cantidad de armas y municiones quedaron en poder del vencedor. *¡San José!....*

Artigas sentía todo aquello á su alrededor, y, con la cabeza sobre el pecho, marchaba, al paso de su caballo, en línea recta hacia el Sur, en que clavaba de vez en cuando los ojos. Allá, en la falda de su cerro, estaba *Montevideo,* su ciudad natal, ceñida de su cintura de canoñes. Artigas veía su granítica ciudadela en que flameaba el pabellón español, sus cubos, su larga muralla, sus fuertes destacados, su foso profundo. Era un modelo de arquitectura militar aquella ciudadela, uno de los baluartes principales del dominio colonial de América.

Artigas marchaba tranquilo á cumplir su promesa: arriar ese pabellón de la ciudadela de Montevideo. Caminaba en línea recta, seguro de sí mismo.

Sólo 450 soldados lo seguían; el resto de las milicias orientales, que ascendía á más de 2.000 hombres, estaba diseminado por el país. Era necesario, sim embargo, que él personalmente entrara en batalla.

El español le ofreció la ocasión que buscaba; salió de las murallas de Montevideo, y se atravesó al paso del jefe de los orientales.

El capitán de fragata don José Posadas, con un ejército de 1.230 soldados, con buenas armas y abundantes municiones, y con cinco piezas de artillería, se había acuartelado y fortificado en *Las Piedras,* pequeña población situada á tres ó cuatro leguas de Montevideo.

Artigas pide á Rondeau, que ha pasado de Buenos Aires con el ejército auxiliar, dos compañías de infantería para

BATALLA DE LAS PIEDRAS

La Rendición de Posadas — Cuadro inconcluso de Juan Luis Blanes (Museo Nacional de Montevideo)

librar un combate. Rondeau le envía las dos compañías: 250 hombres del batallón llamado de Patricios.

Artigas acampa en Canelones, el 12 de Mayo, con 700 hombres y dos piezas de artillería. Con fuerzas tan inferiores no debe jugar la suerte de sus armas, empeñando la batalla, y ordena á su hermano Manuel Francisco, destacado en Maldonado, y en camino de Pando, se le incorpore á marchas forzadas, con 300 jinetes que lo siguen.

Inútiles fueron los esfuerzos de Posadas por evitar la incorporación, aunque tuvo por aliada una copiosa lluvia que empezó á caer desde la noche del 12 hasta la mañana del 16; la junción de los dos Artigas se realizó el 17 á la tarde, y el día 18 de Mayo, casi en el primer aniversario del movimiento de Buenos Aires, salió el sol de la batalla de *Las Piedras,* sol de Mayo en su plenitud.

No os describiré la batalla, mis amigos artistas, con el tecnicismo militar; eso anda en los libros, y yo no escribo un libro. El terreno es allí ondulado; el que ya conocéis como característico del Uruguay: pequeñas colinas; los horizontes abiertos; el cielo azul. El arroyo de Las Piedras, festoneado de bosques, aparece y desaparece en el fondo de las colinas como una cinta verde. Los orientales miramos ese campo, mis bravos artistas, como cosa de simplicidad homérica; cuando lo recorremos con infantil soberbia, creemos en nosotros mismos.

Artigas triunfó en Las Piedras; dió á la revolución su primera victoria en el Plata, muy superior, por sus proporciones y trascendencia, á la brillantísima que hemos visto obtener por el ejército auxiliar hace pocos días en Suipacha, allá en el Alto Perú.

En Suipacha se luchó media hora. Todo el día se comba-

tió en Las Piedras; hasta la puesta del sol. Artigas reveló en esa función de guerra las condiciones de un gran capitán, como las reveló en el resto de sus campañas. Pero yo tengo empeño, mis bravos artistas, en no haceros ver en él al general. Hay muchos generales. Y Artigas es Artigas.

Nó: no pongáis á nuestro héroe en la batalla como en su principal teatro de acción; no lo pongáis ni aún en el momento en que, muerto su caballo por un casco de granada, y siendo el blanco exclusivo de toda la infantería enemiga, avanza á pie, para mostrar á sus soldados la inmunidad que comunica el valor, y señalando con su espada el sitio desde donde lo mira intensamente con sus ojos negros la victoria.

Artigas no mandó muchas batallas: eso es un accidente de su persona. No era un lancero. Su gran valor era proverbial; pero todo hombre, por el hecho de serlo, tiene el deber de ser valiente. Artigas tenía un deber muy superior á ese: el de revelar á los hombres su mensaje.

¿Queréis, sin embargo, verlo un instante en el campo de batalla, una vez por todas siquiera, aquí en Las Piedras? Miradlo en el momento en que, ya entrada la tarde, Posadas, el jefe enemigo, que ve á su alrededor 97 de sus soldados muertos y 61 heridos; que se encuentra envuelto por todas partes por los patriotas triunfantes, y se siente desmoralizado, hace levantar bandera de parlamento. Tan estrechado estaba, que es Artigas personalmente quien, envainando su espada, le intima á voces que se rinda á discreción, prometiéndole su vida y la de todos. Así lo hizo el bizarro jefe español. Pero Artigas no recogió personalmente la buena espada de aquel hombre de bien, leal á su patria y á su rey. Como tributo de hidalgo respeto, envió á un sacerdote, al capellán don Valentín Gómez, á recoger como objeto sacro aquella espada.

HOMENAJE AL VENCIDO

ARTIGAS EN LAS PIEDRAS — Detalle del cuadro de Juan Luis Blanes

(Museo Nacional de Montevideo)

Posadas se entregó á discreción, con 22 oficiales y 342 individuos de tropa. Del resto de su ejército, una parte quedaba postrada en el campo; la otra se dispersó. Las pérdidas de los patriotas fueron 11 muertos y 23 heridos. En poder de Artigas quedan 462 prisioneros, con sus jefes y oficiales, y cinco piezas de artillería, armas, municiones y bagajes.

Para juzgar de esas cifras, mis queridos artistas, es necesario que las consideréis con relación al teatro de la acción. Son muy grandes. La batalla de San Lorenzo, primera resonante victoria de San Martín, el gran capitán americano, se libró entre 200 ó 300 hombres por ambas partes. Y es un fasto glorioso de la revolución de América.

Notemos un rasgo final en este combate, que consuela las congojas provocadas en el espíritu por la ejecución de Liniers y la de los vencidos en Suipacha: ni una gota de sangre manchó las manos del vencedor de Las Piedras. Artigas personalmente defendió á los fugitivos, é hizo de ello siempre un título de honor; lo consigna expresamente en el parte de la victoria. Después de la batalla, se verificó el canje de los prisioneros, el primero realizado en América, de acuerdo con las leyes de la humanidad, y de la guerra. La humanidad, mis queridos artistas, fué el rasgo característico de ese hombre de bien. Nadie lo superó en esa virtud; muy pocos lo alcanzaron. En esta acción de guerra, como en todas, sin una sola excepción, el héroe oriental pudo incluir su victoria entre sus buenas acciones.

III

La batalla de Las Piedras retempló en toda América el espíritu de la revolución. La Junta de Buenos Aires se sintió reconfortada de los desastres de Belgrano en el Paraguay; confirió al vencedor el grado de coronel, y le decretó una espada de honor; el nombre de su victoria, como la del otro Artigas en San José, suena, junto con los de San Lorenzo y Suipacha y Tucumán, en las estrofas del himno que hoy canta el pueblo argentino, y enseña á cantar á sus niños al recordar sus efemérides de gloria. Pero, como vamos á verlo, la Junta de Buenos Aires gestionaba ya un arreglo con las cortes; quería volver atrás. Y aquel vencedor de Las Piedras parecía querer ir solo adelante. Era una pieza extraña al tablero en que Buenos Aires jugaba su partida, una pieza de hierro demasiado pesada. Aquel hombre comenzaba ya á estorbar, indudablemente; una autoridad que no emanaba de Buenos Aires radicaba en su persona, y era de presumir que la espada de honor que se le había regalado, y el grado de coronel, no fueran bastantes para imprimirle la docilidad necesaria.

Y así era, efectivamente: Artigas reclamaba otro premio para el animoso esfuerzo de su pueblo. El precio de la batalla de Las Piedras debían ser las llaves de Montevideo, y fué inmediatamente por ellas. El 21 de Mayo, tres días después de la victoria, hace acampar su ejército en el Cerrito, colina inmediata á la plaza, y él golpea con el puño de su espada la puerta herméticamente cerrada de la ciudadela, cuyos cañones sacan la cabeza de los agujeros de sus troneras, y miran silen-

ciosos y asombrados aquel hombre audaz, que así interrumpe el sueño secular de sus bronces taciturnos....

Artigas tiene la persuasión de que la caída de la plaza es inevitable; nadie mejor que él conoce sus fortificaciones, sus elementos de resistencia, el modo eficaz de expugnarla; mil veces, desde su primera infancia, ha cruzado aquel puente levadizo, recorrido aquellas murallas, oído tronar aquellos 310 cañones que ahora, echados en las almenas, con las fauces abiertas hacia el campo, lo miran silenciosos. Se sentía seguro del éxito; allí debía terminar el dominio español en el Uruguay. El pueblo oriental, dueño de sus destinos por su propio esfuerzo, será el más poderoso aliado de su hermano occidental, el núcleo de independencia en el extremo austral del continente.

Se dirigió, pues, á Rondeau, pidiéndole, á fin de aprovechar la desmoralización del enemigo y los elementos con que éste contaba, — sólo 500 hombres y las dotaciones indispensables para la artillería — apurara su marcha, ó le enviara refuerzos, armas y municiones sobre todo, para asaltar la plaza. Artigas está seguro del triunfo; lo manifiesta en una nota memorable; completamente seguro. Una lucha terrible se libraba en su espíritu; sentía impulsos de proceder por sí solo; ya comenzaba à recelar de los propósitos secretos de su aliado occidental; pero no debía romper con éste; la alianza le era necesaria.

Rondeau rechazó la idea del asalto, aunque 5000 voluntarios orientales acompañaban su ejército, y los patriotas de la plaza reclamaban el golpe. El jefe del ejército auxiliar llegó al Cerrito, y tomó el mando de las fuerzas sitiadoras, dejando al jefe de los orientales en segundo término, y con escasos elementos; lo más escasos posible.

Ya os explicaré ampliamente, mis queridos artistas, la razón de ésta y de muchas otras postergaciones de Artigas, por más que ya las habéis penetrado. Rondeau era un patriota, era un animoso capitán; pero era un conductor de soldados, no un conductor de hombres. Si tuviérais que modelar su estatua, os bastaría con plasmar la de un bizarro jefe impersonal, la de un noble uniforme. Era Rondeau de carácter apacible; había cursado la carrera de letras, y estado en España, donde obtuvo el grado de capitán español. Ahora es un número brillante del ejército argentino; será en Buenos Aires personaje político; será todo, menos caudillo popular.

Artigas comprendía que era Rondeau, y no él, quién debía mandar el ejército sitiador. La tierra y el pueblo que él conducía, á pesar de las causas que os he hecho tocar hasta en las entrañas de aquélla, no eran reconocidos por el dueño del ejército auxiliar.

Y eso era natural. El patriciado predominante en Buenos Aires, no podía reconocer á Artigas; le faltaban atributos, apariencias, y le sobraban realidades. "El escéptico, dice Carlyle, no es capaz de reconocer un héroe, aunque lo vea y lo toque; el doméstico espera ver en él carrozas, mantos de púrpura, cetros de oro, cuerpos de alabarderos, séquito de magnates, y banda correspondiente de trompas y chirimías. En el fondo, tanto el doméstico como el escéptico esperan lo mismo: la pasamanería y las chirinolas de algún vástago *de reconocida realeza.* El rey que se les presente sencillamente, y de ruda y no fantástica manera, que llame á otra puerta: no será rey."

Artigas se sometió, pues: á las órdenes de Rondeau, formó con su pueblo en la línea sitiadora de Montevi-

UN HERIDO ESPAÑOL

Detalle de la Batalla de las Piedras de Juan Luis Blanes
(Museo Nacional de Montevideo)

deo, viendo desvanecerse en el aire la visión de gloria que lo llamaba desde lo alto de las murallas artilladas.

Lejos de mí, oh amigos artistas, el deprimir á los próceres de Mayo, porque no fueron sino hombres. Su conjunto debe animar el bronce; pero sólo su conjunto. El hierro, al fundirse para ellos, podrá cobrar la forma heroica; pero no la forma humana personal. Sólo Artigas puede resistir la prueba del hierro fundido; sólo esa forma humana puede salir incólume del baño lustral, y solidificarse para la inmortalidad en la inmersión del fuego.

Buenos Aires y Artigas eran dos rivales desgraciadamente; éste era la independencia republicana, la idea fija, el propósito genial inquebrantable, la realidad futura; aquél era el tanteo, la desconfianza en el propio pueblo argentino, siempre heroico, y que, como lo veréis más tarde, no halló más jefe que el mismo Artigas. Buenos Aires era el simple cambio de dueño, la idea negativa: la expulsión de España, si las circunstancias lo permitían, para sustituirla por una monarquía más ó menos tributaria, por un príncipe cualquiera *de reconocida realeza,* como dice Carlyle. Artigas era la idea positiva: la independencia absoluta, la coronación del verdadero rey prisionero: el pueblo americano.

Es preciso decir, oh amigos artistas, en cuál de esas dos entidades está la realidad de la revolución de América; á cuál de ellas conmemora la cifra del 25 de Mayo.

Pero la tierra oriental no era considerada persona por los próceres de la occidental; sus destinos tenían que someterse al de los demás, y no había de tomar intervención en ellos sino por la fuerza.

IV

En esos momentos precisamente se estaban jugando esos destinos en la corte de Río Janeiro, donde la Junta de Buenos Aires tenía acreditado, como agente, á don Manuel de Sarratea, el más escéptico de todos sus miembros.

Allá en la corte estaba el Rey de Portugal, don Juan VI, vástago de reconocida realeza, con la ambición secular, que conocemos, de esa su realeza, en el alma: llevar al Plata la frontera portuguesa. Allí estaba la princesa Carlota, la hermana de Fernando VII, con su ambición personal de formarse un reino para sí en el Río de la Plata. Allí estaba el marqués de Casa Irujo, personaje innocuo, representante de las Juntas Españolas. Allí estaba, sobre todo, Lord Strangfort, agente diplomático de Inglaterra, aliada de España contra Napoleón, y que allí velaba por los intereses políticos y comerciales de su patria: conservación, por ahora al menos, del dominio español en América, y ventajas comerciales en ésta para Inglaterra. Lo único que allí no estaba eran los pueblos que derramaban su sangre por la libertad, el pueblo oriental, sobre todo. Y es precisamente de los destinos de éste de lo que allí se trata, en primer término, pues es éste el que se ha levantado en masa, y jugado el todo por el todo: la vida por la libertad.

La Junta de Buenos Aires, desde el mes de Abril, antes de la batalla de Las Piedras, negociaba un arreglo con Portugal, tendiente á sacudir el yugo español, pero echándose en brazos de doña Carlota de Borbón, que presidiría en el Plata un gobierno monárquico constitucional. Es claro que, en ese caso, el Uruguay sería portugués.

Para realizar ese plan, se había nombrado, como

agente, á ese don Manuel de Sarratea, caballero cortesano de alcurnia, anheloso de hacer figura entre los grandes, que presentó sus credenciales el 22 de Abril, y llevaba instrucciones dobles: ó pedir la mediación de Inglaterra y Portugal para el cese inmediato de la guerra civil, admitiendo la Junta la obligación de hacer propuestas para reincorporar á la monarquía española las provincias revueltas, ó negociar con Portugal la erección de una monarquía bajo el cetro de Doña Carlota, que resignaría la corona en su hijo de 13 años, don Pedro de Braganza, el futuro emperador del Brasil independiente.

Portugal entrevió una vez más, en esta última gestión, la realización de su ensueño: el Río de la Plata como frontera; estimuló (¡cómo nó!) la negociación. Pero allí estaba el embajador inglés, que discutió con Buenos Aires, y con Portugal, y con el mismo representante de las Juntas Españolas, que no veía el caballo de Troya que Portugal quería introducir en el Uruguay con su ejército. Strangfort se opuso imperiosamente, en defensa de España, su aliada, á los planes de Portugal. Éste, vencido por la diplomacia inglesa, comunicó á Buenos Aires que, á menos de someterse á España, debía perder toda esperanza de protección portuguesa. Sarratea se adhirió entonces á la tendencia inglesa, en manos de cuyo embajador puso su representación, é hizo saber á todos que la Junta estaba dispuesta á celebrar un armisticio, sobre la base del reconocimiento de Fernando VII.

La Gran Bretaña triunfaba, pues, en defensa de España, aunque no por amor á ella; triunfaba de Portugal, de Carlota, de Buenos Aires, del mismo atolondrado representante español.

Pero alguien había de quien no se había triunfado: Artigas, el pueblo oriental, á quien nadie representaba en Río Janeiro.

Artigas estaba allá, en el extremo Sur, con ese pueblo oriental, palpitante como un corazón. Y aquello era algo, ¡vaya si era algo! Aquello era todo en ese momento. El héroe libraba la batalla de Las Piedras, y daba grandes golpes con el pomo de su espada en las puertas de Montevideo, que vacilaban en sus quicios, y resonaban como un grande escudo. Renunció al asalto de la plaza, como hemos visto; pero no á su propósito de libertad. Era el rebelde, el pensativo rebelde, que amontonaba piedras para escalar el Olimpo; rebelde á España, á Inglaterra, á Portugal, á Carlota, á Buenos Aires, al mundo entero.

¡Rebelde!... Sí, lo será toda su vida; pero rebelde sin ira, reflexivo. Era la realidad rebelada contra la apariencia; la verdad alzada contra la mentira; era el rebelado olímpico, encadenado por ladrón del fuego sacro. Las ondinas bajarán del cielo á acompañar su divina soledad.

El virrey Elío, que veía las cosas de más cerca, quiso vencerlo también á él, y acudió al recurso satánico, á la tentación. Envió á Artigas, nombrado coronel por Buenos Aires después de Las Piedras, dos comisionados que le hicieron las ofertas que ya conocemos: el grado efectivo de general, el gobierno militar de toda la campaña uruguaya, todos los honores del caso, una gruesa suma de dinero, etc. Artigas contestó "que consideraba aquello como un insulto hecho á su persona, tan indigno de quien lo hacía como de ser contestado." Y envió el comisionado á ser juzgado en Buenos Aires. Él no sabía de las gestiones que Buenos Aires tenía pendientes.

La situación de Elío en Montevideo se tornaba cada vez más premiosa. Vigodet había sido desalojado de la *Colonia*, caída en poder de Benavídez que la sitiaba.

Toda la esperanza de Elío se cifraba entonces en la protección que había demandado y esperaba de Río Janeiro. La princesa Carlota había acudido á su demanda, y obtenido del rey una orden para que el capitán general de Río Grande, don Diego de Souza, invadiera sin demora el territorio del Uruguay "en defensa de los derechos de su augusto hermano", según decía. Souza llevaba, además, el cometido de invitar á la Junta de Buenos Aires á aceptar la mediación negociada por Sarratea, á fin de hacer cesar las desavenencias con España. Es claro que, estando allí Lord Strangfort, el objeto ostensible era defender al amado Fernando VII; pero Portugal decía reservadamente, por otra parte, á Buenos Aires "que estos dominios no volverían al yugo español, aunque Fernando recuperara el trono de sus padres."

Era lo que en ese momento deseaba Buenos Aires: un vasallaje que sustituyera al de España.

Souza, agente apasionado de la política de Carlota, enemigo de España y de Buenos Aires y de Artigas y de la revolución americana, invadió el territorio del Uruguay con su *ejército pacificador*, que constaba de 3.000 hombres, y dos baterías montadas, el 17 de Julio de 1811.

Los sitiadores de Montevideo, ignorantes de los manejos de la Junta y del desaliento que en ella acababa de causar el desastre de Huaqui, pensaban en oponerse al paso del portugués, y en apresurar la toma de la plaza; pedían recursos á Buenos Aires; éste prometía, pero los recursos no llegaban. Y el portugués avanzaba, devastando el país. Las poblaciones huían ante el invasor odiado, incendiaban sus

viviendas, arreaban sus ganados, hacían el vacío al conquistador. Comenzaba el éxodo del pueblo oriental.

Y Elío perfeccionaba las fortificaciones, y retemplaba á los suyos, y enviaba una escuadrilla á bombardear á Buenos Aires.

El Directorio mandó entonces comisiones que tratasen con Elío; que le revelasen, sobre todo, el objeto verdadero de la invasión portuguesa. Pero en esos momentos llegó á Montevideo la noticia de haber sido derrotada en *Huaqui*, en el Alto Perú, la expedición que había vencido en *Suipacha*, y todo arreglo fué rechazado. Vino, poco después, la noticia de que las autoridades realistas habían sido derrocadas en el Paraguay, donde se había formado un gobierno propio, dispuesto, al parecer, á entenderse con Buenos Aires, y esa noticia quebrantó de nuevo los bríos de los realistas montevideanos. Por fin apareció resuelto el embajador inglés en Río Janeiro: éste formuló un ultimatum; era necesario concluir con aquel tejemaneje: intrigas de doña Carlota, tanteos de Buenos Aires, invasiones de Portugal. Y todo terminó. Retiro inmediato de los ejércitos portugués y argentino que ocupaban la Banda Oriental; cesación del bloqueo de Buenos Aires; abandono en manos de Elío de todo el territorio oriental, y aun de una parte del occidental; suspensión completa de hostilidades. Eso quería el inglés. Y eso se hizo. Elío se dispuso á ejecutarlo.

V

Lo único en que no se había pensado fué en el modo de deshacerse de ese extravagante Artigas, que allí estaba con su mensaje en el alma, con su fe de niño bárbaro. ¡Y vaya si era el caso de pensar en eso!

El pueblo oriental había salido al encuentro del portugués invasor, al que tenía la convicción de poder repeler. Pero también en esa resistencia, Artigas se vió maniatado por la necesidad de conservar sus buenas relaciones con Buenos Aires: libraba sus batallas en todas partes; las familias seguían huyendo ante aquél; el país se despoblaba. En esa situación, el centro directivo de Buenos Aires, que desde el 25 de Mayo de 1810 había ya sufrido dos modificaciones, reveladoras de su anarquía y de su impotencia, dejó el puesto á un triunvirato. El 25 de Setiembre se formó éste, y en él estaba Sarratea, que volvía de Río Janeiro: mandaba allí, por consiguiente, la influencia de Strangford. Se envió á Montevideo, sin demora, una comisión, encabezada por don José Julián Pérez, para ajustar con Elío el armisticio convenido en Río Janeiro; se impartieron órdenes á Rondeau, para prepararse á retirar inmediatamente las tropas sitiadoras. Elío recibió con gran deferencia al comisionado; Rondeau se preparó inmediatamente á obedecer...

Pero entonces apareció la entidad con que no se había contado: el pueblo oriental. Entonces se vió que no era posible restituir á sus hogares, bajo la protección del virrey español, á aquel pueblo, que había vencido en San José y Las Piedras; que, buscando sinceramente su libertad, se había levantado en masa y estaba resuelto á morir si no vencía. Entonces tocó Buenos Aires el error de haber creído que aquel territorio que estaba al otro lado del Plata y del Uruguay, era una provincia sojuzgada por sus armas, cuando *no era eso,* sino el núcleo providencial incontaminado de libertad que os he descrito en mis conferencias anteriores. Y lo vais á ver, oh amigos artistas, en su momento eterno. Buscaréis mármol para detener

ese instante en la forma heroica, y no lo hallaréis bastante perdurable.

En cuanto supo que de lo que se trataba era de su abandono á la tiranía española y portuguesa, un escalofrío recorrió las carnes de aquel pueblo. Se crisparon sus nervios; se hincharon sus arterias; sintió zumbar en sus oídos la voz del vacío, y sus ojos abiertos, y encendidos en una enorme interrogación, se clavaron en Artigas. Este bajó los suyos, y dejó caer la cabeza sobre el pecho. Ya había hablado con el agente de Buenos Aires, y le había dicho "que él *se negaba absolutamente á intervenir en aquellos tratados, que consideraba inconciliables con las fatigas del pueblo oriental.*"

Y quedó silencioso...

Pero el pueblo nó. ¡Clamor del mar, viento del Sur que sopla el trópico!...

El pueblo pidió ser oído, y fué oído; no podía menos de ser oído. Rondeau convocó á una asamblea popular, á la que concurrió Pérez, y Artigas también.

Y el pueblo clamaba: aquellos tratados no eran suyos; no los quería. ¡No los quería!... Si era su destino el quedar abandonado á la tiranía de Elío y los portugueses, aceptaba el abandono, pero no la tiranía. Quedaba otro término hábil para aquel pueblo: la muerte.

El delegado de Buenos Aires vió una verdad encendida como una brasa de fuego en el fondo de los ojos de aquellos hombres; aquel fuego no mentía. Manifestó entonces que la situación del ejército sitiador era comprometida.... que se hallaba entre dos enemigos...., que se esperase la resolución de Buenos Aires.... que se enviarían toda clase de socorros....

¿Es entonces una medida estratégica...? dijo el pueblo oriental respirando, y queriendo acaso engañarse á sí mis-

mo. ¿Se trata sólo de luchar por la patria en otra parte... lejos de las murallas...?

¡Pues sea! gritó. Que se levante el sitio. Que el ejército auxiliar se vuelva á su capital, á Buenos Aires, pues así se le ordena. Pero el pueblo oriental se queda, se queda armado aquí, en el campo, aunque se levante el sitio de la ciudad; se queda aquí, agarrado á su tierra, abrazado á su tierra, como á su madre, que le tiende los brazos.

Y la gente miró á Artigas. Y Artigas, alzando al fin la cabeza, dijo serenamente que sí, que él también se quedaba, que él no podía ni quería abandonar á sus hermanos.

Y el pueblo, proclamando en aquel acto á Artigas *Jefe de los Orientales*, protestó "no dejar la guerra en la Banda Oriental hasta extinguir á sus opresores, ó morir dando con su sangre el mayor triunfo á la libertad."

El delegado de Buenos Aires, convencido de que aquello era realmente una voluntad, determinó tratar el asunto en una conferencia con Artigas. En ella le prometió el concurso del gobierno central para el logro del propósito de los orientales; le ofreció toda clase de socorros para llevar adelante la guerra; le protestó la admiración del gobierno hacia su pueblo.

VI

El sitio de Montevideo se levantó; se levantó cuando la plaza sólo tenía víveres frescos para quince días, y doscientos pesos en las arcas públicas.

El ejército sitiador emprendió su marcha hacia San José. Artigas y los tres mil orientales que lo seguían marchaban resueltos; solos ó acompañados iban á combatir; iban, pues, á vencer; creían ver despuntar de nuevo en el

horizonte el sol de Las Piedras; el armisticio no sería ratificado en Buenos Aires...

Pero lo fué; lo fué inmediatamente, en Montevideo y en Buenos Aires. Ese 23 de Octubre de 1811, en que se ratificó el tratado, es recordado por Artigas como un día nefasto, que él contrapone al 28 de Febrero, en que se dió el *Grito de Asensio,* calificado por él mismo de "*memorable día de la Providencia,* que no puede ser recordado sin emoción." Los tratados lo contenían todo, todo lo triste: reconocimiento pleno de Fernando VII y su descendencia legítima; desocupación completa de la Banda Oriental, hasta el Uruguay; restablecimiento exclusivo de la autoridad de Elío... y todo lo demás. Y, para mayor garantía, esa autoridad de Elío salvaba el río Uruguay: la provincia de Entre Ríos, Arroyo de la China, Gualeguay y Gualeguaychú, entraban también en su dominio.

Al saber eso en San José, la indignación del pueblo oriental cobró un carácter sombrío; vió al ejército auxiliar levantar el campo, y dirigirse silencioso con Rondeau á la Colonia, donde se embarcó para Buenos Aires. Se fueron con él los fugitivos orientales que pudieron hacerlo, los más pudientes, los más afortunados: trescientas personas.

Se fueron, y el pueblo oriental, que no podía ni quería dispersarse, se quedó solo en torno de Artigas. Éste no se fué, oh, éste no se fué. ¡Qué se había de ir!...

¿Y qué debía hacer, entonces?...

¿Dirigirse, cubierta la cabeza de ceniza, á las puertas de Montevideo — que ayer no más hacía resonar con los golpes de su espada vencedora en Las Piedras — á pedir á Elío, el dueño y señor, alguna compasión para con aquel gentío indigente y abandonado?... ¿Aconsejar á éste que fuera á reconstruir, bajo la protección del enemigo, sus

miserables casas incendiadas, y á recoger sus ganados dispersos?...

¡Santa memoria de Artigas!...

Yo, que os lo he hecho mirar sólo de paso en el campo de la batalla gloriosa, amigos artistas, quiero que miréis ahora largamente á ese hombre angular. Aquí especialmente comienza á tomar el carácter original y grande que lo distingue de todas las otras figuras coetáneas: el de portador de una revelación ó mensaje casi sagrado: el de fundador de pueblos.

Cuando el pueblo sintió el frío de su abandono, una idea, como un inmenso latido, se movió en todos los corazones, y subió de ellos en un acorde de cuerdas vivas. No consta que haya sido una idea personal de Artigas ni de nadie; fué de otra persona que estaba en la multitud; de la misma que, el 25 de Mayo de 1810, apareció con su revelación en la plaza de Buenos Aires.

Y la idea palpitaba, viva como un astro: todo, menos volver á la esclavitud.

Se resolvió abandonar el suelo de la patria, para volver por él.

Y Artigas tomó entonces á su pueblo, á todo su pueblo, y lo cargó en sus hombros de gigante. Y dijo ¡vamos!

Y se lo llevó á cuestas al través de la patria oriental. Y al través de los enemigos que la invadían. Y que segían avanzando hacia Montevideo, mientras las familias campesinas inermes huían ante el invasor, como un rebaño, y afluían á la sombra del profeta.

Y Artigas cruzó con su preciosa carga el patrio río Uruguay.

Y la banda migratoria de los héroes fué á posarse allá, del otro lado del caudaloso río, en el arroyo del Ayuí, en la provincia de Entre Ríos.

Y los héroes eran mujeres, y eran niños, y eran viejos, muy viejos algunos. Y eran soldados, y eran familias, la misma familia de Artigas, sus ancianos padres, su hermana primogénita doña Martina.

Y eran indios semi-salvajes, y eran próceres, Suárez, Barreiro, Bauzá, Monterroso. Y eran los franciscanos expulsados de Montevideo por amigos de los matreros.... y era Artigas.

La población del Uruguay quedó reducida á la tercera parte; á menos de la quinta parte de sus moradores, decía el gobernador español.

Porque es preciso saber que el gobernador de Montevideo, como represalia de la batalla de Las Piedras, ordenó, una vez establecido el asedio por el vencedor, que fueran arrojadas de la ciudad sitiada las familias de todos los patriotas en armas. Y fueron arrancadas de sus casas, y echadas al campo, y dejadas en una noche gélida de invierno, junto al foso de las murallas, sin llevar otra cosa que lo puesto: ni ropas, ni abrigos, ni enseres, ni recurso alguno. Vanas fueron las reclamaciones de Artigas, en nombre de la humanidad. La larga procesión de señoras y niños y viejos traspuso, volviendo atemorizada la cabeza, las puertas de la ciudadela, que se cerraron tras ella, y cruzó el campo desierto, y se acogió al campamento de los sitiadores.

Y ahí van ahora esas familias, incorporadas á la grande caravana.

Las gentes de los campos que huían desde el Sur ante el invasor portugués, que todo lo arrasaba, se incorporaban al núcleo caminante. Y lo engrosaban las que venían del Norte y del Oeste. Y como los arroyos van al río, y el río va hacia el mar, por todos los caminos se veían venir las pobres caravanas: una carreta conducida por una mujer,

cubierta con un poncho, que allí lleva el grupo de sus hijos desnudos, todo cuanto le quedaba en el mundo; un viejo que, montado en su caballo transido, golpea en vano con los talones los hijares del animal; un grupo de gente sobresaltada que camina á pie, que cruza anhelante y exhausta los campos sin sendas, que busca rumbo mirando las lejanías impasibles y mudas; una tropa de ganado arreada por sus dueños; y otra tropa más allá; y un rebaño de ovejas conducido por un muchacho; y otra carreta destechada, seguida de un grupo de perros, los fieles amigos de los niños fugitivos; y otro de jinetes, que miran los horizontes sobre las colinas solitarias, por ver si se aproxima el invasor....

Todos se acogen á Artigas; todos quieren ir á su lado, seguirlo adonde quiera que vaya.

Y en las lomas, ó allá en los bajos, humeaban de trecho en trecho, á largas distancias, las viviendas abandonadas, el rancho de barro y paja incendiado por sus dueños, ó las sementeras, que nadie recogerá. El sol alumbraba la soledad; las noches parecían dobles al envolver el suelo del Uruguay. El ombú, el guardián solitario de las ruinas, quedaba pensativo sobre las cumbres; los ganados innumerables, yeguadas, millares de vacas multicolores, ovejas blancas, manchaban los declives de las colinas, las orillas de los arroyos; el terutero gritaba en los aires; el avestruz y el venado dominaban la tierra; la cigüeña se alzaba del juncal, y era señora del cielo azul.... Sólo faltaba el hombre.

Mirad un cuadro auténtico entre mil: el general portugués invasor comunica su impresión al ministro en Río Janeiro. "Llegué á la villa de Paysandú, dice; sólo encontré allí dos indios viejos. Todo este pueblo es de Artigas." Imagináos, amigos artistas, esos dos indios viejos

sentados en la soledad. El cuadro es sencillo, pero intenso: hace inclinar la cabeza. No sé si tiene cierta paradógica analogía con el de aquellos augures de barba blanca que estaban sentados, inmóviles, en los pórticos de Roma abandonada; los bárbaros invasores los creyeron estatuas, símbolos; se apearon de sus potros, se acercaron; tocaron las barbas de los viejos. Los augures, irritados por aquella profanación, golpearon á los bárbaros con los báculos. Los invasores no se atrevieron á matarlos. ¡Esos dos indios viejos de Paysandú! ¿No les halláis algo de pájaros augurales, lechuzas ó ratones, ó lagartos de sepulcro?

El cuerpo de la patria oriental ha quedado inmóvil, como el de una muerta desnuda; sus ojos no brillan, su pulso no late. Pero su alma no ha dejado la tierra. ¡Oh viejo augur, pensativo Artigas, alma peregrinante de la muerta!

. . . . . .

. . . . . .

El Gobierno de Buenos Aires, al suscribir el tratado de Octubre, se dió cuenta de la responsabilidad en que incurría al abandonar aquel pueblo, después de haberlo incitado al levantamiento heroico; pero nunca se imaginó lo que iba á suceder; estaba asombrado al verlo. Nombró á Artigas — como si ya no lo fuera — jefe principal del ejército en armas, y de las familias que abandonaban el país; dejó á sus órdenes el cuerpo veterano de Blandengues y ocho piezas de artillería; lo designó Gobernador del territorio de Misiones, con residencia en Yapeyú; en todas sus comunicaciones comenzó á llamarlo espontáneamente *General Artigas;* lanzó un manifiesto de admiración hacia el pueblo que lo seguía.

"Pueblo y conciudadanos de la Banda Oriental" — decía la Junta al publicar el tratado con Elío — "*la Patria os es deudora de los días de gloria que más la honran.*

Sacrificios de toda especie, y una constancia á toda prueba, harán vuestro elogio eterno. La Patria exige en estos momentos el sacrificio de vuestros deseos....''

VII

¡El pueblo, y los ciudadanos de la Banda Oriental!

Ningún momento más oportuno que el actual, mis amigos artistas, para que conozcáis y veáis lo que es eso, el pueblo de la Banda Oriental, de quien tan deudora se reconoce, y no sin causa, por cierto, la Patria toda argentina. Nada más propicio, para formar su esquema demográfico, que sorprender y fijar con energía la mancha de color que nos ofrece la multitud que camina en pos de Artigas. Ahí va todo: tipos, indumentaria, enseres; razas, caracteres, costumbres, estado social; familias, soldados, próceres, muchedumbres anónimas, animales; líneas, colores, expresión, movimiento, vida colectiva; toda la gama, toda la lira. Con verlo, sabréis más que estudiando muchos libros de estadística.

Distinguid las tres razas que formaban nuestra escasa población; ahí van. La blanca ó europea, la superior, destinada á prevalecer, tiene su exponente en Artigas mismo, en sus padres y hermanos, en sus acompañantes inmediatos, Suárez, Barreiro, Lamas, Monterroso, Anaya, Rivera, Lavalleja, Otorgués, Bauzá; en las familias salidas de Montevideo, en los campesinos altivos, de barbas y cabellos negros ó rubios, de ojos horizontales, de tez curtida por el sol, pero irrigada por limpia sangre caucásica, que se ven en la multitud, mezclados á otros tipos lampiños, color de cobre, de pómulos salientes y frente estrecha, de ojos pequeños y casi oblícuos, de cabellos rígidos y negros, de mirar hosco, huraño....

Aquellos son los hijos de los hidalgos conquistadores, los *criollos*. Los otros denuncian la segunda raza; son los indios aborígenes conquistados, la desgraciada estirpe extinguida que fué dueña de esta tierra.

Esas dos razas no se odiaron aquí á muerte, como en la América inglesa; muchos indios permanecieron salvajes y fueron devorados por el desierto; pero no pocos se redujeron á la civilización. Y la mujer indígena fué la compañera del hombre blanco; encendió el fuego del hogar campesino. Y ahí van los mestizos que nacieron al calor de ese fogón. En unos predominan los rasgos antropológicos europeos; en la mayor parte los americanos: la materna sangre indígena enciende miradas negras aun en el fondo de ojos azules; el medio es el aliado de la raza que él mismo forma, y conforma, y defiende por regresión atávica.

Observad, por fin, mis amigos, los tipos de la tercera estirpe, de la etiópica; ved esos pobres negros que pasan mezclados á los demás jinetes, ó como servidores de las familias; el blanco de los ojos y el marfil de los dientes brillan en la piel negra y en las bocas pulposas; el apretado y crespo vellón de los cabellos redondea las cabezas de hierro forjado; en la masa oscura de la carne, clarean las palmas casi blancas de las manos. Esos no son hombres de esta tierra; fueron arrancados á su sol africano, é importados como esclavos. Se les pudo robar la libertad: pero no el privilegio de ser hombres, y también héroes, seres de nuestra especie, hermanos de los ladrones que los trajeron. Y padres ó madres de los hijos de éstos; también padres y madres. La sangre africana se fundió con la europea y con la americana. Todos los matices del hibridismo antropológico, van, pues, en esa masa que con el nombre de pueblo oriental, camina en torno de Artigas.

Y todos ellos reclaman su puesto en la apoteósis del cielo heróico.

Bien es verdad que ese cuadro se ha borrado en el tiempo; la gota aquella de sangre indígena ó africana, mucho más escasa en el Uruguay que en los otros pueblos americanos, se ha diluído ya, y casi perdido, en el aluvión de sangre caucásica que ha inundado nuestra tierra; pero el pasado no obra menos que el porvenir sobre el presente; lo que fué, es; como es lo que será. ¡El pasado! ¿Acaso es otra cosa que un presente que está en segundo término? El pasado no está detrás de nosotros, como suele creerse, sino delante; lo que ha muerto nos precede, no nos sigue.

La gloria, de quien sois sacerdotes, amigos artistas, es la dominadora del tiempo, el eterno presente. Mirad, pues, con intensidad, ese pueblo que va pasando al través de los caminos, cruzando ríos, atravesando bosques. Lo veréis envuelto en una nube enorme de polvo, llena de ruidos, que pasa al ras del suelo, siguiendo lentamente las ondulaciones de las colinas; la punta ó la cabeza penetra en el monte que franjea el río; reaparece del otro lado, sobre la loma opuesta, mientras la multitud se arremolina en el vado, y la larga cola va descendiendo á él, desde el lejano horizonte en que se pierde.

Y tramonta nuevas colinas, y atraviesa nuevas selvas, y vadea nuevos ríos.

La marcha es penosa y lenta, por lo complejo de los órganos locomotivos; unos van á caballo, otros á pie, los otros en vehículos más ó menos groseros: carros destechados ó cubiertos de cuero, rastras tiradas por caballos, acémilas cargadas. Una estridente sinfonía de voces y ruidos sale de aquello: la carreta primitiva se mueve oscilante, dando tumbos y crugiendo; parece que, con sus ejes de

madera, y sus ruedas macizas, se queja dolorida, largamente, de la dura tracción de los bueyes. En sus convulsiones, sacude todo cuanto lleva dentro, hombres y cosas; en ellas van los mejor parados: las familias expulsadas de Montevideo, los viejos y los niños, los rendidos por el cansancio, los enfermos. Los conductores á caballo clavan sus largas picanas en los lomos de las bestias, cuatro, seis, ocho bueyes, y las azuzan con gritos. Los pelotones de ganado salvaje, novillos, vacas, caballos, carneros, que mugen, balan, entrechocan los cuernos con ruido de granizo, ó hacen retemblar el suelo bajo el martillo de los cascos innumerables, pasan arreados por jinetes que galopan, que cierran la huida á los que amagan dispersión, reincorporan á los dispersos, empujan hacia un paso difícil á los que se resisten y arremolinan. Los perros acosan al ganado, ladrando. Los muchachos, negros, blancos, cobrizos, alternan con los hombres y con los perros en la faena; se ven jinetes de diez años, y aún de menos, casi tan desnudos como el potro que montan y rigen con destreza; cachorros de centauro alado. Van también mujeres á caballo con sus hijos en brazos; y mujeres armadas de lanza, con sombrero en la cabeza y cubiertas con el poncho ó capa americana: una tela con un agujero en el centro, que se introduce por la cabeza, y cae en largos y graciosos pliegues, desde los hombros hasta el anca del caballo. Los hombres visten como pueden; se cubren á medias: una *vincha* ó lienzo blanco atado á la frente, les retiene los cabellos como un vendaje, que les da un aspecto de fieros convalescientes; una camisa de lienzo les cubre el cuerpo; un pedazo de jerga ó de bayeta de color, ceñido á la cintura, el *chiripá,* les envuelve los muslos, dejando libres las piernas, desnudas, ó defendidas por una especie de guante de piel de ca-

ballo sobada, *la bota de potro,* que no envuelva los dedos agarrados al estribo; en la cintura llevan ceñidas las *boleadoras,* y atravesado á la espalda el cuchillo. Un viejo con un niño en brazos y una mujer á la grupa; jinetes con el caballo de tiro ó de repuesto; cargueros ó animales en cuyos lomos se amontonan los utensilios que se han podido salvar: ropas, monturas, trevejos; destacamentos de gente armada de lanzas, de sables ó trabucos, ó fusiles de formas varias; los escuadrones de Blandengues; las 8 piezas de artillería; nuevas carretas, tambaleantes y quejumbrosas... todo camina lentamente, camina hacia el Norte. Los días caniculares, con su viento soplado por el trópico, tostaron los átomos de aquella sofocante polvareda; las noches tempestuosas, llenas de pánicos flotantes, se aparecieron en el camino; las lluvias torrenciales de Noviembre y Diciembre inundaron la caravana sin amparo, empaparon las ropas, los enseres, desbordaron los ríos que se presentaban invadeables, *campo afuera.* Se esperaba entonces á que las aguas bajaran lo suficiente para dar paso. Y caía la multitud al vado: un declive cenagoso entre los árboles; una corriente profunda; una barranca salvaje del otro lado. Descendían las carretas por la pendiente resbaladiza y áspera, sostenidas por largos *maneadores* ó cuerdas de cuero trenzado, para evitar el derrumbe, y tiradas, desde la orilla opuesta, por otros jinetes, en previsión de un estancamiento de los bueyes en medio de la corriente. Y la carreta descendía, se hundía en el fango, en el agua, se tumbaba ó nó, trepaba por fin tambaleante la barranca, entre los gritos de los arrieros y los clamores de las mujeres.

Las penurias de aquellas jornadas fueron muy grandes. Muchos murieron por el camino; las cruces que quedaban solitarias detrás de la caravana, marcaban la sepultura

de los rezagados para siempre; también nacieron niños en las carretas ambulantes ó debajo de ellas, y comenzaron á mamar á caballo. Pero la muerte y el dolor no engendraban desaliento; la tradición nos ha transmitido fielmente el espíritu que, como el dios propicio en los poemas homéricos, descendía sobre aquella multitud, la fe en Artigas, que era en ella entusiasmo y fortaleza. ¡Oh, la buena primera patria peregrinante! Se la ve hacer alto, tras los días de fatiga y sufrimiento, en la margen montuosa de algún arroyo, y se piensa en los cantos de Ossian, en los sacrificios de Ulises ó Eneas á los dioses inmortales, ó á las divinidades tutelares de la raza.

El cuadro es homérico.

Se han desuncido los bueyes, desensillado los caballos, que pastan atados en estacas ó en las matas de flechilla bien arraigadas; se han enlazado y abatido los novillos que han de comerse, encendido los fogones. Estos llamean entre el humo, bajo los árboles, junto á las carretas, en la orilla del arroyo, en una extensión de dos leguas: los costillares de la res salvaje ó los trozos de carne extraídos con el cuero, se asan á fuego lento, ensartados en los asadores de hierro ó en ramas aguzadas, y clavados en el suelo; en las calderas hierve el agua; las familias, servidas por negrillos ó indiecitos ó *chinas,* toman mate, la infusión de yerba que suministra todo el alimento vegetal; los hombres cortan con los cuchillos los trozos de carne que primero se asan; los bueyes rumian lentamente, echados en la loma; las caballadas pacen dispersas; los *teruteros* gritan en el aire; el olor del *zorrino,* mezclado al humo de los fogones flota en el ambiente; del suelo sube el fresco olor de los pastos húmedos. La multitud siente el consuelo de la tarde declinante, y ve encenderse las estrellas, entre los copos de pequeñas nubes ó en las sole-

dades celestes, de las que descienden, como lluvias, los silencios. Y en algunos fogones se oyen punteos de guitarra... y algún canto de voz humana, triste como un quejido. Y todo se duerme, por fin. Yo miro, mis artistas, á esa patria peregrinante, dormida á la luz de las constelaciones amigas. El cuadro es sagrado; la Cruz del Sud resplandece amable en un extremo del cielo; el alfa del Centauro, Sirius y Canope y Orión, con sus Tres Marías, en el cenit; Venus declina, como un cirio bendito, en el horizonte del Norte, sobre la última colina.

Algunos hombres rondan el ganado, custodian las caballadas en previsión de alguno de esos pánicos nocturnos de las bestias, que las convierten en avalanchas espantosas. En el remanso del río, iluminado por la luna, los jinetes que pasan detienen sus caballos para que beban; uno que otro pájaro nocturno grita, de vez en cuando, en el silencio del bosque lleno de sombras; los centinelas velan, esperando la aurora, con el caballo de la rienda, ó con los brazos sobre el recado y la cabeza entre los brazos....

Pero el que vela día y noche, y está en todas partes, es Artigas. Todos lo ven, todos lo oyen. Artigas casi no duerme; es el espíritu de las horas. Aparece casi impensadamente en todas partes: en medio á las faenas, en el vivac de los soldados, en el rodeo, en el fogón de las familias; tiene para el campesino una fiera palabra criolla de aliento, una amable de consuelo para las señoras amedrentadas, para los enfermos; ofrece un pedazo del *churrasco* ó carne asada que él come, á los que van á verlo á su tienda de ramas; acepta el mate que le ofrecen en los diferentes fogones á que llega. Todos le llaman "*mi General*". El está á caballo antes de brillar *el lucero;* antes de que suenen los clarines el toque de aurora; antes

de que el crugir de las carretas, y las voces del rodeo, y el grito de los *teruteros*, y el canto de los *venteveos* y las calandrias, despierten la multitud para reemprender la jornada.

Él era el *baqueano*, el conocedor del terreno y del rumbo, al mismo tiempo que el pensador; sabía cómo debía uncirse una carreta, evitarse el peligro en un paso difícil, enfrenarse un potro, enlazarse ó desgarretarse un novillo, repararse la cureña de un cañón; él era, por fin, quien primero trepaba las colinas más lejanas, y, desde la altura, observaba los horizontes, como rastreando al enemigo con la mirada.

Porque es preciso no olvidar que los portugueses, que habían invadido el territorio oriental, so pretexto de auxiliar á los españoles, lejos de acatar el armisticio de que hablamos, celebrado con Buenos Aires, continuaban en la posesión de la tierra, y salían al paso de aquel pueblo que, como una selva que arrastra sus raíces, se ponía en salvo con Artigas, llevando el Arca de la Alianza, la ley del Sinaí, el maná sagrado. El caudillo formaba el cuadro protector con sus soldados veteranos, con sus *blandengues*, su artillería. Y lanzaba contra el agresor injusto, por su frente, por sus flancos, por su retaguardia, sus pelotones de *gauchos*, que, luchando y muriendo, despejaban el camino, arrojando al portugués; lo desalojaron de Mercedes, Concepción, Salto, Belén, Curuzú Cuatiá, Mandisoví.

¡Los gauchos! He aquí, mis amigos artistas, que se nos presenta el hombre representativo: el *gaucho*. Os debo hacer sentir con grande intensidad esa figura, porque es nuestro tipo homérico.

El gaucho fué, con los potros, y los toros, y los aves

LECHO Y VADO DE UN ARROYO INTERIOR

truces, el habitador de nuestros campos ilimitados, sin más fruto que el espontáneo de esos ganados innumerables, ni más vivienda humana que el rancho aislado en el desierto. No es la raza lo que lo distingue: lo mismo es el hombre caucásico de barba negra, que el hijo engendrado por él en la mujer india que comparte la soledad de su choza de tierra y techo pajizo. Tampoco es la posición social; si bien es pobre, se le concibe propietario de campos y ganados, sin perder por eso su carácter. Lo que imprime al gaucho su sello es el medio, el momento histórico, el método de vida. Es el hombre andante, el que, como personero nuestro, tomó posesión real de nuestra tierra; es el cazador de ganados en los campos abiertos, sin más arma que las boleadoras, serpiente alada de tres cabezas, que se agarra como un grillo á las patas del animal. Caza caballos salvajes, que monta á medio domar; sobre el lomo de éste, caza el toro montaraz, la vaca y el novillo, á los que detiene de los cuernos con su lazo, y abate y desuella y despedaza con su cuchillo. El acto de apropiación del ganado por el hombre se reduce á *traerlo á rodeo*, es decir, á rodear al galope trozos de millares de reses, á fin de separarlas de la gran masa sin dueño, é impedir su dispersión en la extensión ilimitada, ó su refugio en el bosque.

El gaucho pertenece á la tierra por intermedio de su caballo, que modifica hasta la estructura de sus órganos: le levanta los hombros, le encorva las espaldas, le arquea las piernas, le regula los movimientos. Como se ven las alas en el pájaro que camina, se percibe el caballo en el gaucho que anda á pie. La nómade faena determina, por otra parte, la índole de sus ideas, las imágenes de su fantasía, su vocabulario, los giros de su lengua, los temas únicos de su conversación; le imprime el instinto de li-

bertad, le limita las necesidades, le determina la industria. Ésta se reduce á levantar y *quinchar* ó techar con paja el *rancho* de tierra cruda, á fabricar los *aperos* ó arneses rústicos del caballo, á estaquear ó estirar las pieles secadas al sol, á trenzar las largas túrdigas de cuero del lazo, ó las cuerdas de las boleadoras, á coser con *tientos* la vaina del cuchillo, á cortar las *caronas* de suela, ó sobar las pieles de carnero ó *cojinillos* que cubrirán la montura, ó las de yegua que le envolverán las piernas.

Cuando el gaucho no está á caballo, no hace nada, generalmente. ¿Y qué ha de hacer? Toma mate, junto al fogón, toca la guitarra, juega á la *taba*, el dado primitivo, formado por una choquezuela de vaca, que da ó quita la suerte según caiga en un sentido ó en otro.

Con esos elementos, fácil es determinar la pasión dominante ó el motor de esa ambulante vida. El hombre se une á la mujer por amor, sólo por amor; conquista su corazón con la ostentación de su destreza, de su valor, de su capacidad para grandes hazañas. Os imaginaréis los trágicos idilios de esos amores nómades. Se oyen punteos de guitarra y choques de puñal. El hogar así formado no retenía al hombre; éste lo arrastraba, más bien, consigo, como lo vemos en el éxodo. La mujer sigue al soldado cuando es posible; es la cantinera gaucha, y llega también á ser combatiente: ya la hemos visto armada entre la muchedumbre. Cuando no puede seguir, se queda con sus hijos en el rancho abandonado, á la luz de las estrellas; muere con ellos de miseria, mientras el padre muere voluntario por la patria.

¡El pobre gaucho!

En el cuadro heroico que estamos trazando, en el éxodo del Pueblo Oriental, ese hombre es todo: él es el que arrea y *carnea* los ganados, y asa la carne, y la distribuye

á la muchedumbre hambrienta; es el que conduce las caballadas, y se arroja á nado en los pasos profundos, y construye las chozas ó enramadas con las horquetas del monte, para que en ellas se asile el grupo de las familias patricias, nuestras abuelas, que vieron en ese hombre, en el buen gaucho, en el buen *paisano,* al amigo, al poderoso amigo; es el que queda aplastado bajo el potro que rueda; el que cae atravesado por la lanza enemiga, y degollado al caer; el que muere, luchando con el cuchillo, dentro del cuadro enemigo en que cayó desmontado en la carga homérica, como un pájaro herido en las alas.... Todos esos que veis en el éxodo, mis amigos, todos esos van á morir así; morirán por la patria que no verán, y á la que nada pedirán por su sangre....

"Si Esparta hubiera combatido en Maratón, dice Paul de Saint Víctor, hubiera entregado á los cuervos los cuerpos de los ilotas muertos en sus filas. La noble Atenas concedió una tumba de honor á los esclavos que perecieron por su libertad."

El gaucho americano, amigos míos, tendrá su tumba. más grande que la de Atenas, ó no merecemos tenerla nosotros.

Él no fué la civilización, es cierto; pero jamás reconoceré como hombre de juicio á quien no vea en él otra cosa que la barbarie. Oh, nó: nuestro gaucho no es el bárbaro, el destructor exótico; mucho menos el ilota, la carne para cuervos. Él es nuestro hombre, el hombre nuevo, el gérmen de la nueva patria americana, que, si tiene un rasgo diferencial, es ese precisamente: el no haber tenido, por fundamento sociológico, ni el bárbaro, ni el siervo, sino el gaucho libre, la célula de su democracia ingénita.

Ese hijo de la naturaleza, con ser un primitivo, un inconsciente, no fué la plebe antigua, el siervo de la gleba

poseído por la tierra; no fué el vasallo que debía tributo á su señor. Sus defectos, porque no pudo menos de tenerlos, fueron los inherentes á su excelsa cualidad. Seguirá al caudillo; pero no como la mesnada á los ricos-hombres ó señores feudales; no porque le da pan, ó librea con escudo señorial, sino porque ofrece un empleo á su prurito de libertad, y hasta le hace sentir la dignidad de una vaga misión surgente en su nebulosa subconciencia. Y es en esta subconciencia de los pueblos, donde, como las semillas en el misterio de la tierra, germinan las apariciones de la historia.

El gaucho vió en Artigas un ser superior, pero de su especie, carne de su carne; él bien comprendió que Artigas lo amaba sinceramente; sintió la diferencia entre ese hombre y los que, no teniendo con el campesino americano otro vínculo que el del menosprecio, lo reniegan, para no contaminarse, después de utilizarlo. Ese y no otro es el secreto del culto profesado á Artigas por el gaucho: el vínculo de amor, alma de todo lo que se engendra, espíritu del universo. En los tiempos primitivos lo hubieran adorado como á un dios. Los Prometeo, los Odino, los semidioses del Norte, no fueron otra cosa: benefactores del hombre, raptores del fuego de Zeus para los mortales; genios ó divinidades protectoras de la estirpe desamparada.

Os lo repito, amigos: todos esos que véis, todos esos esforzados gauchos, van á quedar muertos en el campo.

Pero sus cuerpos no serán alimento de los cuervos; tendrán tumba en esta patria, y no de esclavos.

No otra cosa es el monumento de Artigas, que os manda alzar la patria de aquellos gauchos. Ser un homérida, aunque sea el último, es bella cosa, dice Goethe en un verso célebre. Nosotros lo seremos de esa legión de com-

EL GRITO DE ASENSIO

El Héroe Impersonal — Estatua del boceto de Felipe Menini.
Proyecto de monumento para la Ciudad de Mercedes

batientes que camina con el profeta; ella fué la primera guardia noble de la patria recién nacida; ella acompañó sus primeros desamparos; le dió á mamar su sangre, como la hembra del tigre da su leche; ella, la pobre turba campesina, ha continuado esa lactancia de fiera hasta agotarse; se va hundiendo en la nada, sustituída por otros hombres, mientras la patria crece nutrida de anónimos heroísmos, de heroísmos gauchos.

Hoy, al ascender Artigas en la historia heroica, sale con él, por la puerta de las visiones estéticas, esa su primitiva guardia noble, vestida de sus harapos. Glorificado y transfigurado por la muerte, aparece aquel hijo ambulante y sin codicias de la soledad y del desierto, pan ácimo de sangre que comió nuestra victoria, y vino nuevo que bebió para ser diosa; soldado, holocausto, caballero, desnudo y altivo cortesano del rey futuro.

Yo quiero que sintáis, y que améis, y que saludéis conmigo, mis bravos artistas, á ese pobre gaucho de mi tierra. Si es cierto que se va; si ya se ha ido para siempre, que los últimos que queden contemplen la resurrección en bronce de su raza. Que escuchen mi despedida; que me oigan á mí, el rapsoda, el homérida, que quiero inocularos, amigos míos, todo mi amor á esa figura de otros tiempos; á mí, pobre soldado de la aurora, que rinde el tributo de la Patria á aquel héroe misterioso de la sombra.

Moi, soldat de l'aurore,
A toi, héros de l'ombre.

VIII

El tratado de Octubre había sido celebrado de mala fe por todos: españoles, portugueses, bonaerenses; por todos. Ni los españoles de Montevideo, realistas empecinados, estaban dispuestos á dejar de considerar como reos de lesa majestad á los americanos, ni doña Carlota, que protestaba contra el armisticio, abandonaba su ilusión de ser reina del Plata, ni Portugal renunciaba á su ensueño secular, ni Buenos Aires decía verdad ni mentira al proclamar á Fernando VII, ó á Carlos IV, si era Carlos IV, como decía Rivadavia, y no Fernando VII, como decían los otros, el rey legítimo proclamado.

Lo único que allí había de sinceridad plena era aquel hombre que, buscando libertad, cruzaba con su indigente pueblo las colinas de su tierra. Él, y su errante caravana, eran la sola intrínseca realidad, la sola simiente viva.

La caravana llegó, por fin, al sitio en que debía cruzarse la anchura del Uruguay, para dejar la patria. Y allí lo cruzaron lentamente; los hombres á nado ó agarrados á la crin ó á la cola de los caballos; las familias en hombros, ó en balsas ó en pelotas de cuero. Se echaron al agua las caballadas, los ganados; se pasó todo cuanto se pudo; el resto quedó amontonado de este lado del río. Cruzaron el cauce las familias primeramente; las tropas después, Artigas, por fin, con su estado mayor. Muchos años después, el sabio Saint Hilaire, pasaba por aquellos parajes. Los habitantes de la comarca le señalaban el sitio por donde Artigas había cruzado el Uruguay con su pueblo; se lo mostraban como un lugar sagrado. ¡Por aquí pasó! le decían los pocos habitadores de la comarca desierta.

De allí, antes del paso, se dirigió Artigas al gobierno

del Paraguay; le narró todo lo acaecido en una nota memorable: el nacer de la patria oriental, el levantamiento espontáneo del pueblo, sus abnegaciones y heroísmos; le mostró al enemigo portugués, como el peligro común á orientales y paraguayos; le propuso la alianza de ambos pueblos.

Esa nota, del 7 de Diciembre de 1811, mis amigos, es nuestro primer rescripto de emancipación; todo el profético pensamiento de Artigas está consignado en ella; caducidad de toda dinastía, de toda corona; independencia democrática de todo el virreinato; y, dentro de ella, independencia de la Provincia Oriental, aliada ó confederada con sus hermanas; expulsión de todo poder extranjero.

"Cuando las revoluciones políticas, dice Artigas en esa memorable nota, han reanimado los espíritus abatidos por el poder arbitrario, temerosos los ciudadanos de caer de nuevo en la tiranía, aspiran á concentrar la fuerza y la razón en un gobierno inmediato, que pueda, con menos dificultades, conservar ilesos sus derechos."

"La sabia naturaleza ha señalado los límites de los estados. La Banda Oriental tiene los suyos. Ésta es la aliada, la hermana de Buenos Aires. Los orientales han jurado un odio irreconciliable á toda clase de tiranía; han jurado no dejar sus armas, mientras todo extranjero no evacue el país...."

Esa es la primera Declaratoria de Independencia del Río de la Plata; la primera de la Independencia Oriental al mismo tiempo. Cuando conozcáis, mis amigos, la historia del Plata; los escepticismos, los desfallecimientos, las negaciones de los hombres; cuando sepáis que, diez años después de esto, los primaces de la revolución, todavía negarán al pueblo americano todo poder para ser

germen de vida nueva, y trabajarán por la monarquía europea, entonces os daréis cuenta de lo que es esta Visión del porvenir, que conduce á Artigas de la mano.

Todo cuanto hagamos en adelante, en sentido de independencia, no será otra cosa que la reproducción, la solidificación en el caos, de esa primera y última palabra de este vidente obstinado.

Y dice Jehovah al profeta bíblico: *Tibi dabo frontem duriorem frontibus eorum.*

Y te daré una frente más dura que sus frentes.

IX

Artigas, poseído por el espíritu, está, por fin, del otro lado del Uruguay, entre las palmeras, algarrobos y quebrachos de los bosques de Concordia: en el *Campamento del Ayuí.* El patriarca y su pueblo permanecerán allí catorce meses, después de los cuales regresarán á la patria por el mismo camino que llevaron, y conducidos por la misma visión.

El cuadro que ofrecía ese *Campamento del Ayuí,* especie de enjambre volador posado en un árbol del camino, no puede menos de llamar la atención. Pensad, primeramente, en que *diez y seis mil personas* era mucha gente en aquella época; mucha gente, os lo aseguro. Meditad especialmente en el carácter sociológico de esa muchedumbre.

El agente confidencial que el gobierno del Paraguay envía entonces á Artigas describe aquello en cuatro palabras: "Toda la costa del Uruguay, dice, está poblada de familias que salieron de Montevideo, unas bajo las carretas, otras bajo los árboles, y todos á la inclemencia

del tiempo; pero con tanta conformidad y gusto, que causa admiración y da ejemplo."

Con los elementos que ya poseéis, podéis desarrollar ese cuadro. Allí se permaneció todo el verano de 1811, el crudo invierno de 1812, y el nuevo verano que precedió á 1813. Todo lo que hemos visto en el viaje se ofrece aquí en una nueva interesantísima actitud. Las familias ocupaban el primer plano; los soldados tenían sus cuarteles, y hacían ejercicios militares; como escaseaban las armas, los soldados de infantería se adiestraban con palos á guisa de fusiles; los de caballería fabricaban sus lanzas. Todos obedecían á sus jefes, Rivera, Lavalleja, Manuel Francisco Artigas, Otorgués, Blas Basualdo, Ojeda. Los indios acampaban á lo lejos en sus aduares.

Aquel campamento, colonia, colmena, ó como queráis llamarle, ocupaba una extensión de varias leguas; bajo los árboles, en las carretas, en chozas de paja y barro, vivía el pueblo oriental. Una choza, mayor que las demás, era el templo, en que los sacerdotes celebraban los divinos oficios ante la multitud; delante de ella, se alzaba una horqueta de madera de la que colgaba una campana, cuyas voces se unían á las lejanas de los clarines, en la aurora, á medio día, al caer la tarde. El *Angelus* aquél tenía también su melodía, su original melodía. Yo, por mi parte, le encuentro insuperable belleza. La vida fué de labor, de angustias, de miserias; faltaba abrigo en invierno; escaseaban los alimentos; hubo allí hambre, desnudez, desamparo. Pero un principio ordenador circulaba por aquel organismo de nueva especie, y le conservó, sin el más mínimo quebranto, su cohesión vital y el carácter de sociedad civilizada. Allí se protegía el derecho; se administraba justicia; se hacía caridad.

Para daros una idea del orden que allí supo inocular

Artigas, quiero que conozcáis el bando que pregonó, al aplicar la pena de muerte á dos delincuentes debidamente juzgados, en el comienzo de aquella emigración.

Dice así:

"Si aún queda alguno mezclado entre vosotros que no abrigue sentimientos de honor, patriotismo y humanidad. que huya lejos del ejército que deshonra, y en el que será, de hoy más, escrupulosamente perseguido. Que tiemblen, pues, los malvados, y que estén todos persuadidos de que la inflexible vara de la justicia, puesta en mi mano, castigará los excesos en la persona en que se encuentren. Nadie será exceptuado, y en cualquiera, sin distinción alguna, se repetirá la triste escena que se va á presentar al pueblo, para temible escarmiento y vergüenza de los malvados, satisfacción de la justicia, y seguridad de los buenos militares y beneméritos ciudadanos."

Los orientales dejaron una huella bien profunda de su paso en aquel pedazo de tierra argentina. En ésta veían reproducida la propia; una nota característica entre varias, y al parecer insignificante, les denunciaba, sin embargo, que no estaban en su tierra.

Quiero detenerme á haceros notar, especialmente, esta nota pintoresca que se presenta á mi imaginación, y que parece cosa de risa. No lo es del todo; ella os recordará cosas serias de que hablamos al principio. Los orientales peregrinantes, los niños sobre todo, miraban con curiosidad, en aquella tierra, un habitante que les era desconocido: la *vizcacha*. Es éste un animal, un extraño roedor, algo mayor que un conejo, que vive en la banda occidental del Uruguay. Y aquí está lo interesante del caso: ni uno solo cruza el río.

En la tierra occidental, en la andina, esa *vizcacha* es una plaga; sus excavaciones invaden el suelo por todas partes, y todo lo destruyen; en la oriental es extranjera; no se ha conocido una sola que haya sentido el instinto de ir á taladrar con sus diabólicos dientes la tierra que se extiende del Uruguay al Atlántico. Salen las vizcachas de su cueva al caer la tarde; se posan en los bordes de su excavación, esperando la luna; se ríen con ésta cuando aparece, mostrándole sus incisivos blancos; caminan lentamente, silenciosas, á pequeños saltos; parecen visiones grises y negras, brujas sardónicas. La lechuza llamada *vizcachera* las suele acompañar, y grazna ó chilla, como un demonio de ojos amarillos, en la puerta de las cuevas. posada en el montón de tierra de la excavación. Esa figura de animal extranjero, la *vizcacha*, parecía estar allí para recordar á los orientales, á los niños especialmente, que aquella tierra, si bien amiga hospitalaria, no era su tierra; que eran allí viajeros, peregrinantes, desterrados; les hacía advertir que el olor de los pastos no era allí exactamente el mismo que el del otro lado, ni la lengua en que se hablaban los árboles, uno con otro, ni las canciones que cantaban los pájaros al sol.

Y los punteos de las guitarras pensaban en la otra patria, y sonaban, entre las notas de la gran naturaleza, fieramente nostálgicos, y anunciando el regreso libertador.

Yo siento en eso un gran motivo sinfónico, un original *Nocturno del Ayuí*, que el arte recogerá. Me guardaría bien de decir estas cosas nimias, si no hablara con artistas; pero vosotros sois bien capaces de comprender que ese motivo sinfónico no es menos interesante, ni menos serio, que el sociológico que voy á exponeros. Dejemos, pues, las niñerías, y hablemos de lo que todo el mundo entiende, porque es más grosero.

X

El Gobierno de Buenos Aires envió su agente, como el del Paraguay, á ver el campamento de Artigas. El comisionado, que lo fué don Nicolás de Vedia, cuenta, lleno de asombro, lo que allí vió, y describe el mismo cuadro que el enviado paraguayo. "Allí está toda la Banda Oriental", dice en su informe. Y, notando los efectos de éste, nos dice: "La viveza con qué pinté al gobierno *las buenas disposiciones que yo había notado en Artigas,* y en la multitud que lo circundaba, fué oída con sombría atención. Después supe que el Gobierno no gustaba que se hablara en favor del caudillo oriental."

¿Por qué no querrá Buenos Aires que se hable bien de ese esforzado capitán que venció en Las Piedras, y fué condecorado con una espada de honor por la Junta de Gobierno?

Es preciso que penetréis bien la razón, que me parece muy clara, de ese ceño sombrío de Buenos Aires, ante las buenas disposiciones de Artigas, y del disgusto en oir hablar bien de su persona. Con penetrar bien en eso, habréis comprendido todo, mis amigos, todo lo que otros no han querido comprender.

Artigas, desde su sede del Ayuí, se pone en comunicación con el gobierno del Paraguay; recibe subsidios de éste: tabaco, yerba mate, telas, que cambia por elementos bélicos. El Paraguay lo trata como á jefe de un estado amigo.

También recibe auxilios de Buenos Aires, y se apresura á retribuirlos con expresivas manifestaciones de amistad, de cortesía, de gratitud. No sólo eso: hace todo cuanto es

humanamente posible por estrechar su alianza sincera con la vieja capital. Cuando ésta envía á su campamento á Ventura Vázquez con algunos auxilios, Artigas le da el mando de su mejor regimiento de blandengues; cuando las convulsiones de la ciudad erigen nuevos directores ó primaces, él, ajeno á la política interna del otro estado, se apresura á reconocer el hecho. Promete acudir al segundo sitio de Montevideo, bajo las órdenes de quien Buenos Aires designe; está dispuesto á secundar todo esfuerzo de su aliado; procede con discreción admirable; quiere hacerse amable á aquellos hombres, hacerse perdonar el delito de tener un pensamiento.

Todo es inútil; el ceño sombrío no se desarruga para con él. Es que Artigas lo da todo... menos lo que no puede dar: la personalidad de su pueblo.

Y eso es, precisamente, y no otra cosa, lo que quieren los hombres que predominan en Buenos Aires: lo demás les importa poco. Ellos creen, ó quieren creer, que eso que lleva Artigas, ese *pueblo oriental,* es nada ó menos que nada: una cantidad negativa, el obstáculo, y no la base, de la obra emprendida. Gauchos, indios, pobres.... Nó, eso sólo puede servir para morir, y ser comido de los cuervos después de Maratón.

Comprenderéis que eso era un error, mis amigos, un deplorable error. Nadie en el orbe terráqueo, nadie, yo os lo aseguro, hubiera hecho mayores esfuerzos que los que hizo Artigas por evitarlo. Él quería conciliar, buscar la resultante de todas las fuerzas vivas; creía, como Bolívar, en la vitalidad del pueblo, en su fuerza, en su capacidad orgánica para crear sus propios medios. Todo fué inútil: aquellos hombres no creían en nada de eso; sin monarquía no había patria posible; ellos no podían reconocer un rey en el pueblo menesteroso del Ayuí. Fal-

taba en Artigas lo que dice Carlyle: alabarderos, banda de trompas y chirimías, sangre real.

Pero los pueblos argentinos, sin excluir el mismo de Buenos Aires; los de las provincias de Entre Ríos y Corrientes; los de Santa Fé y Córdoba, del otro lado del Paraná; y los del centro de la gran planicie; y los que vivían en la falda de los Andes, todos miraban aquello del *Ayuí,* y sentían como una misteriosa revelación: creyeron en sí mismos por obra de Artigas.

El fenómeno sociológico del nacer de la autoridad por acto indeliberado, libre pero necesario al mismo tiempo, del pueblo, se realizó allí. Artigas era la autoridad.... *porque era;* lo obedecerán, porque lo obedecerán. Los pueblos occidentales, al ver de cerca á ese hombre inspirado, creyeron oir voces dentro de sí mismos. El *légamo sagrado,* que dice Esquilo, sintió el soplo de vida, y palpitó en la primitiva oscuridad, en que pasan los misterios de la generación.

CONFERENCIA X

FRENTE A MONTEVIDEO

La federación y el unitarismo. — Origen de la federación interna en la Argentina. — La federación de Artigas. — San Martín y Alvear. — La *Logia Lautaro*. — Ruptura del armisticio. — Las campañas sobre los Andes. — Belgrano. — Tucumán y Salta. — Artigas en el Ayuí. — El triunvirato y Artigas. — El delito de Artigas. — La guerra de Buenos Aires contra él y su pueblo. — Sarratea. — Rondeau. — Batalla del *Cerrito*. — Artigas y Rondeau en la cumbre del Cerrito. — El segundo sitio de Montevideo.

I

Hermanos artistas:

Si es intensa la mirada de los pueblos occidentales sobre Artigas y su nación, peregrinantes en el Ayuí, no lo es menos, bien que de diferente naturaleza, la que tienen en él clavada, los iniciadores de la revolución residentes en Buenos Aires.

Ese enorme factor, el conductor de enjambres populares, no entraba en los planes de esos hombres; los perturba, los desbarata. No hay que hacer con él; es una pieza demasiado grande, como hemos dicho.

En Buenos Aires, donde se espera todo de las combinaciones políticas secretas y no del esfuerzo popular, se cree que el medio racional de llevar adelante la tentativa iniciada en Mayo no puede ser otro que la completa pasividad de las masas, inclusos sus inmediatos conductores, y su juiciosa sumisión á las decisiones de quienes predominen, por la revuelta interna, en la comuna de Buenos Aires. Debía inocularse en el pueblo la fiebre revolucionaria, el furor de los combates, que dice Esquilo; despertarse en él la fiera heroica; pero ésta tenía que ser una fiera virtuosa, continente, amable, dispuesta á dar su sangre y obedecer. Eso era lo justo, lo racional, y lo sólo eficaz: domesticar la tempestad, y atar los vientos en el establo.

Aquellos hombres partían, por otra parte, del supuesto de que todo el antiguo virreinato del Plata era, y debía ser para siempre, una sola nación, y un solo compacto estado, dependiente de Buenos Aires, desde el Alto Perú y el Paraguay, hasta la Banda Oriental. Todo lo que no fuera ese concepto empírico era desorden, anarquía y hasta traición, crimen digno de muerte.

No es del caso apreciar ahora si eso hubiera sido ó nó lo más conveniente, ni lo que de eso hubiera salido. Lo veremos después. Pero sí es el momento de adquirir la persuasión de que la realidad *no era esa*. No había tal nación, ni mucho menos tal estado, en estos países.

Creo que hemos visto con bastante claridad, hasta en las entrañas de la tierra, cómo la Banda Oriental era una nación tan distinta de la occidental trasplatense como lo era ésta de la trasandina, Chile ó Bolivia, ó como aquélla lo era de la tropical portuguesa.

No insistamos más en esto; vosotros estáis ya convencidos de que lo que es entre la región oriental y la occi-

dental del Plata no había tal unidad sociológica, y mucho menos política, dependiente de Buenos Aires.

¿Pero existía en la otra banda, entendiéndose por tal la inmensa región situada entre los Andes y el Plata? ¿Existía la unidad social y política en lo que es hoy república federal argentina? Eso es lo que nos conviene precisar ahora.

Convengamos en que allí no concurrían las causas profundas que obraban la separación de los dos pueblos ribereños del estuario. Dice Ramos Mejía: "La nacionalidad argentina resulta así un hecho que tiene el fatalismo y la estabilidad de la causa física, de donde en parte procede. Sin abusar de la metáfora, puede decirse que es un organismo con esqueleto de montañas, y en cuyas venas circula sangre caliente de volcanes." Creo que tiene razón el escritor argentino: sangre de volcanes andinos. Es la misma causa física que yo os he indicado como base de la nacionalidad oriental. Sí: allí existía una enorme unidad geográfica, cuando menos, con su puerto necesario en Buenos Aires; éste, si bien menos importante que el de Montevideo, lo era en sumo grado para aquella enorme región mediterránea. Por eso sus habitantes fueron y aun son llamados *porteños,* los del puerto, los de la sola puerta de salida.

Pero si allí existía una unidad geográfica y, si queréis, geológica, con sangre de volcanes, nada estaba más lejos de la realidad que la unidad sociológica, y mucho menos política, con su núcleo natural de cohesión en Buenos Aires, que querían ver aquellos hombres del puerto ó porteños.

Dado, pues, aunque no concedido, que éstos, los por-

teños, hubieran sido realmente los incólumes depositarios de la idea madre democrático-republicana; supuesto, siquiera por un momento, que allí residieran efectivamente la gran visión del porvenir, el héroe colectivo, la unidad de pensamiento y de acción, el espíritu de orden y de respeto á la autoridad, la virtud y la ciencia y la civilización ejemplares, el hecho es que los distintos pueblos argentinos sólo concebían la acción común, conciliada con la propia autonomía; sin ésta no entendían la independencia ni podían amarla.

¿Acontecía eso porque los tales pueblos eran bárbaros?

No ha faltado quien lo haya afirmado; la federación en el Plata no tuvo otra madre según ellos: la barbarie, la ignorancia. Mucho decir es eso, me parece.

Ha habido historiadores argentinos, y no de los menos afamados, por cierto, que han dicho gravemente, y para deprimir al hombre oriental, que ese concepto de *federación* en el Río de la Plata fué sólo *una invención de Artigas.* Vosotros pensaréis lo que os parezca sobre el respeto que merecen esos graves autores. Yo los considero, en este caso, unas pobrísimas personas.

Convengamos, ante todo, que si tal concepto hubiera sido realmente una invención de aquel conductor de pueblos, él sería, por ese solo hecho, un hombre extraordinario, lo que se llama un genio ó cosa parecida.

Pero bien sabemos que eso no se inventa. Artigas no inventó semejante concepto, si ya no es que tomemos el término *invención* en el sentido de descubrimiento ó encuentro de la realidad oculta ó confusa. En ese sentido, Cristobal Colón es el inventor de las indias orientales.

Pero bien comprendéis que no es esa la acepción del título de inventor atribuído á Artigas, sino el de propalador de embustes, y perturbador ó enemigo del orden na-

tural de las cosas. Pues bien: en ese sentido, los verdaderos *inventores* ó perturbadores de la natural armonía no fueron otros, yo os lo aseguro, sino los que quisieron imponer como realidad lo que sólo era *ente de razón,* como dicen los escolásticos, hijo inconsistente ó de la ilusión ó de la soberbia ensimismada: la unidad social y política de aquella tierra.

El inmenso territorio, mayor que la mitad de Europa, que se extiende entre las altiplanicies del Perú y el Cabo de Hornos por un lado, y entre los Andes y el Plata por otro, no constituyó, ni pudo constituir semejante unidad. Es conveniente que sepáis, mis amigos, el verdadero origen de la federación argentina, y que os iniciéis siquiera en el génesis de su formación social y política.

Hemos visto que ese magnífico territorio, que hoy forma el suntuoso y bien ganado patrimonio de nuestra nobilísima hermana ultraplatense, fué inventado, y colonizado, tanto por los descubridores del Río de la Plata que subían hacia el Perú, cuanto por los que, viniendo del Pacífico, y tramontando los Andes, bajaban por sus contrafuertes orientales al encuentro de aquellos, en busca de una salida por el *Mar del Norte,* como se llamaba entonces al Atlántico. Esos animosos descubridores españoles repartían las tierras que iban descubriendo, fundaban ciudades, la Asunción, Santa Fe, en el litoral; Córdoba del Tucumán en el Centro; Mendoza en la falda de los Andes, etc., etc.; levantaban fuertes, creaban los cabildos, nombraban jefes y alcaldes, los unos con independencia de los otros. Esas *gobernaciones* que allí existieron, Paraguay, Tucumán, Cuyo y Buenos Aires, estaban separadas, no sólo por el desierto y la enorme distancia, casi infranqueable entonces, sino por intereses locales, por inclinaciones y necesidades diversas. Se gobernaban por sí mismas; aun dentro de cada gobernación, los Cabildos ó Municipos, sin per-

juicio de reconocer al virrey, como representante del dueño y señor de todo aquello, obraban con autonomía, se dirigían directamente al rey cuando lo estimaban oportuno, se prestaban mutuo auxilio en las guerras contra los salvajes, se cambiaban recursos; pero defendían celosamente sus franquicias, sus privilegios, su persona colectiva. La defensa del territorio estaba á cargo de jefes militares nombrados por el Cabildo; éste compraba las armas y municiones á otras provincias cuando no existían en la propia.

Todos custodiaban su propia jurisdicción, hasta el punto de prohibir la extracción, sin permiso de la autoridad local, de criminales refugiados; creaban impuestos, señalaban el valor de las monedas. Las mismas disposiciones reales eran resistidas, cuando menoscababan las facultades de la ciudad; ésta formaba una especie de código propio de las reales cédulas que le acordaban privilegios ó franquicias.

Había allí mucho del régimen foral de las provincias españolas, y, si queréis, mucho de las ciudades-repúblicas antiguas ó medioevales.

Esas ciudades mediterráneas argentinas no tenían, fuera está de duda, la importancia del *puerto;* más alejadas del mundo europeo, no contaban con los recursos de que aquel disponía para su progreso material; pero eso mismo hizo que, concentradas en su región, cobrasen un carácter interesantísimo, que aun hoy es el verdadero fermento de la nacionalidad. Hasta la misma lengua común española, que era el vínculo más enérgico que las unía, tomaba caracteres varios, por la cadencia ó acento musical con que era pronunciada en una ú otra provincia, y que aun hoy, dentro de la unidad nacional, distingue á los diferentes estados de la federación argentina. No tenían

esas ciudades la relativa opulencia, sólo muy relativa por cierto, y muy circunscrita al recinto urbano, de la ciudad de Buenos Aires; pero no por eso carecían de un respetable patriciado local, ni de tradiciones seculares, ni de servicios y glorias propias como agentes de civilización. La familia santafecina, la cordobesa, la tucumana, la salteña, y todas las demás, eran tipo de virtudes, santuario de tradiciones, fermento verdadero de patria. La grandeza de Buenos Aires, sus patricios, sus togados, lejos de inspirarles el sentimiento de sumisión, les despertaba el de nativa altivez del hidalgo pobre, pero de limpia estirpe, doblemente altivo ante el desdén ó el injusto agravio del hermano mayor ó legitimario. Aun en el día de hoy, las provincias argentinas, sin menoscabar su sentimiento nacional, escriben su propia historia, recuerdan su origen y sus glorias locales, sin excluir las coloniales, se enorgullecen de sus héroes, se precian de su antigua cultura social, de sus grandes virtudes domésticas, de sus costumbres patriarcales llenas de poético colorido. Y tienen razón.

He ahí, mis amigos, el verdadero origen de la federación argentina.

Lejos de mí el afirmar, que, dados tales antecedentes, la organización política federal es su consecuencia necesaria ó fatal; bien pueden concebirse, y en el hecho existen, estados unitarios en tales circunstancias. Pero nadie podrá afirmar, reclamando respeto, que el federalismo en tal caso es una invención ó embuste, y mucho menos que lo razonable y bueno es imponer, *per fas aut nefas*, la unidad política. Para imponer el Corán por la cimitarra son necesarios un Mahoma y un pueblo nómade, aislado del universo, adorador de las estrellas y agrupado en aduares. Y ni en Buenos Aires apareció el profeta, ni las ciudades

mediterráneas eran aduares, ni el pueblo argentino, pese á todas sus imperfecciones, era en absoluto, al rayar la independencia, la masa idólatra de los desiertos árabes.

Si recordáis que Mitre, intérprete fiel del sentir y pensar del patriciado de Buenos Aires, no considera que Montevideo fuese un núcleo urbano capaz de dar cohesión á la población de la Banda Oriental, fácil os será daros cuenta del concepto en que serían tenidas las ciudades mediterráneas argentinas. Y más fácil aún el comprender cómo y por qué ese hombre Artigas, que cae en la banda occidental con su pueblo á cuestas, y acampa en el Ayuí, es objeto de grande atención primero, y de acatamiento después, por parte de esos núcleos autónomos argentinos. Éstos acabarán por aclamarlo su gran caudillo con el título de *Protector de los Pueblos Libres,* y por someterse espontáneamente á su autoridad; *espontáneamente,* y, si queréis un término más propio, digamos *instintivamente, indeliberadamente,* en modo irresistible.

Nó; eso, que es el verdadero germen de la federación argentina, de la patria argentina, no fué invención de nadie; no era Artigas quien dictaba aquella ley de biología social. El héroe oriental no hizo sino leerla en la esencia de las cosas, y obedecerla, y promulgarla, y defenderla, y hacerla prevalecer como base de independencia absoluta en la Banda Oriental atlántica, y de independencia republicana, y organización federal interna, en la occidental andina.

Se ha dicho también que Artigas, al dar á los pueblos occidentales la protección que le pedían. buscó *la hegemonía* de la Banda Oriental ó de Montevideo en el Plata. Eso *de hegemonía* me tiene muy sin cuidado. Yo desdeño las palabras deshabitadas, y os confieso que aún estoy por saber, á ciencia cierta, el sentido de ese vocablo genérico:

hegemonía. Os he expuesto fielmente el fenómeno; podéis llamarle *equis* ó *jota,* ó como mejor os parezca. Lo que hay de cierto es que Artigas fué el depositario, *el héroe* del pensamiento angular, que es hoy la base de la federación argentina; y lo fué, porque todas esas leyes de biología social que os he sugerido hallaron habitación, y forma personal, y fuerza eficiente, en ese nieto del fundador de Montevideo, la ciudad democrática; él fué caudillo entre los pensadores, y pensador entre los caudillos; fué el hombre autóctono, sincero, el hombre tipo de la raza caucásica, arraigada, como un árbol vivo, en suelo americano.

Yo os prometo haceros ver eso, mis amigos, como estáis viendo ahora estas mis manos, y yo veo las vuestras. Veréis entonces cómo lejos de ser Buenos Aires quien, como se ha dicho candorosamente, dió independencia á la Banda Oriental, fué ésta la que, sin dar ni quitar nada á nadie, porque no se da la libertad á quien no la tiene, constituyó el núcleo verdadero de la común independencia, al serlo de la resistencia contra el escepticismo de los hombres, y al custodiar la fe en sí mismos de los robustos pueblos argentinos.

Esta es la gran verdad que debéis encender en los ojos de vuestra estatua.

II

Para fijar el tono de esa idea, que es fundamental, yo quiero haceros ver bien, amigos artistas, dos personajes que acaban de desembarcar en Buenos Aires, en el momento en que nos encontramos; mientras Artigas está en el Ayuí: principios de 1812. Esos dos hombres, que vienen

de Europa y serán famosos, son el teniente coronel don José de San Martín, y el capitán don Carlos de Alvear.

El primero, que tiene 34 años, no será ciertamente aquel hombre Wáshington, la plenitud del hombre, el hermano de Artigas, que hemos visto allá en el Norte, y cuya espada pensaba como un espíritu de acero; no será tampoco ese frenético Bolívar, que os he hecho conocer; pero será un gran capitán, un excelso capitán hispano-americano.

El segundo, es un joven oficial de 22 años, gallarda y exótica persona.

San Martín era hijo de un coronel español, gobernador militar de las Misiones, y de una noble porteña, según la sugestiva frase de López. Nació allí en 1778; pero á los ocho años de edad, se fué con sus padres á España, para no volver hasta el momento actual, en que, sin más vínculo con el país americano que su residencia, pisa de nuevo la tierra en que accidentalmente nació. Se educó en el Colegio de Nobles de Madrid; allí formó su espíritu; recogió las impresiones perdurables que siguen al hombre en la vida, y forman su carácter y sus anhelos. A los 25 años, pasó á Cádiz, como ayudante del gobernador de esa plaza. Éste fué encargado de una operación militar sobre Portugal, y el joven oficial San Martín lo acompañó en esa empresa, donde reveló sus dotes relevantes. En Sevilla se incorporó al ejército del general Castaños; fué infante ligero en el Regimiento de Murcia, y en el de Campo Mayor; comandante de caballería en el de Dragones de Numancia; estuvo á bordo de la real fragata Dorotea, donde se halló en el sangriento encuentro de ésta con el navío inglés León. Fueron sus generales los más grandes de España: Castaños, el Marqués de Compigny, el Marqués de la Romana; asistió á la batalla de Bailén, donde su conducta le conquistó una mención honrosa;

en el campo de batalla de Albuera alcanzó, por su bizarría, el grado de comandante efectivo. Era reservado y taciturno; su carne era fría: el alma no se transparentaba en ella, acaso porque el cuerpo era opaco, acaso porque el alma no era luminosa; era un militar de raza, un técnico inspirado; pero no era una grande inteligencia. No era elocuente. Fué toda su vida, — como no podía menos, — monárquico; creyó siempre, como brillante satélite, en el resplandor del rey, nuestro señor.

Libertador del Pacífico, ofrece lealmente al virrey la solución del conflicto sobre la base de un príncipe de la sangre, que se pediría á España, para ocupar el trono del Perú; él mismo se ofrece á ir á Europa en su busca. Ese hubiera sido el desenlace del esfuerzo americano, si los jefes del ejército español no hubieran rechazado la propuesta. Él se retiró de Lima, manifestando que estaba cansado de oir decir que quería coronarse. Nó: nada más lejos de su espíritu; él era un hombre leal, un hombre honrado; creía sinceramente, con devoción, en el mito de la realeza de la sangre, y él no la sentía en sus arterias; se consideraba un hombre, no un rey.

Sarmiento vió bien á San Martín, en el parangón que hace de éste con Bolívar y con Artigas, y que os hice conocer anteriormente. No era un caudillo americano.

Alvear era otra cosa muy distinta; éste joven se sentía todo: astro, cielo azul, armonía. Hubiera aceptado la corona de rey, y también la de emperador, como la cosa más natural del mundo. Había nacido en 1789, también en las Misiones, en la Reducción del Santo Angel Custodio; pero no era un misionero. Su padre, don Diego de Alvear y Ponce de León, de nobilísima alcurnia, con rico mayo-

razgo en Andalucía, contiguo al de la marquesa de Montijo, madre de la Emperatriz de los Franceses, Coronel de Ingenieros de su Majestad, vino al Plata de Comisario Real y Astrónomo, en la demarcación de límites entre España y Portugal, hecha según el tratado de 1777. Desempeñó su comisión, y volvió inmediatamente á Europa, donde su hijo Carlos se educó desde su infancia en la corte, en contacto con los grandes. Era todavía un niño, tenía 17 años, y ya su alta posición y su bizarría lo hacían brillar en las batallas, y ganar el grado de alférez de Carabineros Reales, cuerpo de gran distinción, después de tomar parte en los combates de Talavera, de Sevenes y de Ciudad Real. Cuando vuelve á la tierra americana, en que nació por accidente, á los 22 años, parece un joven dios, un bello Marte adolescente; los dorados de su uniforme centellean, y lo envuelven en luz; tiene los ojos amables y la tez fina; es verboso, y sus palabras tienen el desdén trascendente del Olimpo; ama á la gloria con amor voluptuoso; anhela la inmediata posesión de su belleza helénica; quiere arrastrarla á sus brazos, besarla en los ojos y en la boca, antes de merecer la caricia de su alma. Tiene la convicción de que, como el rey su carácter sagrado, lleva él en su sangre su propio triunfo en América: es un conquistador.

Excusado decir que sólo la idea monárquica podía ser digna de tan alta persona. Y así lo fué: buscó la real y áurea corona como la mariposa á la luz. Cuando predominó en Buenos Aires, rogó á Inglaterra que viniera por la corona del Plata. Él hubiera sido, á no dudarlo, un Lord ejemplar. Jamás cabeza alguna hubiera llevado la peluca inglesa con más elegancia; hubiera sido un marqués, y hasta un príncipe como muy pocos. ¡Oh Apolo, real arquero!

En Buenos Aires había ambiente propicio para ese hom-

bre. Ya os he descrito el carácter de ese remedo de corte en América. Si no todo lo que acababa de dejar al lado de los infantes reales en Madrid, algo podía hallar ese joven efebo en Buenos Aires, que satisficiera sus monárquicas nostalgias; algo de lo que, en concepto de tales hombres, constituye la sola base de una nación: los chirimbolos de que habla Carlyle.

Pero fuera de la capital, ¿qué había de ver ese joven príncipe en estos países? ¿Qué había de ver sobre todo en ese pobre Artigas, hijo legítimo de la tierra americana, simple hombre honrado, que jamás había visto un príncipe en carne mortal, y que cruzaba las colinas de su patria con su pueblo indigente en hombros, todo manchado de sangre? ¿Había de reconocer un rey en ese pueblo, ni en pueblo alguno?

Comparad, artistas amigos, esas figuras, y no tendré que esforzarme mucho en demostraros las causas de la lucha que váis á presenciar entre ellas.

Ya os creo felizmente habilitados, después de nuestras largas conversaciones, para contestarme sin vacilar la seria pregunta: ¿en cuál de esas entidades antagónicas véis vosotros el verdadero espíritu de la independencia americana iniciada el 25 de Mayo de 1810? ¿En cuál de ellas hay luz de astro nuevo, si es que el sol de Mayo lo és?

Es preciso, oh artistas amigos, que, al oir la pregunta, sintáis moverse en vuestras entrañas la respuesta, como un ser vivo tocado por un aguijón; si la sentís alzarse como un canto, como un grito musical en el silencio de vuestro espíritu, el dios interior que debe hablaros ha despertado en él; escuchadlo: tenéis á vuestro Artigas. Herid la piedra, fundid el bronce; la forma heroica descenderá de la región de las madres, y será genio en el fuego y beso de amor en el cincel.

III

Voy á daros un elemento más de juicio, para vigorizaros en la respuesta: es preciso que lo tengáis.

Recordaréis, quizá, la frase de Bolívar: "A la sombra del secreto no trabaja sino el crimen."

Los militares recién venidos á Buenos Aires, adoptan, para comenzar su acción, el procedimiento tenebroso: fundan una especie de logia política secreta, cuyos miembros son reclutados principalmente en el partido que domina la acción popular: se llama la *Logia Lautaro*. En sus misterios se resolverán los destinos de los hombres americanos; los pueblos estarán sometidos á magistrados más lejanos que los de España, á los que nunca han visto. Es claro que el pobre Artigas no tendrá entrada en ese Consejo misterioso. Ni Artigas, ni los pueblos.

La logia será monárquica; tiene iniciación, neófitos sometidos á un ritual, grados de revelación política, en que el secreto va rasgando paulatinamente sus velos, hasta descubrirse en su plena desnudez al llegarse á la logia matriz. Si un hermano asciende al gobierno de un estado, no podrá tomar resoluciones graves sin consulta de la logia; no podrá nombrar diplomáticos, ni generales, ni gobernadores de provincias, ni jueces, ni funcionarios eclesiásticos, ni jefes de cuerpos militares. Un hermano que llega á general de ejército ó gobernador de provincia tiene la facultad de crear logias dependientes, compuestas de menor número de miembros. El auxilio mutuo es de regla; la revelación del secreto de la existencia de la logia, por palabras ó por señales, tiene "pena de muerte por los medios que se hallen convenientes."

Aquellos Cabildos, me refiero sólo á los Cabildos Abier-

tos, bullentes plebiscitos que fueron el germen de la revolución de Mayo y de la de toda América, se han transformado en conciliábulos secretos; los hombres más conspicuos de la patria occidental argentina se afiliarán á la logia; los de la oriental le serán extraños. Los clubs y las tertulias políticas de Buenos Aires, donde se formaba la opinión por la discusión pública, se refundirán en la logia; la juventud bonaerense, sobre todo, caerá en sus fauces.

El primer presidente de ese sanhedrín es el joven Alvear; San Martín va detrás, es vicepresidente; el alférez Zapiola, venido de Europa con los dos, es el secretario.

Es el viejo espíritu, el del viejo soberano, que viene á ahogar al nuevo recién nacido.

"San Martín, — dice Mitre, — creyó haber encontrado en la logia el punto de apoyo que necesitaba la política. Alvear, con su talento de intrigas y sus ambiciones impacientes, se lisonjeó de tener en su mano el instrumento poderoso que necesitaba para elevarse con rapidez."

¡Pobre Artigas, el americano!

IV

Y volvamos ahora á la historia. El armisticio de Octubre de 1811, que levantó el sitio de Montevideo, y provocó el éxodo del pueblo oriental, se rompió muy pronto. El sitio se reanudó en 1812.

¿Por qué se rompió el armisticio?... Es pueril buscar causas en detalle: se rompió porque, como antes os lo he dicho, ninguno de los signatarios obró allí sinceramente; había nacido roto. Para juzgar la historia, es necesario considerar las grandes masas de sucesos, y éstos se presentan muy claros en este caso. España y Portugal eran aliados

naturales, como lo comprendéis; defendían su monarquía y sus colonias.

España tenía que reconquistar su acervo andino, y, para recuperar el virreinato del Plata, debía seguir y siguió el camino trazado por sus descubridores para conquistarlo: salir del Perú, bajar del Norte, por los contrafuertes de los Andes, á las llanuras argentinas, cruzar éstas, y llegar á Buenos Aires, para reponer su virrey.

Salir de Buenos Aires, trepar los Andes, y llegar á Lima, era el camino contrario que tenía que hacer la patria americana.

En la época del descubrimiento, los conquistadores partían de los Andes y del Plata, los unos al encuentro de los otros, para abrirse mutuamente el camino. En la independencia, también españoles y americanos marchaban los unos al encuentro de los otros, pero para cerrarse mutuamente el paso.

En esos choques está el núcleo de las insuperables glorias argentinas. La gran patria occidental se abrirá camino hasta la sede del virreinato del Perú; trazará esa senda con un reguero de sangre de héroes. Ya habéis visto á sus ejércitos, después de la revolución de Mayo, luchar y vencer en Suipacha, allá en el borde del alto Perú; los habéis visto después caer víctima de una traición en Huaquí, y dejar de nuevo abierto el camino hacia el Plata al invasor. Pero éste encontrará cerrada la senda en Tucumán, (Setiembre de 1812) y después en Salta, (Febrero de 1813) donde Belgrano, uno de los más amables corazones de América, dará á su Patria plenitudes de gloria, y abrirá otra vez el paso á sus armas hacia el último baluarte andino.

Es muy grande ese flujo y reflujo de la llanura argentina, que va á escalar la cordillera, y choca en ella, y retrocede, y vuelve á chocar, haciendo espuma de sangre. Vilca-

pugio (Octubre de 1813) y Ayohuma (Noviembre de 1813) allá en el alto Perú, y Sipe-sipe después (1815), serán rocas en que se deshará dos ó tres veces más la onda de libertad, dejando penetrar de nuevo, hasta Jujuy y hasta Salta, el torrente español que baja de la montaña. Los caudillos argentinos, cuyo arquetipo es el formidable Martín Güemes, formarán entonces un baluarte de arena.

Y lucirá la estrella de San Martín, austral estrella. Él desviará la marea ascendente de su cauce oblicuo hacia la meseta central del Perú, y la encauzará en línea perpendicular al eje de los Andes, que partirá con su espada. La espada de San Martín y la cordillera, formarán la cruz del sur sobre la tierra americana.

Y por esa abra de nueva creación. pasará el torrente á Chile; y caerá en Chacabuco; é inundará á Santiago de libertad.

Y allí se arrojará en el mar. Y, como los grandes ríos que adelantan en el océano sin confundirse con él, el aluvión argentino, en el que irán muchos soldados orientales, de que Pagola el animoso será el tipo, fundido con el chileno, irá en el mar, y asaltará triunfante el último peñón del dominio español en el Perú.

V

Todo esto no era posible, sin embargo, dejando detrás al Montevideo español, aliado á Portugal, y dueño del mar y de los ríos. Montevideo era el punto de mira de los enemigos que venían del Norte andino: su conservación era su estímulo; su caída debía ser y fué su quebranto. La toma de Montevideo, que vais á ver muy pronto, repercutirá en el Norte, y el enemigo retroce-

derá; resonará en el Perú, y determinará la insurrección de Cuzco, (Agosto de 1814) que, si bien fugaz y degraciada, es el primer acto de la independencia peruana.

Pero Buenos Aires miraba á Montevideo como un detalle, como un *medio* para realizar su fin; sacrificará esa ciudad, y su región oriental, como se sacrifica un batallón en el plan general de una batalla, en caso de ser ello conveniente ó necesario á sus propósitos.

Artigas era lo contrario: Montevideo y su región eran su patria, toda su patria: éste era el fin supremo de su esfuerzo. Y hubiera dejado de ser un héroe benéfico, para convertirse en un traidor, si, como base de toda acción conjunta, no hubiera asegurado, ante todo y sobre todo, la vida y la libertad del pueblo que en él depositaba su fe.

He ahí el problema.

Ese indigente pueblo oriental, tendido en el Ayuí, es el punto de apoyo, el contrafuerte indispensable, en la bóveda enorme que levantan los obreros de la independencia americana. Era, pues, necesario debelar á Montevideo; era menester reanudar el sitio. Y, para ello, era indispensable recurrir á Artigas, reconocer á Artigas... ó deshacerse de él.

Fué ese un momento de sombría indecisión para el triunvirato de Buenos Aires. Allí, en la costa occidental, estaba ese *Jefe de los Orientales,* el vencedor de " Las Piedras ", á quien se había decretado una espada de honor; que había sido nombrado gobernador de Misiones, y auxiliado con algunos elementos, para conducir á su pueblo; allí estaba el *general* Artigas, como lo llamaba el mismo triunvirato, al defenderlo contra españoles y portugueses del cargo que éstos le hacían, presentándolo como causa de la violación de un armisticio que todos querían violar. El triunvirato se encontraba ante una

alternativa de hierro: ó reconocía á Artigas y á su pueblo como entidad aliada pero soberana, ó destruía á ambos como enemigos; ó enviaba al Uruguay elementos auxiliares del pueblo oriental, reconocido siquiera como lo había sido el paraguayo, y como los enviará al pueblo chileno ó peruano, ó lanzaba sobre él soldados conquistadores.

El triunvirato vaciló, sin embargo. Comenzó por remitir algunos auxilios al Jefe de los Orientales. Éste los aceptó con el alma abierta; dió, como hemos visto, al comisionado que los condujo de Buenos Aires, don Ventura Vázquez, el mando de su mejor escuadrón de Blandengues, y prometió marchar al sitio de Montevideo, en unión con el ejército auxiliar, y sometido al general que se designase.

Envió en seguida el triunvirato un comisionado, don Nicolás de Vedia, al campamento del Ayuí, para explorar la disposición del Jefe de los Orientales, é informar exactamente sobre sus elementos de guerra, y sobre qué era aquello que estaba en el Ayuí.

Ya hemos visto que, según lo dice Vedia, la viveza con que éste pintó la buena disposición de Artigas, y de la multitud que lo circundaba, *fué oída con sombría atención* por el Gobierno. Éste no gustaba que se hablara en favor de aquel hombre ni de aquella multitud.

Una circunstancia más preocupaba al triunvirato. El gobierno independiente del Paraguay, en que comenzaba el predominio del doctor Francia, había estado en comunicación con Artigas en el Ayuí; le había enviado al capitán Laguardia, para que combinase con él un plan de operaciones, que asegurase la frontera del Uruguay y del Paraná contra los portugueses; le había remitido algunos auxilios para su pueblo, tabaco, yerba, etc. Artigas había correspondido, remitiendo algunos elementos bélicos, y, sobre

todo, reiterando sus grandes y cordiales protestas de afecto al pueblo paraguayo.

El pensamiento de Artigas, que éste no trataba de ocultar, se revelaba, pues, con toda claridad. El capitán Laguardia comunicaba así á su Gobierno los detalles de su recepción:

"Fué tan general la complacencia del ejército con la unión del Paraguay, y el General tan obsequioso y adicto á la provincia, que me tributó los mayores honores, que por ningún título yo merecía. A distancia de diez leguas del campamento, mandó tres capitanes y á su secretario á recibirme y acompañarme; á las dos leguas, el mayor general y tres tenientes coroneles; y luego el General, con toda la oficialidad y la música, á distancia de dos cuadras, á pie, recibiéndome con un abrazo al encontrarnos."

Sarratea, que era presidente del triunvirato que mandaba en Buenos Aires, se había dirigido á Francia con ese motivo, diciéndole: "La generosidad con que V. S. ha auxiliado á *nuestro ejército del Norte, que tan acertadamente dirige el general don José Artigas,* ocupa nuestra gratitud; pero...." en ese *pero* estaba el espíritu oculto. El triunvirato prescribía á Francia que se comunicase directamente con el gobierno central, no con el general Artigas, á fin de alejar las ocasiones de dar pábulo á la intriga y la mordacidad. Francia contestó diciendo que, en adelante, se excusarían tales comisiones, para alejar toda sospecha. Pero un nuevo emisario paraguayo, don Martín Bazán, fué enviado á Artigas, y el emisario fué secuestrado y registrado en Buenos Aires, cuyo gobierno reclamó del del Paraguay. Francia contestó diciendo que el Paraguay ejercía un derecho al enviar sus misiones á Artigas "pues una provincia libre é independiente puede hacer alianza y concluir tratados, sin estar obligada á dar

cuenta *á nadie* de sus operaciones y pactos con las otras aliadas. Que ningún pueblo tiene el derecho de mezclarse en el gobierno de otro, porque sería hacer injuria á su independencia el ingerirse á ser juez de su administración.''

No es difícil imaginar el efecto producido en la oligarquía de Buenos Aires por esa doctrina, que será, sin embargo, el fundamento de las naciones que hoy existen, y todos glorifican en el Río de la Plata.

Fué un triste momento, amigos artistas, aquel en que el triunvirato, en la alternativa de reconocer ó destruir á Artigas, que lealmente deseaba la unión, conciliada con la vida de su patria, optó por lo segundo; fué un triste momento. Se condensó el error sociológico incubado de tiempo atrás en las metrópolis coloniales: la falta de fé en el pueblo, y la convicción de que los gobiernos de esas metrópolis eran los herederos de los virreyes; virreyes sin rey. El triunvirato no creía posible la formación de una nación sin rey. Artigas lo creía posible; era precisamente su visión. Y ese fué el delito que le trajo el odio y la injusta guerra de Buenos Aires.

La resolución de destruir á Artigas y al pueblo oriental, considerados como un obstáculo. fué, pues, inevitable; sus raíces eran muy hondas. El triunvirato nombró con ese objeto á su propio presidente, al señor don Manuel Sarratea, como general del ejército que debía reanudar el sitio de Montevideo. Sarratea era una malísima persona. Los historiadorés de su país lo tratan con gran desprecio. Ni era general, ni era nada; sólo era el enemigo de Artigas, y el depositario de la política predominante en la capital.

Artigas, grande como siempre en ese momento, reconoció.

sin embargo, á Sarratea, como había reconocido á Belgrano y á Rondeau. Y esperó sus órdenes, dispuesto á cumplirlas. Él sólo quería la libertad de su patria, y estaba pronto á darlo todo por ella; todo, menos la patria misma. Bien sabía el libertador oriental que Sarratea no era su amigo; pero jamás imaginó que en sus propósitos estaba, no sólo el de desbaratar su ejército, sino el de deshacerse de él por cualquier medio, sin excluir el de atentar contra su vida.

Lo que menos preocupaba á Sarratea, era la reanudación del sitio de Montevideo. Acampado en el arroyo de la China, en la costa occidental, pasaba sus días y sus noches en grandes fiestas y diversiones, que contrastaban con las miserias del Ayuí.

¡Grandes fiestas! Se divertía como el rey. La política interna de Buenos Aires, donde Alvear y San Martín echaban por tierra al triunvirato en una asonada, era su principal preocupación. Pensó primeramente en abandonar la empresa del sitio de Montevideo, y acudir á Buenos Aires, para evitar el motín que se preparaba; pero producido éste, fué al sitio.

No lo hizo, sin embargo, sin tentar antes la destrucción de Artigas, enemigo peor que Alvear y que San Martín, y aun que Vigodet.

Por medio de intrigas, de dádivas y seducciones, le anarquizó el ejército que había formado con tantos esfuerzos y sacrificios, el ejército oriental; provocó la defección de varios de sus jefes; le arrebató lo mejor de sus tropas, el cuerpo de Blandengues, que Artigas había confiado á Ventura Vázquez, y que fué declarado nacional, la división de Viera, de ochocientos hombres, y varias otras. El resultado fué feliz, pero no completo. Artigas reclamó en vano. Pero quedaba aún con un núcleo poderoso de fieles: Otor-

gués, Rivera, Lavalleja, Manuel Francisco Artigas, Ojeda, Basualdo, permanecían á su lado.

Pensó entonces Sarratea en cumplir hasta el extremo las instrucciones que traía: apoderarse de Artigas, y, si eso no era fácil, matarlo. Llegó hasta insinuar á Otorgués la idea de ser el ejecutor de las justicias que venían de Buenos Aires.

¡Pobre pequeña gente! ¿A qué matar á Artigas? ¿A qué romper el vaso que contiene el nuevo espíritu, si no hacéis otra cosa que sembrar éste en el viento, que es inmortal por lo impalpable. ¡Matar apariciones!

La figura serena del hombre Artigas se engrandece más, cuando se ven las sombras rondar agazapadas en su torno.

No pudieron matar á Artigas; no se atrevieron. Tenían más miedo de matarlo que él de morir. Decid á Roma que habéis visto á Mario sentado sobre las ruinas de Cartago. No se atrevieron.

El *general* Artigas lo supo todo, absolutamente todo; nada nuevo para él. Devolvió á Sarratea, con oficio, los despachos de coronel que había recibido de Buenos Aires. Se reservó sólo el otro carácter, el de origen más alto. Pero no por eso sacrificó la causa de su patria oriental; su alianza con la occidental era necesaria. Se limitó á separar á Sarratea del mando del ejército aliado, en la forma que veréis más adelante. Fué su primer acto de Presidente de la República del Uruguay. ¿Qué menos podía hacer por ahora? Después hará el resto. El éxito de toda empresa depende de saber el tiempo que es necesario para realizarla.

VI

Rondeau había sido enviado por Sarratea, como vanguardia del Ejército Auxiliar, á poner sitio á Montevideo. Llegó á la plaza el 20 de Octubre de 1812, y allí encontró ya á Culta, uno de los caudillos de Artigas, que, con un puñado de gauchos, la asediaba.

Allí se dió inmediatamente, dos meses después, la segunda gran batalla del Río de la Plata, la del *Cerrito,* hermana de la de *Las Piedras.*

Es preciso que hablemos un rato de esa batalla del *Cerrito.*

Iba á decir, amigos artistas, que lo que allí triunfó fué la ausencia de Artigas. Pero nó: allí triunfó Rondeau; suya es la gloria. ¡El bravo Rondeau, el buen Rondeau! Era casi un grande hombre; en el Cerrito fué un gran capitán, un bravo soldado de la patria.

Los españoles sitiados, notaron la ausencia de Artigas entre los sitiadores. Rondeau estaba solo, y lo creían escaso de elementos. Lo suponían también, y no sin fundamento, desprevenido, en la noche del 30 de Diciembre de 1812. Y en la mañana del 31, abrieron las poternas de la fortaleza, y salieron resueltamente, con las banderas desplegadas, y formando tres legiones. Eran 1600 soldados y ocho piezas de artillería. ¡Los valientes tercios españoles!....

Aun no había salido el sol. Los sitiadores dormían; algunos centinelas tomaban mate. Los animosos sitiados sorprendieron y arrollaron las avanzadas orientales; apresaron en ellas á Baltavargas; deshicieron el batallón número 6, núcleo principal de la vanguardia, en la misma falda del Cerrito; barrieron con todo cuanto se opuso á su paso de

vencedores, y escalaron la cumbre de la abrupta colina, en la que clavaron el pabellón español triunfante.

Las campanas de Montevideo, cuyos habitantes presenciaban la acción desde las blancas terrazas ó azoteas, comenzaron á cantar victoria; las salvas de la ciudadela y del cerro saludaron al pabellón vencedor, que se proyectaba á lo lejos sobre el cielo. Pero la canción de hierro cesó pronto; los colores españoles se vieron sustituídos por los de la patria en la cumbre del Cerrito. Rondeau que, enardecido y hermoso como un ágil espíritu del fuego, había conseguido rehacer los batallones dispersos, llevó personalmente una carga á la bayoneta; escaló la cumbre con su bandera. Volvió á ser desalojado por el bravo Vigodet, y volvieron las campanas de la ciudad á cantar su aleluya; pero de nuevo enmudecieron, para no volver á cantar.

Los veteranos españoles conservaron su posición largo tiempo; pero los fuegos de la infantería patriota, y las cargas inverosímiles, absurdas, de las caballerías, que volaban como bandadas de pájaros irritados en torno de la colina, los obligaron á desalojar ésta, y á emprender, á las 10 de la mañana, una desastrosa retirada hacia la plaza, cuyas puertas se cerraron tras ellos con estrépito. Muchos caídos quedaron en el campo, muchos; entre ellos estaba Muesas, el bizarro brigadier español. *¡Gloria victis!*

El 26 de Febrero, dos meses después de la batalla, llegaba Artigas con sus orientales á la línea sitiadora. Artigas y Rondeau se abrazaron en la cumbre del Cerrito, entre el alborozo de la multitud. Eran el pueblo oriental, de regreso en la patria, después de su bíblica emigra-

ción, y el occidental, de vuelta á su puesto de honor y sacrificio en pro de la causa americana.

Montevideo, con los codos sobre sus ya tambaleantes murallas, con la cabeza entre las manos, y con los ojos de sus trescientos cañones, mudos y atónitos, clavados en las vagas lejanías azules, miraba aquellos dos hombres que se abrazaban á lo lejos: el inexpugnable Artigas; el buen Rondeau.

Y el Montevideo español, sin perder el brío que tiene en la sangre, y que ha de manifestar en veinte meses de asedio riguroso, ve desvanecerse en el aire su esperanza, como la última estrella, muerta por sumersión en la luz.

¡Las Piedras y el *Cerrito!*

CONFERENCIA XI

EL PENSAMIENTO DE ARTIGAS

Artigas regresa á la patria con su pueblo. — Separación de Sarratea. — Nueva tentativa de seducción. — Artigas emprende la organización del Estado oriental. — La Asamblea Constituyente de Buenos Aires. — Los diputados orientales. — Las formas de su elección. — El Congreso del Peñarol. — Discurso de Artigas. — Declinación del sol de Mayo en América. — Las memorables instrucciones de 1813. — La visión de Artigas. — Rechazo de los diputados orientales en el Congreso. — Se ordena levantar el segundo sitio de Montevideo. — Segundo Congreso en la Capilla de Maciel. — Artigas se retira de la línea sitiadora. — Salva la democracia. — El Quijote siniestro — La sentencia de muerte contra el héroe y su pueblo. — *Segno d'immensa invidia...*

I

Amigos artistas:

El segundo sitio de Montevideo va á durar veinte meses: del 20 de Octubre de 1812, al 25 de Junio de 1814, en que la plaza caerá en poder de los sitiadores. Artigas lo sostendrá hasta el 21 de Enero, cinco meses antes de la capitulación.

Ya os he hecho mirar especialmente á vuestro modelo, amigos artistas, en sus actitudes marmóreas; he procurado

haceros aprovechar los momentos en que adquiere todo su carácter, su expresión intensa, su movimiento estético.

En este año 1813, desde el momento en que se incorpora al segundo sitio, hasta el en que se retira de él con su pueblo, cobra Artigas todas sus proporciones; su pensamiento solar brota ya conglomerado de la sombra caótica, y, separando las tinieblas de la luz, empieza á regular los días y las noches de la patria oriental organizada.

Artigas, al repasar el Uruguay con su ejército, viene con dos propósitos bien definidos: primero, desalojar de Montevideo al usurpador de la soberanía oriental; segundo, hacer respetar ésta, y darle su organización democrática.

No se trataba, pues, de sustituir un dueño por otro. Era necesario que el pueblo oriental no se viera obligado otra vez á abandonar su tierra, y ya hemos visto que, para ello, no podía contar sino condicionalmente con Buenos Aires. Ese pueblo debía tomar lo que era suyo, y arrancarlo de manos de cualquier detentador injusto. Y, sobre todo, valerse por sí mismo, no quedar en absoluto á merced de otro.

El primer acto que realizó Artigas, en el ejercicio de su autoridad en el Uruguay, fué, y no podía menos de ser, la separación de Sarratea. Ya sabéis que Artigas y Sarratea son incompatibles: el uno ó el otro; el pueblo oriental, ó la otra cosa.

Sarratea se dirigió á Montevideo, seguido por Artigas de cerca; llegó el primero al Cerrito, y el segundo acampó á alguna distancia. El ejército oriental, casi aniquilado en el Ayuí, había renacido más vigoroso que nunca, en torno de su núcleo de rotación: tenía 4.700 hombres. El buen Sarratea creyó que Artigas iba á ponerlo á su disposición, en territorio oriental, como lo había hecho en el occidental.

Cuando menos, ese era el deber de Artigas, desde que el buen Sarratea traía sus papeles en forma de Buenos Aires.... Nó, no creáis, amigos artistas, que os hablo en broma: ese ha sido el criterio de más de un historiador para juzgar á Artigas. Sarratea era el legítimo; los triunviratos y directorios de Buenos Aires, que subían y bajaban y se devoraban los unos á los otros, eran los legítimos; la Logia Lautaro era la legítima: todos esos señores eran los legítimos sucesores de Fernando VII ó de Carlos IV. Artigas, que nada quería con Carlos ni con Fernando, era el ilegítimo, el usurpador, el malvado; debió poner su cuello y el de su pueblo á la sagrada cuchilla de la legitimidad y de sus sagrados representantes: Sarratea, Alvear, la logia y demás.

Pero Artigas no pensaba así; él no creía más en la legitimidad originaria de Buenos Aires que en la sagrada de Fernando VII; él no creía en más legitimidad americana que la emanada del pueblo. Vosotros diréis quién tenía razón; quién encarnaba, sobre todo, la revolución de 1810. Hizo saber á Rondeau, que iba á incorporarse á las fuerzas sitiadoras de su ciudad natal; pero previa destitución de Sarratea, cuyo *auxilio* no era necesario. Rondeau comprendió que era preciso obedecer á Artigas, porque tenía razón, y, además, *quia nominor leo*. Porque Artigas había comenzado á demostrar que podía dar sanción á sus actos de jefe del estado: había comenzado por hostilizar á Sarratea en su marcha, y por demostrarle la conveniencia, la necesidad de su retiro. Éste lo había prometido: era un sagaz diplomático. ¡Las diplomacias que rodearon á Artigas! Se iniciaron negociaciones, pero fueron falaces. Al llegar al Cerrito, el triunviro bonaerense, viendo fracasadas sus diplomacias, anatematizó á Artigas, hasta dictar un bando que lo declaraba traidor y fuera de la ley. Éste

apretó algo más: arrebató al ejército sitiador sus caballadas, é impidió la llegada á él de nuevos refuerzos; probó, con el menor perjuicio posible, que tenía elementos para sancionar sus órdenes.

Todo eso no era una declaración de guerra á Buenos Aires; eran simples represalias, actos de jurisdicción y de imperio, realizados por quien era depositario de la autoridad nacional.

Vigodet, el gobernador español de Montevideo, impuesto de las disidencias entre Artigas y Buenos Aires, recurrió de nuevo á la tentación. Envió comisionados al primero, llamándole su fiel amigo; todo se le proponía, todo se le ofrecía: amistad, los grados militares que deseara, el carácter de único general de la región oriental, con facultades de formar cuerpos, despachos en blanco para que designara cuantos oficiales fueran de su agrado, recursos de todo género: dinero, gente, armas, municiones, vestuarios... amistad sobre todo, unión con sus hermanos los orientales de Montevideo, y en contra de Buenos Aires. ¡Qué no hubiera dado España por recuperar su antiguo capitán de blandengues!

Artigas despachó agriamente al portador de la nota. "¿Qué me importa — dijo — el carácter de comandante general de la campaña, si el voto unánime de sus habitantes me señala más altos destinos?" Escribió, sin embargo, en el margen de la nota en que contestaba la propuesta de soborno: "Sirva para la vindicación del Jefe de los Orientales, que rechazó esto en las circunstancias más apuradas."

Y volvió á pensar en la organización de su pueblo.

Rondeau obedeció al jefe de los orientales: encabezó una

conspiración en el ejército; hizo saber á Sarratea que, siendo su presencia un obstáculo para la incorporación de Artigas, y ésta indispensable para el éxito de la campaña, haría bien en abandonar el ejército, y designar un sustituto. Sarratea comprendió su situación: se fué, y designó como sustituto á Rondeau. Artigas acató á Rondeau en ese carácter.

Voy á violar, amigos artistas, mi propósito de no molestaros más de lo justo con documentos; quiero haceros conocer el siguiente, que poseo original, y que es nuevo en la historia. Léamoslo, porque es sugestivo. Es una nota dirigida *Al Comandante General don José Artigas*, y firmada, como lo veis, por el triunvirato de Buenos Aires: Juan José Paso, Nicolás Rodríguez Peña y Antonio Alvarez Jonte. La suscribe Tomás Guido como secretario.

Notad que es del momento en que nos hallamos: 17 de Febrero de 1813. Y dice así:

"Habiendo resuelto el Superior Gobierno, de acuerdo con la Soberana Asamblea, dar una nueva dirección á las fuerzas sitiadoras de la Capital, por reclamarlo así los sagrados intereses del país, ha comunicado con esta fecha la orden consiguiente al General don Manuel de Sarratea, para que, con la brevedad posible, mueva sus tropas en retirada, y retroceda hasta el punto que se le indica. Más como sería muy sensible que los enemigos dejasen de sentir las privaciones y miserias á que los había reducido el sitio, es de absoluta necesidad el que V. S., sin pérdida de momentos, pase á ocupar los puntos que hoy cubren las fuerzas de la Capital. Y para que V. S. pueda obrar con el lleno de facultades análogas á ese nuevo empeño, ha tenido á bien este Gobierno nombrarlo *Comandante General de los Orientales.*"

"Es pues llegado el tiempo de que V. S., rindiendo cuantos sacrificios reclama la causa santa de la libertad, haga conocer á Montevideo la importancia de los esfuerzos de las tropas de V. S. y la inutilidad de su resistencia...."

"Con motivo de haber resuelto la Soberana Asamblea la misión de uno de sus miembros, plenamente autorizado, para transar las dificultades que agitan esa Banda, se espera el resultado de su diputación.... y, entretanto, se lisonjea el Superior Gobierno de que V. S. proporcionará al referido Sarratea los auxilios de caballada y boyada que hubiere á su alcance, para que, con prontitud, se emprenda la retirada, contando V. S., y las tropas de su mando, con toda la protección y amparo que le dispensarán este Gobierno y los habitantes de la Capital."

"Dios guarde á V. S. muchos años."

Creo que esa nota os revelará el carácter y representación de Artigas. Éste accedió á todo: dió caballos, y bueyes, y todo cuanto necesitó Sarratea para retirarse. Y él ocupó su puesto de sacrificio en pro de la causa de la libertad, como jefe de su pueblo, reconocido al fin por Buenos Aires, como lo veis.

Ya hemos visto á los vencedores de Las Piedras y del Cerrito abrazarse frente á los muros de Montevideo, entre las aclamaciones de los dos ejércitos aliados, y del pueblo oriental.

II

Sarratea, lleno de rencor exacerbado contra el héroe, se fué á Buenos Aires, donde se incorporó, como miembro influyente, á una comisión allí formada con el ob-

jeto de convocar y animar la Asamblea General Constituyente, que debía llamar á todos los pueblos del Plata, para darse su organización política.

Es el caso, pues, de pensar en esa *Asamblea General Constituyente*. Artigas la deseaba con sinceridad. No deseaba otra cosa: un sitio elevado, visible de todas partes, en qué encender la lámpara de su pensamiento: independencia; reconocimiento de la personalidad y de las energías de los pueblos para obtenerla. Toda la verdad; todo el porvenir.

Inútil pensamiento. En Buenos Aires está el espíritu de su enemigo, que es legión. No es sólo Sarratea el que allí espera á Artigas en la asamblea constituyente: allí está, como árbitro supremo, aquel joven teniente Alvear, venido de Europa el año anterior, cuyo carácter y significado os he hecho conocer; es el presidente de la Logia Lautaro, el derrocador del gobierno, el áureo portador de las grandezas señoriales europeas, el que, dos años más tarde, colocado por la Logia en el puesto de Director Supremo, ofrecerá las Provincias Unidas á Inglaterra, suplicándole que las tome; allí está don Bernardo de Monteagudo, tribuno de grandes palabras sin habitante, organizador de la Logia, que es ahora un demagogo, y será mañana un monárquico apasionado; allí está don Vicente López, y Vieites, y Belgrano, y Rivadavia, que, dentro de un año, irán á Europa á rogar á Carlos IV que venga á América por su propiedad; y Posadas, que por nada quiere república sino monarquía, pues no concibe la autoridad ejercida por hombre con quien se esté familiarizado; allí están muchos de los que, tres años más tarde, constituirán el Congreso de Tucumán, que será monárquico. Todo eso está allí.

¿Pero dónde está el espíritu del 25 de Mayo de 1810?...

Como bien lo comprendéis, amigos míos, allí no puede

tener representación el pueblo oriental de Artigas. Artigas, en aquel centro, está condenado de antemano; su sentencia está escrita, sentencia implacable, irrevocable. Si el pueblo oriental ha de tener representación en esa asamblea constituyente, será necesario buscar otro pueblo oriental, no el de Artigas, es decir, la no realidad. Ya habéis visto que, como decía Vedia en su informe, el pueblo oriental estaba todo entero en el Ayuí, en torno de su profético conductor.

No es, pues, necesario preguntar qué destino espera á los diputados orientales, cuando se presenten en Buenos Aires, con toda sinceridad, á cooperar á la organización general: están rechazados de antemano. Lo fueron. ¿Sabéis por qué?.... Por defectos en la forma de su elección: porque Artigas había influído en ella. ¿Y sabéis lo que son *formas,* amigos artistas? Meditad un poco en eso: *formas.* Ya sabéis cómo andaban esas pobres formas en Buenos Aires, donde, según decía Posadas, y era verdad, todo se hacía por medio de asonadas tumultuosas.

Nó: el defecto de los diputados orientales no estaba en ellas: estaba en los fondos, en las profundidades. Allí no había sinceridad, no había realidad; los historiadores que han tomado eso á lo serio, eso de *formas,* pragmáticas, etc., no han sido tampoco sinceros; digámoslo en honor de su buen sentido.

Yo no sé, mis buenos amigos, si Artigas, en esos momentos históricos, creyó ó nó en la sinceridad del llamado hecho por Buenos Aires á los pueblos, para que se constituyeran libremente. Era, sin embargo, muy capaz de creer en ella. El era, ante todo, una fe, y pudo creer en la aparición de un hombre de fe en la asamblea que se proyectaba en Buenos Aires.

Sea de ello lo que fuere, el *Comandante General de los Orientales* comunicó á Rondeau su propósito de convocar

un congreso, no sólo para que el envío de diputados pudiera realizarse, sino para que ese congreso representara á la Provincia Oriental, y designara sus autoridades, una vez que la desalojaran totalmente los españoles, como tenía que suceder muy pronto. Sólo esa entidad podía, por otra parte, reconocer la asamblea constituyente de Buenos Aires, enviar á ella los representantes que se pedían, y someter el pueblo oriental á sus leyes. Hizo, pues, la convocatoria en forma tal, que no es posible dudar de la intención, ni de la esperanza que abrigaba.

Pero Buenos Aires no quería eso, ya lo sabéis, sino la sumisión lisa y llana de Artigas, considerado simple agente, en su propia tierra, de quien mandara en la ciudad occidental; mero ejecutor de sus órdenes. Lo contrario, la formación de *un organismo* oriental, era acto de rebelión contra la legitimidad.

III

Los diputados elegidos por los pueblos de la Banda Oriental llegaron al campo de Artigas, en el Peñarol, el 3 de Abril de 1813. El 4 se reunieron para oir las explicaciones del prócer.

Y es en este momento en el que quiero que veáis á este hombre extraordinario, amigos artistas. Va á dar forma al mensaje divino de que es depositario, y tiene que revelar y cumplir.

Artigas abre y preside nuestro primer senado. Está en un modestísimo salón, rodeado de los hombres de pensamiento de la patria: Larrañaga, Barreiro, Suárez, Durán,

Méndez, Vidal, etc. Una asamblea bien respetable, por cierto.

Ese primer senado uruguayo, amigos artistas, es propicio al relieve luminoso; pero yo me empeño en no distraer vuestra mirada en el conjunto, para que la concentréis en vuestro hombre. Hay una gran diferencia entre esos patricios que constituyen la asamblea, y ese hombre Artigas que los preside. Aquéllos, como sus equivalentes de la Asamblea de Buenos Aires, son un pensamiento elevado, una doctrina adelantada, una lección aprendida en buenos libros; éste es una fe, una visión brotada del conocimiento de los hombres y las cosas; aquellos son traductores; éste es conductor de un mensaje interno, recibido en la comunicación consigo mismo, con la vida, con el dios interior de que os he hablado tantas veces; aquéllos eran idea, pero idea muerta, árbol sin raíces; éste era idea viva, arraigada en el alma, idea y acción compenetradas, pasión, lo que se llama pasión; aquéllos podían cambiar de pensamiento, discrepar de él en la acción, vivir sin él; Artigas nó, porque vida y pensamiento son en él la misma cosa; vivirá con su pensamiento como con su sangre; obrará según él, por la misma razón porque respira, según aquella sangre sale del corazón y regresa á él transformada por la combustión vital. Eso y no otra cosa es lo que se llama genio. El pensamiento del grande hombre emana de las profundidades de su ser, como el árbol de las profundidades de la tierra. Así como éste no muestra sus raíces, sino su ramaje, su flor, su fruto, para probar su comunión con la tierra, con la vida universal, el héroe ofrece su vida en acción, en flor, en fruto, como prueba de su armonía con la armonía de los orbes. Sus razones, las raíces de sus ideas, no son accesibles muchas veces en el presente:

sólo el tiempo escarba la tierra, y las pone al fin de manifiesto, en el momento floreal de las memorias.

El íntimo pensamiento de Artigas es palabra en su boca y luz en sus ojos, cuando, al inaugurar el congreso, dice á aquellos hombres que lo rodean: "Mi autoridad emana de vosotros, y ella cesa por vuestra presencia soberana. Vosotros estáis en el pleno goce de vuestros derechos: he ahí el fruto de mis ansias y desvelos; he ahí también todo el premio de mi afán. Por desgracia, agrega, va á contar tres años nuestra revolución *y aún falta una salvaguardia del derecho popular.* Estamos aún bajo la fe de los hombres. Toda clase de precauciones deben prodigarse cuando se trata de fijar nuestro destino. Es muy veleidosa la probidad de los humanos."

En ese memorable congreso se acordó reconocer la asamblea constituyente de Buenos Aires, é incorporarse á ella. Ese reconocimiento descansaba en el concepto incontrovertible de que aquella asamblea era, y no podía menos de ser, la ejecutora del pensamiento esencial de la revolución de Mayo, y, en especial, la garantía de la autonomía oriental, que los orientales no podían poner en discusión. Pero por más que eso podía considerarse tácitamente incluído en la declaración del Congreso del Peñarol, éste quiso hacerlo expresamente. Además de exigir la continuación del asedio riguroso de Montevideo con Rondeau, y la devolución de elementos bélicos, dijo: "Será reconocida y garantida la confederación ofensiva y defensiva de esta Banda con el resto de las provincias unidas, renunciando cualquiera de ellas la subyugación á que se ha dado lugar por la conducta del anterior gobierno. En consecuencia de di-

cha confederación, se dejará á esta Banda Oriental en la plena libertad que ha adquirido como provincia compuesta de pueblos libres; pero queda desde ahora sujeta á la constitución que emane y resulte del Soberano Congreso General de la Nación, y á sus disposiciones consiguientes, teniendo por base la libertad."

Se aclamó á Artigas como el jefe indiscutible del Estado; se organizó éste con todos sus resortes. Rondeau reconoció el hecho consumado.

Pero se redactaron, además, las instrucciones que debían regir, en la asamblea de Buenos Aires, la conducta de los representantes del pueblo oriental.

¡Las instrucciones del año XIII! Ellas son, mis amigos artistas, el milagro de aquel momento histórico. Una conjuración, de las cosas más que de los hombres, las ha tenido ocultas hasta ayer no más, á pesar de la gran difusión que en su tiempo recibieron. Fueron halladas en los archivos de la Asunción, en copia refrendada por el mismo Artigas, hacia el año 1867; se publicaron por primera vez en 1878. Los historiadores, amigos ó enemigos de su autor, han escrito sin conocerlas. Advertid, sin embargo, la claridad que proyectan sobre la misteriosa figura de ese hombre singular, ó, más bien, la luz de pensamiento que encienden en el núcleo de su sombra, que aparece así como una nube iluminada.

Recordad que estamos á principios del año 1813. Si tuviéramos tiempo de recorrer las distintas regiones de América en ese momento, y darnos cuenta del estado de la revolución, ese estudio nos sería verdaderamente útil. El sol de Mayo se ponía en todas partes; el triunvirato de Buenos Aires, sin pensamiento ni propósito fijo, andaba á tientas.

tropezando en las tinieblas, buscando ó esperando al hombre que no aparecía. En la Asamblea Constituyente brillarán resplandores inconsistentes y fugaces. Don Bernardo Monteagudo, por ejemplo, que allí aparece como el genio del nuevo espíritu y sucesor de Moreno, acabará renegando del principio republicano; esa asamblea constituyente no constituirá nada, porque no tiene fe firme; no declarará la independencia, ni mucho menos; está atada á la antigua metrópoli por el espíritu tradicional monárquico; no quemará las naves; las calafateará para el probable regreso al puerto de salida; hará reformas importantes, pero reformas en el organismo español. No hay que hacerle cargos por eso; era lo natural, lo humano. El genio autóctono no estaba allí; allí no había más que reflejos de espíritus remotos.

Artigas, más vidente que sabio, dicta entonces sus instrucciones; traza en ellas, con la misma seguridad que Jefferson y Wáshington, las cifras del evangelio republicano. No son ellas una opinión; son una evidencia, un grito imperioso, una intimación de luz que vibra en las tinieblas. Son el porvenir, armado de todas armas, que aparece en el presente, como una sombra iluminada que es preciso obedecr.

Esas instrucciones son la primera y la última palabra del hombre de Mayo; en ellas está su visión: la visión que veréis siempre á su lado, llevándolo de la mano.

Comienzan por establecer que los diputados orientales deben pedir "*la inmediata declaración de la independencia absoluta de estas colonias, las cuales quedarán absueltas de toda obligación de fidelidad á la corona de España y familia de los Borbones. Y que toda conexión política entre aquéllas y el estado de España es y debe ser totalmente disuelta. No aceptarán, en sustitución del régimen*

abolido, más forma de gobierno que la republicana, ni más sistema que el de confederación de los distintos estados soberanos del Plata.''

Eso está muy pronto dicho. Hoy nos parece la cosa más natural del mundo, desde que es eso lo que ha sucedido, y debía suceder. Pero en 1813, eso era un desgarrón audaz del velo del porvenir, era *el secreto manifiesto* que todos miran, y sólo los iluminados ven. En ninguna región de la América austral se había hecho una declaración igual ni parecida. Sólo en la región de Bolívar, allá muy lejos, se moría por esa fe. Fernando VII seguía reinando moralmente entre nosotros. Belgrano y Rivadavia irán á Europa antes de un año á reconocer á Carlos IV. Desahuciados en Europa, Belgrano pensará en coronar un descendiente de los reyes incásicos. Lo esensial es *que sea rey.* Me extendería demasiado si os recordara los casos concretos; pero bástenos recordar que la declaración de independencia de las Provincias Unidas del Plata será hecha sólo tres años después, el 9 de Julio de 1816, por el Congreso que se reunirá en Tucumán. Esa fecha es la cifra gloriosa de la República Argentina.

La declaración de Tucumán se hizo, sin embargo, tras largas vacilaciones y temores; y los mismos próceres que la formularon, lejos de declarar, como Artigas, la sustitución del régimen colonial por la forma republicana, pugnaron, entonces y después, por el establecimiento de una dinastía europea en el Plata. Ellos, que hoy son, y no sin causa, glorificados en su patria, no creían, sin embargo, en el pueblo, como fuente posible de soberanía y de organización.

Eso ha dado ocasión á que, comparándose la historia del Plata, con la del Orinoco, donde Bolívar abrigó siempre la nueva fe, se haya afirmado que es allá, en el Norte,

y no entre nosotros, donde se encuentra el núcleo de la independencia americana. Convengamos en que eso pudiera afirmarse si se estudia nuestra historia del Plata sin Artigas. Pero la historia del Plata sin Artigas, amigos míos, no es la historia del Plata; está mutilada, y también calumniada. Esa brecha que algunos han creído ver en nuestros fastos ríoplatenses es sólo aparente. El pensamiento de Artigas, no el de sus enemigos, fué la pasión de los pueblos todos argentinos, el motor de su acción heroica. Este Artigas fué el inspirado conductor de todos ellos, el mensajero. Estas sus *Instrucciones*, que estamos estudiando, son el verbo de esos pueblos. Y fué por eso por lo que Sarmiento, sin darse cuenta del problema, reconoció en ese hombre, que él no miró bien, el Bolívar de nuestras tierras platenses; fué por eso, no por otra cosa. Artigas es y será el héroe; él vió la verdad intrínseca de nuestra vida, la suprema realidad permanente.

Y la vió con tal precisión, que la República Argentina, después de cuarenta años de luchas y tiranías, provocadas por el antagonismo entre la capital y las provincias, sólo ha podido darse su organización definitiva con su constitución de 1853. Y esa constitución, amigos artistas, es, en sus líneas fundamentales, la reproducción de las instrucciones que dió Artigas, como Presidente del memorable Congreso del Peñarol, á los diputados orientales, el año 1813.

En éstas se consignaba, además de la declaración fundamental, lo siguiente: No se admitirá más sistema que el de confederación, para el pacto recíproco de las provincias que formen el estado. Se promoverá la libertad civil y religiosa en toda la extensión imaginable. Como el objeto

del gobierno debe ser conservar la igualdad, libertad y seguridad de los ciudadanos y de los pueblos, cada provincia formará su gobierno bajo esas bases, además del gobierno supremo de la nación. Así éste como aquél, se dividirán en poder legislativo, ejecutivo y judicial, que siempre serán independientes. El gobierno supremo entenderá sólo en los negocios generales del estado. El resto es peculiar del gobierno de cada provincia. Quedan abolidas las aduanas interprovinciales. El despotismo militar será aniquilado para asegurar la soberanía de los pueblos. La capital se establecerá fuera de Buenos Aires.

Todo esto se refiere, como lo véis, á la estructura del conjunto de los estados confederados; pero Artigas estableció la del estado oriental de una manera especial y precisa. En esas admirables instrucciones, comenzó por trazar las fronteras de su Patria, que él veía arraigadas en las entrañas de la tierra. El territorio, dijo, que ocupan estos pueblos de la costa oriental del Uruguay, se extiende *desde los siete pueblos de Misiones, que hoy ocupan injustamente los portugueses, y que á su tiempo deberán reclamarse, hasta la fortaleza de Santa Teresa. Ese será, en todo tiempo, el territorio de este estado.*

¡Hoy no lo es, amigos artistas, hoy no lo es! Ya veréis más adelante por qué los orientales no poseemos íntegra la legítima herencia del padre Artigas.

La Provincia Oriental, continuaban las instrucciones, *entra en una firme liga de amistad con cada una de las otras,* para la defensa común, para su libertad, para la mutua y general felicidad; pero retiene su soberanía, su libertad é independencia; retiene todo poder, jurisdicción y derecho que no sean expresamente delegados al conjunto de las provincias, unidas á su congreso. El estado oriental tendrá su constitución territorial, y sancionará la general

de las provincias unidas que forme la Asamblea Constituyente. Podrá levantar los regimientos que necesite, nombrar sus jefes, organizar sus fuerzas.

Por fin, se establece que la constitución general asegurará á las provincias la forma republicana de gobierno, y garantirá á todas y cada una de ellas sus derechos, su seguridad, su soberanía.

Ahí tenéis, amigos míos, el pensamiento de Artigas. No me parece indispensable á mi propósito el establecer, de acuerdo con el tecnicismo jurídico, si en ese pensamiento estaba el concepto de un gran estado federal ó el de una confederación de estados. Héctor Miranda ha escrito sobre eso, y sobre las memorables *Instrucciones* en general, un libro lleno de sólida erudición y de mérito. Pero eso es accidental para nosotros. A nosotros nos basta con saber que, en aquel pensamiento, estaba la independencia republicana de todos estos estados desprendidos de la metrópoli española; lo mismo la del Uruguay que la de la Argentina; lo mismo la de Bolivia que la del Paraguay. La unión ó separación de esos estados, en una forma ó en otra, será obra accidental de los sucesos. Lo esencial aquí es la personalidad, la vida de todas y cada una de esas entidades sociológicas. Y eso era lo que estaba, sin duda alguna, compenetrado de evidencia, en la visión profética del héroe.

IV

Se ha dicho que no fué Artigas quien trazó las instrucciones de 1813. ¡Cómo si todos los grandes hombres lo hubieran hecho todo por su mano!

Pero bien; si no fué Artigas el que abrigó, y dió forma y

custodió ese pensamiento, debe haber existido, en la Banda Oriental, *otra persona* á quien debamos atribuirlo, pues no se concibe un pensamiento que no radique en una persona, en una conciencia. Dígase, pues, quién es *ese otro*, y lo proclamaremos el héroe. Pero el hecho es que ese tal *estaba allí, sólo allí,* en el congreso oriental de 1813, y es preciso encontrarlo; el hecho es que iba con Artigas, en Artigas era conciencia permanente, y verbo, y acción... ¿Dónde está, pues, *ese otro hombre superior,* que se esconde en Artigas? ¿Cómo se llama?

Ninguno de los estadistas, más ó menos preparados, de Buenos Aires, indicó, ni remotamente, esa doctrina, cuyo origen es hoy bien conocido: bien sabemos que ella no es otra que la constitución de Estados Unidos. Y mal podían aquellos indicarla, porque no la conocían. Rivadavia, el más ilustrado de todos ellos, era, como lo dice don Andrés Lamas, un discípulo de los filósofos y revolucionarios franceses; no concebía ni conocía más sistema de gobierno que el unitario, el centralismo absoluto: monárquico primeramente; republicano, por fin, cuando no se pudo menos. Se ha pretendido atribuir á Mariano Moreno el conocimiento, y hasta la adopción del pensamiento de Artigas; para ello, se ha llegado hasta á intercalar en sus escritos un párrafo que no figura en *La Gaceta de Buenos Aires* de que fueron tomados. Pero nó: hoy la luz es meridiana. Héctor Miranda, en el libro que os he citado, examina los hombres que hubieran podido ser los autores de esas instrucciones. ¿Fué Larrañaga? ¿Barreiro? ¿Monterroso? Ninguno de ellos pudo ser; creo que la demostración de Miranda es concluyente al respecto. Y, en ese caso, la consecuencia se impone. No solamente fué Artigas, y solo él, quien proclamó el vital principio. ignorado de los demás, sino que, por proclamarlo y de-

fenderlo, fué objeto de persecución y de odio. Artigas y la Banda Oriental fueron el holocausto ofrecido al triunfo de esos principios, *alma mater* de la república triunfante.

La visión del hombre oriental, para los hombres de Buenos Aires, era una proterva visión, una Dulcinea del Toboso, pero fatídica; una emperatriz de la Mancha, pero no como la primera, inocente labradora sin pasiones, sino voluptuosa y palpitante, capaz de arrastrar al pueblo á sus brazos, y estrangularlo en ellos como una hermosa fiera. Era la anarquía. El caballero que la amara, no sería el inocente andante de la Mancha, símbolo de toda abnegación generosa, destinado á ser la burla de arrieros y venteros y Sanchos Panzas; no debía ser tratado por los duques opulentos como objeto de regocijadas parodias caballerescas, sino considerado criminal y peligroso, reo de lesa patria americana, y condenado á muerte.

Artigas era el caballero, el Quijote siniestro. Reo será de muerte.

Inútiles fueron sus esfuerzos por que los diputados orientales se incorporaran á la asamblea constituyente á hacer oir al menos la voz sincera. Ya os he hecho saber quiénes son lo que esperan en Buenos Aires á los diputados orientales: ya sabéis pues, lo que allí va á acontecer. Se presentaron por primera vez, y fueron rechazados: había defectos de forma en la elección. Artigas convocó al pueblo por segunda vez, para que ratificara los poderes de sus diputados. El pueblo los ratificó. Por segunda vez fueron rechazados.

Buenos Aires, como antes lo hemos visto, no quería eso, sino la otra cosa. Y no pudiendo obtenerla, y á pretexto de que se anunciaba la llegada á Montevideo de refuerzos

de España, resolvió por segunda vez levantar el sitio, abandonar de nuevo la provincia oriental á su propio destino.

En el mes de Mayo, se ordenó á Rondeau el retiro inmediato del ejército auxiliar. Rondeau logró paralizar la ejecución de esa inconsiderada medida; pero la orden fué reiterada y confirmada, aún antes de recibirse el parte oficial de la llegada de los refuerzos españoles.

Se ordenó á Rondeau terminantemente que levantara el asedio, y se embarcara con el ejército en la Colonia, donde ya estaban prontos los transportes necesarios. Rondeau insistió, demostró, triunfó. No pudo resistírsele; el sitio continuó.

Es verdad que el gobierno de Buenos Aires quería destinar las tropas del asedio de Montevideo á reforzar las que, allá en el Norte, resistían la invasión del español que venía del Perú; pero eso demuestra, una vez más, lo que antes os he hecho ver con claridad, amigos artistas: que la provincia oriental no era necesaria para la integración del gran virreinato español-andino; que éste era lo principal y aquélla lo accesorio; que la región oriental sería siempre abandonada, si así lo exigían los intereses de la occidental; que eso era lo que se pretendía de Artigas ante todo: el sacrificio de la patria oriental, siempre y cuando así lo reclamara la existencia de la occidental. Y Artigas no debía querer, ni quiso jamás tal cosa. Él es, ante todo y sobre todo, el jefe de los orientales; ese fué su crimen. Esta patria que hoy tenemos, mis buenos artistas, ésta y no otra alguna en el mundo, fué la que palpitó en sus entrañas de héroe, la que él parió con dolor, la que él defendió con alma de leona. ¡Sacrificarla porque así lo exigía la guerra que se hacía en el Norte!...

¡Artigas, padre Artigas!... Habrá patria para todos, ó

no habrá patria... ¡La habrá para todos! Y la habrá, precisamente porque la hay para los orientales.

Buenos Aires consintió, por fin, en que el sitio de Montevideo continuase. Pero era necesario entonces que la condición *sine qua non* se cumpliese: ordenó á Rondeau que enviase representantes á la asamblea constituyente; pero que fuera él, y nadie más que él, quien presidiese la elección según sus instrucciones.

Artigas hizo entonces el último esfuerzo.

¿Vivía aún en su alma fuerte la esperanza de conciliar la soberanía oriental y la soñada patria republicana con el núcleo dirigente de Buenos Aires, con el *buen* Sarratea, con el espléndido joven Alvear?

Cuesta creerlo; pero el hecho es que, invitado por Rondeau, accedió á suscribir con éste la nueva convocatoria al pueblo oriental.

¡Inútiles tentativas! Rondeau, de acuerdo con sus instrucciones, hizo de aquella asamblea, que reunió en la Capilla de Maciel, y no en el campo de Artigas, como estaba convenido, y que presidió personalmente, el más poderoso recurso para aniquilar á aquél, presentándolo ante sus mismos compatriotas como un espíritu díscolo é irreductible. El carácter de ese Congreso de la Capilla de Maciel está trazado por el ilustre Pérez Castellano, actor en él. "En la puerta del salón, dice, estaba de facción un ayudante que, á la menor señal, podía llamar ocho ó diez dragones, que no hubieran dejado títere con cabeza..." "En la elección de diputados no se tuvo por objeto el bien de la provincia oriental, sino presentar un documento de subordinación al gobierno de Buenos Aires." Y concluye diciendo que "en el seno de la asam-

blea se echaba bien de ver, por el general silencio que se hacía en torno de las cuestiones importantes, que entre los concurrentes no había la libertad necesaria para tales casos, y que sólo enmudecían de terror y espanto.''

Rondeau procedía con sinceridad, sin embargo: él creía en la soberanía de Buenos Aires. Ya sabéis que él no veía sino las apariencias; nadie hablaba dentro de él; todo le venía de afuera. Sólo más tarde, cuando los hechos le hagan tocar con la mano la realidad que ve Artigas, se rebelará contra Alvear; pero en este momento — y nada tiene de extraño — no cree en Artigas. En este momento rompe con él, y llega á decirle en una de sus comunicaciones: ''Son muy dignas de V. S. las reflexiones que me hace. Ojalá que bastaran á acallar pretensiones, si no injustas, intempestivas é inoportunas, cuando menos, y que éllas tuvieran poder para refrenar la imprudente licencia con que algunos díscolos, llenos del espíritu de discordia que los anima, se complacen en sembrar imposturas, con la idea de fomentar la desconfianza y la división, teniendo el descaro de zaherir los respetos de un gobierno que los llena de beneficios, gobierno del que dependemos, *y sin el cual ni aún respirar podemos.*''

Este bravo de Rondeau era un hombre ingenuo, indudablemente. Pero cuidemos mucho de no tener ahora ni un pensamiento que no sea de glorificación para el hombre honrado que venció en el Cerrito.

Sí, bravo amigo, candoroso amigo; el pueblo oriental puede respirar también sin el gobierno de Buenos Aires. Prescindirá de éste, y buscará directamente al pueblo occidental, al pueblo argentino, su hermano, su aliado, que lo llama y le pide protección contra la comuna de la capital. Éste sí que reconoce á Artigas; lo reconoció en Las Piedras; y lo vió de cerca y lo reconoció en el

Ayuí. Y ahora, sobre todo, ahora que ha visto su pensamiento escrito en sus instrucciones, reconoce y aclama en él al sólo intérprete de la revolución de Mayo, al sólo conductor que lleva á la nueva patria, á la tierra prometida.

V

Artigas ha agotado los recursos para conservar los intermediarios entre el pueblo oriental y el occidental argentino. Ha llegado, pues, el momento de recurrir directamente á éste. Va á tomar de nuevo en hombros á su patria; de nuevo va á hacerla cruzar el Uruguay; pero ya no para pedir protección, sino para darla.

En Enero de 1814, el sitio de Montevideo puede darse por terminado. Artigas sabe que la plaza caerá en manos de los sitiadores: cayó, efectivamente, cinco meses después.

Está convencido, por otra parte, de que, entrando él como uno de tantos números del ejército vencedor, los calabozos de la ciudadela lo esperan con sus mandíbulas muy abiertas. ¡Si antes de entrar, su propia vida está en peligro!... ¡Si en esos momentos está Sarratea en Río Janeiro, gestionando con lord Strangfort un nuevo armisticio para entregar el Uruguay al dominio español, y una alianza para aniquilar á Artigas, cuya resistencia á tal entrega será segura!...

¿Debe el jefe de los orientales reconocer y acatar incondicionalmente la oligarquía de Buenos Aires, y librarse inerme á sus enemigos, con su ejército, en su propia tierra, entrando con ellos á Montevideo?...

¿Debe romper las hostilidades con Rondeau, exponiéndose á que éste cumpla la amenaza que le ha hecho de

levantar, una vez más, el sitio de la plaza, si no se somete? Los dos extremos serían funestos.

Adopta entonces una de sus resoluciones geniales, más en la realidad de las cosas que la del éxodo, más todavía: en la noche del 20 de Enero de 1814, se retira de la línea sitiadora de Montevideo. Él sabía, y lo sabe hoy la historia, que su presencia no era ya indispensable para debelar la plaza, que estaba agotada.

Sale solo, disfrazado de gaucho; pero en cuanto sus leales notan su ausencia, lo buscan, lo siguen, lo encuentran, lo rodean. Los orientales todos, incluso los Blandengues, dejan el sitio, y van á donde está el alma de la patria.

En ese momento, grande para Artigas, éste salvó, una vez más, la democracia en el Río de la Plata, junto con la independencia oriental.

Ese retiro con su ejército del sitio de Montevideo tiene mucha analogía con el que realizó con su pueblo en el éxodo. Allí salvó al pueblo entero; aquí salva al ejército. Hoy se ve eso con claridad meridiana. Váis á ver, amigos míos, cómo quien entrará á Montevideo, dentro de cinco meses, no será Rondeau, el vencedor del Cerrito, sino Alvear, el joven príncipe, con su armadura de plata, con su nimbo de estrellas áureas. Se presentará á recoger las llaves de hierro de la patria ciudadela, expugnada por los hombres de Las Piedras y el Cerrito; despojará á Montevideo de todo elemento de fuerza, lo tratará como enemigo, lo dejará sojuzgado, y volverá á Buenos Aires á recoger aclamaciones. Allí soñará con arrebatar á San Martín su visión de gloria: su expedición al otro lado de los Andes. Y correrá á la empresa, y fracasará en ella, porque el ejército, á las órdenes de Rondeau precisamente, lo rechazará. Y volverá de nuevo á Buenos Aires, donde se constituirá en un dictador de 28 años. Entonces ofre-

cerá á Inglaterra el cetro del Plata, como solución del 25 de Mayo de 1810.

Si Artigas hubiera permanecido hasta el fin del asedio en la línea sitiadora; si se hubiera resignado á penetrar en Montevideo, caballero en un cisne, entre la nívea escolta y el suntuoso séquito de Alvear; si no hubiera salvado, en su persona y en su idea y en el ejército de orientales que lo han seguido, la idea y el núcleo de resistencia del pueblo oriental contra el espíritu escéptico de Buenos Aires, es evidente, de toda evidencia, que ni la república hubiera nacido entonces en el Plata, ni hoy existiría, como pueblo independiente, esta nuestra patria oriental: seríamos portugueses.

Se concibe, amigos artistas, que, en aquella época, hubiera quienes no pudieran penetrar en el pensamiento de Artigas; dejaría éste de ser hombre superior, si todos sus pensamientos hubieran estado al alcance de todos; no sería árbol vivo si mostrara sus raíces. Pero que hoy, después de abiertas las entrañas de la historia, haya quien no vea la llama que arde sobre la cabeza del héroe cuando se retira del segundo sitio de Montevideo, entre las sombras de la noche, es algo que maravilla al sociólogo.

Al saber la separación de Artigas, el gobernador español cree llegada, por fin, la coyuntura de sobornarlo, y recurre de nuevo á la tentación. Expide una proclama invitando á los orientales á unirse como hermanos: promete premios á todos, y manda proposiciones escritas á Artigas, asegurándole grandes ventajas personales y políticas. La plaza sitiada cifra todas sus esperanzas en la misión enviada al gran caudillo; dice Figueroa que los mismos españoles empecinados le llamaban *héroe y santo*, cuando esperaron

que aceptase las amplias propuestas que se le hacían... Todo fué inútil. Una vez más, Artigas y el pueblo rechazan la sugestión.

El criminal Quijote lleva á la grupa de su cabalgadura á la princesa heredera de Fernando VII; es la adorable bastarda de sangre real en el sentido de realidad, la de ojos hondos, llenos de miradas negras: la democracia americana. Hay ojos que piden y ojos que toman. La heredera secuestrada y salvada por Artigas tiene de los segundos; su belleza morena, llena de sol de Mayo, no figurará en el séquito del vencedor de Montevideo: ó entrará como reina, ó no entrará; ella es la sola vencedora.

VI

Era, pues, necesario condenar á muerte al seductor. Se formó en Buenos Aires el tribunal que debía dictar la sentencia. En esos momentos, precisamente, la colectividad que allí gobernaba, y que, como sabéis, no pudo hallar su propia cohesión, resolvió abandonar la forma colectiva, y adoptar la unipersonal. Era preciso buscar un hombre que gobernara; aquello no marchaba.

Pero... ¿dónde estaba ese hombre?

La logia Lautaro, sometida á la influencia del joven Alvear, se encargó de hacerlo aparecer. Lo halló, felizmente, en la persona de un tío de éste, don Gervasio Antonio de Posadas, que fué elegido, por la asamblea, *Supremo Director* de las Provincias Unidas.

Para conocer á este Primer Director Supremo que engendra, por fin, en Buenos Aires, la revolución de Mayo, tenemos sus *Memorias*, que acaban de publicarse, y que son un tesoro. Este señor Posadas fué una víctima, una

verdadera víctima. Con su cara plácida y bonachona, llena de candores, y sus ojos amables y pacientes, y su levita negra de solapas coloniales, y su amplia corbata blanca, era uno de esos hombres que parecen nacidos para abuelos.

En todo había pensado este excelente caballero, menos en ser Gobierno, y mucho menos revolucionario; y muchísimo menos republicano. Notario mayor de la Curia Eclesiástica, desde hacía más de veinte años, fué sacado de entre sus legajos amigos, para llevarlo de diputado por Córdoba á la Asamblea, á pesar de que él pedía á gritos "que nombrasen otro individuo desocupado é idóneo, pues él estaba impedido por su oficio de notario." No hubo más remedio que ceder, agrega; "parece que había un formal empeño en incomodarme, en meterme y comprometerme en la revolución, y en sacarme de mi casa y atenciones." Anduvo en volandas, como un genio del aire. A los seis meses, era presidente de la asamblea; al mes inmediato, vocal del Poder Ejecutivo; á los cinco meses, Supremo Director.

Sus *Memorias* no son otra cosa que una constante lamentación sobre las pellejerías que le ocasionó el malhadado gobierno de esta ínsula platense, que duró sólo un año, el 1814, en que pasó las de Caín. Las memorias empiezan así: "No tuve la menor idea, ni noticia previa. Yo vivía tranquilo en mi casa, con mi dilatada familia, disfrutando de una mediana fortuna, y ejerciendo el oficio de Notario Mayor de este obispado desde el año 1789. Me hallaba ocupado y entretenido en las actas del concurso á la vacante silla magistral de esta Santa Iglesia Catedral en el mes de Mayo de 1810, cuando recibí esquela de convite á un Cabildo Abierto.... (Era el mes de Mayo de 1810). No concurrí por hallarme legítimamente ocupado."

"Después supe, etc., etc.".... Así ingresa en la revolución de Mayo el *Primer Director Supremo de las Provincias Unidas.* Él declara francamente que dijo que aquello *nada le gustaba,* pues allí no había plan ni combinación alguna; en aquella *celebérrima Junta,* son sus palabras, los gobernadores no se entendían.

Y tiene razón que le sobra el señor Posadas para no hablar bien, como no habla, de aquel toletole político en que se veía, por obra de birlibirloque. Él era un hombre de bien, y prestó servicios, que le fueron pagados con perrerías. Lo dice con encantadora ingenuidad en sus Memorias: "Yo no era un genio; no tenía los talentos necesarios para el caso; pero dormía muy poco, algo discurría, y consultaba lo que ignoraba."

Fué tratado, sin embargo, con una crueldad inaudita una vez caído del poder. La relación que nos hace de sus penurias es realmente conmovedora... Pero él, á los ocho días de subir al gobierno, firmó la ya preparada sentencia de muerte contra Artigas, y éste no se ha quejado, ni poco ni mucho, que yo sepa, á pesar de haber dormido menos quizá que el señor Posadas.

Todo puede ser perdonado á éste, sin embargo, en obsequio á la ingenuidad con que nos revela lo que allí pasaba. Artigas se retiró del sitio de Montevideo; pero los que no se retiraron asediaban de tal manera al pobre Director Supremo con sus exigencias y sus discordias y sus ambiciones, que ellos, sin retirarse del sitio, eran los verdaderos rebeldes. Posadas los considera tales, cuando menos. Después de narrar los dolores de cabeza que le daban las disensiones en el ejército del Norte, dice: "No eran menores los disgustos que me causaba el ejército sitiador de Montevideo, cuando lo mandaba Rondeau. Don José Artigas abandonó el sitio con la división de su mando; los de-

más jefes renunciaban sus empleos, y nada bastaba á aquietarlos..."

Posadas se daba á todos los diablos; escribía á San Martín, á French, á Rondeau, á Soler, por ver de satisfacer sus ambiciones y apaciguarlos. "Mi amado hermano, escribe á French, acabo de recibir su apreciable del 4.... Seguramente usted ha olvidado que yo estoy aquí sentado contra los sentimientos de mi corazón, y lo mismo se ha olvidado Rondeau, á quien ya he escrito sobre su infernal renuncia. Soler también renuncia de oficio. Con que, si á ustedes les parece, admitiré las tres renuncias, y me iré á mandar los tres regimientos."

Pero entre todas las comunicaciones de Posadas, todas ellas llenas de la luz que yo difundo en lo que os digo, ninguna más expresiva que la dirigida al coronel don Miguel Estanislao Soler. "Mi amigo del alma, le dice, ya no sé con qué palabras he de hablar á los hombres. Algún demonio se ha metido en esta casa. Rondeau renuncia; French y usted renuncian; Artigas renunció y nos destrozó 500 hombres. *Los oficiales que ha hecho prisioneros me escriben que los he sacrificado estérilmente,* PORQUE LA CAUSA DE ARTIGAS ES JUSTA. Belgrano renunció, y está enojado. San Martín dice que á su mayor enemigo no le desea aquel puesto. Díaz Vélez ha renunciado y está enojado. ¿No es esto cosa de locos? ¿Se puede así marchar á ninguna empresa?"

¡Los oficiales prisioneros proclaman que la causa de Artigas es justa! Convengamos en que esta declaración no carece de interés, por más que sepamos, mejor que los oficiales prisioneros, lo que es la causa de Artigas.

A pesar de todo esto, Posadas tuvo que ser el agente de ese demonio que él sospechaba alojado en la Casa de Gobierno de Buenos Aires.

El fué el encargado de dictar la sentencia de muerte contra los vencedores de Las Piedras, raptores del fuego sacro; contra ese Artigas, cuya causa era justa. La sentencia es hermosa por lo implacable, sentencia de vampiro. Aunque todas las olas del mar, convertidas en sangre, corrieran por las arterias de Artigas, no tendría éste sangre bastante para aplacar la sed de esa sentencia.

Vosotros sabéis, mis queridos artistas, que la magnitud de un hombre se juzga, tanto por los que lo aman, como por los que lo aborrecen: juzgad del tamaño de Artigas por el odio de su sentencia de muerte.

Comienza ésta por un largo preámbulo, en que la adulteración de los hechos notorios llega á un grado tal de candor, que hace pensar en la cólera de un niño felino.

¿Recordáis, amigos míos, aquel sereno capitán de Blandengues, grado equivalente al de general en el gobierno colonial, que os hice conocer al principio y que había sido indicado por Moreno como el hombre necesario, por sus talentos y prestigios, para levantar el pueblo oriental y adherirlo á la revolución de Mayo? ¿Lo recordáis en la Calera de las Huérfanas y en la batalla de Las Piedras, en que salvó á Buenos Aires y á la revolución? Pues ese capitán, jefe de los orientales, es, en ese preámbulo, un "humilde y prófugo teniente, que vino á implorar el socorro de Buenos Aires en los comienzos de la revolución"; él es un injusto agresor de los portugueses, cuando defendía contra éstos á su pueblo, y Buenos Aires, llamándolo General Artigas, apoyaba su conducta; él es un desobediente á Sarratea, al buen Sarratea, cuando, unido á Rondeau, lo obligó á separarse del sitio; es, por fin, un sospechoso de connivencias con el gobierno español....

Y por todo eso, el señor Posadas decreta:

"1.º Se declara á don José Artigas infame, privado de sus empleos, fuera de la ley y enemigo de la patria.

"2.º Como traidor á la patria, será perseguido y muerto en caso de resistencia.

"3.º Es un deber de todos los pueblos y las justicias, de los comandantes militares y de los ciudadanos de las provincias unidas, el perseguir al traidor por todos los medios posibles. Cualquier auxilio que se le dé voluntariamente será considerado como crimen de alta traición. *Se recompensará con seis mil pesos al que entregue la persona de don José Artigas, vivo ó muerto.*

"4.º Los comandantes, oficiales, sargentos y soldados que sigan al traidor Artigas, conservarán sus empleos y optarán á los ascensos y sueldos vencidos, toda vez que se presenten al general del ejército sitiador ó á los comandantes y justicias de las dependencias de mi mando, en el término de 40 días, contados desde la publicación del presente decreto.

"5.º Los que continúen en su obstinación y rebeldía después del término fijado, son declarados traidores y enemigos de la patria. De consiguiente, los que sean aprehendidos con armas, serán juzgados por una comisión militar, y *fusilados dentro de las 24 horas.*"

Todo eso está firmado por el muy bonachón del señor Posadas; pero éste no fué su autor; él así lo dice, y yo se lo creo á pie juntillas.

Imagínese todo el rencor y el odio comprimido que estaba depositado contra el héroe oriental y su pueblo, en el fondo de las almas que dictaron eso, y el destino que le hubiera cabido si penetra con Alvear en Montevideo, dispersando su ejército. No podía ser ese un odio reciente; los cachorros no rugen así; era un odio y un rencor muy

viejos, muy profundos: rugido de fiera anciana, de tigre octogenario, muchas veces secular quizá, y que ruge en lengua extranjera. Los tigres americanos no tienen tampoco esa voz.

Artigas es, pues, un ajusticiado, privado del agua y del fuego; su cabeza puesta está á precio. El pueblo oriental queda emplazado por cuarenta días. Si en este término no se presenta desarmado ante su severo protector, será fusilado á las 24 horas. Será recompensado si se presenta: se le dará un buen premio, empleos, ascensos y sueldos devengados.

¡Los sueldos de los soldados orientales, que, muriendo, nos dieron patria!

¡Oh amigos, amigos artistas! No os imagináis lo que me conmueve pensar en eso. ¡Si sintiérais lo que yo, al pensar en los sueldos de esos pobres ajusticiados que siguen á Artigas!

Son ahora tres mil hombres; después serán ocho mil, y todos morirán por la patria.

¡Sus sueldos! ¿Recordáis aquel ataúd, descomunal por lo grande, que quería Enrique Heine para enterrar su amor y sus infortunios? Imaginad ahora vosotros el monumento que tendríais que fundir, si tuviérais que emplear en él todo el oro que no pagamos á los soldados de Artigas!

Esos soldados no tenían sueldo como los tenían los soldados de Wáshington; ya lo veréis más adelante. Artigas no tuvo sueldos; vivió muy pobre; murió muy pobre; lo enterraron de limosna.

Nó: el pueblo oriental no fué á buscar sus sueldos á Buenos Aires. Amó más que nunca á Artigas; su amor

se transformó en culto, y se resolvió á morir con él. Nadie ha sido más odiado ni más amado que ese hombre.

Para él está escrita, amigos artistas italianos, no para Bonaparte, la estrofa marmórea de vuestro Manzoni:

Segno d'inmensa invidia,
E di pietá profonda;
D'inestinguibil odio,
E d'indomato amor.

CONFERENCIA XII

EL TRIUNFADOR EN MONTEVIDEO

La revolución en Chile. — José Miguel Carrera y Juan Martínez de Rosas. — O'Higgins y Mackena. — Los tratados de Lircay. — Carrera y O'Higgins. — Caída de Chile en *Rancagua*. — San Martín. — Chacabuco. — Carrera errante por el mundo. — La continuación del sitio de Montevideo. — Brown. — Montevideo estrangulado. — Capitulación de la plaza. — Aparición de Alvear como libertador. — ¿Artigas en el séquito de Alvear?

I

Amigos:

Tengo mucho interés, ahora más que nunca, en que os déis cuenta bien exacta de la existencia de estas dos naciones de lengua española, que han nacido á ambos lados de la profunda cuenca del Uruguay y el Plata: la occidental y la oriental; la inmensa región andina que se extiende de los Andes hasta aquella gran cuenca hidrográfica, y la nación atlántica, mucho menor que aquella territorialmente, que va del lecho de los grandes ríos al océano.

Ambas tienen sus metrópolis como sabemos: Montevideo y Buenos Aires.

Buenos Aires está en poder de su dueño, si bien á nombre de Fernando VII, desde el 25 de Mayo de 1810; Montevideo va á estarlo, por fin, á nombre propio, muy pronto.

Artigas, el ajusticiado, tomará en breve posesión de la plaza, y coronará en ella á la heredera legítima que ha robado; á la sola soberana que él ha reconocido y salvado: la democracia americana independiente.

Ambas tendrán que continuar la lucha por la independencia, sin embargo; Buenos Aires contra el español, que insiste en decirse su señor natural, y que, partiendo de Lima, su gran sede colonial, bajará por los contrafuertes de los Andes en dirección al Plata; Montevideo, una vez desalojado el español, tendrá que luchar contra el portugués, que también se cree su dueño, y que vendrá de Río Janeiro, su sede real en la región atlántica.

El pueblo argentino occidental se cubrirá de gloria en el Norte, á pesar de los desastres que acaba de experimentar en Vilcapugio y Ayohuma, y del que sufrirá en Sipe-Sipe; cruzará los Andes, y pasará á Chile con San Martín; recogerá los laureles de Maipú, y, coronado con ellos, dará cima á la campaña del Perú, donde se encontrarán los dos héroes andinos: San Martín y Bolívar.

El pueblo argentino oriental emulará esas glorias del occidental en su lucha con el portugués. Pero no encontrará á Bolívar: luchará solo, y caerá sacrificado á la traición y el número; pero salvando el germen de la futura patria.

Dentro de esa guerra contra el enemigo exterior, español el uno, portugués el otro, va á empeñarse la lucha entre el gobierno de Buenos Aires y toda la Provincia Oriental, lucha provocada no tanto por la estupenda condenación á muerte de Artigas y de todo su pueblo, cuanto por el antagonismo fundamental que representan Artigas y el Directorio de Buenos Aires: es la lucha de la fe contra

el escepticismo, la de la democracia republicana, la verdadera independencia, contra la monarquía.

Artigas acudirá en apoyo del pueblo argentino occidental, que es también víctima del gobierno que manda en su metrópoli. Éste llamará en su auxilio, contra Artigas, al enemigo portugués, al que estimulará á la conquista del Uruguay, haciéndolo ejecutor de la sentencia de muerte dictada contra el pueblo oriental, que él no puede ejecutar.

Ese es el problema que váis á ver planteado, amigos míos.

Ya estáis vosotros plenamente aleccionados para no confundir, como otros lo han hecho, esa lucha por la vida propia y por la democracia argentina, que empeña el pueblo oriental contra el Directorio de Buenos Aires, con otras luchas que estallaron en el seno de la revolución americana, y que son guerras intestinas.

Quiero haceros conocer someramente, sin embargo, para que veáis íntegro el cuadro de la revolución de América, y porque se vincula á la vida de Artigas, la independencia y la lucha interna de Chile.

La revolución tiene allí el mismo origen que en Buenos Aires: formación de Juntas de Gobierno para custodiar los derechos de Fernando VII. Como en Buenos Aires, se desata allí la guerra interna, provocada por las ambiciones de los hombres: José Miguel Carrera lucha con Juan Martínez de Rosas, próceres ambos chilenos. El primero predomina al fin, y dirige la guerra contra España, que, desde el Perú, envía sus ejércitos por el océano Pacífico, y los desembarca en el Sur del territorio chileno, de donde emprenden su marcha hacia Santiago.

Carrera, después de breve resistencia, es depuesto por

sus compatriotas, y tomado prisionero por los españoles. Lo suceden O'Higgins y Mackena en el mando del ejército; pero éstos, cuando esperan la victoria de sus armas sobre Gainza, el jefe español, reciben orden de cesar en las hostilidades. Se han celebrado los tratados de Lircay, (Mayo de 1814) en que Chile, bajo ciertas condiciones, reconoce su dependencia del rey de España. — Aquí también interviene el representante inglés, Hillyar.

José Miguel Carrera, fugado de su prisión, reaparece de nuevo en Santiago, y promueve allí otra revolución; depone al gobierno, y él mismo se coloca á su cabeza: es la guerra civil. El bando caído llama á O'Higgins. — Éste combate con Carrera y es vencido. Cuando se prepara á renovar la batalla, sabe que España desaprueba los tratados de Lircay, y envía un nuevo ejército al mando de Osorio, para restablecer su autoridad sin condiciones. Carrera y O'Higgins marchan entonces unidos contra el enemigo común, á las órdenes del primero. Pero la reconciliación no es sincera por ambas partes. O'Higgins, sitiado en Rancagua, hace una resistencia homérica. Espera á Carrera, que debe venir en su auxilio; lo ve acercarse por el Norte; pero luego advierte, con asombro, que Carrera se retira, y que deja caer muerta á Rancagua.

Muerta sobre el glorioso escudo. De su dos mil defensores, sólo quedan trescientos, que se abren paso con el filo de sus sables entre las compactas líneas sitiadoras, con O'Higgins resplandeciente á la cabeza.

Chile cae de nuevo en poder de España (Octubre de 1814).

Dos años después, (Enero de 1817) descenderá San Martín de los Andes, precedido por los guerrilleros chilenos, de que es tipo y ejemplar el bizarro Manuel Rodríguez, y comenzará en Chacabuco la libertad defini-

tiva de aquel heroico pueblo.... Pero estamos hablando de la guerra intestina.

José Miguel Carrera no tomará parte en el acto final de la libertad de su patria: O'Higgins, el compañero de San Martín, el soldado de Chacabuco y de Maipú, predominará allí á título de gloria.

Aquél, después de abandonar á su rival en Rancagua, traspuso, fugitivo como él, la cordillera de los Andes, y se embarcó en Buenos Aires para los Estados Unidos, en busca de recursos con que volver como libertador á su tierra. Los obtuvo, y llegó con ellos á Buenos Aires, donde esperaba completarlos con los emigrados chilenos, sus parciales, que allí lo esperaban. Entre éstos estaban sus dos hermanos, Juan José y Luis. Esos recursos, unidos á los de San Martín, hubieran sido fecundos; pero ni Carrera quería ofrecer á San Martín la gloria de libertar á su patria, ni Buenos Aires á Carrera la ocasión de entrar en ella, donde podía reanudar la lucha civil. El gobierno de Buenos Aires desbarató con toda energía la expedición de Carrera: fueron San Martín y O'Higgins quienes vencieron en Chacabuco, y quienes penetraron vencedores en Santiago.

Los Carreras se sintieron heridos en el corazón. Los dos hermanos de José Miguel parten entonces de incógnito para Chile, con el ánimo de derrocar el gobierno de los vencedores. Son apresados en Mendoza, y fusilados el 8 de Abril de 1818. Primer acto de una tragedia llena de noche.

Un mes más tarde, estalla en Santiago un motín popular contra O'Higgins, para provocar un cambio de gobierno. Lo acaudilla, entre otros, Manuel Rodríguez, el animoso precursor inmediato de San Martín. El motín es sofocado; preso el impertérrito Rodríguez, es asesinado

por sus guardias en Tiltil, al ser conducido de Santiago á Quillota.

Quedaba don José Miguel confinado en Montevideo por Buenos Aires. Convencido de que la muerte de sus hermanos es la obra de la logia Lautaro, la misma que ha condenado á muerte á Artigas, cobra todo el aspecto de un arcángel vengador.

Porque Carrera era, sin duda, de los seres ígneos, de agilidad fulgurante: era legión. Cree que Artigas es su hermano; busca su alianza. No le había mirado á los ojos, sin duda alguna; Artigas no es venganza, no es impulso determinado por causas exteriores; es un silencio grande, el único grande, ya os lo dije al principio.

Artigas no tiene por qué ni para qué acudir al grito de aquel inflamado dragón alado, que pasa por el aire como un meteoro: nada tiene de común con él.

Pues si no es su hermano, será su enemigo. Carrera concita contra Artigas á los caudillos argentinos que lo aclamaban y obedecían; pero después de contribuir á la caída del héroe oriental, no consigue que aquéllos lo sigan: el arcángel se queda sólo, siniestro, envuelto en sus alas membranosas crepusculares, sentado en el desierto, en la Pampa. La desesperación se sienta á su lado. Allí se le aparecen los indios salvajes, y él los llama con el dictado de hermanos, con el nombre de esperanza. Comienza, con ese concurso, una guerra caótica, buscándose paso hasta Chile. Es vencido por el gobernador de Mendoza. Es fusilado en el mismo sitio en que, tres años antes, lo habían sido sus hermanos. Es un trágico personaje este hombre. Tiene hoy su estatua de bronce en Santiago. O'Higgins ha sido el matador de Carrera y sus hermanos. San Martín, coautor de esa tragedia, que reviste caracteres siniestros. O'Higgins hace pagar al anciano padre de los

Carreras las balas con que han sido fusilados sus hijos; el anciano paga y muere en seguida; las familias de los muertos son perseguidas. ¡Sombras peregrinantes en la noche de la historia!

O'Higgins gobierna en Chile durante seis años; pero al fin, una nueva revolución se alza contra él. La acaudilla Freire, el general más glorioso de su tierra, después de O'Higgins. Éste abdica. Su abdicación es el oro de su gloria.

En la capital de Chile, mis amigos artistas, tiene hoy O'Higgins su monumento de granito y bronce: el héroe, á caballo, salta las murallas de Rancagua. Muy cerca de éste, se levanta el de Freire, sereno y noble. Cerca de ambos está José Miguel Carrera, cubierto con su dólman de húsar, que, como un ala rota, le cuelga del hombro; José Miguel Carrera, el fusilado en Mendoza. Ahora acaba de levantarse la estatua de Manuel Rodríguez, el asesinado en Tiltil.

Por todas partes la apoteósis de los ajusticiados.

Todos esos fueron chilenos, que lucharon entre sí, sin dejar de luchar por la patria común.

¡José Miguel Carrera!... Su delito podía acaso definirse: quería, en primer lugar, la libertad de Chile bajo su dominio; y, en segundo lugar, la libertad de Chile.

Os he narrado esos hechos, porque quiero haceros meditar, amigos artistas, sobre la diferencia fundamental y la distancia inconmensurable que media entre esas guerras intestinas — análogas á muchas otras de la independencia americana — y la que acaba de declarar Buenos Aires al Jefe de los Orientales.

Allá, en Chile, no luchaba ningún chileno contra San Martín en defensa de la persona de la patria; tampoco

batalló nadie contra él, en defensa del pueblo chileno al darse su forma de gobierno: San Martín fué un conquistador de Chile contra los españoles, no contra los chilenos. Hoy San Martín tiene también su estatua en Santiago.

El general argentino sintió, al cruzar las altas cumbres de los Andes, que allí atravesaba una frontera; no pretendió borrarla con su espada. No lo hubiera conseguido tampoco, porque los chilenos, como los orientales, tenían también la suya. Es O'Higgins, jefe de los chilenos, pero incomparablemente menos representativo que Artigas, como jefe de los orientales, es O'Higgins el que queda designado como director supremo del estado, tras la expulsión de España. San Martín hará otro tanto en el Perú, aunque no encuentre allí un indiscutido jefe de los peruanos.

Cuando, acompañado del almirante Cochrane y del general Las Heras, desembarque en el Perú, á la cabeza del ejército libertador, se dirigirá á sus soldados y les dirá: "Ya hemos llegado al lugar de nuestro destino, y sólo falta que el valor consume la obra de la constancia. Pero acordáos de que vuestro deber es consolar á América, y que no venimos á hacer conquistas, sino á libertar á los pueblos que han gemido trescientos años bajo tan bárbaro derecho. Los peruanos son nuestros hermanos y amigos; abrazadlos como tales; respetad sus derechos, como respetásteis los de los chilenos después de la batalla de Chacabuco."

¿Por qué no se procedió así con los orientales y con Artigas, el del levantamiento en masa, el del éxodo, el de Las Piedras? La cuenca del Uruguay y el Plata no es, como lo sabéis, una divisoria menos profunda que la del *divortium aquarum* de los Andes; esas honduras hidro-

gráficas son montañas invertidas. El pueblo oriental, por otra parte, no había hecho menos esfuerzos que el de Chile ó el del Perú por su propia libertad. La patria os es deudora de las glorias que más la honran, había dicho Buenos Aires á ese pueblo después de Las Piedras. No se le reconoció, sin embargo, el derecho á ser persona; tenía que someterse ó morir.

¿Sentís, amigos artistas, la enorme diferencia entre Artigas por un lado, y Carrera, O'Higgins, Freire, Manuel Rodríguez?

Jamás tendré por hombre discreto á quien llame lucha intestina, y no rechazo de un opresor injusto, la que Artigas sostendrá contra Buenos Aires.

Vamos á ella, que ya nos urge.

II

Las tentativas de arreglo intentadas por Vigodet con Artigas y Otorgués han fracasado. El español se ha convencido de que lo que conduce á Artigas no es la ambición de mando, ni de riquezas, ni de honores. En la última de esas tentativas, Artigas propuso un arreglo con la plaza, p ro sobre la base siguiente, que, como es de presumirse, escandalizó á los realistas: renuncia á la sumisión al rey; formación de un Congreso independiente, separado de España y de Buenos Aires.

Pero Montevideo conserva aún el dominio del mar y de los ríos. Es preciso arrebatarle ese último recurso. El Gobierno de Buenos Aires arma una escuadrilla; monta en ella el viejo Brown, el marino irlandés don Guillermo Brown, un nobilísimo caballero del mar, un hermano del viento que sopla las olas. Es capaz de arrancar

con los dientes la espoleta inflamada de una bomba navegante, el torpedo primitivo, que llevaba la corriente. Creo que alguna vez hizo algo parecido ese impertérrito domador de olas y de fuego. Apuntaba los cañones con la pipa en la boca, y encendía la mecha. Sus maniobras eran simple preparación del abordaje. Después de su gran victoria del Buceo, escribía á su gobierno, sonriendo con su flema irlandesa, que "como los españoles se habían propuesto cortar el pescuezo, nada menos, á todos los que estaban en la escuadra, la tripulación había sido armada con largos cuchillos." Si Brown no hubiera nacido irlandés, hubiera sido gaucho marítimo. Las balas enemigas le rompieron una pierna, y él no dejó caer la pipa de la boca, y siguió mandando el combate, tendido en el puente del " Hércules ", sobre un colchón.

Era mucho hombre aquel viejo almirante, hermano de Nelson. Porque Brown era todo un almirante, un marino genial, con su cara mofletuda, sus cabellos rojos, sus labios finos y sus pequeños ojos encendidos y penetrantes. Era mucho hombre aquel viejo lobo marino. Cuando algunos años después, durante la guerra civil, sitia con su escuadra á Montevideo, sabe que en la plaza sitiada ha muerto el general Martín Rodríguez, prócer de la independencia, y hace poner á media asta la bandera de los buques, para que lloren la muerte de su glorioso adversario.

La escuadra española fué destruída por Brown, completamente destruída.

Montevideo, que había sufrido penurias indecibles, hambre, peste, angustias mortales, quedó estrangulado: la tierra y el mar se daban las manos, se ceñían á su lomo

de granito, y le hacían crugir los huesos. Los ojos se le saltaban de las órbitas como á un ahorcado.

Rondeau, el general sitiador, el vencedor del Cerrito, iba, pues, á recoger solo la gloria de la jornada, iba á entrar en la plaza sin el vencedor de Las Piedras, sin el pueblo oriental, que estaba condenado á muerte. La victoria definitiva de Brown frente á Montevideo tuvo lugar el 14 de Mayo de 1814; el 18, el almirante vencedor recibía de Vigodet la proposición de un armisticio, que aquél transmitía á Buenos Aires.

Y el mismo día 18, como caído de las nubes, aparecía en aquel teatro, con un ejército de 1.500 hombres, el conquistador que ya os he anunciado, el joven coronel don Carlos M. de Alvear. Venía á reforzar el asedio, y á sustituir á Rondeau. Lo enviaba el señor de Posadas, director supremo del Estado, á recoger los laureles del largo sitio. Rondeau fué destinado al ejército del Perú.

Un mes después, el 21 de Junio, capitulaba Montevideo, y se entregaba al coronel Alvear que, por ese tiempo, era promovido á brigadier, y declarado con los suyos "Benemérito de la patria en grado heroico." — Así decía la medalla acuñada al efecto.

¡Cuántas cosas raras se hace decir al bronce!

No sólo eso tenía reservado el señor Posadas para su sobrino; le quedaba aún el poder supremo, y éste era también para el afortunado joven. Seis meses después, el 9 de Enero de 1815, se lo entregó. Alvear, después de su entrada en Montevideo, se hizo nombrar de nuevo sustituto de Rondeau en el mando del ejército del Perú. Fué á buscar su nuevo cargo, en el que creía disputar á San Martín su futura gloria. Pero Rondeau ya estaba convencido de que Artigas había tenido razón, como ya lo está el mismo Posadas. Rondeau y su ejército se rebelaron

contra el gobierno, rechazaron á Alvear, y éste tuvo que volverse á Buenos Aires. Fué entonces cuando, por influencias de la logia Lautaro, subió el brigadier Alvear á la cumbre del poder supremo. Quince días después de su elevación, firmaba, con la mayoría de su Consejo de Estado, dos notas en que ponía las Provincias Unidas del Río de la Plata á disposición del gobierno inglés, pidiéndole que las salvara, á pesar suyo, de la perdición á que marchaban. En esas notas, dirigidas al Ministro de la Gran Bretaña, Alvear declaraba á las Provincias Unidas inhábiles para gobernarse por sí mismas. "Estas Provincias, decía el conquistador de Montevideo, el rival refulgente del traidor Artigas, desean pertenecer á la Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer su gobierno. Ellas se abandonan, sin condición alguna, á la generosidad y buena fe del pueblo inglés, y yo, estoy resuelto á sostener tan justa solicitud." Más adelante recordaba á Inglaterra, que ella, la protectora de la libertad de los negros de Africa, no debía dejar entregados á su propia suerte á los pueblos del Plata, que se arrojaban en sus brazos generosos. Y terminaba diciendo: "Es necesario que se aprovechen los momentos; que vengan tropas para imponerse á los genios díscolos, y un jefe plenamente autorizado, que dé al país las fórmulas que sean del beneplácito del rey y de la nación."

¡Oh, Wáshington! ¡Bolívar! ¡Oh, Artigas, bárbaro Artigas!

Al mismo tiempo, Rivadavia y Belgrano y Sarratea, vagaban por Europa, enviados por Buenos Aires, en busca de un príncipe para el Río de la Plata. Carlos IV, padre de Fernando VII, debía ser, como sabéis, el rey de la monarquía platense y del Perú y Chile; después había de ser don Francisco de Paula, hermano de Fer-

nando; después otros, y otros más; cualquiera que fuese de sangre real. Si viérais, amigos artistas, que triste fué la odisea diplomática de esos próceres del 25 de Mayo de 1810!... Todo fué inútil: corrían los años 14 y 15; Napoleón había caído en Waterloo. Inglaterra y España eran amigas; el Congreso de Viena restauraba la legitimidad; Fernando VII era el único dueño de América, á justo título; la Santa Alianza....

No hablemos más de eso por ahora; es muy largo y deplorable; miradlo y pasad, amigos míos. Y si quisiérais imponeros de algo más, sabed, si es que ya no lo sabéis por presunción, que, entre las instrucciones dadas por Alvear á García, su embajador en Río Janeiro, estaba la de gestionar allí la ocupación de la Banda oriental por los portugueses, á fin de deshacerse de Artigas y de los orientales, que eran el gran obstáculo á la realización de aquellos planes, los *genios díscolos* contra los que se pedían tropas inglesas.

Tal era el libertador que, como San Martín en Santiago después de Chacabuco, entraba vencedor en Montevideo después del sitio de veinte meses sostenido por Artigas y Rondeau, los vencedores de Las Piedras y el Cerrito.

¡Y ha habido, amigos artistas, quien no ha comprendido la causa ni los efectos de la separación de Artigas de la línea sitiadora de Montevideo! ¡Quien ha creído que el héroe oriental debió entrar en la plaza, caballero en un cisne blanco, confundido entre el séquito de Alvear!

CONFERENCIA XIII

EL CARÁCTER DE ARTIGAS

La dominación porteña. — Violación de la capitulación. — En país conquistado. — Nueva tentativa de seducción de Artigas por el virrey de Lima. — "*Yo no defiendo á su rey*". — El caudillo de los caudillos. — Pensamiento y carácter de Artigas. — Psicología del hombre. — Su ambición. — Su fe y su visión proféticas. — Acción constante y resistencia. — El protectorado sobre las provincias. — Derogación de la sentencia de muerte. — Buen servidor de la patria. — Tentativas falaces de arreglo. — Celadas traidoras.

I

Comprenderéis, amigos míos, que la dominación extranjera no terminaba en el Uruguay, por más que terminara la española, con la entrada de Alvear en Montevideo. Era triste, más bien, arrojar á la madre, madre al fin, para ver los propios derechos arrebatados por un hermano. Si hubiera sido posible que Montevideo deseara volver á ser español, en ese momento hubiera abrigado tal deseo.

Dice Mitre, en su Historia de San Martín, que los directorios de Buenos Aires "al dar la señal de la guerra ofensiva en 1817, y reconquistar á Chile, impusieron á su general por regla de conducta infundir á los pueblos, liber-

tados por sus armas, que ninguna idea de opresión ó de conquista, ni intento de conservar la posesión del país auxiliado, la llevaba fuera de su territorio.'' Así lo hizo San Martín también en el Perú, según lo hemos visto.

Desgraciadamente no se pensó aplicar esa doctrina á los orientales... ¡Por qué no se hizo, Dios mío!

Alvear se condujo muy mal, oh, muy mal, con la madre expulsada, en primer término.

Los bizarros españoles defensores del rey en Montevideo eran dignos de otra despedida: Artigas no hubiera hecho eso. La plaza fué entregada á Alvear bajo capitulación formal. Según ésta, el gobierno de Buenos Aires recibía á Montevideo en depósito, y reconocía la integridad de la monarquía española y á su legítimo rey el señor Fernando VII; enviaría diputados á España para un ajuste definitivo. La guarnición de la plaza se retiraría con los honores de la guerra; no se sacaría ni armas ni municiones ni pertrechos, ni se enarbolaría más bandera que la española, etc., etc.

Todo eso fué violado por el vencedor, una vez dueño de la ciudad: se enarboló el pabellón argentino; se arrestó á Vigodet y se le envió á Río Janeiro, donde formuló una enérgica protesta; se trataron como prisioneros de guerra los soldados españoles, á quienes se quitó las armas y banderas, y se les enroló en los cuerpos de Alvear; se enviaron á Buenos Aires los jefes y oficiales y trofeos, etc., etc.

Pero los orientales, cuya expulsión no era menos necesaria que la de España para el gobierno de Buenos Aires, no fueron tratados con mayor lealtad; nó, no fueron tratados como hermanos y amigos desgraciadamente.

Como Artigas había evitado caer en Montevideo, Alvear había escrito á Otorgués, capitán de aquél, invi-

tándolo á intervenir en la capitulación, y á recibirse de la ciudad en nombre de los orientales. Le protestaba, por lo más sagrado que hay en el cielo y en la tierra, la sinceridad de sus sentimientos. "Mi estimado paisano y amigo, le dice en nota de 7 de Junio de 1814, "nada me será más lisonjero y satisfactorio que ver la plaza de Montevideo en poder de mis paisanos, y no de los godos, á quienes haré eternamente la guerra."

" Mándeme dos diputados que vengan á tratar con los de Montevideo."

" Yo, por mi parte, *me obligo solemnemente á su cumplimiento, protestándole por lo más sagrado que hay en el cielo y la tierra, de la sinceridad de mis sentimientos.*"

" Crea que la franqueza de mi alma y la delicadeza de mi honor, no me permiten contraerme á nimiedades. Que vengan luego, luego, los diputados, para concluir esta obra."

¿A qué tanto juramento, diréis vosotros, mis amigos. á qué tanto juramento, por el cielo y la tierra?

Otorgués se aproximó á Montevideo, y así lo hizo saber á Alvear. Éste entretuvo con parlamentos al jefe oriental, y, llegada la noche, cayó sobre él y lo hizo pedazos.

Volvió entonces vencedor á la plaza, y la trató como ciudad conquistada: se la llevó á Buenos Aires. Se apoderó de cuanto en ella existía; arrebató á los particulares sus armas finas que destinó á sus oficiales; envió á Buenos Aires ocho mil doscientos fusiles, trescientos treinta y cinco cañones, las cañoneras de la flotilla y otros elementos de guerra, avaluados en la suma de cinco millones y medio de pesos. Hasta la imprenta que existía en Montevideo, fué enviada á la capital del virreinato. "Con la adquisición de Montevideo, dice el director Posadas en sus memorias, nos hicimos de un soberbio armamento de

que carecíamos, y de una considerable porción de dinero, que tanto ha contribuído á aumentar los fondos del estado, pasándose además á esta capital muchos pertrechos de guerra, de que estaban llenos aquellos almacenes.'' Se hizo cesar al gobernador intendente de Montevideo, y se envió uno de Buenos Aires, don Nicolás Rodríguez Peña. Éste destituyó á todos los miembros del Cabildo, y los sustituyó por otros de su agrado, que nombraron á Alvear *Regidor Perpetuo de Montevideo.* Hasta los porteros fueron reemplazados. Se impusieron contribuciones, exacciones de todo género al vecindario.... ¿Con qué se defenderán ahora Montevideo y la Banda Oriental, en caso de ser atacados por el extranjero?

¡Oh! Ya los defenderá Alvear, ó los que triunfen en Buenos Aires, si juzgan conveniente defenderlos.

Artigas está condenado á muerte, por haber juzgado que no debía entregar su ejército y su pueblo á esos hermanos libertadores.... No hablemos de eso con demasiada extensión, amigos míos; es penoso.

II

Vamos á hablar, en cambio, de algo más grato; vamos á ver á Artigas en otra noble actitud.

Ninguna coyuntura más propicia para que el español tentara de nuevo al Jefe de los Orientales. Entre la conquista bonaerense y la dominación española; entre el tiránico hermano y la vieja madre, ¿no podría Artigas quedarse con ésta?

El virrey de Lima, que no podía sospechar ni remotamente lo que había en el alma fuerte del héroe oriental, lo creyó así, é hizo que el general Pezuela, jefe del ejér-

cito del Perú, le escribiera invitándolo á la unión. Un comisionado, munido de credenciales, entregó á Artigas un oficio que decía: "Estoy impuesto de que usted, fiel á su monarca, ha sostenido sus derechos combatiendo contra la facción; cuente usted, lo mismo que sus oficiales y tropa, con los premios á que se han hecho acreedores, y, por lo tanto, con los auxilios y cuanto puedan necesitar. Para todo acompaño las instrucciones á que se servirá contestar".

Un poderoso aliado se ofrecía, pues, á Artigas contra el Directorio que lo había condenado á muerte con su pueblo, y que los condenará siempre; estaba cuando menos en situación de iniciar, directamente con España, las negociaciones que Buenos Aires ansiaba realizar para coronar un príncipe en el Plata, como solución de la revolución de Mayo. Él, con los pueblos que lo obedecían, y no Buenos Aires, hubiera podido realizar esa solución.

Si se piensa en lo que hubiera sucedido si Artigas hubiese aceptado esa alianza que le ofrece reiteradamente España; si uno se imagina al caudillo oriental y su enorme prestigio en el Plata puestos al servicio de la causa española, entonces parece que cobra mayor relieve su figura incorruptible de libertador republicano. Recordaréis lo que decía al respecto el mariscal español don Gregorio Laguna: " Con la ayuda de Artigas se conseguirá la destrucción de todos los rebeldes de aquel hemisferio."

Yo os pido que meditéis un poco, amigos artistas, sobre lo que pasaba en el alma de Artigas en esta ocasión, y en todas las otras, que son muchas, en que se le presentaba la tentación. Advertid bien toda la fe que ha sido necesaria en el héroe para rechazarla, y para no traicionar jamás, ni aún en las circunstancias más difíciles.

la causa del pueblo. Pensad en eso. Artigas no confunde el directorio de Buenos Aires con el pueblo argentino occidental; éste es su aliado, su *único aliado* contra aquél. No bien aparece la seducción extraña, su visión interna se le aparece y lo mira intensamente. Nó, Artigas, á pesar de su difícil situación, no vaciló ante las proposiciones de Pezuela. Ved su memorable contestación:

"Han engañado á U. S., contestó, han engañado á U. S. y ofendido mi carácter, cuando le han informado *que yo defiendo á su rey...* Yo no soy vendible, ni quiero más premio por mi empeño que ver libre á mi nación del poderío español; sólo cuando mis días terminen, dejará mi brazo la espada que empuñó para defender la patria...."

"Vuelve el enviado de U. S., prevenido de no cometer otro atentado como el cometido con su visita."

Notad bien eso, si os parece, amigos artistas: "*Han engañado á U. S., y ofendido mi carácter, cuando le han informado que yo defiendo á su rey.*"

Artigas no reconoció jamás á Fernando VII. Vosotros ya conocéis su pensamiento: él había dicho en otra ocasión: con los porteños podré entenderme; con los españoles, nó.

Él no recurrirá jamás á los enemigos exteriores para combatir al interior americano. Para luchar con el Directorio estaban los mismos americanos, los hermanos occidentales, que eran víctimas del mismo enemigo que Artigas, y que, aunque con menos intensidad que éste, sentían que, en la absorción por Buenos Aires de su propia autonomía, estaba, no sólo la pérdida de esa autonomía, sino el fracaso de la revolución de Mayo.

En ese caso estaban, en primer término, las provincias occidentales de Entre Ríos y Corrientes, Santa Fe y Córdoba. Todas ellas sentían la necesidad de resistir á Buenos Aires; pero ninguna de ellas tenía el hombre que debía conducirlas. Todas conocían en cambio á Artigas: lo habían visto en el Ayuí, cuando se acogió con todo su pueblo á la tierra occidental; habían visto las instrucciones que dió á sus diputados, y en ellas reconocieron su propio espíritu. Artigas era, pues, el *rex*, en el amplio sentido de que habla el pensador inglés, en sentido de *realidad:* el jefe, el capitán, el que está por encima de los otros hombres; aquel á cuya voluntad debe estar subordinada nuestra voluntad; el hombre hábil, idóneo, que nos provée de práctica y constante enseñanza, y nos dice, al día y á la hora, lo que debemos hacer.

¿Quién no ve la gravitación natural de las cosas en esa afluencia de todas esas moléculas homogéneas en torno de ese núcleo de atracción?

Artigas aceptó, y no podía menos de aceptar, la protección que le pedían aquellos pueblos contra el espíritu absolutista, que ora triunfaba, ora era derrotado en Buenos Aires mismo. ¿Cómo no había de aceptar, si esa su autoridad sobre las provincias occidentales era precisamente la garantía de la independencia oriental, y la salvaguardia de toda la revolución de Mayo?

Artigas era, pues, el hombre de todos los argentinos orientales ó atlánticos, y el hombre de las cuatro quintas partes de los argentinos occidentales ó andinos, es decir, de todos los occidentales, con excepción de los hombres formados en las universidades coloniales, ó en las cortes europeas, ó en contacto con las realezas pasadas.

Se han confundido los caudillos ó jefes locales de las provincias argentinas que aceptaron la protección de Ar-

tigas, con Artigas mismo, y se ha llamado á éste caudillo, y caudillaje á su pensamiento genial. No se ha querido confundir, sin embargo, á los caudillos argentinos que secundaban al directorio con el directorio mismo. Éste no era caudillo, aunque disponía de algunos caudillos, y hubiera querido disponer de todos los existentes para llevarlos sin resistencia al pie del trono inglés, español ó portugués.

Es que Buenos Aires se sentía herido en su dignidad de sede ó corte colonial, con virreyes, universidades, audiencias y grandezas señoriales, ante la idea de que aquel pobre hombre oriental fuera el depositario del porvenir. Esa idea lo sublevaba hasta el paroxismo. Eso no era, porque no podía ser. Y sin embargo, esa era la realidad, la verdad intrínseca que ya se ha abierto camino en la historia; todo lo demás era apariencia, forma deshabitada, vanidad de vanidades.

III

Artigas era el pensamiento y el carácter. Cómo y de qué elementos se formó en ese hombre extraordinario ese pensamiento y ese carácter, es una cuestión que me parece insoluble. Los que han pretendido resolverla han dicho más de una necedad. Hay quienes han visto en él un ignorante, un analfabeto, porque no le ven la toga, el título académico, los chirimbolos; los otros se han empeñado en presentarlo con suficiente ilustración y preparación intelectual para haber concebido una doctrina política, un plan de acción y organización; éstos se empeñan en averiguar qué libros pudo haber leído. ¡Libros! "Lo que se sabe mejor, dice Chamfort, que leo citado por

Morley, es: primero, lo que se ha adivinado; segundo, lo que se ha aprendido por la experiencia de los hombres y de las cosas; tercero, lo que se ha aprendido no en libros, sino por libros, es decir, por las reflexiones que ellos nos hacen hacer; cuarto, — y es el grado más bajo de conocimiento — lo que se ha aprendido en los libros ó con maestros." Las formas, en los documentos de Artigas que leemos, son accidentales, son diferentes, según sean de uno ú otro de sus secretarios ó consejeros, ó del mismo Artigas, cuyo estilo personal se distingue perfectamente, como hemos dicho, en la inmensa mayoría de los numerosos papeles que han llegado hasta nosotros; pero, al través de todas las formas, se ve siempre el pensamiento invariable, el espíritu, el carácter, la acción de Artigas, en todo ese fárrago de escritos.

No ha faltado, por fin, antes ha sobrado, quien sólo ha visto en el héroe oriental un ambicioso, un impostor sin conciencia, y sin más móvil que el anhelo salvaje, ó poco menos, de predominio personal.

¡La ambición! Jamás tendré por hombre medianamente discreto al que no sepa distinguir entre el simple deleite de ser más que los demás, y que, siendo relativo, es ruin é infecundo, y la tendencia imperiosa á desenvolverse según la magnitud de las dotes que el ser humano siente en su propia naturaleza, aunque esas dotes sean superiores á las de los otros hombres. Si no es esta última la misión que el hombre tiene sobre la tierra, ¿cuál es entonces?

Y eso, el anhelo de llenar la propia misión en el mundo, no es raquítico sino muy grande; es la suma de los deberes del hombre. El deleite que ello proporciona no es sensual; es todo lo contrario del sensualismo.

Atribuir ambición á Bolívar, pongo por caso, que muere soñando en la restauración de su poder, puede explicarse; pero atribuírsela á este Artigas, á quien habéis visto rechazar los halagos del virrey, y vais á ver morir, como un anacoreta, en un destierro voluntario, pobre, desdeñoso de toda gloria y de todo bienestar, eso me parece, cuando menos, una grandísima simpleza.

Descartado, pues, por innocuo, ese cargo de ambicioso atribuído á Artigas, ¿dónde encontraremos el gran motor de su vida?

Si no nos es fácil analizar, para hallar sus elementos componentes, el pensamiento y la creencia de un hombre vulgar, ni aun nuestro propio pensamiento, ¿cómo pretender hacerlo con los del hombre superior?

Tanto valdría querer averiguar los átomos de la tierra de que parten todos y cada uno de los elementos que forman la nube en que el vapor terrestre se condensa, y que vuelve á caer en forma de lluvia; cuáles las flores en que bebió la abeja el azúcar de que formó su miel, y cuáles las sustancias impalpables que formaron el perfume de la flor, que es como el armonioso pensamiento del árbol. Para Carlyle, la creencia no es otra cosa que el ejercicio saludable, la acción vigorosa de la inteligencia humana; para llegar á creer se sigue un procedimiento misterioso, indescriptible, según él. Se nos ha dado inteligencia — dice—no para que cavilemos y argumentemos solamente, sino para que veamos y estudiemos las cosas, con el fin de obtener algunos conocimientos precisos sobre las mismas, de manera que podamos desde luego comenzar á obrar con el asentimiento de nuestra conciencia.

Yo creo, mis amigos, que, en la creencia, aun en lo relativo al orden puramente natural, hay algo más que la acción vigorosa de nuestra inteligencia, por más que

ésta sea el único medio de conocimiento. Es preciso creer en la existencia de la inspiración genial, de ese dios interior de que tanto os he hablado. "Haz un sitio para el misterio, dice el misterioso Amiel; no te ares entero con la reja del examen, sino deja en tu corazón un pequeño ángulo en barbecho para las simientes que aportan los vientos; roba un rinconcito sombrío para las aves del cielo que pasen; ten en tu alma un lugar para el huésped que no esperas, y un altar para el dios desconocido."

Si Artigas creyó, con incomparablemente mayor energía que todos los próceres del Plata, en el poder eficiente del pueblo para formar una nación, la oriental especialmente; si él vió con intensidad lo que los demás no vieron, y amó con pasión lo que los demás odiaron, y ordenó lo que los demás querían destruir, no fué sólo porque caviló y argumentó; los demás habían cavilado tanto ó más que él. Fué porque vió la aparición que brotó en su alma de la simiente que cayó en ella desde el viento que vive entre las nubes: la patria democrática. Y los componentes de esa visión, y el proceso seguido para arraigar y crecer en la conciencia, son realmente, como dice el inglés, misteriosos, indescriptibles. Yo os he indicado antes algunas de las causas sociológicas por las cuales parece natural que fuera en Montevideo, la ciudad desheredada, la ingénitamente democrática, y no en Buenos Aires, la ciudad señorial, donde naciera el hombre con la visión de la independencia americana.

Pero no es necesario que analicemos demasiado el fenómeno, para dar fe de su existencia. El hecho es que el hombre predestinado apareció allí. Poned la mano sobre la cabeza de todas las patrias americanas, y sentiréis en todas ellas el calor del pensamiento y del carácter de Artigas. Alguien — no me acuerdo quién — ha dicho que la

historia es una mezcla de necesidad y de libertad. Creo que tiene razón.

Han engañado á Usía — dice Artigas á Pezuela — y ofendido mi carácter, cuando le han dicho que " yo defiendo á su rey."

¡El carácter! Pensad un poco en eso, amigos míos: el carácter. Artigas es, sin duda alguna, el de la personalidad americana, formado por las influencias complejas del medio ambiente.

Si lo observamos bien, el carácter no es otra cosa que la manera constante de pensar, de sentir y de obrar de una persona. El carácter es, para el alma, lo que es para el cuerpo la fisonomía, las actitudes, los movimientos, el aire de familia. Y todo esto depende de un gran cúmulo de circunstancias: influencias étnicas; herencia; organización fisiológica; medio ambiente físico, orgánico, doméstico, social; educación; cultura. Pero el carácter en el hombre depende, además de todo eso, de la propia y espontánea actividad voluntaria; es ésta la que experimenta la influencia de los factores antedichos, pero sin ser absorbida por ellos. Al través de todas esas influencias persiste el hombre, la conciencia individual depositaria de la revelación. El carácter es, por consiguiente, la garantía de encontrar, en los momentos de prueba, un pensamiento, una acción, un hombre que ajuste sus actos á su conciencia, á su razón, á su visión, sin ser agente pasivo de las circunstancias, ó de la ajena libertad. El carácter *es acción constante y resistencia:* opera según el propio pensamiento, según la propia misión en la tierra; rechaza los motivos determinantes de

índole inferior, que contrarían ó enervan los de razón, de justicia, de consecuencia con el propio destino.

Artigas era un carácter, una fisonomía moral imposible de confundir con otra alguna. Siempre lo veréis, igual á sí mismo, con el pensamiento fijo en su misión, desdeñoso de todo lo que no concurre á su desempeño. La constancia, la resistencia, se revelarán hasta en sus últimos días. No morirá trágicamente: morirá durante treinta años, que serán una permanente renovación de su profético holocausto.

IV

Las provincias argentinas podían reconocer á Artigas; el patriciado de Buenos Aires, nó. Pero el hecho se imponía: Artigas triunfaba; era dueño de las Provincias de Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe, cuyos conductores se habían puesto bajo su protección. El Directorio de Buenos Aires había mandado contra él á Holemberg; y Otorgués, enviado por Artigas á su encuentro, lo había derrotado en Entre Ríos, lo había hecho prisionero, y enviado, con buen número de oficiales, al campamento del Jefe de los Orientales, que, consecuente con su nobilísimo carácter, puso á todos ellos en libertad.

Si no se destruía aquel hombre, todos los planes del Directorio de Buenos Aires, monarquía inglesa, príncipe español, reyes incásicos, etc., etc., todo fracasaría; vendría el caos republicano, la independencia absoluta, es decir, la muerte. Era, pues, necesario aniquilar á Artigas por cualquier medio; sofocar en él al dragón democrático.

Se pensó en vencerlo por engaño. Una vez tomado Montevideo, se le invitó á la paz. Para ello se comenzó por una insinceridad grotesca: el Director Supremo, no sólo derogó su decreto de seis meses antes, en que declaraba á Artigas traidor, infame, etc., etc., y que ponía á precio su cabeza como la de un lobo, sino que dictó uno nuevo, en que se reconocía *como un error lamentable é injusto* lo que antes se había dicho y hecho; se declaraba al Jefe de los Orientales *buen servidor de la patria*, y se le reconocía en su grado, con más el título de comandante general de la campaña de Montevideo.

Ya veréis repetirse, con deplorable frecuencia, esas tristes palinodias en Buenos Aires, con relación al héroe oriental. Eso da pena, francamente. Pero es un signo de la ausencia allí de todo carácter; imprime un gran relieve á la figura de Artigas. Todo da vueltas en torno suyo: él está inmóvil, sigue su órbita.

No juzgo necesario deciros, amigos artistas, que todo eso no tenía consistencia alguna. Nosotros no lo creemos. ¿Lo creyó Artigas? — Yo supongo que, si no lo creyó firmemente, llegó una vez más á concebir alguna esperanza de realizar, con todos los hermanos occidentales, su inviolable ideal. Eso estaba muy en su carácter. Los grandes hombres tienen de esas ingenuidades á cada paso: el genio no tiene edad, porque no crece; es un niño de larga barba nevada. Bien es verdad que, en ese momento, Artigas no sabía á ciencia cierta de la misión de Belgrano y Rivadavia á Europa, con el objeto de coronar un rey del Plata, y menos aún de la de García á Río Janeiro, para entregar el Uruguay á Portugal.

El hecho es que envió á Alvear tres comisionados, para arreglar pacíficamente la contienda. Eran tres próceres: don Tomás García Zúñiga, don Manuel Barreyro y don

Manuel Calleros. Alvear los recibió con los brazos abiertos... ¡Oh amable persona!

El joven príncipe americano se disponía á burlarse de aquéllos, para él, pobres hombres. Les habló de la necesidad de la paz entre hermanos; les prometió villas y castillos; les protestó su amor á Artigas, *el grande hombre, el gran patriota;* aceptó todas las bases de pacificación por ellos propuestas; les manifestó su firme propósito de retirarse inmediatamente de Montevideo, para dejar á éste en poder de sus dueños naturales, y hasta les hizo presenciar el comienzo del embarque de sus tropas con destino á Buenos Aires.

¡Cuánto se habrá divertido el joven magnate con la parodia que entonces organizó!

Las tropas bonaerenses salieron, efectivamente; se embarcaron en presencia de los delegados de Artigas; pero, mientras éstos creían que zarpaban para Buenos Aires, aquéllas desembarcaron por otro lado, en el mismo territorio oriental, en la Colonia. Como las comparsas de teatro.

De allí, de la Colonia, Alvear, en combinación con el coronel Dorrego, que había ido á situarse en el centro del territorio, se lanzó á destruir el campamento de Otorgués, que confiaba en los arreglos pendientes. Dorrego cayó sobre él, lo sorprendió, lo hizo pedazos, le apresó artillería y bagajes, tomó entre los prisioneros á la misma familia de Otorgués, que fué tratada indecorosamente, y volvió vencedor á la Colonia, donde celebró, con no menos falta de decoro, su fácil victoria. Aquellas fiestas han dejado recuerdo perdurable. No me parece conveniente recordar ahora sus detalles, que hacen sangrar el corazón. Aquí tenéis que leer sólo en el timbre de mi voz, amigos míos. ¡La pobre familia de Otorgués! Yo os hablaré de

eso lo menos posible; sólo lo indispensable para reivindicar la memoria de Artigas, del héroe más humano, más honesto, y más caballeresco de América, cuando la calumnia acose demasiado su figura inmune.

Esa era la realidad, la sola realidad. Ya lo véis, mis amigos artistas; la guerra es inevitable. ¿Quién podrá decir que es provocada por Artigas?

Vamos á ella, pues; á la segunda independencia de la patria oriental.

CONFERENCIA XIV

LA SEGUNDA INDEPENDENCIA

La campaña de Guayabos. — La guerra á muerte de Buenos Aires contra Artigas. — Los orientales tratados como asesinos é incendiarios. — Campaña de exterminio. — El pueblo oriental se defiende en masa. — Soler y Dorrego. — Otorgués. — Rivera y Lavalleja. — Los dos vástagos de Artigas. — La campaña. — Carácter de la guerra. — La batalla de Guayabos. — La derrota de Dorrego. — Entrega de Montevideo. — Retirada del hermano conquistador. — Despojo y explosión. — La patria libre por fin. — Su pabellón y su escudo en la ciudadela de Montevideo. — *Con libertad ni ofendo ni temo.*

I

Mis amigos:

Desde el momento en que penetra Alvear en Montevideo, ha terminado la primer campaña de Artigas, la empeñada contra la metrópoli española. Hemos visto cómo ha comenzado la segunda, la inevitable contra Buenos Aires. Esta campaña, que llamaremos de *Guayabos*, por la gloriosa batalla que le puso término, duró sólo ocho meses: Alvear entró en Montevideo en Junio de 1814; la batalla se librará en Enero de 1815. Pero esa empresa de guerra no cede, en transcendencia y en gloria, á ninguna de las que constituyen la personalidad del héroe.

Imagináos por un momento á Artigas muerto ó vencido en esta campaña con su pueblo; suponed á las provincias argentinas faltas en ese momento histórico del núcleo de cohesión y de acción formado por el héroe y el pueblo oriental. Es evidente, de toda evidencia, que, sojuzgadas las provincias por la comuna de Buenos Aires, y triunfante el espíritu de ésta, la República Argentina no hubiera nacido entonces; la Oriental hubiera sido provincia portuguesa.

Esa verdad, mis queridos artistas, como las cosas que van saliendo de la neblina cuando ésta se disipa, ha ido surgiendo de la historia, cada día más clara: estábamos al lado de ella, y no la veíamos; oíamos su voz, y no la reconocíamos.

La nación argentina, por iniciativa de Buenos Aires, va á reunir el memorable *Congreso de Tucumán,* memorable porque en él se declarará (9 de Julio de 1816) la independencia de las Provincias Unidas. En ese Congreso estallará la pugna entre las tendencias federalistas de las provincias, y las centralistas de los patricios de Buenos Aires. Allí se verá, con toda evidencia, que el espíritu de Artigas es el de toda la nación argentina; allí se manifestará y estallará la antipatía de las provincias contra la comuna bonaerense. Ésta representa en ese Congreso el espíritu monárquico; Belgrano y San Martín son sus sostenedores más gloriosos. El grande, el honrado Belgrano, se estremece ante la idea de que pueda ser proclamada la república en el Congreso de Tucumán; para él, la república significaba la ruina de la patria, la pérdida de toda independencia. El Congreso comparte esa idea; uno sólo de sus miembros, fray Justo de Santa María de Oro, la rechaza.

Sólo el instinto popular salvó entonces la democracia re-

publicana; pero es indudable que sólo Artigas salvó al instinto popular. Éste estaba disperso, difuso, incoherente, en la masa argentina inorgánica; hubiera sido aniquilado por el organismo político de Buenos Aires, cuyo espíritu triunfó en el Congreso, si otra entidad, también orgánica, viva, no hubiera existido frente á él. Esa entidad viviente era el pueblo oriental, que circulaba en las arterias de Artigas, y que, en la campaña de Guayabos, simple contienda local al parecer, contrapesaba y vencía al Directorio de Buenos Aires, y á Belgrano, y á San Martín, y al Congreso de Tucumán, y salvaba el fundamento de lo que al fin ha predominado y llamamos patria.

Veamos, pues, esa *Campaña de Guayabos, ó del Guayabo,* como otros la apellidan.

II

Alvear, vuelto de Montevideo, en que queda de gobernador el coronel Soler, estaba en Buenos Aires desde Octubre de 1814. Allí predominaba en absoluto en la asamblea constituyente, é inspiraba al director Posadas, á quien pronto sucederá. Bien comprendía éste, que en ese mismo tiempo redactaba las instrucciones con que Belgrano y Rivadavia iban á Europa en busca de un rey, bien comprendía que la campaña que iba á iniciarse contra Artigas y sus orientales era la decisiva. "Es necesario,"—oficiaba al coronel don Miguel Estanislao Soler, nombrado capitán general del ejército y gobernador intendente de Montevideo, "que todos los elementos se concentren, y que esa campaña se concluya en tres meses. *Los orientales deben ser tratados como asesinos é incendiarios....* Todos los oficiales, sargentos, cabos

y jefes de partida que se aprehendan con las armas en la mano, serán fusilados, y los demás (es decir, el pueblo oriental) remitidos con toda seguridad á esta parte del Paraná, para que sean útiles á la patria en otros destinos.''

Creo que nada puede darse de más categórico como programa de exterminio.

Soler comunicó á sus subalternos la decisión superior, y dictó medidas complementarias para su fiel ejecución: muerte, á las cuatro horas de ser aprehendido, á todo el que, directa ó indirectamente, auxiliara al enemigo; á los que no comunicaran á la autoridad su proximidad; á los que condujeran pliegos de los sublevados. Confiscación y destierro á los que tuvieran correspondencia de palabra ó por escrito con Artigas, á los que ocultasen caballos, etc., etc. Si el reo era una mujer, se le enviaría á Buenos Aires, para ser encerrada allí en un hospital.

Era la guerra á muerte declarada al pobre hermano demócrata, y éste comprendió que tenía que luchar por la vida.

El odio al nombre de Buenos Aires y á su ejército levantó de nuevo en masa al pueblo oriental; los vecinos que no estaban en armas, huían á los montes á la aproximación del ejército enemigo, arreaban el ganado, incendiaban los campos para privar de alimentos y forrajes á los porteños y dificultar sus marchas.

Todo el mundo, incluso las mujeres, era auxiliar de Artigas, y enemigo del invasor, al que desorientaban y extraviaban hasta los niños: se repetía la resistencia al portugués en el éxodo. Soler escribía al director: ''Nada podemos contra un enemigo protegido por toda la población, que mira á nuestra tropa como extranjera.'' Desertaban los soldados y los oficiales, tenientes, capita-

nes, sargentos mayores; las partidas exploradoras no volvían; las tropas se pasaban á Artigas en el momento del combate; los mismos españoles que formaban en las filas de Buenos Aires, dejaban éstas, y se amparaban á las orientales.

Observad esto, amigos artistas, y no lo confundiréis con una guerra civil: esto tiene todo el carácter de una guerra de independencia. Confundirlo con las tendencias puramente federativas de las otras provincias argentinas, es no ver sino la superficie, las apariencias vacías. Aquí es el caso de que recordéis todo lo que hemos visto en el fondo subterráneo de nuestra América. Los historiadores argentinos superficiales han ensalzado á los caudillos argentinos, y hasta los han sobrepuesto al prócer oriental, porque aquéllos, cuando menos — dicen — si bien odiaban el centralismo de Buenos Aires, no tendían á la separación definitiva. Pero precisamente esa es la gloria de Artigas, eso es lo que hace de éste una entidad distinta de aquéllos: el fundador de una patria destinada á llenar una misión propia en la historia de los pueblos. Vosotros ya sabéis por qué Artigas no es ni Güemes, el caudillo local, ni Alvear, el príncipe excéntrico; él es la realidad futura: la patria argentina democrática; la patria oriental independiente.

Ya hemos estudiado por qué Córdoba ó Mendoza no podían ser naciones, y el Uruguay debía serlo. Va, pues, á jugarse, en la campaña de Guayabos, la suerte de la patria oriental, y la de la democracia platense. Artigas, en ese período de nuestra historia, toma un carácter de serenidad maravillosa. No hay en él rencor; hay sólo una triste amargura, porque él ama, como nadie lo ha amado más que él, ni tanto como él, al pueblo argentino. Cuando toma oficiales enemigos prisioneros, los mira sin

odio; les hace leer en su presencia el decreto de guerra á muerte de Posadas, y los pone en seguida en libertad. No derrama una sola gota de sangre, ni una sola, fuera del campo de batalla.

El héroe oriental se ha colocado, para dirigir la campaña, en el Norte, sobre la costa del Uruguay. Desde allí, ve la región occidental al otro lado del río, donde sus legiones se dirigen á Buenos Aires, y la oriental, en que sus hombres tienen en vista á Montevideo.

Las fuerzas del Directorio están bajo el mando supremo del coronel don Miguel Estanislao Soler. El coronel Dorrego, uno de los militares más brillantes y animosos del ejército argentino, debe ser el principal ejecutor de su plan de campaña; el coronel Hortiguera lo secundará. Las huestes de Artigas son mandadas por Rivera, Lavalleja, Otorgués, Bauzá....

Es preciso que miréis, amigos artistas, á los dos primeros de esos hombres, siquiera sea de paso, pero, con mucha intensidad.

Otorgués, deudo cercano de Artigas, aunque fué el primer gobernador de Montevideo, y acaso por eso mismo, porque no debió serlo, está aún en nuestra historia como una estrella humeante: no brilla; parece querer hundirse en la sombra que brota de ella misma. Si Artigas fué deprimido, ¿qué mucho que lo haya sido, con implacable saña, este bravo de Otorgués? El porvenir hará lucir su memoria, sin embargo. Los orientales no olvidarán jamás que el tosco caudillo, aunque incapaz de penetrar en toda su extensión el hondo pensamiento de Artigas, estuvo siempre al lado de éste, y luchó mucho por la patria y sufrió mucho por ella: todo cuanto puede lucharse, todo cuanto puede sufrirse.

Miremos ahora, con mucho amor, á esos dos jóvenes soldados, Lavalleja y Rivera, los más amables capitanes del profeta. ¡Oh, los bravos héroes! ¡Hombres de bien! Ellos, como Artigas, brotaron de las profundidades étnicas y sociológicas de nuestra tierra; son la expresión genuina de nuestra vida. Lavalleja es hijo del fundador de la villa de la Concepción de Minas, como Artigas lo fué del de Montevideo; tenía 28 años cuando, á las órdenes del hermano de Artigas, se incorporó al levantamiento de 1811.

Rivera es lo mismo. Ambos comenzaron juntos, en el mismo escuadrón, con el mismo espíritu, á servir á la patria; los dos han entrevisto la visión de Artigas; la sienten en las venas, en los glóbulos rojos de su sangre; son almas hermanas de la del profeta, son de su raza. Ellos condensan, en sus nombres, en sus caracteres, en sus esfuerzos, todo el carácter y el esfuerzo y el resplandor reflejo de todos y cada uno de los que, en torno de Artigas, forman nuestra legión heroica primitiva. Los estoy viendo á todos en mi imaginación; siento el impulso de mostrároslos uno por uno; pero la difusión es la enemiga del mármol que engendra la línea expresiva. Mirad sólo á Lavalleja y á Rivera; en ellos están todos los buenos y todos los bravos.

Desde que comenzaron su rotación, han girado sin cesar, como asteroides ígneos, en torno del astro; se han empapado en su luz, y la conservarán cuando aquel se ponga en su horizonte.

Y en ellos, como en el Josué de los hebreos, volverá á lucir el recóndito pensamiento de Moisés. Y según se acerquen ó se alejen de él, sus figuras históricas serán más ó menos resplandecientes ó apagadas. Pero pasarán al través de los eclipses, y realizarán el pensamiento del hom-

bre oriental. Y quedarán por fin encendidas en el cielo de la patria: estrellas fijas, astros polares.

III

La campaña de Guayabos, que ha estudiado notablemente Lorenzo Barbagelata, y que yo quiero trazaros en una línea lo más nítida posible, es el tipo de la guerra americana, en que el caballo es el verdadero proyectil, más rápido que el plomo; guerra de audacias, de marchas y contramarchas inverosímiles, de sorpresas temerarias, de irrupciones torrenciales. Lo que la distingue es la carga del pelotón de caballería, semejante á un vuelo sesgo de pájaros. La masa de lanceros, como un cañaveral que lleva el viento, se acerca en línea recta, crece, cobra formas varias, se detalla, va á estrellarse contra el enemigo; pero de repente, como la golondrina que roza el suelo, tuerce el rumbo en una curva tangente á la línea contraria, se aleja, casi se pierde en el horizonte, para reaparecer de improviso por otro lado, sin perder el impulso que llevaba, y acercarse, y agrandarse de nuevo, y chocar por fin cuando halla entrada propicia, y derramarse como una ola sobre el enemigo, para destrozarlo ó destrozarse á sí misma, y desparecer pulverizada. Es el *Sabbat* militar fantástico, en que las brujas, que cabalgaban sus palos de escoba ó sus esqueletos de corceles difuntos, son sustituídas por el hombre semidesnudo, inclinado sobre el cuello del caballo sin domar, de largas crines, de ojos espantados resplandecientes, y de nariz humeante; por el flotar del poncho y el tremar de la lanza primitiva; por el enjambre sonoro y casi aéreo de hombres que gritan con alaridos, de caballos que bufan, de lanzas que se entrechocan.

Dorrego y Rivera, protagonistas en esa justa homérica, son dignos el uno del otro; son dos bravos. Ambos son audaces y astutos, ágiles, sobre todo; tienen el vuelo del halcón, aparecen y desaparecen, caen del aire sobre su presa.

Artigas, situado en la costa norte del Uruguay, atiende el desarrollo de las operaciones encomendadas á Blas Basualdo, Ramírez, y otros jefes, sobre la Banda occidental; y, al mismo tiempo, y ante todo, dirige las que se desarrollan en el territorio oriental. Rivera está situado en el centro de éste; frente á él, en la capilla del Durazno, acampa Dorrego; Otorgués opera en el Sur, amenaza á Montevideo; el comandante Gadea en el Oeste, á lo largo del Uruguay; otros capitanes secundarios recorren el territorio.

Artigas ha ordenado á Rivera que ataque á Dorrego, y busque en el sur la incorporación de Otorgués. El río Negro, caudaloso y profundo, separa al capitán occidental del oriental; una lluvia copiosa lo ha desbordado; sólo asoman las copas de los árboles del bosque, sumergidos en su margen; el agua invade la llanura detrás de él; está *campo afuera*, invadeable para quien no tenga alas. Pero eso es precisamente lo que da carácter á esta clase de guerra: las alas, los caballos y los jinetes aéreos.

Dorrego se echa sigilosamente al río con toda su división; lo atraviesa á nado en seis horas; pisa la ribera opuesta, con la firme persuasión de sorprender á Rivera, que está en un cardal, frente al paso de las Piedras; cae sobre Rivera. Pero éste, que oye el paso del enemigo en el aire, lo ha sentido con el tiempo apenas suficiente para evitar el desastre; salta á caballo, y se retira en orden hacia el Norte, librando encarnizados combates parciales en todos los vados, en *Tres Árboles*, en los brazos del *Salsi-*

puedes. Este nombre es una sugestión. Lavalleja, cuyo valor temerario fué clásico en aquellas luchas, conduce las guerrillas de retaguardia, en contacto con las avanzadas enemigas. Es él el que cierra los pasos, mientras el grueso de la división es salvada por Rivera.

Dorrego ha errado el golpe. Después de una persecución de doce leguas, sus hombres están rendidos, sus caballos extenuados. Rivera no se ha fatigado, no se fatiga nunca: ha continuado su retirada en medio de la noche. Al amanecer está ya muy lejos. Desensilla su caballo sudoroso y jadeante á orillas del Queguay, allá muy al Norte, cerca del campamento de Artigas.

Los centauros, empapados y semi desnudos, han encendido sus fogones á orillas del monte de talas y espinillos; la carne de la res salvaje se asa en el suelo; los soldados toman mate y cantan al son de la guitarra los cantos impregnados de las tristes victorias de la Patria; las estrellas estivales de Noviembre se desvanecen en luz de aurora. Homero y Ossian oyen el canto, desde el borde de sus nubes, y reconocen, en la voz de los gauchos orientales, el inconfundible tono de los rapsodas ó de los bardos sinceros que anuncian las nuevas patrias.

Dorrego advierte que ha avanzado más de lo conveniente; recurre á Entre Ríos en busca de refuerzos, y no los consigue; no puede seguir adelante sin dejar abandonado su flanco izquierdo y su retaguardia; no debe aventurar una acción, pues sabe que el enemigo ha sido reforzado. Retrocede entonces, y el perseguido se convierte en perseguidor. Rivera, que ha recibido de Artigas 300 hombres, entre ellos 200 blandengues, lo mejor de las tropas orientales, una pieza de artillería y las milicias de Gadea, vuela en pos del enemigo, que ha retrogradado hasta el río Negro. Las guerrillas perseguidoras, conducidas por Lavalleja y Bauzá,

doblan las avanzadas de Dorrego, y las empujan hacia Mercedes; Dorrego abandona la villa precipitadamente, y se refugia en Soriano, para agrupar sus elementos dispersos. No es posible: el ágil enemigo no le da un momento de reposo; está ya cerca, y lo obliga á continuar su huida hacia el sur; en ella, en un pequeño entrevero, Dorrego está á punto de caer prisionero al vadear el Bizcocho. Tampoco puede sostenerse en San Salvador, como esperaba; se corre á las Vacas, más al Sur, donde disputa el paso al enemigo durante tres horas de porfiada lucha. Es desalojado, y sigue, sigue hacia el Sur. Se encierra, por fin, tras los muros de la Colonia, sobre el Río de la Plata. Durante su retirada, ha perdido 400 hombres, entre muertos, heridos y dispersos, é inutilizado sus caballadas. El primer acto de este drama clásico está terminado.

Rivera deja á Lavalleja, con 200 hombres, en observación de Dorrego, y regresa al Norte, á buscar á Artigas.

Soler, el Comandante Militar, que se había dirigido á la Florida á observar el desarrollo de las operaciones de Dorrego y prestarle auxilio en caso necesario, recibe, el 8 de Diciembre de 1814, el oficio en que éste le comunica su desastrosa retirada; acumula á las suyas todas las fuerzas de que puede disponer — 230 hombres de Hortiguera, 270 fusileros á caballo, 160 granaderos de infantería, 60 soldados del número 10, y 50 artilleros que se le envían de Montevideo — y, reunidos con Dorrego en San José, acuerda, en consejo de jefes, un nuevo plan de campaña.

Dorrego recibe orden de buscar y atacar á Artigas donde quiera que lo encuentre. Éste se halla en el norte,

atraída su atención por los acontecimientos de la Banda Occidental del Uruguay, donde Perugorría, caudillo de la Provincia de Corrientes, ha desconocido su autoridad, y Valdenegro, enviado por Buenos Aires como gobernador de la provincia, ha derrotado á Blas Basualdo, capitán de Artigas, y amenaza caer sobre éste por la espalda. Artigas sube hacia el Norte, envía recursos é instrucciones á Basualdo, y éste, después de derrotar y hacer prisionero al caudillo rebelde, restablece en Corrientes el predominio de Artigas. Perugorría fué condenado á muerte, previo consejo de guerra.

Artigas vuelve de nuevo la vista hacia la Banda Oriental. Dorrego avanza en su busca; ha cruzado el río Negro forzando los pasos, después de librar combates con éxito vario.

Ha subido hasta el Queguay, donde recibe refuerzos de artillería de Valdenegro; ha acampado, por fin, en las caídas del *Arroyo Arerunguá,* á media legua del Paso de *Guayabos* ó del *Guayabo,* y cerca del cerro del Arbolito, que domina el campo.

Al día siguiente, en la mañana del 10 de Enero de 1815, sus descubridores le anuncian que una partida enemiga está en el paso del arroyo. Dorrego cruza éste tras la partida, que se repliega sin hacer resistencia, pues su propósito es el de atraerlo. Y del otro lado, á 400 metros del arroyo, halla formado al enemigo, que lo espera, que anhela el combate decisivo.

Artigas ha enviado allí todos los elementos de que ha podido disponer, y que están al mando de Rivera. Mil doscientos hombres de cada parte van á librar la acción.

Rivera estaba en orden de batalla: la infantería en el

centro, en ala; detrás, una pieza de artillería, servida por 60 hombres; en los flancos la caballería; en el izquierdo los blandengues mandados por Bauzá, y algunas milicias apoyadas en una zanja, y protegidas por un corral de piedra; en el derecho las milicias de Soriano, Mercedes y Paysandú, y el escuadrón de Lavalleja.

Dorrego tendió rápidamente su línea de combate: á la derecha los granaderos á caballo, en el centro el número 3, una pieza de artillería y los granaderos de infantería; en el costado izquierdo los dragones; 50 hombres á caballo constituían la reserva.

Lavalleja inicia el combate á las 12 del día, rompiendo el fuego con vigor, amagando cargas y simulando retiradas, para atraer al enemigo hacia una hondanada en que están los blandengues de Bauzá. Los orientales, protegidos por el corral de piedra, son desalojados, y en vano intentan repetidas veces recuperar la posición, conservada por los granaderos á caballo. Dorrego avanza hacia allí con toda su línea, y se empeña un combate de fusilería que dura varias horas. Un grupo de europeos, encabezados por un sargento, se pasa en ese momento á las filas orientales. Rivera amaga entonces una carga contra la caballería enemiga, y simula, como Lavalleja, una huída para atraerla, como la atrae, por fin, al sitio en que está Bauzá con sus blandengues. Éste secunda bizarramente el propósito de Rivera. Los blandengues reciben al enemigo con nutridas descargas, que lo hacen volver grupa, con la intención de rehacerse en la altura; pero aquéllos, saltando á caballo, cargan, sablean y deshacen los escuadrones enemigos, que Dorrego intenta, pero no consigue, reanimar. En ese momento, la caballería oriental lleva una carga pujante contra la infantería enemiga que ha quedado en descubierto; penetra por su flanco, arrollán-

dolo todo; la empuja en dispersión sobre los escuadrones deshechos por Bauzá, y que en vano pretende reorganizar Dorrego. Todo es arrollado por las lanzas de Rivera y Lavalleja, incluso las reservas, que han llegado á detener y proteger á los batallones destrozados. El desbande se hace general; los enemigos huyen aterrorizados hacia el paso. "En el momento en que nuestras tropas dieron vuelta, dice Dorrego, los enemigos se mezclaron en nuestras filas, y como por lo general venían desnudos, la tropa los conceptuaba indios, habiendo cobrado sin motivo un gran temor."

Inútiles fueron los esfuerzos del jefe occidental para iniciar una retirada en orden. El pánico, "que desbarata las cohortes y precipita las derrotas" iba detrás de sus soldados; éstos descargaban sus armas contra los oficiales que pretendían contenerlos y reorganizarlos. "Era tal el pavor que se había apoderado de la tropa — dice Dorrego — que huía de sólo la algazara del enemigo. Yo mismo he visto cerca de 60 hombres corridos por sólo cinco que los acuchillaban, sin que siquiera se defendieran."

Las pérdidas del ejército vencido fueron grandes: 200 muertos y heridos, 400 prisioneros y dispersos, 2 carros de municiones, un cañón; hasta el manuscrito del diario de Dorrego cayó en manos del vencedor. Dorrego repasó el Uruguay con sólo 20 hombres. Soler, que recibió en Mercedes la noticia de la derrota, emprendió una marcha desastrosa hacia Montevideo.

La segunda independencia del Uruguay está consumada.

IV

El hermano trasplatino ha sido desalojado, con el mismo título con que lo fué la madre trasatlántica. Buenos Aires, desgraciadamente, no acaba de convencerse, sin embargo, de la verdad intrínseca cuyo reconocimiento hubiera sido, en el Plata, lo que en el Pacífico el de la personalidad de Chile ó del Perú; no se convence de que la provincia oriental es una persona idéntica á la occidental. Lo único de que se persuade es de que la conservación de la conquista de Montevideo es imposible, y se resuelve á abandonarla.

En el mismo momento en que se libraba el combate de Guayabos, el joven Alvear tomaba posesión, en Buenos Aires, del cargo de Director Supremo de las Provincias Unidas, que el director Posadas había abandonado el día anterior, para "retirarse — decía — al silencio de su casa, á meditar en la nada del hombre, y dejar á sus hijos consejos por herencia." Era la fórmula del desaliento.

Es, pues, Alvear quien tiene que entregar á Artigas las llaves de Montevideo. La elevación al poder, en Buenos Aires, de ese joven dictador es precaria; sólo consigue conservarse en él á fuerza de despóticas violencias, y sosteniendo una lucha intestina en la que caerá dentro de tres meses, al pretender buscar el desquite de Guayabos. Se somete, pues, á tratar con Artigas, y le envía comisionados á ofrecerle la paz, la unión. ¡La unión de Alvear y de Artigas para la consecución de un ideal común!

El Jefe de los Orientales acepta los parlamentarios. Exige el retiro de las tropas de Montevideo y de Entre Ríos para cesar en las hostilidades. Alvear se persuade de que nada es posible hacer con aquel hombre inconmo-

vible. Con él no hay protectorado posible de Inglaterra ni de potencia alguna civilizada. Se resuelve, pues, á entregar á los orientales su tierra: ordena la inmediata evacuación de Montevideo. Las tropas de Buenos Aires se van; pero se van llevándose todo cuanto les es posible arrebatar de lo que allí ha quedado: artillería, armas, municiones. Es preciso desarmarlo, aniquilarlo todo, en aquel foco de infección republicana; hasta los archivos son entregados al populacho, que los dispersa y destruye.

Los jefes han recibido orden de echar al agua todo elemento de guerra que no sea posible transportar. En ese caso está la gran cantidad de pólvora depositada en unas robustas construcciones de piedra llamadas *bóvedas*, cuyas ventanas se miran en la bahía. Una catástrofe espantosa tiene lugar: los soldados, provistos de palas, arrojan precipitadamente la pólvora al mar, por las ventanas de los depósitos; choca una pala en la piedra del muro, salta una chispa, y una explosión formidable, que sacude los cimientos de la ciudad, anuncia á sus habitantes consternados, el fin de la dominación porteña en el Uruguay. Tres polvorines han volado; el humo, como una maldición de las noches subterráneas, sube al cielo y envuelve la ciudad: 120 cadáveres han quedado sepultados bajo las ruinas.

Las tropas de Buenos Aires se van silenciosas, al son de sus lúgubres tambores, dejando el recuerdo de una dominación mucho más angustiosa que la de España. Se van el 25 de Febrero de 1815. El 26, los soldados uruguayos, mandados por Otorgués, que ha recibido de Artigas el nombramiento de gobernador militar de la ciudad, toman posesión de la metrópoli oriental.

Los orientales, dueños por fin de su tierra, recogen lo

que ha quedado de la ciudad reconquistada: lo que la hermana conquistadora no ha podido arrebatar ó destruir. Ha quedado bastante, sin embargo; basta y sobra para enarbolar la bandera.

En la ciudadela de Montevideo se levanta solemnemente, al fin, el primer pabellón de la patria: la bandera de Artigas. Es preciso que os deis cuenta, amigos artistas, de lo que esa bandera significa; es menester que os la deis muy exacta, y sin dejaros llevar de las apariencias. Esa bandera, en la fortaleza de Montevideo, representa, notadlo bien, el primer acto de plena soberanía de la revolución de Mayo; su primera aparición ante el mundo. En la Banda Occidental, encabezada por Buenos Aires, no ha sido aún declarada la independencia, y mucho menos la república. La primera, se declarará en Julio de 1816; la segunda, la república, no será adoptada francamente tampoco entonces. En Buenos Aires se gobierna todavía, con más ó menos sinceridad, pero expresamente, á nombre de Fernando VII. Eso es lo que hasta ahora representa, pues, ante los demás pueblos de la tierra, como se declarará en Estados Unidos, el pabellón creado por Belgrano, que allí se ostenta: la monarquía. Belgrano es, y será monárquico. Artigas ha desalojado de Montevideo ese pabellón, lo mismo que el español, para hacer flotar el suyo, el que simboliza su declaración de independencia absoluta, y el principio republicano, proclamados por él y por su pueblo en 1813. Es Montevideo, por consiguiente, la primera capital emancipada, *sui juris*, en el Río de la Plata; la primera metrópoli republicana que se gobierna á nombre propio, sin reserva mental alguna. Esa bandera

que allí se enarbola es la primera absolutamente libre, lo que se llama libre, de la América austral.

Sobre la clave de la fortaleza española, el escudo real de castillos y leones y flores de lis, cederá su puesto al coronado por la cimera de plumas de avestruz americano, y cortado en dos cuarteles: en el jefe ó cuartel superior, un sol naciente brota del mar; en el inferior, un brazo desnudo sostiene una balanza que se proyecta en campo blanco. ¡Día nuevo de libertad y de justicia! En la orla roja, el pensamiento, todo el genial pensamiento de Artigas ha tomado la forma heráldica en este lema ó divisa luminosa:

CON LIBERTAD NI OFENDO NI TEMO

Aquí tenéis, amigos artistas, un dibujo de ese escudo nuevo, concebido por Artigas.

Y también la bandera, la que se alzó en la antigua ciudadela: tres bandas horizontales: de *azur*, como dice el arte antiguo, la alta y la baja; blanca la central; tronchadas todas tres por una roja diagonal, del ángulo superior diestro al inferior siniestro: *barra de gules*, diría, en su lengua, el viejo heraldo del blasón.

Es preciso que miremos largamente ese estandarte, amigos míos; hablaremos de él, quieras que nó.

Si advirtiérais en mí un si es no es de emoción candorosa al hablaros de él, es preciso que me miréis con piadoso corazón. Yo bien me sé que, al detenerme en estas *pequeñeces*, corro el peligro de rayar en el énfasis ingenuo. Y eso es de mal gusto para algunos; bien lo sé. ¡Qué le hemos de hacer!

Yo debo ser sincero con vosotros; de algo me ha de servir, alguna que otra vez, estar conversando con ar-

tistas, y no con luguleyos, mercaderes, retóricos ó contadores patentados.

Vosotros conocéis tanto como yo, y acaso más que yo, el ignoto poder de las banderas sobre las almas sencillas. Y la mía lo es; confieso que lo es.

Pues bien: nosotros, los orientales, poseemos hoy nuestra bandera nacional, la que simboliza la patria, y es conocida de todo el mundo. Es ésta, que aquí tenéis, listada de azul y blanco: cuatro barras de *azur* en campo de armiño; nueve franjas bicolores, con el sol de oro cenital en el ángulo diestro superior. Convengamos en que es hermosa. No hay nada más amable entre las nobles criaturas que diluyen sus colores en el aire. Esta encantadora bandera, que aman y conocen los niños y los ancianos, y las tierras y los mares remotos, es el símbolo, pujante y laborioso, de la patria soberana, definitiva, constituída; es la bandera viva. Bendita sea.

¡Pero esta vieja de Artigas, que desprendo conmovido de la antigua ciudadela para ponerla en vuestras manos! ¡Esta que beso en vuestra presencia, amigos míos, porque sois mis hermanos en la belleza,.... esta es nuestra bandera muerta. Esa larga y roja cicatriz, que atraviesa sus tres bandas, es la herida de gloria que la mató. Murió de libertad. La historia que os estoy enseñando no es otra que la de esa bandera, amigos míos; la de su vida y la de su martirio.

¡Muerta! Pues bien, nó. Yo os aseguro que no lo está: vive la vida de los dioses inmortales, la subterránea del mito heroico, la interminable, la insondable del silencio, que, como lo digimos otra vez, es el estado divino, el eterno, porque todo ruido es limitado y pasajero.

¡Nuestra bandera de Artigas!

El pabellón listado, que hoy enarbolamos para dis-

tinguirnos, es la patria que nos protege, la pujante, la llena de sol; es objeto de amor y elemento también de trabajo, de progreso y bienestar. Pero la otra, la que sangra por su grieta diagonal, esta de Artigas que os estoy mostrando, esta es inútil, no sirve para nada. Y por eso es lo que es: sólo amor, gloria, belleza. Es objeto de contemplación, tesoro, culto, abolengo, signo de fiera estirpe, de noble raza.

Esa es también nuestra, amigos míos; lo será siempre. En nuestros días de recuerdos nacionales esa vieja bandera reaparece en nuestros aires, pasa por ellos goteando recuerdos de su herida, y se vuelve, cuando el sol se pone, á su inmortal silencio....

Si esta patria llegara á peligrar algún día, oh amigos, entonces se vería bien como la bandera de Artigas no está muerta. Será para los orientales, lo que el viejo crucifijo, recogido de las manos de la madre yacente: no se mira á menudo; sirve poco ó nada en la vida cotidiana.... pero sirve para morir.

Algo de eso está escrito me parece, en la divisa misteriosa que grabó Artigas en su escudo:

CON LIBERTAD NI OFENDO NI TEMO

O yo sé poco, ó es ese el lema más perpetuo que pueblo libre pudo adoptar.

¿Cómo formó nuestro Artigas esa frase inconsútil? ¿Dónde y cuándo se le apareció?

. . . . . .

Bien.... Bien.... Pasemos á otra cosa, á asuntos de más peso. Bastante tiempo hemos perdido, para los hombres sabios, filósofos, personas ocupadas, diligentes rebuscadores de documentos, etcétera, en hablar de es-

tas cosas que parecen niñerías: escudos.... banderas.... Casi no me explico como yo, hombre serio, me he sentido conmovido al daros el escudo y el olvidado pabellón de Artigas. Y hasta he llegado á creer que podía provocar en vuestro organismo, por simpatía fisiológica, la misteriosa vibración del mío.

Pasemos, pues, á lo muy serio.... pero sin dejar de convenir, una vez más, en que la divisa es noble.

Y es serena y fuerte, como el mar sin límites:

CON LIBERTAD NI OFENDO NI TEMO

CONFERENCIA XV

EL GOBIERNO DEL HÉROE

El Hervidero. — La Meseta de Artigas. — Purificación. — Artigas, arquitecto de patrias. — Religión de Artigas. — Las tristezas íntimas del héroe. — La esposa enferma. — El hijo. — El templo y la escuela. — Anécdotas. — Gobierno de Artigas. — La vida social en Montevideo. — Artigas y Larrañaga. — La Biblioteca. — El Protector en su despacho. — Títulos y tratamientos. — Desinterés del héroe. — Los honorarios del Libertador.

I

Artistas amigos:

El 26 de Febrero de 1815 se enarbola, en la ciudadela de Montevideo, el pabellón de la primera patria ríoplatense independiente, de la patria de Artigas.

El 20 de Enero de 1817, apenas dos años después, esa bandera será arrancada de allí, y sustituída por otra.

¿Volverá á flotar en ese muro la de oro y llama de la metrópoli española?

Ese fué el ensueño de los españoles residentes en Montevideo, que, día á día, esperaron, por largo tiempo, la llegada de una escuadra que había de venir, que no podía menos que venir: los buques fantasmas. Eran *entes de*

razón; no llegaron nunca. Nó: la gran señora Hispania no volverá más, como dueña, al hogar emancipado de sus buenos hijos uruguayos, que la despidieron con vigor, pero sin odio; no volverá más como dueña, sin por eso perder el carácter de madre. Artigas no la odió jamás por ser España, y mucho menos por ser madre, sino por negarse á serlo de un hijo digno de su sangre. Que fué América quien, al desprenderse de España, hizo á ésta madre verdadera de nobles seres de su especie.

Tampoco la bandera inglesa volverá á flotar en el baluarte uruguayo, ni tiene por qué ni para qué, la muy exótica; no volverá, yo os lo aseguro, á pesar de que, como lo sabéis, el director Alvear la está llamando, no sólo á Montevideo, sino también á Buenos Aires y á todo el virreinato.

¿Será entonces la blanca y azul de Belgrano, la del estado occidental?....

Nó, mis amigos; ahora menos que nunca. Si eso hubiera sido posible, la campaña de Guayabos, tan injustamente provocada, hubiera roto todo vínculo político entre los hermanos de ambas márgenes del Plata, por más que, como España madre, no han dejado ellos de ser hermanos, ni dejarán de serlo. Pero no era posible. Recordad lo que os dije cuando os expuse la situación especialísima de este territorio atlántico subtropical; no lo debéis perder de vista ni un instante, si queréis permanecer en la región de las *causas,* obscura y silenciosa, en que se engendra la historia.

El pabellón que va á venir no puede ser otro que el portugués. Vosotros lo sabéis, y sabéis el por qué.

Esta tierra oriental forma parte geológicamente de la enorme isla ó continente del Brasil, del levantamiento atlántico, distinto del gran macizo andino; ya os lo dije al principio. Recordad que el instintivo ensueño de Portugal es hacer suyo todo ese continente, dando por límite á sus dominios el Río de la Plata, que lo recorta por el sur, y lo separa del continente occidental.

El portugués cuenta con ese factor geológico que atrae á su seno la provincia oriental; pero prescinde de los otros factores que la separan con doble energía: el climatérico, el sociológico, y el histórico, el histórico sobre todo, que son la sugestión inmediata, determinante de la acción en los pueblos.

Portugal esperaba su hora, y ésta no podía ser otra que aquella en que la provincia oriental se desprendiera de la unión con las demás provincias españolas de la región occidental, sus hermanas; la hora en que aquella se encontrara sola, abandonada, entregada acaso por sus afines. Ahora la cree sola, la considera, y no sin causa, abandonada, y va á lanzarse sobre ella.

Pensad bien en esto, yo os lo ruego, mis amigos artistas; pensad bien en esto, que es de capitalísima importancia.

Sólo así comprenderéis lo que aquí podría llamarse el secreto manifiesto de Goethe, — manifiesto á todo el mundo, y visto sólo por los héroes, según el sociólogo inglés — y que no es otra cosa que el huevo de Colón de nuestra tradición española. Sólo así comprenderéis por qué Artigas, el vidente, después de hacer al Estado Oriental dueño de sí mismo, no aceptará su desmembración absoluta é inmediata de los demás estados rioplatenses, sino que, por el contrario, luchará por la autonomía dentro de la alianza ó federación; pugnará por imponer ésta, en nombre, no sólo del pueblo oriental,

sino también del argentino, á los que pretendan prescindir de la voluntad de éste en la solución del gran problema.

La desmembración absoluta, la soledad de la provincia oriental, entrañaba su caída en poder del extranjero, como la soledad de todos los otros estados americanos, ó de cualquiera de ellos, significaba la caída en poder de España del que se encontrara solo primeramente, y de todos los demás después. La unión, el mutuo auxilio, la federación ó como queráis llamarle, era ley intrínseca de la revolución americana, constituía su propia esencia. Hablo de la federación internacional, que no debe confundirse, según ya os lo he dicho, con la forma de organización política interna de los distintos estados; hablo de la federación transitoria, formada por el común esfuerzo contra los enemigos comunes de la independencia, y que el genio visionario de Bolívar llegó á creer posible como organización permanente del continente americano; hablo quizá de la federación del porvenir, que acaso vinculará á todos los pueblos ibéricos en un propósito solidario, sin que pierdan por eso su personalidad.

El estado occidental argentino, con su cabeza en Buenos Aires, y con su vasto organismo extendido desde los Andes hasta la cuenca de los grandes ríos que desaguan en el Plata, tendrá sus cuestiones de organización interna, que resolverá en forma de federación entre sus distintas provincias; pero no hay que confundir esa federación con la federación de que hablo, la de Artigas, formada por las distintas naciones americanas en defensa de la independencia común; no hay que incluir, entre esas provincias del estado occidenal, al estado oriental argentino, cuya cabeza es Montevideo, y cuyo territorio se extiende entre

aquella cuenca de los grandes ríos y el Océano Atlántico.

No tengo por profundo conocedor de la historia al que dice, pongo por caso, que San Martín con los argentinos, incluídos entre éstos los de la región oriental, dieron libertad á Chile, ó que éste y los ríoplatenses la dieron al Perú. No es tampoco muy digna de respeto la afirmación según la cual Bolívar, el héroe venezolano, dió libertad á cinco repúblicas, y todo lo demás que ha solido decirse por ahí. Lo que todos hicieron fué dar libertad á la América hispánica, darse la libertad á sí mismos, combatiendo el incendio ó extirpando el hormiguero, no sólo en casa ó campo propio, sino también en la casa ó en el campo del vecino, de donde había de propagarse de nuevo. No era, pues, un servicio el que prestaban los libertadores al cruzar fronteras y respetarlas después: era un deber de solidaridad americana el que cumplían.

En ese deber estaban los estados occidentales del Plata, Buenos Aires especialmene, con relación al oriental, su hermano; residía, pues, en éste, un derecho perfecto, correlativo de aquel deber. Y era ese derecho el que ejercía Artigas, al acaudillar las provincias occidentales de Entre Ríos, Santa Fe, Córdoba, etc., y aun la de Buenos Aires; al fomentar y difundir en ellas el espíritu de autonomía, germen de la futura federación interna, y al imponer con ellas, á la oligarquía gobernante en Buenos Aires, el cumplimiento del deber de mutuo auxilio, que estaba en las mismas entrañas de la revolución de América. Eran los pueblos argentinos, que casi unánimemente seguían á Artigas, y no la oligarquía de la comuna porteña, los que entrañaban el alma de la revolución de 1810. Eso me parece evidente; es el secreto manifiesto.

Desgraciadamente, Buenos Aires era el centro de los recursos, y, sobre todo, el de la política secreta, el de la diplomacia ignorada de los pueblos. Y ésta será la que, en un momento dado, triunfará.

Con esa llave, mis queridos artistas, seguiréis abriendo la puerta de la historia argentina, que es necesario abrir de par en par. Ha estado cerrada mucho tiempo á los profanos.

II

Desalojados del Estado Oriental todos los extraños, el fundador de la patria no entra, sin embargo, en Montevideo, á vestirse de los atributos exteriores de la realeza, ó del poder, y á ser aclamado y proclamado Presidente, ó Gobernador, ó Director Supremo, ó cualquier otra cosa por ese estilo. Cuando el General San Martín dominó en el Perú y penetró en Lima, creyó honradamente que sólo con una monarquía podría consolidarse la nueva patria, y recurrió él mismo á la ostentación propia del régimen monárquico; á los accidentes ó abalorios.

"No obstante su sencillez espartana, dice Mitre, acusó, en su representación externa, esa influencia enfermiza. Su retrato reemplazó al de Fernando VII en el Salón de Gobierno. Para presentarse ante la multitud con no menos pompa que los antiguos virreyes, se dejaba arrastrar en una carroza tirada por seis caballos, rodeada de una Guardia regia; y su severo uniforme de granadero á caballo se recamó profusamente de palmas de oro."

Artigas es la antítesis de todo eso. Él distingue bien los accidentes de las sustancias; vive en la plena realidad de las cosas, y sabe que la conservación y el afianzamiento de la independencia oriental no está en la apariencia, en

los títulos ó chirimbolos de que se rodee el hombre que la ha creado y la custodia, sino que está en otra parte. Toda ella estriba en el triunfo del principio democrático, identificado con la autonomía regional de las provincias occidentales, y en la derrota de la tendencia absorbente de Buenos Aires, que es la monarquía española, ó inglesa, ó cualquier otra más ó menos transitoria, en las provincias argentinas. Y, como su consecuencia, la monarquía portuguesa en la oriental, es decir, la muerte.

Artigas vió eso con intensísima claridad. Él, que no tenía participación ninguna en los secretos de la Santa Alianza ríoplatense, no sabía á ciencia cierta, como lo sabemos hoy nosotros, que el director Alvear, de acuerdo con su consejo, gestionaba en esos momentos la entrega incondicional de estos países á Inglaterra. Tampoco sabía de las gestiones que se hacían entonces por Sarratea, Rivadavia y Belgrano, que ya conocéis, ni de los sanhedrines que se realizaban en Río Janeiro para entregar la Banda Oriental á Portugal. Pero él veía todo eso; lo veía dentro de sí mismo por intuición profética, por revelación de su dios interior. Él no debía entrar ahora en Montevideo, como no debió entrar con el séquito de Alvear. Su puesto, hoy como entonces, estaba en otra parte. No debía aceptar gobiernos ni preeminencias civiles; tenía otra cosa que hacer: defender la independencia de su patria en las provincias occidentales, y cumplir para con éstas el deber de mutuo auxilio contra los enemigos, así fueran interiores ó exteriores, de la democracia americana, sinónimo de independencia; acaudillar esas provincias, que lo han aclamado, y prestarles el apoyo oriental, en la lucha que sostienen con la oligarquía.

En esas provincias, Artigas ha triunfado; este es el

momento de su apogeo. Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe lo obedecen, y le dan el título de Protector de los Pueblos Libres; Córdoba sigue el ejemplo: lo aclama su libertador, y escribe ese título en la hoja de la espada de honor que le consagra. Si quisiérais ver esa espada por curiosidad, ella existe en nuestro Museo Nacional.

Artigas deja en Montevideo el gobierno en las manos de Otorgués, como gobernador militar, y en las del Cabildo, como representación del pueblo, y él va á colocarse allá en el Norte, en la costa del Uruguay, entre las actuales ciudades de Paysandú y el Salto, treinta leguas al norte de la primera y seis al sur de la segunda, en el sitio donde el río toma el nombre de *Hervidero,* á causa de los espumantes remolinos ó rompientes que forma la corriente en las asperezas de su cauce. Allí, en la costa oriental, está la que se llama *Meseta de Artigas,* abrupto promontorio saliente, en forma de pirámide trunca, de 45 metros de altura, que recorta á pico sobre el río sus poderosos bancos horizontales de arenisca colorada, cimentados en tosca consistente y dura. Desde la cumbre de ese torreón natural, además de dominarse los canales del río hasta tiro de cañón, y más allá, se ven las tierras de ambas márgenes: las altas barrancas acantiladas y las verdes colinas orientales, de este lado; las costas deprimidas y las fértiles llanuras entrerrianas, del lado opuesto.

Al norte de esa atalaya estratégica, corre el arroyo del Hervidero, que se derrama en el Uruguay; y, entre el arroyo y la meseta, estableció Artigas su cuartel general, y fundó, á mediados de Mayo de 1815, con el nombre de *Purificación,* la que puede considerarse primera capital de la República, como residencia que fué de su primer mandatario supremo. Aquél será el centro de sus operaciones en ambas márgenes del Uruguay; centro estraté-

MESETA DE ARTIGAS

gico, sobre todo si se tiene en cuenta que, como lo estableció Artigas en sus instrucciones del año 1813, los límites del Uruguay eran, por el norte, la línea divisoria de los dominios españoles y portugueses. El estado comprendía, por consiguiente, las misiones orientales: toda la región atlántica subtropical de que tanto hemos hablado.

Es preciso que nos detengamos, mis bravos artistas, á mirar en este momento al fundador de la patria oriental, ya que estamos en el caso de fijarnos especialmente en sus actitudes estéticas. Nada más mitológico que esta página de nuestra historia.

Artigas, al trazar el circuito de *Purificación,* tiene un carácter homérico, que lo aleja del presente, y lo coloca entre aquellos fundadores de pueblos que iniciaban su empresa cavando y defendiendo los fosos de la ciudad primitiva, y cerrando con un muro el sagrado recinto, que la leyenda poblará de sus superticiones heroicas. *Purificación* es la ciudad uruguaya; no es hija de conquistadores; es la primogénita. Allí no flameará más pabellón que el de la patria, y desaparecerá con él, como un pájaro que se posó una tarde al pasar. Hoy apenas se ven en aquellos lugares algunas piedras y cimientos de murallas, de construcciones primitivas: depósitos de municiones, capilla, cementerio. La hierba crece sobre esos vestigios; la soledad los rodea. Y los ganados pacen por aquellas colinas. Con el andar del tiempo, esa ciudad ha de retoñar en sus gloriosos escombros.

En los tiempos remotos, en que el aire estaba lleno de dioses, como dice Homero, la ninfa Egeria hubiera descendido á la cumbre del pequeño promontorio del Uruguay; Artigas habría desaparecido en una nube. Vosotros, los

artistas, los rapsodas de la línea, podéis creerlo así con sinceridad, si queréis. No es una mentira; es la forma estética, es decir, ajena á la vida práctica, objeto de simple contemplación, de una verdad ó de una realidad intrínsecas.

El trazado de la villa, comprendida en él la meseta, estaba protegido, al norte, por el arroyo Hervidero, al oeste, por el Uruguay, al sur y al este, por fosos profundos, y por baterías colocadas en los ángulos aparentes. Era la Roma cuadrada de la patria oriental. Al pie del promontorio, y defendidas por éste, como las primitivas poblaciones medioevales por el castillo feudal del picacho inaccesible, se extendían las viviendas de barro sin cocer y paja, en su mayor parte, de Purificación. Una construcción poco más sólida que las demás, de tres ó cuatro habitaciones, era la residencia del Jefe de los Orientales, cuya vida, entonces como siempre, fué de una sobriedad espartana. Los habitantes de Purificación lo veían cruzar solitario las callejuelas del pueblo, determinadas por estacadas de postes desiguales y toscos que cerraban sus parcelas, y dirigirse á la Meseta, al paso de su caballo. Iba vestido de su chaquetilla de blandengue, y cubierto por su poncho de campaña, de color claro. Lo veían subir lentamente hasta la cumbre, cuando el sol se ponía en las pampas argentinas; allí permanecía largas horas solitario, á la sombra de los pequeños arbustos que coronan la meseta. Miraba la corriente del Uruguay, en que se enfriaban las sombras trémulas de la barranca, las azules lejanías occidentales; las verdes colinas de la patria. Miraba sobre todo, en su propio pensamiento, el reflejo melancólico de un porvenir incierto. Su fe triunfaba en él, sin embargo, la fe que lo acompañó hasta el fin.

Nada más peregrino que el carácter de aquella pobla-

ción, que vivió y desapareció para siempre con su fundador. Mezcla de colonia y reducción de indios, de campamento fortificado y de parque ó maestranza, de prisión política y de residencia de altas personalidades, ese centro original de sociabilidad refleja lo más intenso del pensamiento del héroe.

Artigas reune allí una multitud de indios guaycurús, que ha reducido á la civilización, y que lo siguen como á un dios, con la fe del hombre primitivo, tan inclinado á divinizar las fuerzas naturales, el sol, las estrellas, el viento; la superioridad de su propio semejante sobre todo. Aumenta ese plantel con 400 indios abipones que, acaudillados por sus cuatro caciques, se acogen á él; pone á todos ellos á labrar la tierra; los estimula al trabajo; hace de esas gentes y sus familias el núcleo de una ciudad, y, de esa obra, el título para él de supremo honor y patriotismo. Así se lo dice el Cabildo de Montevideo, al que se dirige en una hermosa nota, de 22 de Julio de 1816, pidiéndole la remisión de útiles de labranza, arados, picos y palas "para que empiecen estos infelices — decía — á formar sus poblaciones y emprender sus tareas. Y es preciso también — agregaba — que U. S. me remita semillas de todos los granos que se crean útiles y necesarios para su subsistencia."

Yo quisiera haceros conocer ese documento, al menos ese, entre mil que poseemos, y en que se reconoce el estilo personalísimo de Artigas, para que percibiérais lo que hay en éste de realmente grande y original. En esa nota, del 22 de Julio, el héroe insiste en lo que constituye la obsesión de su espíritu: el problema de la población. Sus doctrinas, dignas de un sociólogo, sorprenden á quien mira algo más que las apariencias. Para Artigas, un estado es, ante todo y sobre todo, un conjunto de hombres, ó, más

bien, de familias, con un rasgo común diferencial. Y como disiente de los que juzgan que ese elemento "hombre" debe importarse de Europa para que sirva de base á la nueva patria americana, no concibe la formación de ésta, sino por medio de la conservación de los hombres y familias que la pueblan. A ninguno desdeña; en todo ser humano ve la unidad sociológica de la patria que está formando. Quiere arrancar al indio á su vida nómade, y agruparlo, y hacerlo cristiano; desea educar, educar todo cuanto sea posible, á sus coterráneos; quiere " que sean los orientales tan ilustrados como valientes "; desea, como Bolívar, pero con más insistente energía que Bolívar, ver formarse una fuerte raza americana, que sirva de tronco á los ingertos futuros, y á las futuras transformaciones progresivas.

Ese su pensamiento no se limita á la patria oriental; abarca toda la argentina, las provincias que creen en él, sobre todo, y cuyos futuros destinos son, tanto como los de aquella, el objeto de sus anhelos.

Él es el verdadero arquitecto ó constructor de patrias, que utiliza, como precioso elemento, lo que los otros desechan ó destruyen; no forma sólo soldados para la muerte; quiere economizar hombres para la vida.

¿Dónde aprendió Artigas esas altas doctrinas? Debemos suponer que fueron despertadas en él por el ilustre sabio don Félix de Azara, quien, en 1800, planteó al virrey el problema de la población, lo convenció de su importancia, y, comisionado para resolverlo, se consagró con pasión á la empresa. Recordaréis que Azara tuvo en Artigas su principal colaborador; le confió la tarea de repartir tierras, entregar su lote á cada poblador, preparar los títulos, etc., etc. La influencia del insigne historiador y naturalista ha perdurado, sin duda alguna, en el gran

caudillo; pero no es menos evidente que éste obraba, sobre todo, por inspiración propia, recogida en la vida, en el estudio del supremo libro.

Muy poco estudiado ha sido Artigas bajo ese concepto; cuando lo sea, y lo será plenamente, su figura cobrará proporciones desconocidas. Vosotros, mis bravos artistas, podéis adelantaros al porvenir. Yo os aconsejo que os detengáis á mirar un buen rato á ese hombre original, rodeado de sus familias indias en el Uruguay, poniendo el arado en manos de los salvajes, y dándoles semillas que sembrar. Es la raza que poblaba América, la raza agonizante; muy pocos la quieren, muchos la execran ó la desdeñan, aún cuando le piden su sangre. Ya os hice ver cómo Wáshington no mandó indios; cómo fueron exterminados por allá. Por todas partes se extinguía la pobre estirpe indígena. Muchos no creían hombres á esos indios. Artigas sí; los creyó hombres y los amó; hasta habló su lengua: Artigas se expresaba con facilidad en guaraní. Ellos, en cambio, lo juzgaron un semidios, le dieron toda la sangre que les pidió. Y él hizo de ellos soldados.

Porque es preciso tener en cuenta que hizo soldados de los pobres indios; tenían su disciplina, obedecían á su jefe, no eran salvajes en las filas.

Ya veréis cómo, cuando Artigas, vencido y abandonado de todos, se hunda en la sombra paraguaya, los indios de las Misiones, los últimos amigos, saldrán á su encuentro y le pedirán la bendición, como si vieran en él al gran sacerdote de un dios, ó al dios mismo; la revelación de lo divino en la carne.

Refiere Saint Hilaire, en la narración de su viaje á Río Grande, que vió allí un niño indio del Uruguay, que, caído prisionero en la guerra contra Artigas, servía de paje al gobernador portugués. El indio estaba bien ves-

tido, bien tratado; tenía su bonita librea azul con botones dorados. El viajero francés le preguntó si estaba contento. El niño bajó la cabeza.

—¿Deseas algo? le dijo.

—Sí.

—¿Y qué es lo que más desearías?

—Irme con Artigas, contestó el niño, irme con Artigas!

III

Pero los tiempos de Artigas no eran los de las mitologías norsas. Él no se convierte en Odino. Estamos en tiempos cristianos, y Artigas es un cristiano.

Al daros este dato, advierto que nada hemos hablado hasta ahora sobre ese punto interesantísimo: la religión de Artigas. Y, si mi información no ha de ser deficiente, es menester que os ofrezca ese elemento de juicio.

Carlyle juzga que la religión es el hecho más importante para juzgar de un héroe. Bien es verdad que él no entiende por religión el credo eclesiástico ó los artículos de fe religiosa suscritos por aquél, sino la creencia práctica, ó el sentimiento íntimo, determinante de todos sus actos, sobre sus relaciones con el misterioso universo de que forma parte. "Esa es su religión, dice, ó, tal vez, su escepticismo ó no religión; la manera en que él se siente espiritualmente relacionado con el mundo invisible ó no mundo."

Yo me explico por qué no se me ha presentado hasta ahora la ocasión de ofreceros tan importante factor para la resolución del problema psicológico del héroe que estudiamos: es que lo he creído implícitamente dicho, al hablaros de su educación y de su vida. Hubiera dejado de ser la

entidad humana que os he presentado como brotada de las profundidades de su tierra, si no hubiera tenido arraigada en las de su espíritu la religión católica, tradicional en su país. Ella era la base de la sociedad y de la familia hispano-americanas; modelaba las costumbres, y compenetraba la educación y la instrucción que entonces se recibía. En los archivos de la Orden Tercera de San Francisco de Montevideo, he leído la profesión en esa orden de los padres de Artigas, la de su hermano y su esposa, doña Rafaela Villagrán. No he hallado la suya; pero sus vinculaciones con la comunidad franciscana, en cuyo colegio se educó, y la adhesión de ésta á su persona y á su causa son notorias, como lo es el concurso que le prestó el clero secular unánime; los curas sobre todo.

No ha faltado quien, en presencia de ese hecho, haya querido presentar á Artigas como inspirado, si no sojuzgado, por frailes apóstatas y malvados. Los nombres de los virtuosos sacerdotes que lo acompañaron, Peña, Larrañaga, Lamas, Ortiz, Figueredo, Monterroso, Barreiro, Gómez, y los de todos los curas párrocos del país sin excepción, que fueron sus entusiastas auxiliares, protestan contra esa inconsistente invención. Nadie ejerció ni pretendió ejercer influencia predominante sobre el espíritu de Artigas, por otra parte. En aquella época, las doctrinas *regalistas,* emanación de las antiguas monarquías, eran corrientes aun en el clero; si fuera el caso de buscar doctrinas al respecto en Artigas, esas doctrinas regalistas serían, más que otras, las que en él encontraríamos como vestigio de su educación colonial. Pero ellas no tenían nada que ver con el sentimiento religioso que analizamos en Artigas; ese sentimiento no era en él un producto de lo que Carlyle llama la parte *argumentativa* ó externa de su espíritu, sino que brotaba unido á todos

sus demás afectos, y de la misma fuente psíquica. Sus actos de religión no eran actos de controversia ni profesiones de fe: eran emanaciones espontáneas de su vida íntima.

En los estados del Norte, en los de Bolívar, las profesiones de fe religiosa, la proclamación expresa de determinados dogmas de la Iglesia, que se escribían en las constituciones, presumían la contradicción; más que testimonio de piedad, parecen proclamaciones de principios sociales, ó protestas contra los que querían presentar la revolución americana como obra herética ó infernal.

En el Río de la Plata, la fe católica me parece menos argumentativa, más ajena á la idea de combate. Su más ferviente adicto es el general Belgrano; éste la proclama á cada paso con fervor de apóstol, declara á la Virgen de las Mercedes patrona de su ejército, atribuye á su intercesión las victorias de la patria, inclina ante ella solemnemente sus banderas.

San Martín no tiene la religiosidad de Belgrano; pero, inducido expresamente por éste, rinde su tributo á la fe popular; también él pone su bastón de general á los piés de la Virgen del Carmen, declarada patrona de su ejército como del chileno.

Yo creo que también en religión, aun en la más sincera, puede existir algo que pudiera llamarse el énfasis teatral; existe la vanidad ó el orgullo espiritual.

Artigas no ofreció esas solemnes manifestaciones de religiosidad; menos ferviente que Belgrano, y más sincero, mucho más, que San Martín, sus actos de religión no tenían el carácter de acciones extraordinarias, ni menos el de recursos resonantes.

Eran en él tan naturales y espontáneos, como los que respondían á los afectos domésticos, con los que se confundían.

El más amable y fiel cronista de nuestras tradiciones, don Isidoro de María, afirma que Artigas "era devoto de la Virgen del Carmen." Ese dato, recogido de la fuente doméstica, y que parece de escasa significación, no lo es para el sociólogo; por él se penetra en las intimidades de aquel espíritu. Esas *devociones* ó formas del culto, aparte de su significado religioso, tienen uno psicológico, y aun sociológico, que el historiador no puede desdeñar. Ellas son tradición doméstica, persistencia de un oculto sentimiento delicado, caliente de hogar, al través de los hechos de la vida, unidad de carácter, de eso que llama Carlyle "conciencia de la relación del hombre con el no mundo." Es, por consiguiente, en esos afectos domésticos, más aun que en sus actos públicos, donde encontramos las profesiones más sinceras de fe en Artigas, por más que también las hallemos en aquéllos.

Os ofrezco, por ejemplo, esta carta, que debo original á Lorenzo Barbagelata, dirigida por el gran caudillo á su madre política, doña Francisca Artigas, desde este caserío de *Purificación* en que estamos, precisamente. Está fechada en 1.º de Mayo de 1816. En ella dice:

"De Rafaela (la esposa enferma), sé que sigue lo mismo. ¡Cómo ha de ser! Cuando Dios manda los trabajos, no viene uno solo; Él lo ha dispuesto así, y así me convendrá. Yo me consuelo con que esté á su lado, porque si Vd. me faltase, serían mayores mis trabajos. Y así, el Señor le conserve á Vd. la salud."

No creo que disuene, amigos míos, esa nota melancólica, en medio á nuestra narración homérica; antes la juzgo necesaria á su estructura orgánica. Ella nos da el acorde en tono menor, que diría un músico, de la he-

roica sinfonía que se va desarrollando en mis palabras, y que debéis escuchar íntegra. Sólo así sentiréis con claridad los pasos de un hombre de carne y hueso que camina sobre la tierra, y que lleva un corazón.

Esa carta que hemos leído, nos conduce á recordar congojas íntimas del héroe; aquellas de que os hablé al principio, al haceros saber el matrimonio de Artigas con su prima Rafaela Villagrán. Artigas soñó entonces en la felicidad; una fugaz hora de sol brilló en su vida tormentosa.

Os dije que su joven esposa, al ser madre, un año después, le fué arrebatada para siempre, por esa enfermedad que llaman locura ó delirio puerperal, y cuyo germen morboso se ignora aún. Se pierde la conciencia del yo; el espanto relampaguea en el cerebro, y alumbra apariciones; se hiela la vida inteligente y la afectiva, la afectiva sobre todo; muere el amor; el alma se sumerge en esa noche con intermitencias; entra en sus tinieblas y sale de ellas, como la luna al través de las nubes. Cuando reaparece, comienza por desconocerse á sí misma y á los seres que más amó; se esfuerza por penetrar en sus propias tinieblas, y el esfuerzo la postra, y reabre la herida misteriosa del cerebro. Ocurre una mejoría; el día se va haciendo lentamente; raya una aurora pálida de inteligencia y de amor; se cree en la proximidad del día psíquico; pero la noche cae de nuevo, con sus relámpagos y sus apariciones negras. Y el alma huye espantada, y la herida del cerebro se hace mortal...

Artigas había perdido para siempre á su esposa; pero no la esperanza de recobrarla. Y ésta no hacía otra cosa que diluir en los años el dolor de las horas aciagas. Las horas nos quedan para llorar los instantes.

¡La esperanza de la tierra! ¿Es realmente una fuente de felicidad? ¡Oh hombre, dice Isaías, el profeta de las

siderales estrofas; oh hombre! Desde que te destete tu nodriza; desde que te aparten del pecho que te nutre, aguarda tribulación sobre tribulación... aguarda también esperanza sobre esperanza!

Esa esperanza atribulada acompañó á Artigas. Quien lo sigue como yo lo he seguido, siente, de vez en cuando, cómo gotea, en ciertas horas de su vida, la negra sangre de esa herida que lleva consigo. Obligado á alejarse de la mujer que amó, vuelve primeramente á su faena de blandengue; recorre los campos desiertos; acaudilla después á su pueblo; libra las batallas de la patria; pero su pensamiento insiste en su perdida felicidad, que no cree desvanecida para siempre.

Leamos esta carta que, desde el Paso de Polanco, escribe á su madre política, el 16 de Agosto de 1809:

"Mi más venerada señora: Aquí estamos pasando trabajos; siempre á caballo, para garantir á los vecinos de los malévolos. Siento en el alma el estado de mi querida Rafaela. Venda Vd. cuanto tengamos para asistirla, que es lo primero, y atender á mi José María, que para eso he trabajado."

Ese José María es su hijo, cuya educación recomienda y encarece constantemente en sus cartas; en todas éstas, aun en medio á los azares de su vida, se reflejan sus horas de melancólicos recuerdos. Aquí tenemos una, entre muchas, dirigida á don Antonio Pereyra, después de la campaña de Guayabos. ¿Qué ha sido de mi desgraciada familia? pregunta ante todo. He aquí otra llena de carácter. Es de 1818. Artigas, en el fragor de la lucha suprema, escribe á su familia, y envía de regalo á su hijo, con expresiones de cariño, un pequeño tití ó mono salvaje que ha conseguido allá en el Norte; remite algunos modestos obsequios á su familia, yerba mate, frutas. Esas cartas

domésticas me hacen conocer á Artigas, yo os lo aseguro, mucho más que las pragmáticas y documentos oficiales. En ellas se ve como su espíritu fluctúa entre la ilusión y el desencanto. Recibe en 1815, una noticia favorable sobre la salud de su esposa, y escribe con jovialidad á su madre: "Expresiones á Rafaela; dígale que no sea tan ingrata, y que tenga ésta por suya." Le llega, en 1816, la noticia de la reaparición del mal que se creía vencido, y entonces escribe esa doliente, pero resignada carta, digna de un asceta cristiano: "Dios lo ha dispuesto así, y así me convendrá."

Artigas, en su misión de constructor de pueblos, procedió de acuerdo con esos sus hondos sentimientos.

En Purificación levanta, como núcleo de sociabilidad. el primer templo erigido por la patria independiente. Ya os imaginaréis, mis bravos artistas, que esa construcción no era una maravilla de arquitectura; pero era un templo; allí se adoraba al Solo Dios. Su fundador pide á Montevideo la inmediata remisión de una imagen de la Concepción, y los ornamentos y paramentos sacerdotales necesarios para el culto. Con su asistencia, se celebra allí, en Octubre de 1815, la primera misa, á la que concurren las tropas y el pueblo; oficiaba fray José Benito Lamas, que había llegado el 30 de Setiembre, con el carácter de capellán del General don José Artigas, en compañía del presbítero Otazú, y que será más tarde vicario apostólico de la República. Lamas era uno de los franciscanos expulsados de Montevideo por el gobernador español. Las tropas continúan asistiendo á misa todos los días festivos. Allí aprende el pueblo á luchar *pro aris et focis.*

Junto al templo, el prócer oriental erige la escuela, para la que el Cabildo le remite textos y útiles de enseñanza, y que está á cargo del mismo fray José Benito

Lamas. Los vecinos pobres de la región, atraídos por aquel núcleo, se van replegando á él con sus familias. La villa crece de día en día.

Pero la original población del Hervidero no es sólo cuartel general, campamento fortificado, colonia y residencia del primer magistrado oriental. Es también una especie de cárcel correccional, que suple la falta de la que debiera existir en Montevideo, y, muy especialmente, lugar de destierro ó confinamiento de los enemigos de la patria. Artigas quiere tener allí, bajo su vigilancia inmediata, á los que pueden ser elementos de destrucción de su obra, ya como agentes de reacción española, ya como perturbadores del orden político interno; exige premiosamente del Cabildo de Montevideo que le sean remitidos los culpables, y le reprocha más de una vez su poco celo en observar su mandato. Eso dió ocasión á que los enemigos del héroe forjaran una leyenda, en que Artigas figuraba consumando crueldades con sus prisioneros. Esa leyenda insidiosa aparecía verosimil, en Buenos Aires sobre todo, donde las ejecuciones de Liniers y de Alzaga, y las venganzas políticas sangrientas, ya de Alvear, ya de sus vencedores, llenaban la imaginación popular. Pero nó: Purificación era el reverso de la vieja Capital colonial: allí no se derramó una sola gota de sangre, *ni una sola*; no se cita el nombre de una sola víctima. Algunos ciudadanos fueron reducidos á prisión, y puestos después en libertad; muchos estaban allí sólo confinados, y hasta se les permitía ir á Montevideo en busca de sus familias, y regresar con ellas dentro de un plazo determinado.

Nada como la tradición anecdótica para darnos idea del carácter de esa población. La tradición es copiosa, y

nos ha sido conservada, con todo su color, por el inapreciable don Isidoro De María.

Nos encontramos con un talabartero español, Castro, que, con la cabeza alborotada por el vino, se echa en Montevideo á la calle dando gritos de ¡Viva España! ¡Viva Fernando VII! Barreiro lo remite á *Purificación*. No es eso lo que Artigas quiere ver á su lado principalmente. Encuentra al pobre hombre, y le pregunta la causa de su prisión.

Señor, le dice Castro, yo estaba borracho, y dí un viva á España y al Rey.

Pues mire usted, amigo, le dice Artigas sonriendo, aquí, hasta los borrachos gritan Viva la Patria; pero á usted lo autorizo á gritar ¡Viva España! porque también tengo por aquí algunos godos, y, como están bien seguros, no hay para qué disgustarlos.

— No, señor, también yo gritaré Viva la Patria...

Bien, bien... Está usted en libertad; voy á mandarlo á su casa; pero lo malo no es lo que usted grita, sino lo que usted bebe... Váyase en paz, y no vuelva á alegrarse con exceso.

Muy distinto es el carácter de otro preso con quien nos hallamos en *Purificación;* allí está el doctor don Lucas Obes, llamado por Artigas para dar cuenta de su administración en el período de Otorgués. Según referencias de don José Benito Lamas, que acaso le sugirió la idea, el doctor Obes aprovechó el día de San José, onomástico de Artigas, y dedicó á éste algunos versos. Convengamos en que el recurso empleado no es de los que denuncian mucho temor. El doctor Obes fué puesto en libertad, y restituído á Montevideo.

La anécdota es varia. El buen sastre Reventós, enviado también, como Castro, y por causas análogas, decía á

De María: Estaba mejor en Purificación que en Montevideo con Otorgués; el General Artigas me destinó de ranchero, con la sola obligación de ir á misa de tropa todos los domingos. Estuve ahí un mes, y luego me mandó libre á la ciudad.

Si con eso tenéis bastante, como yo lo creo, de anécdota colorida, pasaremos á otra cosa más importante.

IV

Desde esa primera capital de la República, Artigas gobierna el nuevo Estado, informe aún. Su principal empeño es apresurar el momento de darle forma política definitiva.

Ese momento no llegó; todos los malignos elementos se conjuraron para no dejarlo en su tierra; la invasión portuguesa, incitada por Buenos Aires, cayó inmediatamente sobre él, como lo veréis. Pero ese fugaz período de gobierno y administración nos permite entrever lo que había en aquel espíritu extraordinario; lo que hubiera hecho ese hombre en otro ambiente. No tuvo ni elementos, ni tiempo, ni reposo; "tuvo que modelar su obra en barro, en vez de cincelarla en mármol; le faltó la materia; pero no la inspiración."

Como os lo he dicho, fué Otorgués el designado por Artigas para tomar posesión de Montevideo, y gobernar allí en su nombre. Nadie ignora lo que es, en cualquier parte del mundo, una soldadesca vencedora; la de Otorgués no era, por cierto, ni podía ser una excepción. Montevideo tuvo que ser víctima, por consiguiente, en los primeros momentos, de las brutalidades de aquella gente, cuyo jefe, aunque de origen urbano, y pariente cercano

de Artigas, era un hombre rústico, que, contra lo que su jefe esperaba, fué incapaz, porque no lo quiso ó no lo pudo, de reprimir las torpezas de *sus muchachos*. No faltaron gentes, por otra parte, y no de los gauchos, por cierto, que creyeron poder continuar, en provecho propio, y en nombre *de la Patria*, los abusos de la administración porteña: se sacaba dinero del vecindario, del español sobre todo, y no se rendían cuentas claras, ni mucho menos. Aquello fué un desbarajuste.

Lo que eso ha servido á los enemigos de la causa oriental para deprimir á Artigas, no es para narrado; las tropelías de la soldadesca de Otorgués, sobre todo, han sido pintadas con los más vivos colores, con un celo virtuoso implacable; se le ha quitado al Diablo para ponerle á él. Cualquiera diría que en Montevideo se vió lo que en parte alguna se ha visto, y que ese período de gobierno fué una larga tiranía de Artigas.

Nada de eso es verdad. Lo es, sin duda, que la soldadesca cometió depredaciones; hubo soldados que entraron en las tabernas, bebieron, y se fueron sin pagar, diciendo: "la Patria paga"; las familias vivían encerradas, para no exponerse á sus groseras tropelías; pero allí no hubo tiranía. En primer lugar, no se quitó la vida á nadie, ni cosa parecida; pero sobre todo, aquella angustiosa situación duró solo cuatro ó seis meses, el tiempo necesario para que los abusos llegasen, fidedignos, á conocimiento de Artigas. Si de algo sirven, por ende, en nuestra historia, esos cuatro ó seis meses de desórden, es precisamente para poner de relieve la autoridad y los propósitos del gran caudillo.

No bien llegó á su noticia lo que ocurría en Montevideo, destituyó á Otorgués, su deudo, su primer jefe, en términos que se pasaron de severos; envió en su reemplazo, de comandante militar, al honesto Fructuoso Rivera, y de-

signó, como delegado civil, á don Miguel Barreiro, caballero sin tacha y magistrado integérrimo, cuya administración fué ejemplar. Hizo más: llamó á juicio á los que habían administrado dineros públicos, y, cuando sus cuentas no fueron claras, los castigó con no menos severidad que á Otorgués. Bueno será que leamos, porque lo merece, la comunicación que dirige Artigas á Barreiro, al revestirlo de su representación. Es una especie de programa de gobierno que os conviene conocer.

"Señor Delegado don Miguel Barreiro:"

"Los sucesos ocasionados por los reiterados desórdenes de que ha sido víctima esa ciudad por los desaciertos del jefe que burló mis disposiciones, y mi permanencia necesaria en campaña para repeler al enemigo, me han puesto en el caso de separarlo inmediatamente, fijándome en la persona de Vd. para reemplazarlo en su empleo."

"Y aunque tengo plena confianza en su honorabilidad y rectitud, creyendo, como creo, que Vd. desempeñará la delegación del gobierno con toda aquella moderación que debe existir en el carácter del funcionario público, sin embargo debo recomendarle, muy encarecidamente, que ponga Vd. todo su especial cuidado, y toda su atención, en ofrecer y poner en práctica todas aquellas garantías necesarias para que renazca y se asegure la confianza pública, *que se respeten los derechos individuales, y que no se moleste ni se persiga á nadie por sus opiniones privadas, siempre que los que profesan diferentes ideas á las nuestras no intenten perturbar el orden y envolvernos en nuevas revoluciones.*"

"Aunque verbalmente he suministrado á Vd. todas mis órdenes, he creído, no obstante, conveniente reiterar lo más esencial por medio de esta nota, para que tenga Vd. siempre presentes mis deseos de proporcionar la tran-

quilidad á los ánimos de los vecinos, que han sufrido tanto con las peripecias de la revolución.''

''Así es que, en ese camino, sea Vd. inexorable, y no condescienda en manera alguna con todo aquello que no se ajuste á la justicia y á la razón; y castigue Vd. severamente, y sin miramientos, á todos los que cometan actos de pillaje, ó atenten á la seguridad ó á la fortuna de cualquiera de los habitantes de esa ciudad.''

''Esperando que sabrá Vd. interpretar bien estos deseos, aprovecho la oportunidad para asegurarle mi confianza en sus medidas al respecto, congratulándome, con este motivo, en saludarlo y repetirme affmo amigo,

José Artigas.''

Algunos han dicho que Artigas gobernaba arbitrariamente, y hasta le han llamado tirano, porque se reservaba intervenir, en última instancia, en las resoluciones de los Cabildos. Según las leyes españolas, los capitanes generales tenían hasta atribuciones judiciales. Durante 300 años no existió, con atribuciones efectivas, sino el ejecutivo del virrey ó del gobernador, dice un escritor entre otros muchos. Ellos se ocupaban, en efecto, exclusivamente en hacer cumplir los estatutos y decretos que, sobre las más triviales materias de administración, dictaba el Consejo de Indias y los reyes de España. Aquel poder fué el único omnímodo, y giraba solitario en la órbita de los atributos indecisos del gobierno colonial; porque, en efecto, las leyes de Indias eran '' una extraña amalgama de disposiciones incongruentes y á veces contradictorias '' ejercidas caprichosamente, lejos de todo contralor superior.

¡Aplicar á Artigas los preceptos constitucionales de

hoy! ¡Investigar si, en la patria aquella recién nacida, los poderes ejecutivo, legislativo y judicial estaban debidamente separados y garantidos en su independencia! Creo que es exigir algo más de lo justo.

Me parece que os he citado alguna vez la opinión de Sarmiento, según la cual "la autoridad se funda en el asentimiento *indeliberado*, que una nación da á *un hecho permanente*."

Ningún hecho permanente más natural é indiscutible que la supremacía de Artigas, y el asentimiento indeliberado de su nación.

Él había dicho, sin embargo, á los representantes del pueblo, en el congreso del año 1813: "Mi autoridad emana de vosotros, y cesa por vuestra presencia soberana."

Lo había dicho con plena sinceridad: Artigas era, ante todo y sobre todo, un hombre sincero. Hacer una verdad orgánica de aquella declaración es su ideal. Cuando se estudia, amigos artistas, esa época del gobierno clásico del héroe, tal como lo estudia Carlyle, se vé, con toda claridad, que el supremo anhelo del fundador de la patria, después de asegurar su independencia, no es otro que el de formar y organizar la entidad en cuyas manos debe y quiere colocar la autoridad que está en las suyas por la fuerza incontrastable de las cosas, y por el asentimiento indeliberado del pueblo.

Su autoridad es tan indispensable como indiscutible; desaparecer Artigas y desaparecer la patria oriental en ese momento, es la misma cosa. Pero Artigas no hace un gobierno absoluto; todo lo contrario. Conserva la autoridad y el influjo necesarios para dar un núcleo de unidad, de cohesión y de vida á aquel organismo inarticulado é incipiente; hace sentir ese influjo cada vez que la disolución lo amenaza; pero no ahoga en él la vida es-

pontánea; la estimula, la tonifica, y, sobre todo, procura inocularle el espíritu democrático que ha de ser su alma: quiere el gobierno propio, el de los más aptos, de los más honestos, designados libremente por el pueblo. Para eso procura dar á los Cabildos de toda la República, al de Montevideo especialmente, con el que sustituye al gobernador intendente que fracasó con el gobierno de Otorgués, el mayor número de atribuciones; los incita á desempeñarlas con libertad, se dirige á ellos en términos de respeto, y hasta de acatamiento; les pide recursos, jamás dispone de éstos por sí mismo; les recomienda las obras de progreso, la protección del pueblo, la de los desheredados principalmente, la escrupulosidad en la administración, la conservación, sobre todo, de la idea y del sentimiento de patria, y del deber de defenderla hasta el sacrificio.

El Cabildo de Montevideo es elegido por todos los demás cabildos del país, unidos á electores de la ciudad; éstos son uno por cada cuartel de la capital y extramuros. Artigas no cesa de encarecer el respeto á la libertad de sufragio, y de estimular su ejercicio. El pueblo comenzaba así á ejercitarse en la vida institucional, y se ve con toda claridad que Artigas no desea otra cosa: crear y vigorizar la entidad que debe sustituirlo en el mando político; no ser él necesario á la vida de la nación que creaba.

Es de ver, por otra parte, la vida nacional y social que, en ese fugaz período de existencia de la primera patria, se desarrolla en Montevideo. Aquella sociedad, de una cultura tan elevada como la de una capital moderna, ofrece un espectáculo interesantísimo: parece una vieja sociedad libre.

Aquí me encuentro, entre mis tradiciones y documentos domésticos, á don Juan Benito Blanco, que hace bordar por manos amables, que no cobran su labor, el primer escudo, el coronado por la cimera de plumas, para el morrión de sus granaderos. Las familias del país se reunen á celebrar los triunfos de la patria, mientras los españoles se congregan por las tardes, en la muralla que da sobre el mar, á ver si aparece, en el horizonte, la escuadra reconquistadora que esperan, y que no puede tardar, con su bandera española al tope. Esos son los que Artigas quiere tener en Purificación. El pabellón de Artigas, el de la banda roja diagonal, es aclamado por el pueblo. Se celebran fiestas sociales, saraos animadísimos y llenos de cortesía, en obsequio del patriarca libertador, ausente en el *Hervidero;* en ellos bailan los rigodones de honor los caballeros y las damas cuyos apellidos son el sedimento de la nación: Pereyra, Rivera, Larrañaga, Ellauri, Maturana, Chopitea, Lapido, Trápani, Lamas, Aldecoa, Bauzá.... Ya han aparecido los bardos de la nueva patria: Araucho é Hidalgo, soldados poetas, son su verbo musical; el primero representa personalmente, en la *Casa de Comedias,* el 25 de Mayo de 1816, su drama *Sentimientos de un Patriota;* el segundo da á las tablas su monólogo en verso, *Fillan.* La sociedad los aplaude. Sus inspiraciones patrióticas balbucientes son el tema que anima las tertulias de la tarde en el *Paseo de la Alameda.*

Artigas que, como sabéis, era un caballero por su origen, por su educación y por sus relaciones de familia y de infancia, no va á la capital colonial; sólo desea ver nacer y tener ocasión de secundar las iniciativas cultas y progresistas de Montevideo. El sabio Larrañaga va á visitarlo entonces en Purificación. La descripción que de él nos hace está llena de carácter. Es recibido por el prócer, é invitado

á comer por él, en una pobre habitación: una mesa, unas cuantas sillas, una vajilla de loza, cucharas de hierro estañado, constituyen todo el ajuar del fundador de la patria. Pero Larrañaga observa su corrección en el vestir, y, sobre todo, la afable dignidad de sus maneras, la elevación de sus ideas, y el alto reposo y la ponderación de su carácter.

¿Por qué la tenacidad de Artigas en no presentarse en Montevideo?

Una anécdota, que nos ha conservado la tradición, os dará la clave de eso, y de mucho más.

El hecho tenía lugar en las Piedras. Artigas se había sentado á la mesa, en compañía de sus más cultos oficiales, y de algunas personas civiles, cuando se le anunció la llegada de uno de sus caudillos campesinos, portador de un parte verbal. El que llegaba era un *gaucho bravío;* había recorrido treinta y cinco leguas en veinticuatro horas, y venía transido, jadeante y sin comer. Artigas se separó de sus comensales; tomó un trozo de carne asada, que se puso á comer con su cuchillo de campo, y entonces hizo entrar al gaucho mensajero. Le ofreció un pedazo del asado que comía. El gaucho sacó su cuchillo, y comió, en compañía de Artigas, y mientras desempeñaba su comisión, de aquella simbólica carne asada.

Creo que el cuadro es homérico. El gaucho rioplatense vió siempre, en aquel hombre, un ser superior, pero un ser de su especie, digno de amor, al par que de respeto. Eso es lo que el héroe quería: no humillar al pueblo; estar en él; ser considerado *un semejante* por los más desgraciados; ser la forma personal, amable para todos, para esos desgraciados especialmente, de la Patria por que morían.

La comida que Artigas ofreció á Larrañaga, en *Purificación*, tenía un carácter muy distinto de la que ofreció al gaucho hambriento.

Allí, entre otros pensamientos, le indicó el insigne sabio oriental la conveniencia de fundar en Montevideo una biblioteca pública. Artigas acogió la idea con entusiasmo, lo incitó á realizarla sin pérdida de tiempo, á ponerse para ello de acuerdo con su delegado Barreiro. La biblioteca se inauguró el 25 de Mayo de 1816, y su inauguración formó parte de grandes festejos populares y sociales que se realizaron, en los días 24, 25 y 26, en conmemoración de la fecha inicial de la revolución. Larrañaga hizo allí, en un discurso memorable, la apología del Jefe de los Orientales. Éste, por su parte, para incorporarse en espíritu al acto realizado en Montevideo, dispuso que, en ese día, el santo y seña del ejército fuera el siguiente: "*Sean los orientales tan ilustrados como valientes.*"

Yo quisiera que pudiérais conocer, mis amigos, la correspondencia, que poseemos, de Artigas con Larrañaga; en ella nos ha quedado la huella de la inteligencia y de los anhelos de progreso moral y material alimentados por "el hombre más extraordinario, después de Francia, según dice Robertson, entre todos los que figuran en los anales del Río de la Plata."

Y pues el nombre de Robertson acude á mi memoria, recuerdo que nadie nos ha descrito como él, en sus *Letters on Paraguay*, la figura de Artigas en *Purificación*.

Los hermanos Robertson, emprendedores comerciantes ingleses, se establecieron, en 1815, en las Provincias Unidas: en Entre Ríos, Corrientes, Paraguay, etc. La empresa era audaz y arriesgada, allí como en cualquier parte del mundo que se hallara en circunstancias análogas. Uno

de los Robertson remontaba el río Paraná, en un barco cargado de mercaderías, cuando éste fué detenido y secuestrado por partidas artiguistas. El Comandante de la escuadrilla británica en el Río de la Plata, Jocelin Percy, reclamó ante Artigas, y éste satisfizo plenamente la reclamación. Quedaron, sin embargo, algunos perjuicios por indemnizar. Quiso entonces Robertson conocer y ponerse en relación directa con Artigas, "con un hombre, dice, que se había elevado á tan singular altura de celebridad, y cuya palabra era ley, en ese momento, en todo el ancho y en todo el largo del antiguo virreinato de Buenos Aires." Fué, pues, personalmente á *Purificación,* con una carta del capitán Percy, y otra de un amigo personal del gran caudillo.

Llegó, por fin, al *Hervidero,* y grande fué su sorpresa al hallarse, en la amplia y rústica tienda de campaña del héroe, con la escena siguiente: "El Protector, dice, *estaba dictando á dos secretarios,* que ocupaban, en torno de una mesa de pino, las dos únicas sillas que había en toda la choza, y esas mismas con el asiento de esterilla roto."

"Para completar la singular incongruencia, el piso de la choza (que era grande y hermosa) en que estaban reunidos el General, su estado mayor y sus secretarios, se veía sembrado de ostentosos sobres de comunicaciones procedentes de todas las provincias, (distantes algunas de ellas 1500 millas de ese centro de operaciones) y dirigidas á Su Excelencia el Protector."

"En la puerta estaban los caballos jadeantes de los correos, que llegaban cada media hora, y los caballos de refresco de los que salían con igual frecuencia."

El comerciante inglés se sorprende de la calma y seguridad con que Artigas, en medio de aquel ambiente, des-

PANORAMA DEL RÍO URUGUAY

pachaba sus asuntos. "Pienso, dice, que si los negocios del mundo entero hubieran pesado sobre sus hombros, habría procedido de igual manera. Parecía un hombre abstraído del bullicio, y era, de este solo punto de vista, si me es permitida la alusión, semejante al más grande de los generales de nuestros tiempos."

Y Robertson continúa:

"Al leer mi carta de introducción, (la particular) Su Excelencia se levantó de su asiento, y me recibió, no sólo con cordialidad, sino también, lo que me sorprendió más, con los modales de un caballero, y de un hombre realmente bien educado."

"Iniciada mi conversación, la interrumpió la llegada de un gaucho; y, antes de transcurrir cinco minutos, ya el General Artigas estaba nuevamente dictando á sus secretarios, engolfado en un mundo de negocios, al mismo tiempo que me presentaba excusas por lo que había ocurrido en la Bajada, y condenaba á sus autores."

Más aun que el cuadro gráfico, con ser tan lleno de color, considero preciosa esa descripción de la actividad intelectual del héroe, que nos ofrece el señor Robertson. Como lo veis, es su pensamiento personalísimo, su inspiración directa, lo que poseemos en sus numerosos documentos. Yo quisiera haceros conocer algunos de estos para haceros penetrar en ese espíritu.

Leed, por ejemplo, esta comunicación dirigida al Cabildo de Montevideo; recordad que el Jefe de los Orientales es reconocido, como Protector, por las provincias argentinas occidentales: "Sería benéfico, escribe al Cabildo, la multiplicación de la vacuna, tanto en nuestra provincia como en Entre Ríos, Corrientes y Misiones, donde la viruela hace fatales estragos. Espero con brevedad todos los virus que V. S. pueda mandarme, para

repartirlos en estos pueblos y en todo el Entrerríos, debiendo cuidarse de su seguridad en el acomodo.''

''Espero igualmente los dos tomos, que V. S. me ofrece, referentes al descubrimiento de Norte América, su revolución, sus varios contrastes y sus progresos hasta el año 1807. *Yo celebraría que ese libro tan interesante lo tuviese cada uno de los orientales.''*

¡Extraños anhelos los de este hombre Artigas! ¡La Historia de Estados Unidos en manos de todos sus compatriotas! ¡Original idea! En cuanto á eso de la vacuna, yo os aseguro que sólo Artigas pensaba en preservar de la viruela á los pobres de las provincias occidentales, lo mismo que á los de la oriental.

Pero notemos una iniciativa de Montevideo, que Artigas no secunda. El Cabildo acuerda por unanimidad, siguiendo el ejemplo de las provincias occidentales que han aclamado al héroe oriental, dar á éste y reconocerle la representación, jurisdicción y tratamiento de Capitán General, con el título de *Protector y Patrono de la libertad de los pueblos.* Algún tiempo después, aquella corporación pidió para sí misma el título de Excelencia, que le correspondía desde la reconquista de Buenos Aires. ¡El título español! Es indudable que el fundador de la patria fué muy poco comprendido por sus contemporáneos, y no es extraño. Conviene que, en este caso, al menos, conozcáis los términos textuales en que contesta Artigas; quisiera que los leyérais dos veces, cuando menos: ''Es superfluo — dice al Cabildo — que empleemos lo precioso del tiempo en cuestiones inútiles; los títulos son los fantasmas de los estados, y sobra á esa ilustre corporación tener la gloria de sostener su libertad, sobre la base de su derecho.

El Cielo quiera proteger nuestros votos, y, mientras se acerca tan feliz momento, es mi parecer que U. S. ajuste su tratamiento al que hoy conservan los demás cabildos. Por lo mismo he conservado yo hasta el presente el título de *simple ciudadano,* sin aceptar la honra con que me distinguió el Cabildo que U. S. representa.''

Bueno es que recordemos que otro tanto hizo Artigas con el título de *Protector de los Pueblos Libres,* que le acordaron las provincias occidentales. Jamás lo usó en los actos realizados en nombre y representación de esas provincias; se limitó á expresar que éstas estaban *bajo la protección de la Provincia Oriental,* y se atribuyó sólo la dirección de su política.

¿Véis bien al hombre, amigos artistas? ¿Sentís un carácter, un carácter marmóreo?

Para sentirlo en toda su virtud, nos sería muy útil recordar hasta qué punto estaba arraigado el tradicional formulismo colonial español en América. Esa ponderación de criterio, que concilia los atributos esenciales de la autoridad eficaz con el desdén hacia los aparatos exteriores, sólo se ve en este hombre Artigas. Ya hemos recordado el proceder de San Martín al respecto, cuando sustituye el retrato del rey por el suyo, y adopta la carroza dorada. El primer presidente de la Junta de Buenos Aires, don Cornelio Saavedra, fué acusado de rodearse de los atributos de la dignidad real; don Gervasio Posadas, nombrado primer Director Supremo, júzgase poco acatado por algunos empleados que no cumplen la fórmula del besamano y la salutación, y tira un decreto en que les increpa el atentado, y fija una audiencia ''á la una de la tarde, para que se apersonen, con todos

sus oficiales, en la sala principal de este palacio, á llenar sus deberes.''

Y pasemos á otro aspecto de la figura que estudiamos.

El Cabildo indica á Artigas un ciudadano, don Pedro Elizondo, como el más apto para el desempeño de un puesto administrativo; pero le hace saber que no le es adicto. ''Si halla U. S. en ese ciudadano, contesta Artigas, las cualidades precisas para la administración de fondos públicos, es indiferente la adhesión á mi persona. Póngalo U. S. en posesión de tan importante ministerio, y á U. S. toca velar sobre la delicadeza de ese manejo. Es tiempo de probar la honradez, y de que los americanos florezcan en virtud. Ojalá que todos se penetrasen de esos mis grandes deseos por la felicidad común.''

Para comprender, mis amigos artistas, el fenómeno que entraña esa escrupulosidad de Artigas en la administración, sería necesario que hiciéramos un estudio de las corrupciones coloniales, y de las que se siguieron en las administraciones patrias. Eso está escrito; pero no cabe en nuestras conversaciones, ni es grato recordarlo.

La situación de Artigas le hubiera permitido ser uno de tantos señores de vidas y haciendas; hubiera podido imponer contribuciones sin responder de su inversión, ó rindiendo cuentas de gran capitán. Excusado es decir que os podría recordar casos por docenas de docenas en la revolución americana, como en todas las habidas y por haber. Artigas no hace eso; no lo hizo jamás. Vivía en la pobreza; pedía recursos al Cabildo, pero le recomendaba la mayor economía, y, sobre todo, la más extrema parsimonia en imponer gravámenes al pueblo. ''El sólo nombre de contribución, decía, me inspira aversión irresistible.''

¿Os parece esto una leyenda? Lo parece, sin duda alguna. Y es una verdad. Artigas vivió y murió pobre; sus manos, que no tuvieron una mancha de sangre, tampoco estuvieron manchadas de oro.

Tengo llenas las mías de esos elementos de juicio sobre el carácter del héroe que debéis interpretar, amigos artistas; sólo vacilo en la elección, para vosotros, de los más sugestivos. Tomad uno al azar. Artigas contesta la carta en que uno de sus fieles se duele de las calumnias que fraguan contra el héroe oriental algunos de sus enemigos. Esas calumnias llovían sin cesar, implacables. "Deje usted que hablen y prediquen contra mí, le contesta; eso ya sabe usted que sucedía aún entre los que me conocían, cuanto más entre los que no me conocen. Mis obras son más poderosas que sus palabras, y, á pesar de suponerme el ser más criminal, yo no haré más que proporcionar á los hombres los medios de su felicidad, y desterrar de ellos aquella ignorancia que les hace sufrir el yugo de la tiranía. Seamos libres, y seremos felices."

Artigas, preocupado sólo de defender la patria, nunca se ocupó en defenderse á sí mismo; estando, por otra parte, la prensa monopolizada por sus enemigos, apenas pudo levantar los cargos que oficialmente se le hicieron. Siempre despreció los demás. "No necesito, escribió una vez, vindicarme en el concepto público; y mucho menos asalariar apologistas."

V

Yo quisiera, mis amigos, haceros conocer personalmente á ese hombre de bien; haceros oir el timbre de su voz, ver el color de su mirada, sentir el contacto de

su mano, que os tiende muy abierta, con la franca ingenuidad del hombre sincero.

En la plenitud de su predominio, vive frugalmente; sólo conserva cierta corrección en el vestir, desde aquella época de su juventud en que nos lo describía su anciana sobrina. Eso daba á su porte un aire de distinción que, como lo habéis visto, hacen notar todos los que lo visitaron en esa época. Era modesto y afable, pero enemigo de todo desaliño, refractario á toda familiaridad grosera, que engendra menosprecio; la carcajada, el grito desapacible, la explosión ruidosa de la pasión eran ajenos á su carácter ponderado, armonioso y sobrio.

Es pobre, tan pobre como todos los suyos. Su anciano padre, don Martín José Artigas, de rico estanciero que fué hasta el momento en que acompañó á su hijo libertador en la bíblica emigración del pueblo oriental, se ha convertido en un vecino indigente; la viuda de su primo hermano don Manuel, caído en la batalla de San José, aquel cuyo nombre está inscripto en la pirámide de Mayo de Buenos Aires, vive en el mayor desamparo; la misma familia del héroe, su esposa enferma, su hijo pequeño, su suegra, habitan un pueblo de campo, en la escasez. Ninguno de ellos se juzga acreedor de la Patria; todos callan; sobre todo Artigas.

El cabildo de Montevideo determina, por fin, espontáneamente, invitar á la esposa del prócer á residir en la capital, y le señala una pensión de cien pesos mensuales, á más de amueblarle la casa, y costearle la educación de su hijo.

Artigas no se juzga con derecho á tanto. Él ha rechazado las ofertas reiteradas del opulento virrey español, riquezas, grados, predominio; pero acepta, para su mujer y su hijo, la protección de la patria, y, al recibir la co-

municación del Cabildo, contesta: "Ordeno con esta fecha á mi mujer y suegra que admitan solamente la educación que Usía proporciona á mi hijo; que ellas pasen á vivir en su casa, y que reciban de Usía sólo cincuenta pesos para su subsistencia. Aun esta erogación — créalo Usía — la hubiera ahorrado á nuestro estado naciente, si mis facultades bastasen para sostener aquella obligación; pero no ignora Usía mi indigencia, y, en obsequio de mi patria, ella me obliga á ser generoso, al par que agradecido."

La viuda de Manuel Artigas, el héroe caído en San José, recibe treinta pesos mensuales, y el derecho de ocupar una casa del estado.

En cuanto al anciano padre de Artigas, es éste quien indica la remuneración de sus sacrificios por la patria: pide al Cabildo que, si no hay inconveniente, lo auxilie, como á los demás que están en su caso, con cuatrocientas ó quinientas reses de las destinadas á repartirse entre los estancieros patriotas, "pues le era doloroso oir los lamentos de su padre, á quien amaba y veneraba, y no se atrevía á proceder por sí mismo en el asunto, temiendo se atribuyera á parcialidad lo que era obra de la razón."

Y dejemos esto; me parece que es bastante.

CONFERENCIA XVI

EL CORAZÓN DEL HÉROE

El apogeo de Artigas. — Tentativa de incorporar el Paraguay á su influencia. — Francia y Artigas. — Sobre Buenos Aires. — Caída de Alvear en Fontezuelas. — Los vencedores y el vencedor. — Homenajes á éste. — Las venganzas. — Los crímenes de la gloria. — Venganza de Artigas. — *No soy el verdugo de Buenos Aires.* — Bases de paz. — Derechos basados *en el antiguo régimen.* — "El año 1816 será el año feliz de los orientales." — La franja roja diagonal de la bandera.

I

Creo, mis amigos artistas, que hemos dejado bien claramente establecido el carácter del primer presidente, ó jefe supremo, ó soberano legítimo, ó como queráis llamarle, de ese estado oriental del Uruguay y el Plata que habéis visto nacer de la madre democracia.

Afirmemos que Artigas es el primer magistrado republicano de esta parte de América. Su nombre es lo de menos. Carlyle le llamaría *rex*, en el sentido de rector, regente, conductor; del más apto, del que nos marca la conducta. No es menos accidental la primera forma provisional de su gobierno; la forma definitiva, en éste como en todos los casos, y como todas las formas, brotará espontá-

neamente de la esencia; y la esencia, en el gobierno de Artigas, es la democracia. La forma espontánea será, pues, la república, como la natural en la oligarquía predominante en Buenos Aires tenía que ser la monarquía constitucional, y el despotismo en el doctor Francia del Paraguay. Ya hemos visto, desde nuestra primera conversación, el cómo y el por qué de esas ingénitas tendencias, al examinar la estructura sociológica de Buenos Aires y Montevideo y la Asunción.

Artigas se preocupó inmediatamente de realizar aquella forma en toda la región sometida á su influjo. Ésta no se limitaba á su patria oriental; el predominio del héroe sobre las provincias occidentales se consumó como el cumplimiento de una ley natural. No sólo había aquél dominado la mesopotamia argentina, comprendida entre los ríos Uruguay y Paraná, sino que, salvando este último, y mucho más allá, regía los destinos de Santa Fe y de Córdoba. Esos estados ó provincias, Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe y Córdoba, se habían acogido expresamente á su protección, y lo aclamaban como el sólo capaz de arrebatarlas á la absorción de las logias secretas de Buenos Aires, que, por colectivo instinto, rechazaban. Las demás provincias. hasta la falda de los Andes, se sentían misteriosamente atraídas á la órbita lejana de aquel ígneo capitán, y sentían su influjo, como el de una mole en rotación.

Vosotros, mis amigos artistas, que conocéis las tendencias de los consejos de Buenos Aires, ya habéis echado de ver. á buen seguro, la causa subconsciente de ese receloso sentido popular argentino, que, temeroso de lo que en Buenos Aires se esconde, busca á Artigas, se acoge á él, se refugia en él, y á su suprema dirección se entrega.

Artigas había realizado su vasto plan político: las provincias, bajo su protección, habían vencido á Buenos Aires,

y conservado su derecho á disponer de sí mismas. Las multitudes aclamaban al hombre oriental; los gobernadores, sostenidos por él, lo obedecían y confiaban en él, y esperaban sus órdenes.

El campo abierto á la actividad del héroe se extendía, pues, desde el Plata hasta los Andes; era enorme. Como lo dice Robertson, su palabra era ley en todo el largo y todo el ancho del antiguo virreinato. Pero lejos de sobrecogerse al verse solo en tan magna empresa, quiso realizar un pensamiento que revela la amplitud y claridad de su visión genial, y la fortaleza de su ánimo. En el concierto de aquellos pueblos, que serán, en Artigas y por Artigas, el núcleo de la independencia democrática argentina, faltaba uno, que entraba como elemento esencialísimo en el vasto plan del héroe: el Paraguay.

El Paraguay estaba encerrado en su caverna: el doctor Francia, con los ojos amarillos encendidos bajo los párpados, asomaba la cabeza en la sombra. Nadie se atrevía á provocarlo.

Y la alianza con el Paraguay era necesaria, tanto para el mismo Paraguay, cuanto para la Banda Oriental. El Paraguay es la provincia septentrional, la que toca, allá en el Norte, con las fronteras naturales de la patria de Artigas. A ésta pertenecían, como sabéis, las Misiones Orientales, territorio español detentado por Portugal. Esa provincia del Paraguay tiene, por consiguiente, con la oriental, un vínculo de especial solidaridad: un enemigo común que las atisba: el portugués. Son aliadas, tienen que serlo. Artigas ve eso con claridad meridiana. Allá, en la frontera paraguaya, está su futuro inevitable campo de batalla, en que orientales y paraguayos deben luchar por la vida. El Paraguay tiene, pues, que vivir, que incorporarse á la acción gloriosa de los pueblos

presididos por Artigas. Éste no deja un momento de pensar en él; esa idea es una obsesión de su espíritu.

Recordad, mis bravos artistas, que nos encontramos en el año 1815. Sólo Artigas hubiera podido arrancar el Paraguay á su tirano, pues allí, *el hombre* no había aparecido.

Bien será que recordemos también ahora las misiones diplomáticas enviadas al Paraguay por Buenos Aires en 1811 y en 1813, con el objeto de arrebatar al monstruo su presa por medio de halagos. Todavía en estos momentos en que estamos, el 20 de Enero de 1815, el Director Alvear, al mismo tiempo que ofrecía á la corona de Inglaterra la propiedad del Plata, se dirigía respetuosamente al dictador del Paraguay (mucho más respetuosamente que á Artigas, por cierto) describiéndole una situación llena de peligros, zozobras y amenazas para la América española, y suplicándole enviara á territorio argentino toda la fuerza efectiva que pudiera. y también socorros de armas y efectos del país, para ayudar á los enormes gastos que eran precisos para rechazar la invasión española que amenazaba. Francia, en contestación á tales pedidos, tapió más herméticamente su guarida, y se hizo conferir la dictadura perpetua. Era un gran original ese caballero Francia.

Fué entonces cuando Artigas, que sabía muy poco de súplicas, resolvió penetrar personalmente en el Paraguay, y salvarlo de la tiranía. Inició una conspiración contra el dictador. Invitó á los caudillos paraguayos á vivir.

Yo quiero imaginar, mis amigos artistas, cuán distinta hubiera sido la historia de ese esforzado pueblo paraguayo, que vivió cincuenta años bajo el yugo de tres despotismos consecutivos, si, en el momento histórico que os narro, Artigas hubiera logrado incorporarlo á la acción heroica popular, desligando los brazos á sus hipnotizados caudillos. Sí: el Paraguay hubiera tenido caudillos, es decir, palpi-

tación de vida. No los tuvo; no tuvo turbulencias. Fué la inmovilidad sepulcral.

Yo os haré ver, por otra parte, mis amigos, cuán distinta hubiera sido la acción del mismo Artigas, y el destino de su tierra, y el lote territorial de la América española, si, al descargar sobre la banda oriental el nublado de la invasión portuguesa, que Artigas veía en el horizonte, hubiera éste contado con la alianza de esa nación paraguaya, de valor insuperable. ¡Oh! Las fronteras de las hermanas hispánicas serían hoy muy distintas de lo que son: las de todo el mundo hispánico.

Y que el pueblo paraguayo, á no ser la fascinación de Francia, hubiera secundado, al par de las provincias occidentales argentinas la acción de Artigas, es algo de que no puede dudarse. Bien sentía ese pueblo que el Jefe de los Orientales no abrigaba el propósito de conquistarlo, y bien se le alcanzaba que una era la causa de orientales y paraguayos. Artigas no hubiera sido rechazado ciertamente, como lo fué Belgrano, en aquella tierra. Con solo presentarse; con solo mirar intensamente á los ojos de aquellos hombres, y decirles su mensaje, pueblo y caudillo hubieran formado un héroe solo.

No pudo ser. Artigas no pudo atravesar la frontera paraguaya.

Mejor que narraros el hecho, quiero comunicaros un pintoresco documento, casi nuevo en la historia, y que os impondrá del asunto, más y mejor de lo que yo pudiera hacerlo. Es el proceso inédito, que llega ahora á mis manos, levantado por Francia contra don Manuel Atanasio Cabañas, primer campeón militar del Paraguay, vencedor, como recordaréis, en la batalla de Tacuarí. El proceso se inicia en 1822, y la sentencia que en él recae está fechada en Agosto de 1833, es decir, después

de muerto el procesado. Es de notar que Artigas estaba ya en poder de Francia, pues se había refugiado en el Paraguay.

Puesto que oportunamente os hice conocer la sentencia del Director Posadas, en que se ponía á precio la cabeza del Jefe de los Orientales, bueno es que conozcáis esta del Dictador Francia, hermana de aquella, y no menos llena de color y de estética expresión. No me digáis que es larga y chabacana. Es una pieza intensa, que debéis conocer, quieras que nó. Artigas lo necesita.

Y dice así:

AUTO

Asunción y Agosto tres de mil ochocientos treinta y tres.

"Resultando que Manuel Atanasio Cabañas, *muerto sin herederos,* ha sido un traidor á la Patria y al Gobierno por haber mantenido correspondencia con el malvado caudillo de bandidos y perturbador de la pública tranquilidad José Artigas, y haberse encargado de reunir y aprontarle gente de auxilio para cuando viniese, según sus ridículos ofrecimientos. á tomar la República, llevarse la cabeza del Dictador, y ponerlo á él y á otros en el gobierno; cuya nueva infamia y ruindad cometió el citado Cabañas después que no quiso tomar parte alguna en la revolución que aquí se hizo para extinguir el mando de España, cuando avisado del cuartel en que se habían reunido los patricios para que viniese á incorporarse con ellos, no sólo se enfadó con el portador del recado, sino que, con descarada vileza, respondió que vendría en siendo llamado por el Gobernador. que era el europeo Velazco; no obstante lo cual, el presente gobierno por exceso de bondad le dió los despachos de Coronel, aun sin mérito, sin servicio ni suficiencia, com-

probándose con tan infames procedimientos que era un verdadero enemigo de la Patria y que, resuelto á auxiliar al Caporal de ladrones y salteadores Artigas, estaba dispuesto á quedarle vilmente subordinado y tenerle sometida la República, como era consiguiente, á fin de que después no le despojase de su soñado Gobierno, en que él y otros atolondrados con quien igualmente estaba en correspondencia, como también consta de autos, creían en su delirio y necedad que pondría á unos y engrandecería á otros sin reflexionar por su inepcia que lo que intentaba era ver si, al abrigo de algunos simples infatuados y embaucados con el aliciente y engaños de varias y disparatadas ofertas, lograba introducir sin peligro al Paraguay sus cuadrillas de miserables bandoleros y facinerosos, á robar y saquear cuanto pudiesen para remediar sus miserias, su pobreza y sus extremas necesidades como hacían en otras partes, viniendo últimamente, después de tanto ruído, alboroto y afectada valentía ó fanfarronada, cuando se vió arruinado y perseguido de muerte aún de los suyos por consecuencia y efecto natural de sus desórdenes, locuras y desatinados procedimientos, á implorar la clemencia y amparo del mismo dictador, cuya cabeza había ofrecido llevar, el cual reventando de generosidad, sin embargo de que el alevoso y bárbaro malévolo no era acreedor á la compasión, no solamente lo admitió sino que ha gastado liberalmente centenares de pesos en socorrerlo, mantenerlo y vestirlo, habiendo venido desnudo, sin más vestuario ni equipaje que una chaqueta colorada y una alforja, sin que los ruines, aturdidos y revoltosos que fundaban en él las mayores esperanzas de gobierno, ventajas y adelantamientos, le hubiesen hecho la menor limosna ó socorrido en agradecimiento de sus grandiosos ó graciosos ofrecimientos, viéndolo en tal angustia y fatalidad que acaso la Providencia ha permitido

para que los ilusos ó deslumbrados, los facciosos, los depravados encubiertos y los deseosos de trastornos políticos abran los ojos y entiendan que las gentes de otros países, envidiando y odiando al Paraguay por no haberse sometido á sus ideas de logro predominio y conveniencia, lo que desean y buscan es la ocasión de entrar á apoderarse del estado engañando á los incautos y simples, subyugar é imponer leyes á los paraguayos, extraer y sacar riquezas caudales y la plata que solo aquí corre todavía, y finalmente llevar gente para sus empresas y servicios, para después reirse del Paraguay y mofar orgullosamente á las paraguayas:

En virtud de todo, se declaran confiscados y aplicados á gastos públicos y servicio del estado todos los bienes que aparecieran corresponder al citado Manuel Cabañas ó ser de su pertenencia en su fallecimiento; y á ese efecto se expedirán las providencias convenientes, rompiéndose igualmente el insinuado título de Coronel de que se ha mostrado indigno y sin honor para obtener semejante grado cuya denominación tampoco se le ha de poder dar en lo sucesivo."

FRANCIA.

Policarpo Patiño,

Actuario del Superior Gobierno.

No diréis, mis amigos artistas, que hemos perdido el tiempo al leer ese documento precioso, con ser él tan deshilvanado, y exigir tan largo aliento para ser leído de un tirón.

Según el expediente, la correspondencia sostenida por Cabañas con Artigas, y las gestiones de éste para preparar su entrada al Paraguay, tenían lugar en el momento en que nos encontramos de esta historia precisamente: el

año 1815. Artigas, desde la provincia de Santa Fe y Entre Ríos, gobernada á la sazón por Candiotti, buscaba el hombre paraguayo á quien poder trasmitir su mensaje de libertad, y armarlo caballero de su patria: Cabañas, Caballero, Yegros... cualquiera de los bravos de 1811.

No pudo ser: la mirada de Francia estaba en todas partas y helaba la sangre. Nadie se atrevió á secundar á Artigas; éste no pasará la frontera del Paraguay, sino para buscar en él su sepulcro; se refugiará en las garras de Francia. Veréis entonces el más extraño fenómeno: Francia, que habrá hecho correr la sangre de los próceres paraguayos, al saber que Artigas, el facineroso, el caudillo de bandidos, el que buscaba su cabeza, es su prisionero, ni siquiera lo mirará á los ojos...; reventará de generosidad, y no atentará contra la vida de aquel foragido; lo respetará como á cosa sagrada.

II

Artigas tuvo que desistir, en ese momento cuando menos, de la libertad del Paraguay. Su obra principal estaba en Buenos Aires. Tenía que incorporar esa provincia, la más importante de todas, al conjunto de las provincias hermanas; hacer prevalecer allí, en el centro vital del organismo, el espíritu americano, y derrocar, por consiguiente, á Alvear, que, como sabéis, pensaba en ese momento en entregar el Río de la Plata á Inglaterra, y era la encarnación más genuina del escepticismo oligárquico.

Pero era menester que Alvear fuese vencido, en la capital, como lo habían sido sus agentes en las provincias, y como Artigas quería lo fuese el doctor Francia

en el Paraguay: por el mismo pueblo de Buenos Aires.

Y eso fué lo que acaeció. El joven director, presa de un frenesí patológico, ejerce una dictadura sangrienta; pero no puede sostenerse. El cadáver del oficial Ubeda amaneció un día colgado en los balcones del cabildo. Ese cuadro es intenso, y lo dice todo: era un Sábado de Gloria, día en que, según vieja costumbre, se colgaban unos muñecos ó mamarrachos de paja, llamados *Judas,* en odio al Iscariote, que traicionó al Divino Maestro.

Los primeros transeuntes de Buenos Aires que, por la mañana, vieron, en el balcón del Cabildo, el cadáver de Ubeda, que se balanceaba en el vacío, lo creyeron un *judas* admirablemente bien hecho. Cuando la espantosa realidad se difundió, el pueblo de Buenos Aires desfiló silencioso bajo los pies del muerto colgado; pero, lejos de intimidarse, se exacerbó. Uno se imagina lo que hubieran dicho de Artigas los historiadores, si éste hubiera sido capaz de hacer algo parecido á ese siniestro Judas ó á otros de su especie.

Alvear se ha hecho odioso, tanto en la capital como en Entre Ríos, y Santa Fe, y Córdoba, y en todas las provincias. El espíritu democrático circulaba en Buenos Aires, difuso en el pueblo, con tanta energía como en los demás estados; allí existirá siempre una oposición, animada del espíritu de Artigas. Pero no se formará el núcleo vital; el centro democrático popular será siempre una nebulosa no espiral; el ambiente de Buenos Aires no había producido, ni podía producir, como personaje reinante, un Artigas; su naturaleza cósmica, y su fuerza centrífuga, tienden naturalmente á otra forma. Artigas tiene que ser odiado allí, no por el pueblo, pero sí por la oligarquía que allí se conglomere. Vais á tocar ese fenómeno sociológico con la mano, amigos

artistas. Alvear caerá; caerá por obra de Artigas, que el pueblo de Buenos Aires ha llamado en su protección por órgano de su cabildo; pero no por eso los sucesores de la dictadura se refundirán en el héroe oriental, ni comprenderán su carácter, ni su pensamiento, ni su mensaje.

Tracemos rápidamente los hechos, el cuerpo de la historia, que es lo accidental, á fin de conocer su alma, que es lo que debe hallar forma en vuestra creación estética.

III

Alvear, que ve su situación insostenible, va á jugar la partida donde debe jugarla. Envía sus tropas al encuentro de Artigas, que, acudiendo al llamado del pueblo de Buenos Aires, como ha acudido al de los demás argentinos, ha cruzado el Paraná. Después de ocupar Santa Fe, emprende su marcha victoriosa sobre la capital. El ejército de Alvear va á su encuentro, al mando de los coroneles Alvarez Thomas y Valdenegro; pero éstos que, al par del cabildo, están en connivencia con Artigas, confraternizan con éste, se sublevan en *Fontezuelas,* al Norte de la Provincia de Buenos Aires, el día 13 de Abril, é intiman á Alvear el inmediato abandono de su cargo. El cabildo de Buenos Aires encabeza el 15 un movimiento popular, al que se adhieren las tropas, proclamando la caída de la dictadura, y la disolución de la Asamblea. Alvear, rechazado por los pueblos, abandonado por su ejército, sin opinión ni fuerza, huye á refugiarse en un buque inglés; huye sólo con su familia, abandonando á los suyos. El Cabildo se erige en gobernador; se designa, como Director Supremo, á Rondeau, que manda el ejército del Alto Perú, y, en su ausen-

cia, á Alvarez Thomás, cabeza del pronunciamiento. El mismo San Martín, el antiguo compañero de Alvear y futuro general de los Andes, ha adherido á la sublevación de Fontezuelas.

El cuadro de ese momento histórico es muy interesante. Una convulsión de alegría epiléptica, con mucho de infantil y no poco de siniestro, pues las venganzas de los vencedores son terribles, recorre todo el territorio platense, desde Buenos Aires hasta el Alto Perú. En torno del derrumbe de la situación de Alvear se forma una especie de *sabbat* fantástico: fiestas cívicas y religiosas, demostraciones militares y del pueblo, gritos, algarada, cruce de comunicaciones bombásticas. Ese cuadro hubiera sido cómico, si no hubiera tenido tanto de trágico. El vencedor se entrega en Buenos Aires á toda clase de venganzas con los vencidos: encarcela, saquea, fusila. deporta. Todos se apresuran á protestar su adhesión al nuevo gobierno, y al ausente Libertador Artigas: los caudillos, los cabildos de las provincias, los generales de los ejércitos. El gobernador de la remota provincia andina de San Luis dice al cabildo de Buenos Aires, que es tal el contento de aquel pueblo, que "por algún momento la razón no fué dueña de sí misma." El de Córdoba le hace saber que, después de respirar esa provincia el aire de la libertad, á la sombra del generoso y valiente Jefe de los Orientales, no faltaba otra cosa á su felicidad que ver al pueblo de Buenos Aires libre del peso que lo oprimía. El cabildo afirma que las almas de los ciudadanos se han elevado al colmo de la alegría; que la provincia obraba con independencia de las combinaciones del gobierno caído, gracias al sostén de las armas orientales, que, sin manchar su libertad, dejaron al pueblo dueño de sí mismo, sin más deber que el de sostener el sistema de nuestra libertad; pero que, con

la nueva situación, la unión de todos en ese propósito será una verdad.

El mismo Gobernador de Montevideo, Otorgués, y el cabildo, envían á Buenos Aires sus plácemes y manifestaciones de júbilo.

En medio de todas esas explosiones frenéticas, sólo una entidad permanece serena, casi impasible como una esfinge, dueña absoluta de sí misma, con los ojos fijos en su visión interna: Artigas. Él era, sin duda alguna, el derrocador de Alvear; su espíritu triunfaba. Pero esa era sólo la mitad de su obra, la negativa; faltaba la otra mitad, la más importante, que él no verá realizada: elevar en Buenos Aires al hombre de pensamiento y de carácter, capaz de realizar allí la idea de la revolución de Mayo: la libre intervención de los pueblos en la solución de sus destinos; la democracia.

Para daros cuenta de esa claridad de visión del hombre oriental, es conveniente, mis amigos, que conozcáis la forma en que hace conocer la caída de Alvear al cabildo de Montevideo. Él, personalmente, puede estar muy satisfecho; ha sido objeto de manifestaciones de apasionada adhesión por parte de Buenos Aires; el cabildo, que, días antes, el 5 de Abril, había sido forzado por Alvear, so pena de mandar fusilar 300 personas si su orden no se cumplía, á dictar un bando infamante contra Artigas, hizo quemar el inocente bando en la plaza de la Victoria por manos del verdugo. Fué una escena muy curiosa, sin duda alguna: dió fe del acto el alguacil mayor y el escribano; las tropas formaron cuadro en torno de la hoguera vindicadora; el Director Supremo solemnizaba el auto de fe desde las galerías del cabildo. Fué cosa realmente interesante;

algo así como lo que había hecho Posadas con la sentencia de muerte de Artigas, que, como lo recordaréis, también en estupenda forma revocó. El Cabildo encargó á Londres una cincelada espada para obsequiar al Jefe de los Orientales; el bando difamatorio de Alvear se sustituyó por uno nuevo, largo, bombástico, insípido. —"Ciudadanos, decía al pueblo de Buenos Aires: libres vuestros representantes del duro despotismo que tan gloriosamente acaba de destronar, es un deber suyo reparar los excesos á que lo arrastró su escandalosa opresión. Empeñada la tiranía en alarmar al pueblo contra el que inicuamente suponía invasor injusto de nuestras provincias, precisó con amenazas á esta corporación á autorizar con su firma la infame proclama del 5 del corriente. Ella no es más que un tejido de imputaciones las más execrables contra el ilustre y benemérito Jefe de los Orientales don José Artigas. Sólo vuestros representantes saben con cuánto pesar dieron un paso que tanto ultraja el mérito de aquel héroe, y la pureza de sus intenciones."

Así sigue la proclama, y termina: "Ciudadanos: deponed vuestros recelos; vuestros verdaderos intereses son el objeto de los desvelos de vuestro ayuntamiento, y, para afianzarlos, procede de acuerdo con el Jefe de los Orientales; la rectitud de intención de este invicto general es tan notoria, y la ha acreditado de una manera tal, que no puede dudar de ella;" etc., etc.

¡Invicto General, ilustre y benemérito Jefe, héroe purísimo.... Palabras, palabras, palabras, que nos tienen muy sin cuidado!

Convengamos, mis amigos, en que todo esto es triste; no os lo cito, por cierto, para gloria de Artigas, pues él era el primero en desdeñarlo, como todo lo de su especie.

Mirad, pues, en qué términos comunica éste el suceso al cabildo de Montevideo: "Me es muy satisfactorio comunicar á Usía, que los opresores de Buenos Aires han sido derribados. La pretendida Asamblea General Constituyente fué disuelta por sí misma, y el General Alvear destinado á bordo de una fragata de su Majestad Británica, heridos todos por la indignación del pueblo. En la Municipalidad se halla refundido el Gobierno *de aquella provincia.* Usía hallará en tan afortunado suceso el triunfo de la justicia pública, y el resultado de nuestros constantes esfuerzos por conservarla inviolable. Mis combinaciones han tenido una ejecución acertadísima, y espero que el restablecimiento de la tranquilidad general aparecerá muy pronto. Yo ya he repasado el Paraná, y circulado las órdenes precisas para que hagan lo mismo las fuerzas que había hecho avanzar desde la ribera occidental. Sin embargo, por ahora es preciso limitarnos á eso sólo, *por cuanto aún no se ha formalizado tratado alguno que fije la paz;* yo no perderé instante en comunicar á Usía cuando llegue el momento de sellarla; y mientras tanto, tenga Usía la dignación de acompañar mis votos, reuniendo á esos dignos ciudadanos en torno del santuario, á consagrar el presente suceso, que agrega un laurel más á la brillante corona de nuestros afanes y desvelos."

Notemos bien eso, amigos, notémoslo bien: "*aún no se ha formalizado tratado alguno que fije la paz,*" es decir, nada hemos hecho, mientras no se haga una verdad del evangelio republicano del año 13: la autonomía del estado Oriental, y la alianza de éste, en pro del común propósito, con los demás estados hermanos, Buenos Aires inclusive.

¿Comprenderán eso Alvarez Thomás y los hombres políticos que con él predominan? ¿Lo aceptarán, sobre todo?

¡Vana ilusión!... Todos aquellos hombres, cuál más cuál menos, son la ingénita negación de Artigas. Alvarez Thomás es tan enemigo de éste como Alvear y Posadas y los otros; es, como todos éstos, el reverso de la medalla de aquél. En Buenos Aires se ha realizado una revolución política, pero no una transformación social; ha habido allí sólo un cambio de hombres dentro del elemento exótico, que así puede aceptar la posibilidad de hacer del pueblo argentino una nueva nación republicana, como creer en los milagros de Mahoma. No hay más hogar para esa fe germinal que la mente profética de Artigas.

Hasta el Coronel don Nicolás de Vedia, el condiscípulo de Artigas y detractor de éste, es el Fiscal Militar que allí aconseja las persecuciones. Ya veréis todo esto detallado más adelante.

Por lo pronto, úrgeme mucho haceros conocer el concepto que del Jefe de los Orientales se han formado sus actuales aliados bonaerenses.

¿Sabéis lo que ofrecen á ese hombre Artigas, que vais á conocer como el más generoso y más humano de los héroes que labraron la independencia americana, para congraciarse con él, y demostrarle que conocen y aprecian su carácter? No lo podréis conjeturar, si yo no os lo digo. Le dan parte en las venganzas de que ellos gozan; le envían, cargados de grillos, y con el proceso preparado, á siete de los jefes vencidos, escogidos entre los que más se han señalado como enemigos de Artigas: siete hombres vivos. Han elegido bien. El envío, pongo por caso, del coronel don Ventura Vázquez, que va entre los siete engrillados, es inteligente. Este Vázquez no es otro que el patricio aquel que, traicionando una vieja é íntima amistad, había desertado de las filas de Artigas, con el escuadrón que éste había confiado á su lealtad.

Ahora veamos lo que proponen al libertador, como base de pacificación, y para demostrarle que penetran su recondito pensamiento y sus ambiciones. Le ofrecen el reconocimiento, por Buenos Aires, de la absoluta independencia de la Provincia Oriental, de que él es jefe indiscutido; la ruptura, por consiguiente, de su alianza natural, necesaria, con los demás estados, es decir, la soledad; lo que hubiera causado la pérdida de todas las naciones de América, de Chile, del Perú, de Colombia: lo que espera Portugal, precisamente, para caer sobre el territorio que ambiciona en el Plata.

¡Y no ha faltado quien haya creído que esa *base de pacificación*, pudo, y hasta debió, ser aceptada en aquel momento! Artigas debió encerrarse en su tierra, gozar de su triunfo, por el tiempo que éste pudiera prolongarse, y abandonar los demás pueblos argentinos al predominio absoluto de Buenos Aires.

Yo me imagino, amigos míos, la amargura de aquel hombre Artigas, al ver así desconocido su magnánimo carácter, y, sobre todo, al ver que su pensamiento era hasta ese punto inaccesible á los demás hombres. Nó; Artigas no tuvo el ofrecimiento á gran favor, ni mucho menos.

Quiero que os detengáis á mirarlo un rato, en ese instante de melancólica tristeza; es también un momento marmóreo. Artigas se nos ofrece, como el Moisés de Alfredo de Vigny, envuelto en su nube, solo....

" Triste et seul dans ma gloire "

No lo comprenden, ni lo comprenderán; Artigas jamás buscó riqueza ni predominio personal; mucho menos venganzas.

Quiero que nos detengamos, un rato al menos, mis ami-

gos, en este rasgo, el más amable acaso, de su carácter: en su vida afectiva, en su humanidad.

IV

No existe, en la historia de la guerra, un soldado más caballeresco, ni un vencedor más clemente que el fundador del Uruguay.

Un varón ilustre, que tenemos en nuestra historia como tipo de honestidad, y que conoceréis más adelante, don Joaquín Suárez, nos ha dicho en sus apuntes autobiográficos: "El General Artigas ha sido el primer patriota oriental; fué un amigo á quien hice mis observaciones; puedo decir que he sido el único á quien él ha oído. Si cometió algunos errores, no ha sido por ambición miserable, sino por llegar á ver á su patria independiente. En ese sentido, ha obrado siempre como hombre honrado. Jamás faltó á su palabra. No era sanguinario, y sí muy sensible con los desgraciados."

Eso que dice Joaquín Suárez, con su ingenuidad de hombre limpio de corazón, es, para nosotros, la verdad, por el solo hecho de decirlo él. Suárez nunca dijo sino la verdad. Y nadie mejor que él conoció á Artigas. Y el retrato de Artigas era el único que decoraba los muros de su dormitorio cuando murió. Nada es, sin embargo, su testimonio, y el de muchos otros concordantes, Guerra, Larrañaga, Cáceres, etc., sobre la humanidad del esforzado caudillo, al lado de la convicción que uno mismo se forma, en el estudio de su vida y de su muerte, de su carácter y de sus hechos. Sorprende, yo os lo aseguro, la imposibilidad en que se han visto los detractores de ese hombre bueno, cuando han querido ha-

llar un caso concreto, uno solo, de crueldad, que echarle en cara. Lo natural hubiera sido hallarlos, sin embargo. Que no és frecuente la coexistencia del valor guerrero y la piedad.

Lo sabe todo el mundo: las entrañas de la guerra, si es que las tiene, son demasiado frías para engendrar corazones abrigados; su símbolo es la Palas Atenea, ceñida de su casco de oro, y con la cabeza cortada de la Gorgona en el centro del escudo. No tiene sexo; concibe sin amor; pare sin dolor. Su hija primogénita es de mármol; diosa inmortal. Se llama Gloria. Y es hermana de la muerte.

El je marche effaré des crimes de la Gloire, dice Víctor Hugo.

Los crímenes no dejan de ser crímenes por ser la gloria quien los comete; la humanidad, deslumbrada al principio, los calla; pero no los absuelve. Y, tarde ó temprano, también la joven marmórea diosa comparece, despojada de su casco de oro, ante la justicia.

"Jamais l'odeur des morts n'attire les lions"

Sí, mis amigos; nada de extraordinario hubiera sido hallar manchas de sangre en la memoria de Artigas. La guerra americana no fué, ni pudo ser, una excepción en la historia de la guerra. En la región del Norte, sobre todo, en la de Bolívar, las inmolaciones sangrientas hacen volver la cabeza. Los generales españoles juzgan que sólo hay un medio de triunfar de los rebeldes: el exterminio, la repoblación. Los nombres de Boves, de Monteverde, de Yáñez, deben incluirse entre los de la fauna carnicera.

Siniestras fueron las represalias de Bolívar. Declaró

la *Guerra á muerte.* ¡Esos ochocientos rehenes fusilados en una hora!....

Uno, dos, diez centenares de mujeres, y de viejos, y de niños, son inmolados una y diez veces.

Oid este toque lúgubre de campana mortal. Es una proclama del gran libertador, exacerbado por una inmolación de sus hombres y de sus viejos y de sus mujeres, de todo su pueblo, consumada por el enemigo. "Españoles! Contad con la muerte aun siendo indiferentes. Americanos! Contad con la vida aun cuando seáis culpables."

Creo que con eso tenéis bastante para juzgar de aquellos lívidos espantos. Pasemos rápidamente sobre esos recuerdos.

La guerra no fué de esa ferocidad en el Río de la Plata. Las circunstancias fueron menos premiosas; Buenos Aires no oyó jamás un tiro español. No fué allí, sin embargo, donde halló Artigas el ejemplo de sus clemencias. Conocéis el *Plan de operaciones* aconsejado por Mariano Moreno á la primera Junta, y, lo que es más auténtico, lo habéis visto llevado á la práctica; sabéis bien cómo fueron sacrificados Liniers y sus compañeros, al iniciarse la revolución de Mayo. La primera victoria de la patria argentina, *Suipacha,* tiene el estigma doloroso de la sangre de los jefes vencidos, que habéis visto fusilar, de acuerdo con instrucciones expresas de la Junta, en Potosí. En 1812, un terror espantoso recorre las carnes de Buenos Aires: el español don Martín de Alzaga ha fraguado una inicua conspiración; los conjurados pagan con la vida la frustrada tentativa; durante muchos días sus cadáveres cuelgan en las plazas públicas; los procesos cabalgan en las furias aladas; el terror es tal, que los españoles se apresuran á vincularse por matrimonio á fa-

milias del país, para hacer olvidar el delito de serlo. Rivadavia, que muy pronto gestionará la reconciliación con España, preside todo eso. Si queréis recordar ahora la sentencia de Posadas, que paga seis mil pesos por la cabeza de Artigas, y sus instrucciones para la campaña de *Guayabos,* podéis hacerlo, pues las conocéis, y el recuerdo es oportuno. Y cuando conozcáis en sus detalles la muerte en Mendoza de José Miguel Carrera y sus hermanos, veréis sangre de héroes salpicar las manos de otros héroes, cuyos nombres no pronunciaremos aquí. Y si os narraran la muerte, en las calles ó en el patíbulo, de los prisioneros españoles confinados en San Luis, Carretero, Ordóñez, Primo de Rivera, Morgado, Berganza, etc., que son sorprendidos en una imprudente y criminal tentativa de evasión, sentiriáis inevitable escalofrío, ante la sangre de aquellos héroes. La figura dolorosa, sobre todo, de un oficial adolescente, casi un niño, que, loco de terror, es obligado á renegar de su nombre y de su patria, á trueque de conservar la vida, inspira gran piedad. Y en la cara frígida, siniestra, de don Bernardo de Monteagudo, especie de Robespierre ó de Marat patriota, que incita y precipita esa inmolación y muchas otras, veríais la máscara trágica implacable, que hace su mueca horrible tras la noble cabeza de la gloria americana.

¡Et je marche effaré des crimes de la gloire!

Bien es verdad, amigos míos, apresurémonos á decirlo, que esos horrores fueron, en general, provocados por los del enemigo; no lo es menos que la dureza de los tiempos, que hacen el deber oscuro, y las necesidades de la guerra, los explican ó atenúan. Pero es glorioso para América poder proyectar, sobre esas oscuridades, la figura de un

héroe inmune. Y ese no es otro que Artigas, el hombre genuinamente americano, el corazón autóctono. La América entera ha de reclamarlo para sí; ha de reclamar su corazón.

Lo habéis visto, al revés de lo acaecido en Suipacha, respetar y hasta rendir su homenaje al vencido, tras la batalla de las Piedras; canjear los prisioneros, defender personalmente á los bravos caídos del enemigo. Leed siquiera estas palabras del parte oficial de la batalla: "La tropa enardecida hubiera pronto descargado su furor sobre las vidas enemigas, para vengar la sangre de sus hermanos; pero, participando de la generosidad que distingue á gente americana, cedió á los impulsos de nuestros oficiales, empeñados en salvar á los rendidos." El coronel Hollemberg y quince oficiales, prisioneros de Artigas, son puestos en libertad sin condiciones; ya conocéis la carta de esos oficiales á Posadas, el Director Supremo, en que le dicen que los ha sacrificado sin razón, porque la causa de Artigas era justa; el general Viamont, y veintiséis subalternos, caen en poder de Artigas, y recobran su libertad sin ser tocados en un cabello.... Y volverán á combatir contra él.. Los episodios son numerosos, la anécdota colorida y expresiva. Pero no debemos alejarnos demasiado de nuestra narración histórica, y nada más conducente á ver de cerca el corazón de Artigas, que el momento en que nos encontramos: el en que el partido bonaerense vencedor de Alvear envía engrillados al caudillo oriental, siete de los jefes vencidos, sus encarnizados enemigos.

Tengo aquí, en mis manos, un capítulo de las memorias inéditas del Teniente General don Antonio Díaz, Sargento

Mayor entonces, Comandante de los Guías del ejército de Alvear, y que llegó á ser general de la república. Era español, y sirvió á la patria americana; fué un hombre de bien y de valía. Nadie mejor que él puede darnos cuenta del caso; él, como enemigo de Artigas, fué uno de los elegidos para formar parte del presente remitido á éste; uno de los engrillados. El capítulo es largo, y lleno de ingenua belleza; siento de veras que no quepa su lectura íntegra en nuestra conversación, que prolongaríamos demasiado; pero es fuerza que os lo extracte, y os lea siquiera algunos fragmentos sugestivos; los que os suministren líneas y colores. Que tal es mi misión: haceros ver y oir al hombre Artigas.

Comienza el General Díaz á dar cuenta de la impresión causada en Alvear por el pronunciamiento de *Fontezuelas;* de su capitulación; de su huída bajo la garantía del cónsul inglés, dejando á todos los suyos á merced del bando vencedor. Nos presenta á éste entregado á sus venganzas: engrilla á las personas más notables de la situación caída: ministros, miembros de la asamblea, empleados civiles, jefes del ejército. Se piensa en fusilar, sin forma de proceso, á diez de los presos por *delito de facción;* se levantan los banquillos; pero al fin, sólo se fusila á un pobre teniente coronel, don Enrique Pallardel, el más desvalido y falto de apoyo, y se pone á precio de dinero el rescate de la vida de los demás, sin perjuicio de aplicarles la pena de destierro perpetuo. Don Gervasio Antonio de Posadas, el Primer Director Supremo que ya conocéis, nos da en sus memorias, de que os hablé en otra ocasión, muchos detalles sobre estas persecuciones. Él es uno de los caídos con el bando de su sucesor. Lo arrancan de su casa, donde vivía retirado y enfermo; lo arrastran de cárcel en cárcel; le embargan los bienes; le

remachan una barra de grillos en la cama en que está postrado. "Yo no pude conseguir, dice, un médico, ni medicamento alguno... me introdujeron un sacerdote franciscano que vivamente solicitaba confesarme, y usaron de todo el aparato conveniente á hacerme entender que se trataba, como efectivamente se trató, de quitarme la vida, á mí y á otros muchos que habían engrillado.... No pudiendo matarnos, trataron de robarnos, y una noche se entró al cuarto de mi prisión un hombre extraño... Vino á pedirme sesenta mil pesos si quería libertar mi vida, etc., etc."

Dejemos las memorias de Posadas, por interesantes que ellas sean, y volvamos á las de Díaz. Las escenas que éste nos describe, acaecidas en las horas en que, encerrados los presos durante muchos días en un calabozo, sin luz alguna, oyen el oleaje que ruge fuera, son dignas de Silvio Pellico. Esperan la muerte que flota sobre sus cabezas; casi la desean, desde el fondo de aquella oscuridad, sobre todo cuando saben la de su infortunado compañero Pallardel. Se embargan y se saquean los bienes de los vencidos; y, por más que — según lo afirma el mismo Díaz — los hombres de la revolución no eran menos enemigos de Artigas que los anteriores gobernantes, se da parte á aquel en el festín, enviándole á sus enemigos, cargados de cadenas.

Entre éstos estaba yo, dice Díaz. Habíamos sido condenados á muerte primeramente; nuestras vidas habían sido sorteadas con dados; la suerte cayó sobre nuestro compañero y amigo Enrique Pallardel que, aunque tan inocente como nosotros, sufrió el suplicio; se nos conmutó la pena por la de destierro; se cambió ésta, por fin, en la de remisión á disposición de Artigas, á quien habíamos hecho la guerra por orden del gobierno.

"El General Artigas, dice Díaz, asombrado de un proceder tan indigno, rechazó el horrible presente, declarando que no tenía motivo alguno para quitarnos la vida, pues como militares, habíamos cumplido con nuestro deber haciéndole la guerra, siendo el gobierno el único responsable de ella y de los medios inicuos de que se había valido para aniquilarlo; y, finalmente, que si aquellos jefes habían dado algún motivo á los que gobernaban en Buenos Aires para matarlos, *que él no era verdugo de los porteños.* Este rasgo, agrega Díaz, de un caudillo reputado sangriento por esos mismos hombres que querían hacerlo instrumento de su odio, merece que demos un paso restrospectivo, á fin de detallar este hecho con todos sus episodios, en el cual se destaca, á grandes rasgos, el proceder del Jefe de los Orientales."

También yo tengo que detenerme en esto, mis amigos artistas. No extrañéis que lo haya hecho y lo haga. La calumnia cometida por historiadores que pasan por honrados, ha sido implacable contra Artigas, y éste reclama vindicación luminosa. Un siglo, que ha permanecido silencioso, quiere cobrar voz en estas palabras que os hablo, amigos artistas; un siglo sordo-mudo, quiere romper á hablar en mi boca. ¡Oh, la palabra! Es más dura que el mármol que vosotros golpeáis con el martillo. Derramemos, pues, en nuestro cuadro, toda la luz y toda la sombra. Yo tengo que ofrecer al héroe calumniado, como holocausto propiciatorio, la pena que á mí mismo me causa el narraros estas miserias, para ofreceros el enorme contraste.

Los prisioneros son arrojados en el fondo de la bodega de un barco que parte. No saben adónde los llevan.

Durante el viaje conocen su destino: van á manos de

Artigas. Vamos á estar, por fin, en presencia de éste. Miradlo bien, mis amigos artistas, que es un enemigo suyo quien os lo muestra; completad los informes de éste con el conocimiento que ya tenéis del hombre; recordad su figura enigmática, sus movimientos graves y personales, su fina cabeza caucásica, sus ojos claros, pensativos, su palabra franca y reposada. Nunca lo podréis ver más de cerca que en este momento.

La descripción de Díaz es insuperable en su ingenua sencillez, y este momento de Artigas tiene una gran melancolía.

Los presos han llegado á su destino, en la costa oriental del Uruguay; están en el rancho que les sirve de cárcel. Uno de los centinelas avisa, por fin, que viene el general.

Leamos el texto de Díaz: "Después de saludarnos — dice — permaneció algunos momentos en silencio, fijándose detenidamente en cada uno de nosotros. El coronel Vázquez estaba en un extremo, y el general pasó rápidamente por aquél, con quien tenía el motivo de rensentimiento que antes hemos hecho conocer, fijándose después, con alguna atención, en los otros cinco que no conocía."

Va á hablar, amigos míos, el gaucho selvático que nos describen las historias americanas corrientes.

"Tenía un papel en la mano. Luego tomó la palabra, y dijo: Siento, señores, ver con esos grillos á hombres que han peleado y pasado trabajos por la causa de la patria. El gobierno de Buenos Aires me los manda á ustedes para que los fusile; pero yo no veo los motivos. Aquí me dice (señalando el papel que tenía en la mano) que ustedes me han hecho la guerra; pero yo sé que no son ustedes quienes tienen la culpa, sino los que me la han declarado, y me llaman traidor y asesino en los bandos y en las gacetas.

porque defiendo los derechos de los Orientales, y los de las otras provincias que me han pedido protección."

"Si es que ustedes me han hecho la guerra, otro tanto hacen mis jefes y oficiales; éstos obedecen lo que yo les mando, como ustedes habrán obedecido lo que sus superiores les ordenaron.... Y si hay otras causas, yo no tengo nada que ver con eso...."

"No soy verdugo del gobierno de Buenos Aires."

"Luego preguntó á cada uno de los jefes que no conocía, que eran cinco, por sus nombres y empleos. Todos, al satisfacer su pregunta, agregaron que no se habían hallado en ninguna campaña contra él. Aunque el General Artigas sabía muy bien que yo no me hallaba en ese caso, cuando me tocó contestar, le dije que había hecho la campaña contra él. El General Artigas contestó solamente: *"Ya lo sé; es lo mismo."*

"Animados por la favorable disposición que anunciaba su modo de expresarse, le hicimos una breve relación de los acontecimientos del 15 de Abril, y del espíritu de venganza que caracterizaba todos los actos de los nuevos gobernantes, respecto de los jefes y demás empleados de la anterior administración."

"Después de algunos momentos de silencio, el General Artigas dijo: Sí.... quien hace eso.... y volviéndose luego hacia mí, me dijo: En el pueblo de la Bajada se dijo que usted y otros jefes, hasta diez, habían sido fusilados, cuando la caída del general Alvear."

"Y después de otro intervalo de silencio, prosiguió: *¿Ha visto usted el pago que han dado los porteños á nuestro amigo don Ventura?...."*

"El Coronel Vázquez, á quien se hacía aquella alusión por la deserción con su regimiento, quiso hablar algunas palabras, para explicar ó disculpar su conducta; pero el

General le interrumpió diciendo: *Eso ha pasado ya.*"

"Y, fijándose con prontitud en el anciano coronel Balbastro, le preguntó cuántos años tenía, y en qué ejército había servido. Contestó éste expresando su edad, y la campaña del Perú y batallas en que se había encontrado desde 1810."

"El General Artigas permaneció algunos momentos callado y como pensativo, y dijo, acompañando la siguiente exclamación, con una sonrisa de desprecio: *¡Vaya!.... Ni entre infieles se verá una cosa igual!....*"

"Nos preguntó en seguida si teníamos algún sirviente. y, con ese motivo, el coronel Fernández le expresó, en pocas palabras, el tratamiento que habíamos recibido, y el coronel Balbastro le manifestó el disgusto que le causaba estar encerrado, avanzándose hasta significarle la mortificación que le causaban los grillos á su edad, y en el estado de su salud, y el deseo de que nos los mandara sacar."

"La indicación, poco discreta. á la verdad, en tales circunstancias, causó al General Artigas algún embarazo, y francamente, nos dijo entonces, que si estuviera en sus manos, habría mandado que se nos quitasen los grillos desde que bajamos á tierra; pero que eso dependía de los diputados del congreso de Buenos Aires, á cuya disposición, y no á la de él, nos hallábamos. Por fin añadió: Veremos si podemos arreglarnos con las proposiciones de paz de que vienen encargados."

"Se despidió en seguida, diciendo que daría orden para que se nos proporcionaran las comodidades que fueran conciliables con las circunstancias que había indicado, y exhortó con especialidad al anciano Coronel Balbastro á tener conformidad y paciencia."

"De ahí á un cuarto de hora, entró el comandante

de la guardia con dos soldados, y nos dijo que, de orden del General, ponía éstos á nuestra disposición, como asistentes. — Que la puerta quedaba abierta, por orden también del General, pudiendo nosotros mismos entornarla después de las 8 de la noche. Como era uno de los meses más rigurosos de invierno, y estábamos con poco abrigo, pedimos, y se nos concedió, tener fuego, agregando á esa condescendencia la de permitirnos salir á tomar el sol.''

''La paz entre el General Artigas y los revolucionarios de Buenos Aires era el fundamento de las esperanzas que nos había hecho concebir aquel jefe; su intención, en ese caso, era la de quedarse con nosotros, y ponernos en libertad, según más adelante nos lo indicó él mismo; pero la paz no pudo ajustarse, y fuimos devueltos á Buenos Aires.''

''A los doce días de nuestro arribo á Paysandú (el 18 de Junio de 1815) vino á nuestra prisión, á las nueve de la mañana, un ayudante del General Artigas, para anunciarnos que un bote estaba junto á la orilla del río para conducirnos á bordo, y luego nos pusimos en marcha hacia aquel paraje.''

''El General Artigas se nos acercó en la mitad del camino, con varios jefes y oficiales que le acompañaban, y dió solícitamente su brazo como apoyo al coronel Balbastro, que estaba algo enfermo.''

''Aprovechamos aquella ocasión para expresar al General nuestra gratitud por su generoso procedimiento hacia nosotros, de lo que pareció quedar muy penetrado. Nos dijo entonces que, si hubiera podido tener lugar la paz, no habría tenido inconveniente en ponernos en libertad; pero que los diputados porteños no

habían querido avenirse con las proposiciones que les había hecho.''

Ahí tenéis á Artigas, mis amigos artistas; ese es el hombre; creo que lo habéis visto bien de cerca. Los virtuosos de Buenos Aires, lo mismo que el amable dictador Rodríguez de Francia, lo han tratado de inculto, de bárbaro y sanguinario.... y hasta de facineroso. Y como tal ha ingresado en la historia americana. Creo que ya hemos encendido la luz suficiente para ahuyentar, para siempre jamás, esas rampantes tinieblas exteriores.

Los jefes devueltos por el Jefe de los Orientales pasaron por Buenos Aires, y, si bien salvaron la vida, fueron inmediatamente deportados, con plazo de 48 horas, y con la prevención de que sería fusilado cualquiera que se atreviese á volver al territorio de las provincias unidas.

V

Ahora es el caso de saber por qué no pudo concertarse la paz entre Artigas y Buenos Aires, con ser el primero, como lo sabéis, el factor del nuevo gobierno.

Artigas, hermanos artistas, no pudo aceptar las bases de paz de Buenos Aires, por la misma razón porque no pudo aceptar su presente siniestro; por la misma razón: porque éste era el desconocimiento brutal de su corazón, y aquélas el de su pensamiento genial. Y todo lo era el de su carácter y de su misión profética. Buenos Aires no podía aceptar tampoco las bases de Artigas en 1815, por lo mismo que no aceptó sus instrucciones en 1813; porque eran la encarnación de un pensamiento radicalmente antagónico al que representaba su oligarquía: la soberanía popular.

Veamos, pues, al prócer oriental tomar en consideración el segundo testimonio de amistad que le envía Buenos Aires; la base que le propone para cimentar la paz entre el estado occidental y el oriental.

Dos comisionados de Alvarez Thomás — Pico y Rivarola — han llegado al campo de Artigas, como lo dijo éste á sus prisioneros. El jefe de los orientales, para concertar las bases de arreglo, comienza por plantear su idea madre; por colocar su piedra angular. Todo lo demás es accidental. El primer artículo de su proyecto decía: "Será reconocida la convención de la Provincia Oriental establecida en el acta del Congreso del 5 de Abril de 1813, del tenor siguiente: La Banda Oriental del Uruguay entra en el rol para formar el estado denominado Provincias Unidas del Río de la Plata. Su pacto con las demás Provincias es *el de una alianza ofensiva y defensiva.* Toda Provincia tiene igual dignidad é iguales privilegios y derechos, y cada una renuncia al proyecto de subyugar á la otra. La Banda Oriental del Uruguay está en el pleno goce de su libertad y derechos; pero queda sujeta desde ahora á la constitución que sancione el Consejo General del Estado legalmente reunido, teniendo por base la libertad."

Como lo véis, mis amigos, esa base de pacificación es la idea fundamental de Mayo; la independencia, y la forma representativa republicana.

Artigas llegó quizá á esperar — aunque ya hemos visto que con poco vigor — que la caída de Alvear, producida por él en Buenos Aires, lo había aproximado, cuando menos, á la realización de su ideal.

¡Vana esperanza! Lo que ha triunfado en Buenos Aires no es eso, ni nada que á eso se parezca ni aproxime. Allí está la sede del espíritu exótico, el núcleo de las combina-

ciones políticas secretas, y de las diplomáticas, más secretas aún; la negación del pueblo, es decir, todo lo contrario, absolutamente lo contrario de lo que Artigas representa. Alvarez Thomás, sociológicamente considerado, es el sucesor legítimo de Alvear á quien ha derrocado, y de Posadas, y de Sarratea, como será el antecesor legítimo de Balcarce, y de los hombres que van á reunirse en el Congreso de Tucumán, que serán monarquistas, enemigos de la soberanía del pueblo, y de Pueyrredón, que será el elegido por ese Congreso para regir á las provincias unidas.

En el otro círculo de acción, en el otro mundo, está Artigas.

Al rededor de Alvarez Thomás se ven los mismos hombres dirigentes que rodearon á Posadas y á Sarratea. Ya hemos dicho que don Nicolás de Vedia, el enemigo de Artigas que conocemos, es el Fiscal Militar que aconseja los atropellos. Y, sobre todo, está todavía en Río Janeiro, y permanecerá allí, el mismo agente diplomático enviado por Alvear á entregar las provincias del Plata á Inglaterra, el mismo que continuará, como representante de Alvarez Thomás, y de su sucesor Balcarce, y del sucesor de éste, Pueyrredón, gestionando la misma entrega á España, á Portugal ó á cualquier otro. Y Rivadavia y Belgrano están en Europa, golpeando las puertas de Fernando VII, y de Carlos IV, y de la Santa Alianza, en busca de un señor para estos pueblos. ¿Cómo conciliar eso con el bárbaro Artigas?

La aceptación de las bases de paz propuestas por éste significaría, por consiguiente, un cambio radical, no sólo político sino sociológico; y no hay efecto sin causa. La antigua capital señorial del virreinato no ha podido convertirse, por obra de birlibirloque, en núcleo democrático; no ha podido ver quebrantada, de la noche á

la mañana, la convicción que abriga de que Buenos Aires no es una de las provincias ó estados de la unión, sino que es, y debe ser, el único núcleo de la nueva patria, la única entidad deliberante. Su puerto, tiene que tener el absoluto predominio económico, como en la época colonial; su gobierno, el absoluto predominio político: debe ser el único pensamiento. Todo lo demás ha de ser acción y obediencia á su supremo impulso. Ya veréis á Buenos Aires pretender disponer, en sus combinaciones diplomáticas, no sólo de la suerte de las provincias del Plata, sino aún de la de Chile, sin anuencia del pueblo chileno; de la del Perú, sin la del peruano; de la de toda América. Resistirse á eso, es anarquía, es crimen. Es el crimen de Artigas.

A la proposición de éste, contestan inmediatamente los delegados de Buenos Aires con la siguiente estupenda base primera, que no era improvisada por ellos, como lo comprenderéis: *Buenos Aires reconoce la independencia de la Banda Oriental del Uruguay, renunciando á los derechos que por el antiguo régimen le pertenecían.*

Se comprometía, además, á cooperar, con todos los elementos que fueran de su resorte, para que la Oriental llevara adelante la guerra contra los españoles, fijémonos bien, *contra los españoles,* contando con la reciprocidad.

¡Renunciando á los derechos que, *por el antiguo régimen,* pertenecían á Buenos Aires sobre Montevideo, sobre la Provincia ó Estado Oriental!.... Bien será que penséis, mis amigos, en esos derechos de Buenos Aires, basados en el antiguo régimen, y que recordéis las razones que tuvo Montevideo, cuando se inició la revolución de Mayo, para

rechazar al enviado de la Junta de Buenos Aires. y que no fueron otros que la tendencia que imputaron á Buenos Aires de sustituirse á los virreyes, de *tener derechos, basados en el antiguo régimen,* sobre Montevideo. Esos malhadados derechos de un hermano sobre otro hermano, al emanciparse ambos de la madre común, que se atribuye Buenos Aires, nos dieron muchísimo que hacer.

"El Paraguay, dice Juan Bautista Alberdi, argentino ilustre, se levantó como se levantó Buenos Aires, y Chile, y toda la América: sección por sección. No por impulsión de Buenos Aires, (esto es pueril) sino porque, para toda América, surgió la independencia del mero hecho de caducar España, su dominador común."

No será tampoco incongruente que meditéis un momento en ese reconocimiento de la independencia de la Banda Oriental, que ofrece Buenos Aires á Artigas, como base de paz.

Y la independencia del mismo Buenos Aires, ¿quién la reconoce? ¿Quién puede reconocerla, si aun no ha sido proclamada, pues sólo Artigas ha pedido la declaración de independencia en sus instrucciones del año 13, y Buenos Aires, no sólo ha continuado gobernando á nombre de Fernando VII, sino que tiene en esos momentos á Belgrano y Rivadavia gestionando la vuelta de América al dominio monárquico europeo?

¡Reconocimiento de la independencia de la Banda Oriental!... Eso, como lo véis, y como lo veréis más claro después, tiene todo el carácter de un sarcasmo. Esa independencia de sus hermanos no es tal independencia para la Banda Oriental; es, en ese momento, el abandono de ese estado á su propio destino, la soledad de que antes os he hablado como contraria á la esencia misma de la revolución americana, pues ésta imponía la unión, la solidaridad, no

como una concesión gratuita de uno á otro estado, sino como un deber mutuo continental.

Artigas no sabía en ese momento, á ciencia cierta, que el Directorio de Buenos Aires estaba gestionando en Río Janeiro la entrega de la provincia oriental á Portugal; pero lo presentía. Y al rechazar el presente griego de la independencia que se le ofrecía, lejos de renunciar á la independencia verdadera de su patria, pugnaba por poner en acción el único medio de obtenerla y conservarla, y que allí, como en todos los demás estados de la América hispánica, no era otro que la unión, la confederación, el mutuo auxilio, la solidaridad ó como queráis llamarla, de todos los pueblos americanos, unidos en un propósito común de independencia y democracia.

Aunque me tachéis de antiestético, mis amigos artistas, yo quiero haceros meditar en esto, en este rechazo de la independencia oriental. Algún espíritu frágil ó perezoso ha creído ver en eso la disolución de Artigas como padre de la patria uruguaya. Es preciso que nos demos cuenta de lo que significa esa palabra *federación,* empleada en este caso por Artigas, para dar forma á su visión genial.

Que no sea yo quien os lo explique; cambiaremos de estilo, para dar mayor nervio á la atención. Es Sarmiento, en el *Facundo,* el que habla. "Cuando la autoridad, dice, es sacada de su centro, para fundarla en otra parte, pasa mucho tiempo antes de echar raíces..."

" La autoridad se funda en el asentimento *indeliberado* que una nación da *á un hecho permanente.* Donde hay deliberación y voluntad no hay autoridad. Aquel estado de transición se llama *federalismo,* y, después de toda revolución y cambio consiguiente de autoridad, todas las naciones tienen sus días y sus intentos de federación."

"Me explicaré. Arrebatado á la España Fernando VII,

la autoridad, aquel hecho permanente, deja de ser, y la España se reune en Juntas Provinciales, que niegan la autoridad á los que gobiernan en nombre del rey. Eso es *federación de la España.* Llega la noticia á América, y se desprende de la España, separándose en varias secciones: *federación de la América.*"

"Del virreinato de Buenos Aires salen, al fin de la lucha, cuatro estados: Bolivia, Paraguay, Banda Oriental y República Argentina: *federación del virreinato....*" Detengámonos aquí un momento. Sarmiento olvida que, algunas páginas antes, ha dicho, en el mismo libro, que el territorio del virreinato del Plata ó Provincias Unidas, era el que se extendía de los Andes al Plata y el Uruguay, y tenía por límite septentrional el Paraguay y Bolivia. Éstos y el Uruguay estaban, pues, *en la federación de América,* como Chile ó el Perú ó Venezuela, no en la del virreinato.

Y sigamos leyendo. "La República Argentina se divide en provincias, no por las antiguas intendencias, sino por ciudades: *federación de las ciudades.*"

"No es que la palabra federación signifique separación, sino que, *dada la separación previa,* expresa la unión de partes distintas."

Me parece que Sarmiento ve bastante claramente, y lo dice bien. Esa era pues, la *federación, la unión en el propósito común de independencia* proclamada por Artigas. Lejos de negar con ella la independencia ó personalidad de las partes que tenían las condiciones de persona internacional, presumía esa personalidad independiente. Y no tenía por qué hacerla volver á nacer, parida sin dolor, por quién no era ni podía ser su madre.

Y eso es precisamente lo que no quiere Buenos Aires: no quiere reconocer la unión de personas distintas. La democracia, sobre todo, es, para la comuna bonaerense, una aspiración anárquica.

Los comisionados de Alvarez Thomás se retiran. No hay paz posible con Artigas. Es preciso aniquilarlo, á él y á su patria, para salvar el resto de la América española, por medio de la monarquía.

El prócer oriental se queda solo una vez más con su visión. ¿Será realmente un fantasma, un ensueño? ¿O es quizá un genio infernal, hijo del pasado y de la noche, y no del porvenir y de la aurora, que lo atrae á sus tinieblas? ¿Es un imposible, acaso un crimen, pensar en dar á estos pueblos americanos una intervención eficiente en la creación de las nuevas nacionalidades, y deben ser éstas sólo fruto de arreglos diplomáticos de los señores que tienen su sede en Buenos Aires, y que negocian ante las cortes europeas?...

Artigas no vacila; su fe no se quebranta. Cree en las palabras que su visión le dice al oído; sigue creyendo en el espíritu de la revolución de Mayo. Es un obstinado, un bárbaro.

Realiza, sin embargo, una nueva tentativa de pacificación; él no quiere la guerra con sus hermanos. Convoca, en la Concepción del Uruguay, un congreso de representantes de las provincias que obedecen á su influencia — Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes. Córdoba. Y ese congreso envía á Buenos Aires cuatro diputados, á agotar los recursos para evitar la guerra. En Buenos Aires se repite la escena de la recepción de Alvear á los comisionados Orientales en Montevideo. Puesto que esos diputados no traen la sumisión incondicional de sus comitentes á lo que se resuelva en Buenos Aires, no son dignos de respeto.

Tuvieron que retirarse. *Nos retiramos en paz,* dijeron á Alvarez Thomás. *Yo quedo con ella,* contestó irónicamente el Director Supremo, que se juzgaba perfectamente seguro en su puesto.

VI

Alvarez Thomás y sus hombres tenían motivos para hablar á Artigas con sangrienta ironía en ese momento, y para esperar tranquilos las resoluciones que éste adoptara con sus orientales. ¡Tenían motivos! Todo estaba preparado para no temer á Artigas.

Yo quisiera, mis amigos, no tener que hablaros de esto. Llego á esta hora de tinieblas con gran tristeza; quisiera que no sonara en el tiempo. Pero esas tinieblas son necesarias para que, sobre su fondo obscuro, se proyecte la forma luminosa del héroe oriental, y se ofrezca á vuestros ojos con su nimbo histórico.

El gobierno de Buenos Aires reanuda la campaña de Alvear contra el hombre oriental, interrumpida por la sublevación de Fontezuelas; envía, como antes, sus ejércitos á las provincias protegidas por aquél. Pero esos ejércitos, que se hacen odiosos por sus abusos é insolencias, "por sus excesos horrorosos", como decía el general Belgrano, son vencidos. El General Viamont, que manda uno de ellos, es tomado prisionero y enviado con veinte oficiales al campamento de Purificación que ya conocéis; allí está preso algún tiempo, y es puesto después en libertad, según el proceder constante del héroe.

No hay, pues, fuerza humana, capaz de arrancar de esas provincias el alma de Artigas. Éste mira, con la frente levantada, el campo de su influencia sobre los pueblos que se extienden desde las Misiones hasta el Plata, y desde el Paraná hasta el Atlántico; cree firmemente que aquel potente núcleo de democracia se exten-

dierá, hasta comprender todas las provincias unidas que arden de su espíritu; no excluye, por cierto, de esa unión, á Buenos Aires, donde su pensamiento sigue fermentando, y es el alma de un partido poderoso, que puede vencer. Su ensueño se proyecta en el porvenir.

Según ese ensueño, los pueblos soberanos del Plata, fuertes en esa unión, rechazarán victoriosos toda tentativa de restauración monárquica europea; la presunción de Sarmiento se realizará: si los españoles vuelven al Plata, *nuestro Bolívar será Artigas.* El Plata, así unido y compacto en la idea republicana, *alma mater* de la independencia, realizará, después de hecha su organización interna, la alianza con los demás estados americanos. Una vez terminada esa obra común, se desprenderán los distintos estados, según la voluntad de los pueblos, determinada por leyes étnicas, geográficas, sociológicas: Colombia, lo mismo que Chile, el Uruguay lo mismo que el Ecuador ó el Perú. Artigas, mis amigos, ha soñado la obra de San Martín; pero más aún la de Bolívar su hermano, y más todavía la de Wáshington; en su ensueño, él ha cruzado, como San Martín, los Andes; ha ido, desde el Sur, en busca de Bolívar, que bajaba desde el Norte. Y Bolívar y Artigas se han encontrado. Pero no se han separado, como Bolívar de San Martín; se han reconocido, y se han llamado hermanos, hermanos en la creencia de que el pueblo americano es germen suficiente de nuevas patrias, sin necesidad de dinastías importadas. Ese es el ensueño de Artigas, amigos míos, ensueño vago, inconsistente, pero luminoso, que se trasparenta en todos los documentos que entonces se escribían.

Ved lo que, al rayar el año 1816, escribe, de su cuartel general, al muy ilustre Cabildo Gobernador de Montevideo: "He recibido los dos partes que Usía me incluye,

relativos á las noticias últimas adquiridas de las potencias extranjeras."

"Celebro que Usía convenga conmigo en que es difícil que ningún extranjero nos incomode, y en que de nuestro sosiego resultará necesariamente el orden y adelanto de nuestro sistema."

"Acaso la fortuna no nos desampare, *y el año 1816 sea la época feliz de los orientales.*"

¡La época feliz de los Orientales! ¡El año 1816! Leed de nuevo esas palabras, mis amigos; tienen la luz más transparente del alma de Artigas. Yo veo en el fondo de ellas, como en ningunas otras, proyectada toda la grandeza de ese espíritu. Porque en ellas está el rasgo clásico del genio: la sinceridad, iba á decir la inocencia, que acompaña á la visión. Artigas no podía creer aquello de que no había elemento alguno en su propia alma. En ese momento, en que afirma que no ve, á pesar de ver todos los horizontes, la posibilidad de que el extranjero incomode á la patria, una invasión extranjera, armada de todas armas, formidable, incontrastable, va á caer sobre la patria oriental recién nacida, que se encontrará sola ante el invasor.

¡Sola!

Sí, sola, independiente para morir; será la única patria sola en el mundo hispánico de la América del Sur. Artigas tendrá, mal de su grado, la *independencia* que le ofrecía Buenos Aires, como prenda de amistad.

¿Y las demás hermanas de América?

Amigos: esa formidable invasión es la portuguesa. Y ella viene de acuerdo con el directorio de Buenos Aires; es su aliada monárquica contra Artigas, el rebelde, el inquebrantable rebelde, el raptor de la princesa heredera de Fernando VII: la democracia americana.

Mientras Artigas luchaba á la luz del sol, sus enemigos le minaban la tierra que pisaba. Alvear y Alvarez Thomás seguían una negociación en Río Janeiro, tendente á entregar á Portugal la Banda Oriental, á trueque de que aniquilara á Artigas. Fué larga y laboriosa la empresa; pero al rayar el año 16, ella estaba terminada. Ya podía Artigas tentar sus fuerzas: le habían cortado el cabello mientras dormía.

No creáis, mis amigos, que voy á clamar, con este motivo, á la traición.

Os voy á exponer los hechos; pero os voy á indicar causas más profundas que la voluntad ó la deslealtad de los hombres, en esta entrega de la Banda Oriental al portugués, consumada por algunos hermanos. Ella tenía por causa algo más que el escepticismo, el desaliento ó la felonía de algunos hombres. Éstos no se daban cuenta de ello; no se la ha dado hasta ahora la historia; pero esa causa existía y vosotros ya la conocéis. Ya os he dicho, mis amigos, que la Banda Oriental, el estado atlántico subtropical, si pertenece sociológicamente al mundo andino hispano-americano, geológicamente, étnicamente, pertenece al mundo atlántico, al que cupo á Portugal. Puede pues ser abandonado al portugués, sin que aquel pierda su integridad geológica. Su incorporación á la familia hispánica, ó su separación de ella, es accidental para la capital del virreinato. Ésta estará dispuesta á proteger su incorporación á la familia hispánica; pero sólo con el saldo de sus fuerzas, después de terminada su propia obra, después de todo. Entonces pensará, no en cooperar á la libertad de esa Banda Oriental atlántica, sino en incorporarla á la herencia argentina como por añadidura.

Portugal, por su parte, lo único que deseaba era ver á la

Provincia Oriental desprendida de las demás, para caer sobre ella. Recordad la proposición de paz hecha á Artigas por Alvarez Thomás: reconocimiento *de la independencia* del Estado Oriental, es decir, lo que esperaba el Portugal, con quien el Directorio de Buenos Aires seguía las gestiones tendientes á traer la invasión portuguesa contra Artigas; reconocimiento de la independencia, y auxilio para luchar *contra España.* Eso era lo que ofrecía Buenos Aires.

Es preciso, sin embargo, que, en este momento, os inculque una vez más, con toda la energía de que soy capaz, lo que ya os he dicho, mis amigos: no confundáis los directorios políticos, las logias secretas, las oligarquías exóticas que rigen las cosas en Buenos Aires, con el pueblo argentino.

Éste es también el pueblo de Artigas, siente unánimemente que el vínculo sociológico que lo liga con los orientales es superior á la frontera geológica, como lo es el que lo liga con Chile y el Perú, á pesar de los Andes.

El pueblo argentino luchará, por esa causa, contra sus directorios, mientras Artigas saldrá al encuentro del Portugués.

El héroe oriental no se equivocaba: el año 16 será la época feliz de los orientales: el ciclo de sus mártires.

Vais á ver cómo sangra la franja diagonal de su bandera.

FIN DEL TOMO I

INDICE DEL TOMO I

Pág.

ORIGEN DE ESTE LIBRO V
CARTA CONFIDENCIAL XI

CONFERENCIA I

INTRODUCCIÓN

Objeto y carácter de estas conferencias. — El dios interior. — La ciudad de Is. — El pasado ante el presente. — El gran calumniado de la historia americana. — La misión de los rapsodas. — El atractivo de la frivolidad 1

CONFERENCIA II

EL TEATRO

Origen de los pueblos de América. — El continente americano. — Su estructura. — Su reparto entre España, Portugal é Inglaterra. — La línea de Alejandro VI. — La América del Sur. — El mundo atlántico y el mundo andino. — El lote de España y el de Portugal. — La cuenca del Amazonas. — La del Plata y sus tributarios. — La región andina. — La atlántica tropical. — La atlántica subtropical. — Buenos Aires y Río de Janeiro. — Montevideo. — La tierra de Artigas. — Su carácter. — Descripción de su territorio. — Geología, etnología, fauna, flora. — Sus límites naturales 13

CONFERENCIA III

EN LA REGIÓN DE LAS MADRES

La geología y la historia. — La *entelequía* ó el alma de las naciones. — La ciudad. — Las ciudades americanas como núcleos de estados independientes. — Buenos Aires, Montevideo y Río Janeiro 39

Pág.

CONFERENCIA IV

WÁSHINGTON

La independencia de América. — La América inglesa. — El indio. — Wáshington y Artigas. — Wáshington, Franklin y Lafayette. — El apoyo de Francia. — Los Estados Unidos de América. — El primero en la paz y en la guerra y en el corazón de sus conciudadanos..... 63

CONFERENCIA V

MIL OCHOCIENTOS DIEZ

La América española. — Los Estados Unidos Hispánicos no eran posibles. — La desmembración total de la metrópoli y las desmembraciones parciales. — La región oriental del Plata. — La doble lucha con España y Portugal. — España ante la emancipación de sus hijos. — Sus títulos y sus pretensiones. — Su derecho imprescriptible. — Napoleón. — El rey prisionero. — La independencia española. — La independencia americana. — 1810. — Los dos núcleos. — *Venezuela.* — *Bolívar.* — El Río de la Plata. — El 25 de Mayo de 1810. — El espíritu de Mayo..... 75

CONFERENCIA VI

LA FECHA INICIAL

La revolución de Mayo en Montevideo. — El enviado de Buenos Aires ante el Cabildo de Montevideo. — Las expediciones auxiliares. — Al Alto Perú. — Al Paraguay. — A la Banda Oriental. — *Suipacha.* — Don Gaspar Rodríguez de Francia. — La revolución de Mayo en la Asunción. — El doctor Francia en su guarida. — Independencia del Paraguay. — El despertar de la Banda Oriental. — El pueblo matinal..... 121

Pág.

CONFERENCIA VII

ARTIGAS

Su origen. — Su carrera. — Semblanza de Artigas. — La tradición doméstica. — El Deán Funes. — El capitán de blandengues. — Las invasiones inglesas. — La reconquista de Buenos Aires. — Artigas ante el movimiento de Mayo. — Su adhesión á la revolución de Mayo. — Los enemigos del Uruguay. — España y Portugal. — Buenos Aires..... 149

CONFERENCIA VIII

EL HOMBRE Y LOS HOMBRES

Artigas ante la Junta de Buenos Aires. — En busca de la independencia republicana. — ¡Jefe de los orientales! — Estado de la Junta de Mayo. — Las discordias. — La extinción del espíritu de Mayo. — Doscientos pesos y ciento cincuenta soldados. — Teniente coronel. — El libertador. — En el suelo de su patria. — La *Calera de las Huérfanas*..... 183

CONFERENCIA IX

LAS PIEDRAS Y EL ÉXODO DEL PUEBLO ORIENTAL

Mil ochocientos once. — El Grito de *Asensio*. — El levantamiento en masa. — En torno de Artigas. — El Colla. — San José. — La victoria de *Las Piedras*. — En las puertas de Montevideo. — El primer sitio. — Negociado con Portugal en Río Janeiro. — El plan monárquico. — Artigas, el sólo inmune. — Tentativas de seducción. — El auxilio de Portugal á España. — La invasión primera. — Tratados. — El armisticio. — Abandono del pueblo oriental. — Fernando VII restaurado. — El pueblo en torno de Artigas. — Con la patria á cuestas. — El éxodo del pueblo oriental. — Esquema demográfico. — Horda de confesores y de mártires. — El gaucho. — El campamento del Ayuí. — Artigas mira al Paraguay. — Los pueblos occidentales ven de cerca al hombre oriental, y reconocen á su caudillo..... 191

Pág.

CONFERENCIA X

FRENTE Á MONTEVIDEO

La federación y el unitarismo. — Origen de la federación interna en la Argentina. — La federación de Artigas. — San Martín y Alvear. — La *Logia Lautaro*. — Ruptura del armisticio. — Las campañas sobre los Andes. — Belgrano. — Tucumán y Salta. — Artigas en el Ayuí. — El triunvirato y Artigas. — El delito de Artigas. — La guerra de Buenos Aires contra él y su pueblo. — Sarratea. — Rondeau. — Batalla del *Cerrito*. — Artigas y Rondeau en la cumbre del Cerrito. — El segundo sitio de Montevideo..... 239

CONFERENCIA XI

EL PENSAMIENTO DE ARTIGAS

Artigas regresa á la patria con su pueblo. — Separación de Sarratea. — Nueva tentativa de seducción. — Artigas emprende la organización del Estado oriental. — La Asamblea Constituyente de Buenos Aires. — Los diputados orientales. — Las formas de su elección. — El Congreso del Peñarol. — Discurso de Artigas. — Declinación del sol de Mayo en América. — Las memorables instrucciones de 1813. — La visión de Artigas. — Rechazo de los diputados orientales en el Congreso. — Se ordena levantar el segundo sitio de Montevideo. — Segundo Congreso en la Capilla de Maciel. — Artigas se retira de la línea sitiadora. — Salva la democracia. — El Quijote siniestro. — La sentencia de muerte contra el héroe y su pueblo. — *Segno d'immensa invidia*..... 265

CONFERENCIA XII

EL TRIUNFADOR EN MONTEVIDEO

La revolución en Chile. — José Miguel Carrera y Juan Martínez de Rosas. — O'Higgins y Mackena. — Los tratados de Lircay. — Carrera y O'Higgins. — Caída de Chile en *Ranca-*

Pág.

gua. — San Martín. — Chacabuco. — Carrera errante por el mundo. — La continuación del sitio de Montevideo. — Brown. — Montevideo estrangulado. — Capitulación de la plaza. — Aparición de Alvear como libertador. — ¿Artigas en el séquito de Alvear? 299

CONFERENCIA XIII

EL CARÁCTER DE ARTIGAS

La dominación porteña. — Violación de la capitulación. — En país conquistado. — Nueva tentativa de seducción de Artigas por el virrey de Lima. — "*Yo no defiendo á su rey*". — El caudillo de los caudillos. — Pensamiento y carácter de Artigas. — Psicología del hombre. — Su ambición. — Su fe y su visión proféticas. — Acción constante y resistencia. — El protectorado sobre las provincias. — Derogación de la sentencia de muerte. — Buen servidor de la patria. — Tentativas falaces de arreglo. — Celadas traidoras 313

CONFERENCIA XIV

LA SEGUNDA INDEPENDENCIA

La campaña de Guayabos. — La guerra á muerte de Buenos Aires contra Artigas. — Los orientales tratados como asesinos é incendiarios. — Campaña de exterminio. — El pueblo oriental se defiende en masa. — Soler y Dorrego. — Otorgués. — Rivera y Lavalleja. — Los dos vástagos de Artigas. — La campaña. — Carácter de la guerra. — La batalla de Guayabos. — La derrota de Dorrego. — Entrega de Montevideo. — Retirada del hermano conquistador. — Despojo y explosión. — La patria libre por fin. — Su pabellón y su escudo en la ciudadela de Montevideo. — *Con libertad ni ofendo ni temo* 329

Pág.

CONFERENCIA XV

EL GOBIERNO DEL HÉROE

El Hervidero. — La Meseta de Artigas. — Purificación. — Artigas, arquitecto de patrias. — Religión de Artigas. — Las tristezas íntimas del héroe. — La esposa enferma. — El hijo. — El templo y la escuela. — Anécdotas. — Gobierno de Artigas. — La vida social en Montevideo. — Artigas y Larrañaga. — La Biblioteca. — El Protector en su despacho. — Títulos y tratamientos. — Desinterés del héroe. — Los honorarios del Libertador 351

CONFERENCIA XVI

EL CORAZÓN DEL HÉROE

El apogeo de Artigas. — Tentativa de incorporar el Paraguay á su influencia. — Francia y Artigas. — Sobre Buenos Aires. — Caída de Alvear en Fontezuelas. — Los vencedores y el vencedor. — Homenajes á éste. — Las venganzas. — Los crímenes de la gloria. — Venganza de Artigas. — *No soy el verdugo de Buenos Aires.* — Bases de paz. — Derechos basados *en el antiguo régimen.* — "El año 1816 será el año feliz de los orientales." — La franja roja diagonal de la bandera. 391

F 2725 .A7 Z67 1910 v.1 SMC
Zorrilla de San Martin, Juan
La epopeya de Artigas
47087894

A. BARRERO Y RAMOS, Edita